

filosofía de la razón cálida

colección
en sabiduría

Directora
Inés Riego de Moine

Carlos Díaz

filosofía de la razón cálida



colección **en sabiduría**

Díaz, Carlos
Filosofía de la razón cálida - 1a ed.
Córdoba: Emmanuel Mounier Argentina, 2005.
220 p.; 21 x 14 cm.
(Colección En Sabiduría dirigida por Inés Riego de Moine)

ISBN 987-22100-0-4
1. Filosofía I. Título
CDD 100.

©2005 by Editorial Emmanuel Mounier Argentina
Impreso en Córdoba - República Argentina

1º Edición (Argentina): Abril 2005
Editorial Emmanuel Mounier Argentina
Colección En Sabiduría

Diseño de Tapa y Diagramación:
Antonio J.M. Riego

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723

Se prohíbe la reproducción total o parcial por cualquier medio: fotográfico, mecánico, fotocopia, reprográfico, óptico, magnético o electrónico, sin previa autorización expresa y por escrito de la Editorial Emmanuel Mounier Argentina.



Editorial Emmanuel Mounier Argentina
Baigorri 625 - 5001 Córdoba - República Argentina
Tel.: (54-351) 471-9294
E-mail: ines-riego@argentina.com

*Al recién formado
Instituto Emmanuel Mounier
de Argentina
y a todos aquellos
convocados a transitar
los caminos
del personalismo*

Prólogo

Cuando Don Quijote de la Mancha salió con su escudero a conquistar ideales y a deshacer entuertos, jamás sospecharía que su propio sepulcro sería celosamente guardado por sus propios detractores, aún en los balbucesos del naciente tercer milenio. Si ésta es la hora en que «se puede intentar la santa cruzada de ir a rescatar el sepulcro del Caballero de la Locura del poder de los hidalgos de la Razón» (Miguel de Unamuno: *Vida de Don Quijote y Sancho*), es porque nuestra vacilante y huidiza mirada de filósofos ‘puros’ se ha cansado de recorrer un largo trecho en ese ancho mar de la razón moderna, sepulcro de la razón verdadera, que parece no anclar nunca en tierra firme, aunque sí en variadas y solitarias ínsulas. Si la sepultada locura del Quijote -adalid de la racionalidad encarnada en el hombre de carne y hueso, considerada locura y escándalo por muchos- está llamada a resucitar y a ser nuevamente conquistada será de la mano de quien, despojado de prejuicios racionalistas y autolátricos, se anime a enarbolar la bandera de la razón cálida, aquella racionalidad cuya certeza se mide por la temperatura del corazón moderada por el pulso acompasado de la cabeza. ¿Acaso puede haber racionalidad desentendida de humanidad que no desemboque en los ya obsoletos angostamientos de la razón, cuya anorexia nerviosa la ha llevado casi hasta su lecho de muerte? Va por eso este consejo a los navegantes de estas páginas: no hagan como aquel ‘corazón duro’ -de que nos hablara el genial Hegel- que sólo obedece a los dictámenes de la desoladora ‘razón fría’ y ábranse como el ‘alma bella’ a los imperativos de verdad transidos de la acogedora ‘razón cálida’, racionalidad cordial o cordialidad razonada, que son los nombres de la brújula que orienta la propuesta filosófica y vital a que nos invita Carlos Díaz desde su palabra fuerte, propositiva, cálida...

Filosofía de la razón cálida no es sólo el nombre del presente libro, sino la expresión sintética de la ingente trayectoria filosófica de nuestro autor quien desde su prolífica apuesta de casi 200 volúmenes se ha empeñado en mostrar que los formatos de la razón, y por ende de la verdad, son harto más amplios, complejos y fecundos que aquellos a los que se constriñen tanto los excesos de la razón racionante y fría cuanto las debilidades de la razón posmoderna, relativista y ambigua. Pensado

para los que se inician en las sendas filosóficas y contando con la ingenuidad de la mirada sin pretextos apresurados ni justificaciones tardías, nuestra *Filosofía de la razón cálida* no se reduce a una mera introducción a la filosofía que repite cansadas cantinelas. A lo largo de estas sustantivas y substanciosas páginas Carlos Díaz expone en apretada síntesis el modo en que la racionalidad cálida atraviesa todos y cada uno de los tópicos que conforman su andamiaje discursivo. Filosofía, cosmos, persona, conocimiento, valores, virtudes, sociedad, política, trascendencia, vertebrados con maestría y audacia, llenan los capítulos de este libro que intentan mostrar otro *modus philosophandi*, di-verso pero uni-versalista, al que nos tienen acostumbrados los, por lo general, clausos claustros académicos. Como nos recuerda Carlos Díaz en su introducción: la filosofía requiere heterodoxia para llegar a un mínimo de ortodoxia, aunque la suya no sea la que se acuesta al compás de los cantos de sirenas de las modas filosóficas y discursivas sino la que escucha el clamor eterno del *logos* que se hace palabra en los que por él se dejan interpelar.

Sorprenderán al lector las matizadas, ingeniosas y originales estrategias lingüísticas con que nuestro filósofo logra poner a la vista la crudeza y/o maravilla de las realidades descriptas pero transida de esa racionalidad cálida que apunta al sentido fundamentante y amoroso, emanado de su visión personalista y personalizadora hecha en él entraña de filosofía y de vida. Mas no por ello deja de ser crítica, perspicua, argumentadora, rigurosa, pues las coordenadas de la racionalidad fría son las aliadas incuestionables del uso respetuoso y omnilocuente de la razón cuando ella no se esclerosa en un discurso unilateral y unívoco, sino que tiende a la riqueza del lenguaje analógico e icónico. «En definitiva, si la razón crítica resulta fría, disociadora, asocial, monádica, pesimista, moviéndose en el marco de su propia refutación, la razón cálida congrega, alienta, sostiene, genera *anagnóresis*, reconocimiento. Por eso no hay que disociarlas, sino muy al contrario congregarlas; es menester comunicar ambas razones en la unidad de su tensión bipolar, abrirlas recíprocamente dentro de la razón cálida del *con-ceptum* (aquello que se capta conjuntamente con la razón y el corazón), dentro de la palabra encarnada: *la razón como 'logos'...*» (Carlos Díaz: *Cuando la razón se hace palabra*).

Y decir razón cálida es decir razón dialógica, plural, abierta a la presencia congregante del *logos*, que desde su raíz *lego* llama a la reunión, a la asamblea de voluntades convocadas a conjugar sus voces en la verdad por todos perseguida, aún desde el consabirse mutuo de su búsqueda sin fin y aún desde la humildad que debe portar el verdadero filósofo en el

arduo peregrinar que le ha sido confiado. Por ello es que para Carlos Díaz no hay auténtica filosofía sin compromiso comunitario, sin esa tensión apasionada y mística entre el horizonte del pensamiento y del sentido, propios de la *theoria* y de la *alétheia*, y el lugar de la cotidianidad vital, el puesto de batalla que a cada cual se le ha asignado, esa *praxis* y ese *télos* salvífico ante los que no hay que claudicar. Compromiso con la verdad, compromiso con el hombre, compromiso con los múltiples rostros del sufrimiento y del oprobio humano que hunden sus razones en la respuesta personal de esa razón cálida abierta a la trascendencia, sin la cual quedarían desfondadas sus razones y sus apuestas. Es más, para los que aún no lo conocen, cabe aclarar que el Carlos Díaz filósofo no existiría ni se entendería sin el Carlos Díaz creyente haciendo suya la urgencia filosófica de vivir al borde del abismo pero desde la confianza infinita que le presta la añoranza eterna, leída y vivida no al modo del mero Dios fundamento sino al del Tú supremo y misericordioso que al mirarlo, lo sostiene y lo abraza en su Amor sin condiciones.

En fin, sólo nos resta agradecer al profesor Carlos Díaz por su generosidad sin límites al haber respondido con esta hermosa y excepcional *Filosofía de la razón cálida* a nuestra invitación a escribir un libro para el Instituto Emmanuel Mounier de Argentina, así como por su noble amistad de la que ciertamente nos sentimos honrados y deudores. Con los augurios de sabiduría abundante que dejan su huella en esta prometedora obra damos los primeros y firmes pasos de la Editorial Emmanuel Mounier Argentina, a través de la cual intentamos proyectar las ideas e ideales del personalismo comunitario en este Sur, que espera ser tierra de promisión para esa añorada razón cálida que, como el grano de trigo, hay que haberla enterrado y regado con lágrimas y sudor para ver emerger un día sus tiernos retoños.

Inés Riego

Introducción

La filosofía requiere mucha heterodoxia para llegar a ser mínimamente ortodoxa en algo. Eternos adoradores de la contestación no son sino advenedizos permanentes, siempre obligados por ello a buscar la luz donde está la farola, no donde ha caído la llave. También requiere la filosofía bastante mayor grado de humildad de cuanto se acostumbra; en este sentido mi experiencia me dice que la mayoría de enmarañadores y recitadores de frases de vacas sagradas suelen tener poco fuste, por lo que necesitan libros elementales, y éste lo es en ese sentido. Después de que la profesora Inés Riego, presidente del Instituto Emmanuel Mounier en Argentina, me invitara gentilmente a publicar un libro, apenas si vacilé en ser coherente al respecto... Y aquí estamos. Quienes busquen libros más complejos, dedíquense a leer en griego las Hipotiposis Pirrónicas de Sexto Empírico. Después hablaríamos.

Este modestísimo libro pensado para universitarios que empiezan de cero -únicos que suelen desear aprender más que aparecer- presenta un modelo de racionalidad cálida y dialógica, en bastantes puntos opuestos a los ilustrados. En efecto, la ilustración, llevada por su confianza en la Razón, creyó posible ganar su Gran Guerra aun perdiendo día a día todas las batallas, según caían uno a uno todos los bastiones que ella tenía por inabitables, hasta el punto de desarrollarse finalmente en el marco de su propia falsación.

Para ver más clara y distintamente, la razón matematizó la existencia deviniendo sorda y recelosa a las cualidades vitales, afectivas, sensibles. Esa razón, desarrollada reduccionistamente a base de recortes metodológicos, pasó como si nada del 'somos extensión y pensamiento' al 'no somos más que extensión y pensamiento': para volar más alto arrojó por la borda todo aquello que suponía lastre, sin comprender que lo deslastrado constituía lo más valioso de su vuelo.

Hay que tener el valor de decirlo: la hipotética 'razón pura' que albergaría friamente a todos los racionantes en una especie de consenso universal no existe. Pensador tan independiente como Leszek Kolakowski afirma al respecto: «Desde hace aproximadamente cien años, gran parte de la filosofía académica se dedica a explicar que la filosofía es imposible o inútil, o bien ambas cosas. La filosofía prueba así que puede sobrevivir a su

propia muerte felizmente y sin peligro manteniéndose ocupada en demostrar que, en realidad, ha muerto. La filosofía no acaba nunca de despedirse, como el *bye-bye* de la célebre secuencia del filme de Laurel y Hardy. Ya nadie registra la mente ni el universo en busca del esquivo Grial de la certeza inquebrantable; casi todo el mundo da por sentado que todos los descubrimientos realizados en esta búsqueda -sea el cogito, la intuición eidética de Husserl, o las oraciones protocolarias vienesas- han resultado ficticios. No podemos retroceder a una inocencia cognoscitiva precultural, prelingüística, prehistórica -es decir, prehumana- y seguir usando nuestro idioma filosófico para describirla¹.

No existe una razón pura a modo de único e invisible sustrato de cualquier otra aproximación a la verdad: la razón pura como sustrato ontognoseológico no existe. A veces los lenguajes sufren crisis nerviosas, pero entonces más que nunca hay que ayudarles a 'entrar en razón' haciéndoles recordar que la célebre 'razón pura' es una mera elaboración retórica que resulta de su oposición a la denostada razón impura, la cual también sería otro concepto límite tan polar y ficticio como el anterior. 'Razón pura', 'razón impura', ambas son pervivencias residuales del maniqueísmo epistemológico; incluso Hölderlin, el inspirador del 'programa sistemático más antiguo del idealismo alemán' -pretendida *summa* de la razón pura omnicomprendensiva- lo plantea como un 'acto estético' que 'hace de la verdad y la bondad hermanas entre sí sólo en la belleza' y que postula 'una nueva mitología', una 'mitología de la razón'².

Es imposible definir lo racional químicamente puro, algo sobre lo que ninguno se puso jamás de acuerdo a pesar de todos. Nada habría más fácil para derrotar a un racionalista simplificador que pedirle una definición exhaustiva de razón: bastará con sentarse a su puerta para ver salir de ella el cadáver de la razón, muerta al pretenderla definir. El racionalista a ultranza resulta el primer enterrador de la razón, y hasta cabría decir sin exageración, aunque con paradoja, que el recurso a la 'razón pura' deviene, en tanto presume de lo contrario, un recurso irracional para no pensar la complejidad de la razón misma; mientras tanto, cada cual se defiende como puede, acusando a su adversario de andar dando trancazos contra el candil de la racionalidad en la plaza del pueblo para imponer allí en nombre de la razón el reino de su oscuridad, su energumenismo y sus tropelías.

En suma, cabe llegar a la barbarie cargado de 'razón pura' y utilizar buenas razones para malas causas: «Es muy notable el hecho de que los

¹ *Horror metaphysicus*, pp.15-16.

² Von Balthasar, H.U.: *Gloria*. V, Ed. Encuentro, Madrid, 1988, p. 280.

ignorantes acudan siempre a las matemáticas como a una ciencia maravillosa, como a una ciencia más que ciencia. Tienen esa sorda, esa oficial convicción de que las matemáticas son más científicas que la física, la física más científica que la química, la química más científica que la biología. Creen que el camino que va de la ciencia del hombre a la matemática es una progresión científica creciente»³.

¿Hasta cuándo vamos a continuar manejando herramientas intelectuales tan obsoletas? Hay que caminar hacia la *razón cálida* donde el 'yo pienso' incluye al 'yo quiero' sin fagocitarle, donde la razón se hace palabra como asegura el *personalismo comunitario*, que no es una finquita vallada, ni el lugar de entrenamiento de una secta, sino el lugar de encuentro de esa razón cálida.

Dicho lo cual, no resultará extraño que dedique estas páginas al inicial y hasta iniciático grupo personalista que da sus primeros vacilantes pasos en Córdoba, Argentina. Va por ustedes, muchach@s.

Carlos Díaz

³ Péguy, Ch: *Victor-Marie, comte Hugo*. Oeuvres, IV, 480-1.

I FILOSOFÍA

1. VOLUNTAD DE VERDAD

En el siglo V a.C. Parménides estableció una tajante distinción entre 'opinión' (*doxa*) y 'ciencia' (*episteme*). Por la misma época Platón enseña en su 'alegoría de la línea dividida en segmentos', que la sabiduría tiene varios niveles: el más bajo es el rumor, en la mitad de la línea se encuentra la argumentación, y en la cima la intuición de las verdades eternas. Fue Francis Bacon (1561-1623) quien denominó *ídolos* a los conceptos falsos que se han apoderado de la inteligencia bloqueando y obstaculizando nuestro saber: *Ídolos de la tribu*, inclinaciones comunes de la humanidad que nos llevan a tomar como verdaderas las hipótesis que están más de acuerdo con los propios deseos, teorías e intereses. *Ídolos de la cueva*, resultantes del propio carácter y de la educación recibida. *Ídolos de la plaza pública*, prejuicios que proceden del uso impreciso de las palabras y nos inducen a error. *Ídolos del teatro*, los cuales provienen de la aceptación de las opiniones de aquellas personas que gozan de más prestigio intelectual, y cuya autoridad se acepta acríticamente, simplemente porque ellas lo dicen.

De ídolo viene *ideología*, que es toda interpretación deformada de la realidad al servicio de los propios intereses. Si la ideología toma lo imaginario por real y lo real por lo imaginario, lo contrario de ideología sería la verdad. El problema está en saber quién está y quién no está exento de interpretaciones ideológicas de la realidad. El ideologizado puede llegar hasta el fanatismo, pues ni la cultura ni la inteligencia constituyen antídotos suficientes para evitarlo. El ideólogo introduce subrepticamente su mero subjetivismo contra la objetividad. Egocéntrico, es víctima de la ilusión de plenitud. Para superar estas deficiencias, la filosofía potencia el estudio, la buena voluntad y el diálogo, pues la razón es dialógica. El fanático, para que no se le escape la verdad, la agarra tan fuerte que la mata. Quien no quiere dialogar es un fanático, quien no sabe dialogar es un tonto, y quien no se atreve a razonar es un esclavo.

A decir verdad, la filosofía presenta un par de dificultades muy particulares: que no es un saber, sino un deseo de saber, y que los filósofos

discrepan respecto de su oficio; por ello la primera impresión que producen es la de estar locos, ¡imagínense la desmoralización del enfermo cuyos cirujanos discrepasen sobre el sentido de la cirugía en la sala de operaciones! Ése es el ‘escándalo de los sistemas filosóficos’: ¿acaso no resulta escandaloso que el filósofo siguiente refute al anterior?, ¿no deberían los filósofos ser denominados ‘maestros de la desconfianza’ o ‘maestros de la sospecha’, antes que amantes de la sabiduría?

¿Quizá por todo eso afirmó en el siglo V a.C. Sócrates ‘sólo sé que no sé nada’, quizá por eso también definió Aristóteles a la filosofía como ‘ciencia que se busca’ más allá de las cosas físicas (*metá-physiká*), quizá también por no saber nada necesita el filósofo una andadera para caminar, un ‘método’ (*metá-odós*, ‘más allá del camino’) Filosofía y camino van tan unidas, que algunos griegos no sabían hacer filosofía de otra forma que caminando, ‘peripateando’ (de ahí el nombre de *perípatos* para las primeras escuelas filosóficas griegas). Todavía hoy, mientras la filosofía occidental camina, la sabiduría oriental se sienta. El Oriente es el reposo de la estatua de Buda; el Occidente, el anhelo de cambio continuo.

Ahora bien, si la filosofía consiste en reconocer la ignorancia, y todos ignoramos en diverso grado, ¿bastaría con ignorar cual asno para ser considerado filósofo? No, porque el asno no sabe que ignora. Por eso al socrático ‘sólo sé que no sé nada’ ha de seguirle un ‘pero quiero saberlo todo’; el filósofo debería formular el siguiente juramento filosófico antes de ejercer su oficio: «Afirmo por mi honor que sólo sé que no sé nada, en comparación con lo que aún me falta por saber: me dedicaré de por vida a estudiar, aunque el ámbito de mis preguntas sea mayor que el de las respuestas que pueda obtener. Mientras tanto, poco a poco, modestamente, iré descubriendo verdades que sirvan de soporte para seguir adelante».

En el arte de preguntar lo que cuenta no es únicamente el resultado (la sabiduría), sino también el esfuerzo libre y desinteresado: los hombres comienzan y comenzaron a filosofar movidos por la admiración; al principio, admirados ante los fenómenos sorprendentes más comunes; luego, planteándose problemas mayores. Poco a poco, la filosofía deviene el análisis de todas las cosas buscando sus últimas causas a la luz de la razón. No todas las preguntas encuentran respuesta; respecto a las más importantes, ya es mucho que hayan sido formuladas por los grandes espíritus de forma cada vez más sabia sobre la mayor cantidad de cuestiones posibles y con un nivel interrogativo más profundo. Quien no pregunta no aprende.

En todo caso, no existe amor a la sabiduría sin un mínimo de

sabiduría: los asnos no preguntan porque no saben; pero asimismo no saben porque no preguntan. Los niños aprenden rápidamente porque preguntan mucho; a veces llegan a cansar, qué le vamos a hacer. Por si acaso, al adulto excesivamente preguntón siempre podremos responderle mientras fijamos nuestra pupila en su pupila azul: '¿Y tú me lo preguntas? ¡Filosofía eres tú!'

La filosofía entra a la verdad por el amor. Como amar es querer el bien para alguien, el movimiento del amor tiene dos términos: el que se quiere para alguien, y ese alguien para quien se quiere el bien. El jardinero, el comerciante, el estudiante o el profesor de filosofía (¡incluso él!) se comportan como filósofos cuando, interesados en la realidad, reflexionando, abriéndose al saber, aman la verdad que van descubriendo. El filósofo pregunta con un nivel interrogativo más profundo pues, si bien subjetivamente no existe pregunta más importante que otra, objetivamente hay preguntas muy tontas y otras muy agudas. Por las preguntas que el otro formula conocemos el grado de su sapiencia. Según Kant, la filosofía es en su preguntar incesante 'la sabiduría que refiere todo el conjunto de los conocimientos a los fines esenciales de la razón'. Por eso el filósofo es: un cultivador de la sabiduría, que a diferencia de los demás científicos ocupados en sus parcelas particulares de investigación, busca el conjunto de los saberes, y custodia los fines esenciales de la razón misma.

Capacitado para entender la razón universal, y por eso idóneo para suministrar razones particulares, el filósofo merecería el título que Kant le aplica de acomodador (*Platzanweiser*) o encargado de llevar la linterna haciendo luz donde había sombra. Pero hay más: el filósofo que así ilumina con la razón teórica ha de iluminar también la práctica vital cotidiana, el comportamiento moral (*Gesetzgeber*): ayuda a filosofar para la vida: ¡nada menos que iluminadora y reguladora es la razón filosófica! Si para los filósofos presocráticos saber era entender, para Sócrates discernir, para Platón definir, para Aristóteles demostrar, para Kant es trabajar en favor de la humanidad. Puede decirsenos que muchos filósofos no han querido llegar tan alto, de acuerdo; pero falta saber si esa renuncia ha sido fruto de la dificultad o de la pereza: en este último caso no merecerían estimación como tales filósofos.

El saber filosófico va entreverado de ignorancia; además, no siempre se sabe decir lo que se sabe, ni se sabe del todo lo que se quiere decir; con frecuencia tengo algo que decir, pero no sé del todo qué, ni cómo. La sabiduría es como las luciérnagas, necesita las tinieblas para brillar. El

entendimiento alumbra como las velas, derramando lágrimas, y no hay saber que no tenga 99% de transpiración y 1% de inspiración.

No poco de cuanto pasa por sabiduría es pedantería. Es más fácil la erudición, archivo de conchas sin molusco, que la sabiduría que reduce lo sabido a lo esencial, por eso la sabiduría puede definirse como aquello que queda cuando toda erudición se ha olvidado, no antes de que haya sido olvidada. Frente a la erudición, el saber es como un edificio hermoso, que ha de tener su entorno libre para que podamos disfrutar de su verdadera forma. Libre, sobre todo, de la vanidad.

Mucho es lo que se espera de la filosofía, pero resulta difícil estar a su altura, de ahí su desprestigio cuando, al intentar responder al cúmulo inacabable de cuestiones que la vida suscita, echa la lengua afuera para apagar todo lo inflamado quedándose sin resuello; entonces el filósofo aprendiz de todo y maestro de nada se hunde, pues mientras el resto de los mortales ha aprendido a dominar su correspondiente oficio o parcela de saber, él no tiene otro título que el de aficionado a todas las causas, por lo cual se le mira por encima del hombro. Además, como las ciencias pulverizan y dejan atrás sus propios saberes cada día, el filósofo cada vez ignora más.

En el siglo XIX, Augusto Comte quiso hacer de la filosofía el lugar de reflexión sobre las generalidades que entonces podía abarcar una sola mente humana; todavía hasta hace un cuarto de siglo los maestros de escuela ejercían como docentes enciclopédicos encargados de transmitir a los pequeños los rudimentos de todo conocimiento. Pero la especialización, la 'barbarie del especialismo', ha pulverizado las pretensiones generalistas pasadas, pues ningún humano puede tener en su cabeza la biblioteca necesaria para entenderlo todo.

También el marxismo buscó un método común a todos los saberes para lograr, si no la unidad de contenidos, sí al menos la unidad de método. Paralelamente al marxismo, el Círculo de Viena creyó hallar la unidad de método en la física como herramienta común a todas las ciencias, para lo cual redujo el lenguaje y el pensamiento humanos al lenguaje de la física, pero semejante pretensión pronto se mostró falsa; aquello de 'idéntico rancho para todos' no funcionaba, pues cada área del saber requería una receta distinta.

Finalmente, dada la dificultad de lograr esa cuadratura del círculo del 'especialista en generalidades', se ha avivado la convicción de que en cada pequeña cuestión tratada con profundidad están presentes todas las grandes. Queda, pues, la otra perspectiva, la del trabajo interdisciplinar, la colaboración de especialistas procedentes de áreas diversas en torno a un

programa común de investigación, a la búsqueda de un lenguaje común y de un método interactivo, dirección en que se trabaja cada vez más: el investigador cultiva una disciplina determinada y traslada sus preguntas a otros especialistas en otras áreas, siendo la filosofía el campo común de preguntas y respuestas interdisciplinares.

2. INVITACIONES DEL SABER FILOSÓFICO

Orientar el autoconocimiento

La filosofía enseña a verse a sí mismo con honestidad, sin inflamarse con teatral indignación, sin máscaras, con lúcida conciencia de las propias inconsecuencias. Si no razones te arriesgas a convertirte en potencial agresor. Hay quienes esperan el redoble del tambor y el airear al viento de la bandera para lanzarse contra el enemigo. Como los primates, sienten entonces erizar sus cabellos, adelantar la barbilla, tensar el cuerpo, y buscan pelea. Desciende a las profundidades de tu yo, entonces podrás corregirte sin echar la culpa de tu cojera al empedrado. Conócete a ti mismo, porque en ti viven los tuyos, tu pueblo, la humanidad: quien sabe de sí sabe de todos. Quien se autoconoce sabe criticar. Criticar no es destruir. Sin amor, la crítica es envidia. La filosofía enseña a denunciar al gato que quiere pasar por liebre, y a tal efecto no tiene pelos en la lengua. Esto entraña vivir en el riesgo, pues donde hay poca justicia es peligroso tener razón.

Grande es el fallo de ciertos profesores que, presumiendo de criticistas, se adelantan a los adolescentes en celo subversivo, enseñándoles la sola refutación por principio. Es justo en su heterocrítica quien sabe autocriticarse: sólo supero los propios errores que reconozco, para lo cual necesito humor. El humor es la verdad llena de simpatía. Ciertos pueblos dirimen sus rivalidades profundas contando chistes, ironizando, cantando, silbando, etc. Los hombres se diferencian entre otras cosas de los demás animales en su capacidad de reírse sanamente -sin hacer daño- de los demás y de uno mismo. Si eres capaz de reírte indulgentemente de ti mismo, no temas: en lugar de enervarte por tus limitaciones, podrás superarlas. Sonreír es facilitar la verdad. Cipselo, más tarde señor de Corinto, se salvó de niño según la leyenda porque sonrió a quienes iban a ser sus verdugos. No esperes nunca a que la sonrisa parta del otro. Si quieres ventaja, tómatala: consista tu ventaja en ser el primero a la hora de

sonreír. Quien sonríe primero sonríe dos veces. Y no te acerques a una cabra por delante, a un caballo por detrás, ni a un carente de humor por ningún sitio.

Cuando el filósofo se equivoca, lo reconoce. Tres palabras difíciles de decir, y por ende raras: 'Me he equivocado'. Añade dos más ('lo siento'), y habrás pronunciado las cinco más importantes de tu sabiduría. No hay en la vida mejor pegamento que una disculpa, pues ella lo une todo. Tú sabes que el pedir perdón no te rebaja, antes al contrario te ennoblece. Si el otro no entiende tu gesto, tanto peor para el otro. Hasta los animales se muestran menos fieros cuando uno de ellos solicita la indulgencia del otro. No seas tú más animal. Si eres orgulloso conviene que ames la soledad: los orgullosos siempre se quedan solos.

Por lo demás, el autocrítico sabe aceptarse a sí mismo (¿para qué autodespedazarse?) y reconocer en los otros sus aspectos positivos.

Orientar la vida moral

La filosofía invita a la actitud serena y prudente, al discernimiento desapasionado; esta actitud es en cada circunstancia concreta la regla última del acto. La sabiduría vital acomoda su comportamiento a lo sensato y exento de arbitrariedad, enseña a vivir y no sólo a imaginar cómo se viviría lo que se piensa, pues cuanto mayor es el abismo que separa a la teoría de la práctica, tanto más insincero es el discurso. En su deseo de hacer el bien, proporciona contenidos formativos que ayudan a ser plenos, y no simplemente felices a cualquier precio, por eso propone un corazón encantado con la realidad pese a las desventuras, porque un corazón triste sería un triste corazón; un corazón liberador que supera las esclavitudes; un corazón esencial que se conforma con poco para ser feliz; un corazón modesto que se abre a lo grande y lo saluda; un corazón bueno que perdona y permite rehacer los vínculos cuando todo parecía perdido; un corazón paciente que espera, disculpa, acompaña y se esfuerza por ponerse en positivo.

Orientar la razón científica

La filosofía acentúa el rigor del método, el hábito reflexivo. Un 'programa de investigación' es una estructura que sirve tanto de guía positiva (diciéndonos lo que hay que hacer y evitar), como negativa (no pudiéndose rechazar ni modificar los presupuestos básicos del 'núcleo

central' del programa, que hay que conservar mediante un 'cinturón protector' de hipótesis auxiliares y supuestos adicionales). Un pensar maduro se rige por un solo 'paradigma' o principio abierto y flexible, en cuyo interior los problemas que se resisten a ser solucionados son considerados anomalías más que crisis; por tanto, no hay que culpar de la propia torpeza a los instrumentos que manejamos. Consecuentemente no debe criticarse de entrada el paradigma aceptado, pues si todos criticaran por principio todas las partes del marco conceptual en el que trabajan no se llevaría a cabo ninguna investigación. Sólo cuando existan fallos graves entrarán en crisis esos fundamentos, y entonces deberán ser reemplazados: será el momento de la 'revolución' científica, de la cual puede salir progreso en mayor medida que en la 'acumulación de tradiciones', pues los pensadores enfrentados a la emergencia promoverán estrategias para resolverla.

Hacer un mundo mejor

La filosofía es *convivium*, ser-viviendo-con-los-demás. La amistad entre los particulares debe completarse con la amistad entre los ciudadanos. El filósofo rechaza las discriminaciones mostrando una efectiva preocupación y sensibilidad con las personas desfavorecidas. Se dirá que no solamente la filosofía puede trabajar en esta línea, y se dirá bien; pero la filosofía intentará también la fundamentación racional de esas actitudes, su universalización mediante un esfuerzo de profundización y sistematización.

No se hace un mundo mejor si nuestro interior está mal. Si los japoneses descargan la tensión de su hiperlaboriosidad en las artes marciales es porque el deporte, ritualizado, reglamentado, convertido en juego caballeroso, deleita, instruye, y tonifica. Un puñetazo a un saco evita un puñetazo a un enemigo. ¡No es lo mismo vivir con problemas que morir entre balas! En la búsqueda de la verdad lo importante no es sólo ganar, sino participar con elegancia. Descansa. Hay personas que no saben perder el tiempo ellas solas, y por ello son azote de las gentes ocupadas.

Hacer un mundo mejor exige a la vez mayor cercanía, reconocer a los demás, y ese reconocimiento comienza por el saludo. Sin el saludo conoces, con el saludo reconoces. No olvides que si dejas de saludar a los conocidos comenzarán tarde o temprano a desconfiar de ti y acabarán un día infortunado por volverte la espalda, hurtando su rostro. Saludar no es de ninguna manera fingir, sino practicar en vivo y en directo la convivencia que termina calmando la desconfianza. Saint-Exupéry (1900-1944)

muestra cómo allí donde existe amistad todo cambia entre los antiguos enemigos: las melenas doradas del Principito no serán ya, tras la amistad de ambos, unas melenas doradas más entre millones de otras tantas, sino un cabello querido y evocado hasta por el color del trigo, y los pasos del Principito no llevarán al Zorro a esconderse en la madriguera porque serán los pasos conocidos de un amigo.

Trascender

La filosofía busca, y la búsqueda no termina en la inmanencia de este mundo, pues todo pensamiento que no se decapita desemboca en la trascendencia, en lo eterno. Ahora bien, no cabe búsqueda de lo eterno sin alguna esperanza en la bondad de la realidad de esta vida. A diferencia de quien contempla a los humanos como seres egoístas y orgullosos inmersos en el mal y destinados a la nada, el filósofo procurará ayudar a plenificarse en la esperanza, por ser su función sanadora.

3. SABER FILOSÓFICO Y SABER CIENTÍFICO

3.1. Razón cálida

Falibilidad

La filosofía es razón cálida, por eso dice: quizá yo esté equivocado y quizá usted tenga razón, quizá ambos podemos estar equivocados. Es imposible evitar todos los errores. Todos cometemos equivocaciones continuamente, por eso debemos hacer lo posible para evitarlas, conscientes de la dificultad que los errores pueden ocultarse a todos. Debemos, pues, cambiar nuestra actitud ante el error. Intentar ocultar su existencia constituye la máxima sinrazón: estemos, pues, continuamente al acecho para detectarlos, especialmente los propios, con la esperanza de ser los primeros en manifestarlos. Forma parte de nuestra tarea poseer una actitud autocrítica y honesta hacia nosotros mismos. Puesto que debemos aprender de nuestros errores, también debemos aprender a aceptarlos, incluso con gratitud, cuando nos les señalan los demás: necesitamos a los demás para descubrir y corregir nuestros errores. Si la autocrítica es la mejor crítica, la crítica de los demás nos resulta imprescindible. Guiados por la idea de acercamiento a la verdad

objetiva, la crítica será impersonal y benévola; queremos críticamente, pero sin ningún tipo de crítica personal, poner a prueba nuestras razones a favor y en contra de nuestras variadas -criticables- teorías. Esta actitud crítica a la que estamos obligados a adherirnos forma parte de nuestra responsabilidad.

Afectividad

Pertenecen a la razón vital los sentimientos, de ahí la necesidad de encauzar la especulación hacia el horizonte del bien, de la belleza, del arte, de la música, del humor. La razón vital valora el 'yo quiero' que se reconoce en el 'yo soy querido' y que sabe que sólo conoce aquel que se deja conocer por los otros. También el dolor es fuente fuerte de conocimiento, tanto el dolor propio como el ajeno, e incluso el dolor de la presencia de los ya desaparecidos. No hay afectividad descarnada. El cuerpo no es algo ajeno a nosotros. Lamentablemente las diversas tradiciones reflexivas ocultaron el cuerpo como si se tratara del cuerpo del delito.

Intuitividad

Llega un momento en que no cabe dar más razones, sino evidenciar los hechos, los cuales ya no se demuestran, se muestran. No siempre las razones poseen suficiente valor explicativo: resultaría ridículo que alguien nos pidiera 'diez buenas razones para explicar por qué los padres quieren a los hijos'. Desde esa perspectiva, la razón vital apuesta por aquellas intuiciones que benefician al individuo y a la especie: que el ser es superior al tener, y que las personas valen más que las cosas; que dar la vida es bueno y quitarla es malo; que el hombre es un fin en sí mismo y no un medio; que la felicidad crece más cuanto más se extiende; que el amor es más valioso que el odio; que sólo si las demás personas son libres lo soy yo también; que nada sería mejor para el hombre que la existencia de un Dios que le amara desde siempre y para siempre.

Comunicatividad

La razón vital, cálida, contiene la benevolencia y la fidelidad. La instancia suprema de la racionalidad vital es el diálogo que se expresa en términos de alianza, es decir, de fidelidad por fidelidad; no es una fidelidad a la Ley como reflejo de un orden universal al que hubiera que ajustarse, sino que la fidelidad humana tiene como término al Tú de Dios. Esta

fidelidad funda un orden nuevo que tiene su realización social en la práctica del derecho y la justicia. La admiración es el punto de llegada del conocimiento, su plenitud, y es sobre todo admiración ante alguien, por eso tiene expresión adecuada en la oración o acción de gracias. El amor fiel es la razón del mundo, su causa estructurante; lo que cae fuera de ella es decaimiento de ser, des-creación. Por eso la estructura íntima de la razón es diálogo: comunicación de Dios con el hombre y del hombre con el hombre.

3.2. Razón fría: orden, regularidad, rigor, organización

La ciencia estudia la estructura organizativa en distintos modelos y en distintas unidades de nivel, jerárquico o no. Una racionalidad desordenada sería caótica. Cualquier movimiento de un sistema supone cierta estabilidad que indica que a lo largo del tiempo se mantiene el mismo sistema. La reiteración posibilitará también la reiteración conceptual, aunque no debe confundirse estabilidad del sistema con constancia. La diferencia provoca dos enfoques: estático y dinámico. En los sistemas, con su organización estructural, hay repetición de formas, aunque en la naturaleza los objetos que existan sean, en sí, únicos y diferentes. No habría razón sin rigor metódico. Un rigor sin método lo es sólo por azar y durante breve tiempo. Gracias al método se convierte el rigor en sistema, en ruta segura. En el sistema las normas han de cumplirse (¡por sistema!), como una gran autopista bien señalizada, con unas reglas de juego comunes a los usuarios, donde no han lugar los riesgos innecesarios de la arbitrariedad.

Argumentatividad, evidencia, objetividad

El método y el rigor se expresan mediante argumentos, por lo cual devienen inferentes, probatorios, demostrativos, fundados. Quien prueba, demuestra, explica y funda sabe que lleva razón. En la universalidad de la razón descansa su carácter dialógico o intercomunicativo. No basta con 'llevar razón', hay que darlas. La racionalidad disminuye en relación de proporcionalidad directa a su incomunicabilidad: a menor grado de comunicabilidad, menor grado de racionalidad. La evidencia no excluye el intuicionismo, pero recorta su alcance. Separación nítida entre lo conocido y quien conoce. Incluso si el propio sujeto se convierte en sujeto de estudio, automáticamente se convierte en lo otro a lo cual hay que enfrentarse. El sujeto se enfrenta a la naturaleza a la que trata de dominar. De ahí

la posibilidad de que el conocimiento obtenido en los procesos de transformación de la naturaleza corresponda a dicha naturaleza.

Universalidad, simplicidad

La razón busca la relación causa-efecto, la necesidad y la no-excepcionalidad del discurso, de ahí el universalismo que toda argumentación racional anhela alcanzar: explicar definitivamente con unas cuantas leyes la razón suficiente y el sentido. La naturaleza sigue en sus transformaciones la vía más fácil, por ello el conocimiento exige sencillez y simplificación.

Ampliabilidad

El conocimiento no se obtiene de una vez para siempre. Cada teoría puede ser ampliada hasta el infinito, bien por desarrollo interno, bien por yuxtaposición de nuevas teorías. Que ello suponga modificaciones o cambios estructurales en las teorías es algo secundario frente a la convicción de que el conocimiento es en principio una acción abierta al infinito tanto en profundidad como en extensión. Por aproximaciones sucesivas se alcanzan posiciones más adecuadas. Esto posibilita los procesos de ensayo y error, experimentaciones reiteradas. El sueño que Hilbert expresaba en 1925 de que en matemática no existe la palabra 'ignoraremos' fue echado abajo por el teorema de Kurt Gödel (1931). Para Gödel, en cualquier sistema formal aritmético existen proposiciones 'indecibles', es decir, que ni su afirmación ni su negación resultan demostrables, y una de ellas es precisamente la que afirma la consistencia del sistema, o sea, la imposibilidad de que en él aparezcan contradicciones. El quehacer matemático es un proceso tentativo de acercamiento a la realidad que no se puede soñar en realizar de un golpe ni completamente. No tratamos de verdades inmutables ni infalibles. La causa profunda de esta incompletitud de la matemática es la presencia en ella de los procesos infinitos. Lo nuestro es lo infinito, sí, pero acompañado por la conciencia de la falibilidad de nuestros procesos de acercamiento a él y del empeño de corrección de nuestros errores cuando éstos sean reconocidos.

La razón científica resulta fría, la razón cálida congrega, pero no por eso hay que disociarlas, sino mantenerlas en su tensión: «La verdad científica se caracteriza por la exactitud y el rigor de sus previsiones. Pero estas admirables cualidades son conquistadas por la ciencia experimental a cambio de mantenerse en plano de problemas secundarios, dejando intac-

tas las últimas, las decisivas cuestiones. De esta renuncia hace su virtud esencial, y no sería necesario recalcar que por ello sólo merece aplausos. Pero la ciencia experimental es sólo una exigua porción de la mente y el organismo humanos. Donde ella se para, no se para el hombre. Si el físico detiene la mano con que dibuja los hechos allí donde su método concluye, el hombre que hay detrás de todo físico prolonga, quiera o no, la línea iniciada y la lleva a terminación como, automáticamente, al ver el trozo del arco roto, nuestra mirada completa el área curva manca. Quiero decir con esto que no nos es dado renunciar a la adopción de posiciones ante los temas últimos: queramos o no, de uno u otro modo, se incorporan en nosotros. La verdad científica es una verdad exacta, pero incompleta y penúltima, que se integra en otra especie de verdad última y completa aunque inexacta. Vemos aquí, en clara contraposición, dos tipos de verdad: la científica y la filosófica. Aquella es exacta, pero insuficiente; ésta es suficiente pero inexacta. Y resulta que ésta, la inexacta, es una verdad más radical que aquélla» (José Ortega y Gasset: *Qué es filosofía*).

II COSMOS

1. EL UNIVERSO

Las leyes de la evolución enunciadas por Darwin dejan muchos interrogantes: ¿quién ha determinado estas leyes?, ¿por qué ‘azar’ se han aproximado ciertos átomos para formar las primeras moléculas de aminoácidos? Y, aún más, ¿por qué azar esas moléculas se han ensamblado hasta llegar a ese edificio terriblemente complejo que es el ADN?, ¿quién ha elaborado los planos de la primera molécula de ADN, portadora del mensaje inicial que permitirá reproducirse a la primera célula viva? A escala cósmica, la vida debe abrirse un difícil camino, sembrado de miles de obstáculos, antes de emerger por fin. Por ejemplo, el espacio vacío es tan frío que, dentro de él, cualquier criatura viva, incluso la más sencilla, sería congelada instantáneamente, ya que la temperatura desciende a menos de 273 grados. En el otro extremo, la materia de las estrellas es tan ardiente que ningún ser vivo podría resistir allí. Es decir, en el universo hay perpetuas radiaciones y bombardeos cósmicos que vedan casi en todas partes la manifestación de lo viviente. Es el infinito de lo frío, el infinito de lo caliente, la multiplicidad de los bombardeos. Ahora bien, a pesar de todo eso, la vida ha aparecido, al menos sobre nuestro planeta.

Inmenso

En el firmamento existen miles de millones de galaxias, estructuras gigantescas cada una de las cuales contiene a su vez un promedio de cien mil millones de estrellas como el sol; en total hay más de doscientos mil trillones de estrellas luminicas. Existen galaxias setenta veces mayores que nuestra Vía Láctea. La gran nebulosa de Andrómeda es una galaxia vecina cercana a la nuestra, a 700.000 años luz de la tierra, apenas perceptible a simple vista; las más distantes conocidas se encuentran a varios miles de millones de años luz de nosotros, y puede que aún existan más. La estrella Antares de la constelación de Escorpio equivale a 113 millones de soles como el nuestro, aunque la mayor de todas las estrellas conocidas (Alfa,

de Hércules) es ocho mil millones de veces mayor que el sol; el resplandor de una estrella Supernova brilla como mil millones de soles como el nuestro. Una estrella roja supergigante llenaría toda la órbita de Marte. Las grandes distancias se miden por años luz, equivaliendo cada uno de ellos a nueve billones y medio de kilómetros.

Pero no sólo es grande lo grande, también lo pequeño: un átomo es la millonésima de un milímetro cúbico y su peso una trillonésima de un gramo. Una cucharadita de protones tiene el peso de 24 millones de kilos. El electrón del hidrógeno rodea el núcleo de su átomo 6.000 billones de veces por segundo. ¿Sabes que si cada átomo de un gramo de sal tuviera el tamaño de una cabeza de alfiler el conjunto de los átomos que componen el grano de sal cubriría toda Europa con una capa uniforme de veinte centímetros de espesor? ¿Sabes que si desearas saber el número de átomos de un grano de sal y fueras lo suficientemente rápido como para contar mil millones de átomos por segundo necesitarías más de cincuenta siglos para realizar el censo completo? ¿Sabes que se necesitan cerca de 6.000.000.000.000.000 de electrones por segundo para mantener encendida una simple bombilla de 100 watios? ¿Sabes que el núcleo ocupa el 0.00000000000001 % del volumen del átomo? Un solo pez, la malva vulgar, es capaz de producir 25 millones de peces al año; la pescadilla pone cada vez un millón de huevos, y el bacalao tres millones; el hígado humano tiene desde cuatro millones de células hasta un billón en algunos; en el cerebro humano existen un billón (1.000.000.000.000) de células, de las que una décima parte son neuronas.

En el universo la sustancia de las cosas es lo no-material, lo esencial es invisible a los ojos: la sustancia de la materia se disipa en lo fluctuante y discontinuo, en una red de relaciones. Y el resto, a excepción de los diminutos electrones, es espacio vacío: si todos los átomos que componen tu cuerpo humano, venciendo la enemistad del vacío que los separa, se juntaran hasta tocarse, obtendrías el tamaño de una ínfima mota de polvo de apenas unas milésimas de diámetro.

Complejo

Pero, además de grande, todo es complejo. Si iluminas en exceso la trayectoria de un electrón para seguir su pista le pierdes, y si no le iluminas suficientemente no le sigues la pista; si lo archivas sabrás dónde está, pero nunca lo necesitarás, y si no lo archivas lo necesitarás pero nunca sabrás dónde está. Un fenómeno no es verdaderamente tal hasta

que es observado, pero cuando es observado se convierte en «noúmeno» o realidad misteriosa.

Ordenado

El universo grande y complejo es también ordenado. Aunque la trayectoria de cada partícula luminosa es aleatoria e imprevisible, sin embargo a la larga los fotones no dejan una mancha aleatoria sobre la placa fotográfica, sino que el conjunto de partículas forma una figura perfectamente ordenada, previsible y conocida con el nombre de ‘franja de interferencias’, por lo que más allá del carácter ‘aleatorio’ de cada partícula aislada se da un grado muy elevado de orden. Aunque físicos como el austriaco Ludwig Boltzmann (1844-1906) afirman que los procesos discurren en el sentido de un desorden siempre creciente, la naturaleza logra abrirse camino con orden y concierto, lo mismo que el profesor encuentra sus apuntes entre la masa desordenada sobre su mesa de trabajo. Bajo el desorden visible de los fenómenos existe un orden profundo que permite explicar lo que nosotros interpretamos como desorden.

Según el premio Nobel de Química Ilya Prigogine, el desorden no es un estado ‘natural’ de la materia, sino un estadio que precede a la aparición de un orden más elevado: las cosas se comportan como sistemas abiertos, es decir, que intercambian continuamente con su entorno energía e información, varían regularmente a lo largo del tiempo, y deben ser considerados como fluctuantes. Esas fluctuaciones pueden ser tan importantes, que la organización que las acoge puede verse incapacitada para tolerarlas sin transformarse. A partir de este umbral crítico hay dos posibilidades: o el sistema es destruido por las fluctuaciones, o alcanza un nuevo orden interno caracterizado por un nivel superior de organización. Y aquí llegamos al corazón del descubrimiento de Prigogine: la vida descansa en estructuras dinámicas, ‘estructuras de disipación’, cuyo cometido consiste, precisamente, en disipar el influjo de energía, de materia y de información responsable de una fluctuación produciendo nuevo orden. Este nuevo enfoque del orden desmiente al segundo principio de la termodinámica, según el cual los sistemas cerrados pasan en el curso del tiempo inevitablemente del orden al desorden. Lo que demuestra Prigogine es que precisamente sucede lo contrario en los sistemas vivos.

Lo mismo afirma el ‘principio antrópico’ formulado en 1974 por el

astrofísico inglés Brandon Carter: un orden implícito, profundo e invisible subyace al aparente desorden explícito y a la abundancia y al derroche que se observa en la superficie de la naturaleza modelando en el aparente caos las formas físicas complicadas y altamente organizadas, que van adquiriendo un grado creciente de orden.

2. LA VIDA

Hace mil millones de años que el sol brilla sobre la Tierra de los primeros tiempos. Hasta donde alcanza la vista, no se distinguen sino inmensos desiertos de lava fundida que vomitan sin interrupción columnas de vapor y de gas de varios kilómetros de altura. Poco a poco, esas nubes oscuras se acumulan y forman la primera atmósfera de la Tierra. Gas carbónico, amoníaco, óxido de carbono, nitrógeno e hidrógeno: esa mezcla opaca, mortal, abruma entonces el horizonte, aún vacío.

Pasan millones de años. Lentamente, el calor comienza a decaer. Ahora la lava forma una pasta, tibia aún, sobre la que ya se podría andar. El primer continente acaba de nacer. Entonces un acontecimiento capital viene a romper la monotonía de esa edad remota: las nubes inmensas que giran en el cielo se condensan y la primera lluvia del mundo comienza a caer. Durará siglos. El agua invade casi todo el planeta, rompe contra las depresiones hasta que forma el océano primitivo. Durante centenares de miles de años, olas gigantescas golpean la roca negra. La Tierra, el cielo y las aguas están todavía vacías. Sin embargo, las moléculas primitivas son constantemente agitadas por las monstruosas tormentas que se desencadenan, quebrantadas incansablemente por la formidable radiación ultravioleta del sol. En ese estadio surge lo que, retrospectivamente, parece un milagro: en el corazón de este caos se juntan y se combinan algunas moléculas para formar progresivamente estructuras estables, reflejos de un orden. Ahora, una veintena de aminoácidos existe en los océanos: son los primeros ladrillos de la materia viva. Al cabo de una ascensión muy larga y misteriosa hacia la complejidad, emerge por fin la primerísima célula viva: la historia de la conciencia podrá comenzar. Pero ¿cómo podría un flujo de energía que se derrama aparentemente sin objetivo esparcir la vida y la conciencia por el mundo?

El desafío ecológico

A finales del pleistoceno, hace dos millones de años, ciertos cambios climáticos acaecidos en el África meridional causaron la pérdida de árboles y bosques, ahora substituidos por sabanas semiáridas. De este modo diversos grupos de australopitecos se vieron forzados a adaptarse a un nuevo sistema ecológico, pasando de recolectores a cazadores de pequeños animales de movimientos lentos, como crías de aves, etc. De este modo adoptaron una dieta omnívora, lo cual multiplicó sus posibilidades de supervivencia. Por lo demás, el comportamiento del cazador ha de ser más rápido que el del recolector pues, obligado a perseguir su pieza, tiene que adaptarse a sus modalidades de huida y defensa.

El bipedismo

La aptitud para la posición bípeda debió de afirmarse por las indudables ventajas que el bipedismo ofrecía en un medio abierto y poco boscoso. El primate que podía enderezarse y desplazarse con las articulaciones posteriores tenía un mejor control del terreno, extendiendo el campo visual. Podía divisar desde lejos eventuales depredadores y buscar refugio a un tiempo. Tenía además mayores oportunidades en la recogida de frutos y bayas para comer; en fin, la mano, liberada de las funciones de apoyo y sostén, podía usarse para blandir palos o empuñar piedras, para defenderse o cazar.

Otras ventajas del bipedismo son el incremento de vínculos sociales y familiares; la posibilidad de procurarse alimento y de transportarlo al territorio familiar debió de favorecer una división de los quehaceres entre el macho y la hembra: el primero se encargó sobre todo de la búsqueda de alimentos, mientras que la segunda cuidaba de la prole. El bipedismo, al ser un comportamiento adquirido, exigió una relación parental más estrecha. Pasará todavía mucho tiempo hasta que las manos se utilicen según el deseo de la mente y puedan construir objetos manufacturados. Entonces sí habrá un salto cualitativo gracias a la cultura.

La mano

¡Cuán grande es la distancia que separa la mano primitiva de los monos, incluso la de los antropoides superiores, de la mano del hombre,

perfeccionada por el trabajo durante centenares de miles de años; ni una sola mano simiesca ha construido jamás un cuchillo de piedra, por tosco que éste fuese! Los monos pueden aprender a valerse de un palo para alcanzar la fruta, pero estas operaciones no se fijan en herramientas encargadas en el futuro de tales operaciones. Por eso los animales no conservan sus 'herramientas' ni las transmiten de una generación a otra. No pueden, pues, efectuar esa 'acumulación' de las funciones que caracteriza a la cultura. Por el contrario, el empleo de herramientas por el hombre tiene un carácter completamente distinto: la mano forma parte del sistema de operaciones encarnadas por la herramienta y está sometida a ella. Al asimilar la utilización de las herramientas, el hombre modifica sus movimientos naturales e instintivos y adquiere en el curso de su vida nuevas facultades motrices más perfeccionadas; el empleo de cierto conjunto de herramientas equivale a desarrollar cierto número de aptitudes.

Antes de que el primer trozo de sílex hubiese sido convertido en cuchillo por la mano del hombre, debió haber pasado un período de tiempo tan largo que, en comparación con él, el período histórico conocido por nosotros resulta insignificante. Pero se había dado ya el paso decisivo: la mano era libre y podía adquirir ahora cada vez más destreza y habilidad; y esta mayor flexibilidad adquirida se transmitía por herencia y se acrecentaba en cada generación. La mano no es sólo el órgano del trabajo, es también producto de él.

En resumen, las manos fueron la primera herramienta de precisión (herramienta de herramientas). Mano, boca (dieta omnívora) y cerebro forman el triángulo esencial en la constitución de lo humano, una vez que tugo lugar la bipedestación.

El pensamiento conceptual

Sobre la base de sus cualidades anatómicas (capacidad craneana, etc) ¿qué otras funcionales existen en el hombre que propicien la aparición del pensamiento conceptual?

Representación central del espacio

Los organismos que viven en medios poco complejos, como el alta mar o una estepa, necesitan poseer reacciones de orientación mucho menos precisas y diferenciadas que los organismos que han de en-

frentarse constantemente con situaciones complicadas y quieren salir airoso de ellas.

Polifacetismo y curiosidad exploradora

El hombre es un animal no especializado, un ser de carencias, pues ni sus pautas innatas de comportamiento ni su estructura anatómica están adaptadas específicamente a un medio concreto, por lo que pueden adaptarse más fácilmente a cualquier medio; sus opciones adaptativas contribuyen a la multifuncionalidad de las distintas partes de su organismo. Como el atleta del decatlón, puede ser superado por los especialistas en cada una de las actividades especializadas (correr, saltar, marchar, nadar, lanzar, etc), pero supera a todos si tomamos las pruebas en conjunto. El animal no especializado es esencialmente curioso, explorador; sólo en el hombre dura toda la vida la curiosidad por las cosas, el deseo de conocer.

Neotenia

El hombre se comporta como un animal joven: carece de vello y pelo en el cuerpo, tiene más cráneo que cara, etc. Por eso existe más parecido entre un hombre adulto y un chimpancé joven que entre un hombre y un chimpancé adulto. Mientras que en los demás animales la curiosidad constituye una actividad juvenil pasajera hasta que dominan su territorio, el ser humano busca progresar siempre, y eso implica un aprendizaje.

El simbolismo

Podemos dividir los signos en *señales* y símbolos. Dada su intrínseca relación objetiva, el trueno es señal del rayo, el humo lo es del fuego: siempre que hay lo uno hay lo otro. El hombre es un animal que usa *símbolos*. Los símbolos relacionan cosas distintas de sí mismos, entre el signo y lo significado no hay relación natural, sino artificial: podríamos simbolizar el amor con algo que no fuera una rosa. Esto no lo captan los animales. El *lenguaje* es la característica simbólica del ser humano, pues transmite conceptos, y no meros sonidos. Mientras los sistemas de signos de los animales son iguales en cada especie animal (todos los perros ladrarán del mismo modo), hay diferentes lenguas humanas. El loro puede

repetir sonidos, pero no articula palabras.

La autoconciencia

¡Qué diferente es la vida humana consciente, si la comparamos con la vida de una garrapata regida por sus instintos primarios! La garrapata espera en las ramas de cualquier arbusto para caer sobre algún animal de sangre caliente. La proximidad de la presa se la indica a ese animal ciego y mudo el sentido del olfato, que sólo está despierto al único olor que exhalan todos los mamíferos: el ácido butírico. Ante esa señal se deja caer, y cuando cae sobre algo caliente y ha alcanzado su presa, prosigue por su sentido del tacto y de la temperatura hasta encontrar el lugar más caliente, el que no tiene pelos, donde perfora el tejido de la piel y chupa la sangre. El mundo de la garrapata consta solamente de percepciones de luz y de calor y de una sola cualidad odorífera. Está probado que no tiene sentido del gusto. Una vez que ha concluido su primera y única comida, se deja caer en el suelo, pone sus huevos y muere. Naturalmente, sus posibilidades son escasas. Para asegurar la conservación de la especie, un gran número de esos animales espera sobre los arbustos, y además cada uno de ellos puede esperar largo tiempo sin alimento. Se han conservado con vida garrapatas que estuvieron dieciocho años sin comer.

3. EL PROCESO DE HOMINIZACIÓN

3.1. Teorías evolutivas

Lamarck

Jean Baptiste Lamarck (1744-1829) formula por vez primera las dos siguientes hipótesis: a) *La función crea al órgano*, hipótesis cuya versión filosófica anticipara Aristóteles: «los actos y las operaciones son anteriores a las potencias» (*De anima*, 415a, 15-20). Si un organismo se usa reiteradamente, tiende a desarrollarse y a aumentar su capacidad; si no se utiliza se debilita, reduce y desaparece: el órgano que se utiliza se hipertrofia, el que no se atrofia. b) *Los caracteres adquiridos se heredan*. Algunos de esos cambios o variaciones se heredan, dando lugar a

nuevas especies: los topos casi habrían perdido la vista por haber habitado bajo tierra y sin luz; las jirafas tendrían tan largo el cuello porque durante muchas generaciones lo estiraron para alimentarse de las hojas de los árboles.

Darwin

Charles Darwin (1809-1882) afirma primero en *El origen de las especies* (1859), y luego en *El origen del hombre* (1871) que todos los seres vivos actuales proceden de otros anteriores por selección natural, la cual se realiza gracias a dos mecanismos, a saber, la lucha por la existencia y la supervivencia de los más aptos: las especies vegetales y animales luchan por los recursos de sus correspondientes hábitats pereciendo los individuos menos aptos y sobreviviendo los mejor dotados, los cuales transmitirán sus caracteres a sus descendientes, que a su vez vivirán más que los descendientes de los menos dotados, y consecuentemente lograrán mayor descendencia. Este proceso, que tiene lugar generación tras generación, va modificando las especies: tarde o temprano la nueva estabilidad alcanzada se ve alterada por otra modificación y así sucesivamente (variación continua).

Mendel y de Vries

En 1866 el fraile austriaco Gregor Mendel publicó un trabajo que dio origen a la genética al descubrir las leyes por las cuales, entre los caracteres heredados unos son más fuertes (dominantes) y otros menos (recesivos).

Siguiendo esa misma línea, el botánico holandés Hugo de Vries (1848-1935) sustituyó la noción darwiniana de variación continua por la de variación discontinua o 'mutación', perturbación genética que causa las variaciones de las especies.

Teoría sintética

Hoy se explica la evolución por la suma (de ahí lo de 'sintética') de la teoría darwiniana de la selección natural y la teoría de las mutaciones: la variabilidad de los caracteres obedece a mutaciones que aparecen en los genes aleatoria o fortuitamente, sin finalidad alguna, y que se transmiten por herencia de generación en generación. Algunas mutaciones ocurren

esporádicamente y no vuelven a repetirse fácilmente careciendo así de influencia en la evolución, pues la posibilidad que tendría un único individuo mutante de perpetuarse reproduciéndose en una población más amplia sería mínima; otras mutaciones (llamadas mutaciones recurrentes) se repiten con frecuencia y se acumulan generacionalmente.

Una vez producidas, la selección natural conserva y multiplica las mutaciones útiles y elimina las inútiles. Es el medio ambiente en el que se vive el que decide si una mutación va a ser inútil o útil: los mejor adaptados a él sobrevivirán en mayor número y dejarán mayor descendencia, la cual llevará ya en su código genético la nueva variación de que es portadora. Ejemplo: la ausencia en Australia de animales depredadores ha permitido la persistencia de una fauna arcaica compuesta por numerosos mamíferos que son 'fósiles vivos' ya extinguidos en el resto de los continentes, pero la reciente introducción de ciertos animales (perros, ovejas, ratones, conejos) y ciertos comportamientos tecnológicos está llevando a varias de esas especies a su extinción.

3.2. Leyes

Diversificación: A partir de la primera, el número de especies tiende a aumentar con el tiempo: los primates se diversifican en prosimios y antropoides, éstos en monos, grandes simios y seres humanos, etc.

Irreversibilidad: no hay vuelta atrás, ninguna especie desaparecida reaparece.

Ortogénesis: en el proceso evolutivo la vida se va perfeccionando en estructuras más complejas.

Cerebración creciente: conforme ascendemos en la escala evolutiva se perfeccionan el cerebro y sus funciones.

Subjetivación progresiva: el mayor desarrollo del cerebro conlleva una distinción mayor entre cada individuo de la especie, así como un aumento de su conciencia y autonomía.

3.3. Estadios

Australopithecus

Los humanos somos la única especie superviviente de la familia de los homínidos, familia a su vez de los primates que se caracteriza por: posición erecta, locomoción bípeda, cerebro relativamente desarrollado, cierta destreza en la fabricación y uso de instrumentos. En la actualidad incluye un único género vivo (el *homo*) con una sola especie y subespecie (*sapiens*). Las demás desaparecieron.

Los primeros homínidos son conocidos con el nombre de *australopithecus*, por haber sido encontrados casi todos en África (hemisferio austral); surgen a finales de la Era Terciaria, hace unos 6'5 millones de años y se extinguen hace un millón. Tienen poca estatura, marcha bípeda imperfecta y capacidad craneana escasa (poco más de 500 cm³).

Pithecantropus

Pertenece ya al mismo género zoológico que los hombres actuales (el género *homo*). Su antigüedad es aproximadamente de 2 millones de años y son muy superiores a los australopitecos. La estructura general de su esqueleto es muy semejante a la nuestra, su capacidad craneana entre 900 y 1200 cm³, con rostro grande, mandíbulas casi sin mentón y marcha plenamente bípeda. Dentro de esta especie se conocen distintas variedades. Primero aparece el *homo habilis*, y luego el *homo erectus*, dentro de cuya especie a su vez se distinguen el *Pithecantropus erectus*, descubierto en Java, y el *Sinanthropus*, en Pekín. Probablemente hay que atribuirles las primeras culturas líticas del Paleolítico inferior: la *abbeyvillense* y la *achelense*, caracterizadas por el uso extensivo del hacha de mano. El hecho de que fueran capaces de dar caza a grandes animales sugiere un alto grado de cooperación social, que difícilmente pudo darse sin alguna forma de lenguaje. Descubrieron el fuego, comenzaron actividades rituales más o menos religiosos, y se extendieron por amplias zonas del planeta.

Neanderthal

Surgidos en el pleistoceno superior (180.000 a 35.000 años a.C.), pertenecen a la misma especie zoológica que nosotros (son ya por tanto *homo sapiens*), de la que forman una subespecie: *homo sapiens*

neanderthalensis. Vive en Europa y algunas partes de Asia desde los 180.000 a los 35.000 años. Mide 1'60 metros, presenta un rostro muy grande, arco superciliar prominente, frente huida, mandíbula con mentón incipiente, y capacidad craneana de 1.400 cm³. Vive ya en cuevas naturales con cierta complejidad de habitáculos, a las que acondiciona, practicando el culto a los muertos.

Homo antecessor

Los homínidos con 780.000 años de antigüedad descubiertos en los yacimientos de Atapuerca (Burgos, España) corresponden a una nueva especie del género *homo*, que podría representar el último ancestro común de los Neandertales y del *homo sapiens sapiens*, del cual descendemos los humanos actuales. Es el *homo antecessor* cuyos dientes, mandíbulas y cráneos revelan una combinación inédita de rasgos primitivos y modernos. Procede a su vez del *homo ergaster* surgido hace dos millones de años en el sur de África, y que emigró a Europa hace uno.

Cromagnon

Coincidiendo con los últimos neanderthales aparece el Cromagnon, *sapiens sapiens* como el hombre actual. No existe acuerdo sobre si procede del Neanderthal, o de una rama anterior. Cabe destacar el aumento espectacular de su capacidad craneal, que se acerca a los 1.800 cm³; también su rostro es muy semejante al del ser humano actual. Mide 1'65. Nos deja algunas muestras de su capacidad pictórica en el arte rupestre.

4. LA SINGULARIDAD HUMANA

Los chimpancés son primos nuestros, compartimos el 95% de los genes, y sin embargo ¡qué fantástica lejanía! Se rascan ahora igual que se rascaron siempre. ¿Por qué si los genes de la mosca del vinagre coinciden en un 60% con los de la especie humana existen tantas diferencias? En efecto, el animal produce solamente para su propia especie, mientras que el hombre puede producir para las demás. El animal posee inmediatamente para su cuerpo físico, mientras que el hombre se enfrenta con el producto y lo objetiva universalmente. El animal puede trabajar con datos presentes, como comida o instrumentos que ve, y sus respuestas son

mucho más exactas si el problema que se le presenta está relacionado con sus necesidades biológicas, mientras que al hombre su capacidad de acumular experiencias le sirve para abrir necesidades nuevas. El animal es capaz de utilizar instrumentos, o incluso de elaborarlos con sus manos, pero no de fabricarlos con otros instrumentos ('conducta instrumental de segundo orden').

El hombre modifica su dotación innata y avanza mediante la simbolización que le libera de lo sensible: produce objetos que otros consumirán, y a su vez depende del trabajo ajeno; aprende la tradición y luego puede prolongarla o modificarla; orienta su comportamiento hacia el bien común, creando para ello la ley; se eleva a la música, al arte, a la escritura, a la religión.

Aunque esta inteligencia humana, tan distinta y superior a la animal, es emocionadamente inteligente (inteligencia emocional), cabe separar pedagógicamente esa unidad para explicarla mejor. Veamos.

Inteligencia

La humana es la única inteligencia abierta a posibilidades nuevas, capaz de liberarse de los instintos, de las rutinas, de lo concreto. Es la aptitud para resolver problemas y extraer relaciones entre cosas diversas, para comprender algo abstracto y complejo, para adaptarse a situaciones imprevistas, etc. Ella no sólo capta el mundo ajeno, sino que es además *autoconocimiento*: si un perro se mira al espejo no se ve a sí mismo, sólo el humano puede preguntarse '¿quién soy?' y responder 'soy yo'. 'Conócete a ti mismo' es algo que no hubiera podido pedir Sócrates a su perro.

El *lenguaje*, la *simbolización*, la *conciencia reflexiva* y la *conciencia moral* (el ser capaz de distinguir el bien y el mal), todo esto sitúa al ser humano a una distancia cualitativa del animal. La *memoria* inteligente, en fin, sirve tanto para dar continuidad a la inteligencia como para potenciar la creatividad.

Afectividad

La psicología diferencial enseña la forma en que el abuelo, el padre, el adulto y el niño se comportan a tenor de la edad. La psicología social llama la atención sobre la influencia del entorno sobre el individuo. La psicología evolutiva da cuenta del carácter perfectivo y dinámico de la creatividad humana. Mas ¿qué nos dice la filosofía? Que nos implicamos más,

y más creativamente, en lo que más nos interesa, en lo que nos resulta más valioso. Resulta erróneo desacreditar el acto de compasión o de amor (de las emociones en general) para reemplazarlo por actos de la voluntad, sólo porque en algunos casos sea insincero o insuficiente. En la esfera afectiva no se produce alegría o tristeza del mismo modo que en la esfera volitiva proferimos un acto de voluntad o una promesa. Tampoco se pueden gobernar los afectos como gobernamos los movimientos de nuestros brazos, porque el sentimiento tiene sus razones que la voluntad no conoce. Intellecto, voluntad y amor deben cooperar entre sí, pero respetando el papel de cada uno.

El problema surge cuando el corazón va más allá de su dominio y usurpa papeles que no le competen: si alguien que quiera comprobar un hecho se limita a afirmar que su corazón le dice lo que ha ocurrido, abre la puerta a todo tipo de ilusiones; ha obligado a su corazón a realizar un servicio que nunca puede prestar y ha permitido que su uso inadecuado sofoque al intelecto. Un corazón alerta se alegra o entristece según lo que se da frente a él; el juicio verdadero es una síntesis de subjetividad y objetividad, o mejor, la objetividad está mediada por la subjetividad, pero no creada por ella. Subjetividad no es subjetivismo; la pregunta de un corazón bien orientado no será ‘¿me siento feliz?’ sino ‘¿la situación objetiva es tal que resulta razonable ser feliz?’ Es entonces cuando de la afirmación ‘eso es verdaderamente un bien’ se sigue la afirmación ‘eso debe ser realizado’. Para evitar el sentimentalismo, se necesita educar los sentimientos.

Los grandes creadores (científicos, músicos, escritores, etc) saben poner su entusiasmo al servicio de las grandes causas y fines elevados. Nuestras habilidades emocionales favorecen o dificultan nuestras capacidades intelectuales (concentrar nuestra atención, pensar, elaborar problemas, etc). Si no nos encontramos emocionalmente bien, aprendemos mal. Si nos menosprecian rechazamos lo que pretende enseñarnos el menospreciador.

Imaginación creativa

La imaginación inventa, asocia ideas, construye otras completamente nuevas, imágenes insólitas: arte, narrativa, música, hipótesis científicas, soluciones a problemas cotidianos. Si la inteligencia convergente resuelve problemas que tienen respuestas bien determinadas, la divergente o imaginativa trata problemas que tienen posibles distintas respuestas. Situada la creatividad en el hemisferio derecho, que controla el lado iz-

quierdo del cuerpo, el lema del pensamiento lateral o creativo sería: 'cualquier modo de valorar una situación es sólo uno de los muchos posibles'. Por eso no usa la negación, no excluye lo no relacionado con el tema, no fija categorías ni etiquetas, explora los caminos menos evidentes y sigue procesos probabilísticos. Rasgos suyos son: genialidad, originalidad, audacia, ojos ingenuos, ingenio, flexibilidad, imprevisibilidad, apertura, aleatoriedad difusa, problematización: 'Apenas ha dado usted una pincelada, y todo ha cambiado'. 'Es que el arte comienza donde comienza esa pincelada, respondió el maestro'. Pero, no siendo antagónicos arte y artesanía, la creatividad se expresa en el trabajo diario (1% de inspiración, 99% de transpiración). No ser un repetidor se consigue con una vida un poco larga, no se improvisa. Comprométete y la mente se caldeará, la creatividad se disparará. Ella, una vez hecha hábito, lejos de desaparecer se afirma y potencia. Discrepamos, pues, de quienes contraponen:

Hábito	=	repetición,	a	creatividad	=	cambio
«		lo conocido		«		novedad
«		lo seguro		«		riesgo
«		lo fácil		«		dificultad
«		inercial		«		esfuerzo

Libertad

Definir la libertad como la capacidad para recibir información, elaborarla y producir respuestas eficaces puede servir para explicar la inteligencia de una computadora o de una ardilla, pero no para explicar la humana. La libertad nos lleva a aprovechar los propios defectos haciendo de la necesidad virtud. Hay que aprender a bailar sobre los propios hombros; el niño aprende su libertad obedeciendo. La autonomía personal se construye sobre la obediencia. Lo propio de la inteligencia humana es sacar más de lo menos; conseguimos ser libres cuando obedecemos las órdenes inteligentes que nos damos a nosotros mismos, las que han sido fruto de una deliberación que tiene en cuenta lo que deseamos, las consecuencias de nuestra acción, los conocimientos almacenados, los errores vividos, los valores que queremos proteger. Tan compleja habilidad no se improvisa. Es obra de un largo proceso de construcción.

Comunitariedad

La hormiga no puede existir sin el hormiguero, ni la abeja sin la colmena. Además de eso, el ser humano es capaz de crear comunidades desde la razón, lo cual supone hacer leyes y poder progresar.

5. NATURALEZA Y CULTURA

5.1. Del instinto a la cultura

Naturaleza e innatismo animal

Ya los sofistas griegos debatieron en torno a la diferencia entre lo que es ‘por naturaleza’ y lo que es ‘por convención’ o cultura. Durante generaciones han discutido los investigadores qué era innato o adquirido en un comportamiento: ¿es verdad que ser culturales forma parte de nuestra naturaleza? Lo que parece claro es que los animales están más sujetos a lo innato, a diferencia de los humanos. Un patito se zambulle y buscará el fondo cenagoso aunque lo críe una gallina, y no picoteará los granos jamás, pese a estar rodeado de pollitos. La ardilla de Europa central esconde nueces o avellanas en el otoño para provisión invernal: con la nuez en la boca busca en el suelo hasta dar con la base de un tronco de árbol; entonces hace un agujero con las patas delanteras, echa la nuez, la pone bien firme con el hocico, y después vuelve a echar encima la tierra sacada. Este comportamiento se transmite por herencia y se desenvuelve automáticamente.

¿Tenemos también los humanos nuestro equipo de pautas motoras innatas? Con toda seguridad, el bebé no necesita aprender a mamar, y también sabe sonreír, llorar, aferrarse a muchas cosas. Pero muchas de las pautas de comportamiento humanas se van desarrollando poco a poco a medida que uno crece, y es difícil precisar qué es lo que sencillamente se perfeccionó, o sea, lo que estaba programado de antemano. La distinción entre lo innato y lo adquirido a veces es muy difícil. En efecto, porque un comportamiento sea estereotipado o idéntico en diferentes individuos no vamos a calificarlo como innato, ya que es normal que unos individuos de la misma especie, emplazados en unas circunstancias idénticas, y en un medio idéntico, tengan tendencias a aprender las mismas cosas y a expresarlas del mismo modo. E inversamente, el hecho de que un com-

portamiento no sea ejecutado desde el principio de una forma perfecta no autoriza a concluir que dicho comportamiento no sea innato. El comportamiento se asienta progresivamente. Algunas respuestas aparecen muy pronto, como la reacción de fuga ante los predadores y los movimientos de comodidad y de cuidado corporales. Otras hacen su aparición mucho más tarde, con la adultez: tales son, en particular, todos los comportamientos vinculados a la reproducción como, por ejemplo, el combate territorial en el acaso de un animal vertebrado. Este progresivo asentamiento se combina con la aparición de los procesos de aprendizaje, y hasta se da la circunstancia de que ciertas manifestaciones aprendidas aparecen antes de haber concluido la maduración completa. Los genes expresan únicamente potencialidades, y éstas se manifiestan en función de las condiciones del medio. Inversamente, lo que un animal puede aprender viene limitado por sus informaciones genéticas, por su equipamiento innato. Los animales, de hecho, heredan simplemente unas predisposiciones para aprender determinadas cosas en determinados momentos. Así pues, el comportamiento final de un animal está en función a la vez de las informaciones genéticas y del entorno. Y el desarrollo de dicho comportamiento, tanto en lo innato como en lo adquirido, está en función primordialmente de la evolución y asentamiento del material de equipo subyacente.

Del animal al hombre

Las pautas de conducta de dos ratas son similares, las de san Francisco de Asís y las de Hitler no lo son en el terreno moral; las mías y las de Einstein tampoco lo son en el terreno científico. Tampoco son iguales la cultura nazi y la budista. En todo caso, el ser humano crea culturas, mejores o peores, algo que el animal no puede hacer. La última especie en llegar a la Tierra, la humana, será la primera en salir de ella hacia otros planetas, ojalá que sepa respetarlos.

La especie humana es superveloz creando cultura. Si tomásemos 62 años como esperanza media de vida para los últimos 50.000 años de la historia de la humanidad, ahora nos encontraríamos en la vida número 800, de las cuales 650 vividas en cavernas; desconocedoras de la palabra escrita hasta la generación 70 anterior a nosotros; sólo en las 6 últimas se ha dado la palabra impresa al alcance de las masas; sólo en las 4 últimas exactos cómputos de tiempo; sólo en las 2 últimas motor eléctrico (electrodomésticos); sólo 1, la nuestra, la número 800, ha conocido la mayor parte de los bienes de consumo, y -dentro de ella- sólo en los tres últimos

decenios ha universalizado las redes telemáticas. Hoy sonreímos cuando recordamos que: en 1825 los periódicos, ante los recién estrenados 40 kilómetros/hora del ferrocarril, escriben: 'Con esa velocidad subirá la tensión arterial de los viajeros, y las vacas que pastan tranquilamente se marearán'. En 1876 un periódico de Boston comenta a propósito de la invención del teléfono: 'La gente bien informada sabe que es imposible transmitir la voz a través de alambres y que, si fuera posible hacerlo, carecería de valor práctico'. En 1878, un profesor británico opina: 'Cuando finalice la exposición científica universal de París, la luz eléctrica se acabará, y no se oirá más de ella'. En 1895 el fisicomatemático lord Kelvin manifiesta: 'Máquinas voladoras más pesadas que el aire son de todo punto imposibles'. En 1899 Charles Duell, director del registro de patentes de EEUU, comenta: 'Se ha inventado ya todo lo inventable', aconsejando la clausura de tal registro. El 2-8-1968 se lee en el *Business Week*: 'Con más de cincuenta marcas extranjeras de automóviles vendiéndose ya en EEUU, no es probable que la industria automovilística japonesa consiga ni siquiera un pequeño porcentaje del mercado americano'. En 1977 Ken Olson, presidente de Digital Equipment Corporations, proclama: 'no existen razones para que un individuo tenga un ordenador en su propia casa'.

Sí, por nuestro avance tecnológico nos merecemos el calificativo de *sapiens sapiens* (sabio-sabio). Sin embargo, éticamente parecemos animales enfermos (*in-firmis*, no firme), pues caminamos con un pie tecnológico muy largo y un pie moral muy corto. Ojalá que, como especie joven que somos, podamos rectificar acompasando ambos pasos, ojalá que sepamos ser tan buenos-buenos como sabios-sabios. Hoy permitimos que las tres cuartas partes de la humanidad pasen hambre, habiendo como hay comida para todos; no sobra población, lo que falta son ganas de compartir la comida: somos *sapiens malus*. Una cultura no podrá ser calificada como humana si no nos hace mejores.

5.2. La cultura

La cultura son ideas

Según Edward Burnett Tylor (1832-1917), las ideas serían los átomos de la cultura, a partir de los cuales se produciría cualquier producción material de objetos, pero la cultura es algo intangible, que no puede ser directamente aprehendido ni siquiera por los mismos individuos que parti-

cipan en ella: uno puede ver ciertas producciones, pero no ver una cultura, que es directamente inobservable. Por eso la conducta la estudiarían los psicólogos y la cultura los antropólogos.

La cultura son productos

Hacer cultura es ‘reificar’, tratar como cosa u objeto a algo que en su realidad no tiene los caracteres tangibles y materiales de los objetos físicos (bondad, belleza, etc.). Según Leslie White la cultura consiste en todos aquellos modos de vida que dependen de la simbolización y a los que consideramos en un contexto extrasomático.

La cultura es a la vez ideas y productos

Según Franz Boas (1858-1942) la cultura puede definirse como la totalidad de las reacciones y actividades físicas y mentales que caracterizan la conducta de los individuos que componen el grupo.

La cultura es herencia social

Según Bronislaw Malinowski (1884-1942) la herencia social es el concepto clave de la antropología cultural. Normalmente se la denomina cultura en la moderna antropología y en las ciencias sociales. La palabra ‘cultura’ se utiliza a veces como sinónimo de civilización, pero es mejor reservar este último término para un aspecto parcial de las culturas más avanzadas. La cultura incluye los artefactos, bienes, técnicas, ideas, hábitos y valores adquiridos.

La cultura, subjetiva pero también social

Las cosas y acontecimientos que comprende la cultura se manifiestan espaciotemporalmente: a) en los organismos humanos, en forma de creencias, conceptos, emociones, aptitudes; b) en el proceso de interacción social entre los seres humanos; y c) en los objetos materiales (hachas, fábricas, ferrocarriles, cuencos de cerámica). El lugar de la cultura es a la vez intraorgánico, interorgánico y extraorgánico; dicho de otro modo, todo elemento cultural tiene dos aspectos, subjetivo y objetivo. Podría parecer que las hachas de piedra, por ejemplo, son elementos objetivos, mientras que las ideas y actitudes son subjetivos, pero esto sería inadecua-

do, pues el hacha tiene también su componente subjetivo: no se usaría como tal sin el concepto y la actitud del usuario.

Sea cual fuere su definición, la cultura es lo específicamente humano: el hombre es culturógeno o creador de cultura, no hay objeto cultural sin sujeto. Por así decirlo, los seres humanos tendríamos como tres cuerpos: el 'cuerpo inorgánico' (la naturaleza), nuestro propio cuerpo orgánico, y el 'cuerpo espiritual', la cultura. Por lo demás, resultan precisos dos o más para hacer cultura, ningún elemento de un solo individuo puede ser considerado como parte de la cultura de una sociedad: una técnica de tejer cestas conocida por uno solo no podrá ser calificada como parte de una cultura. Tan pronto como el nuevo objeto o situación es transmitido a alguien, compartido por otro individuo de la sociedad, aunque sólo sea uno, debe ser tenido como parte de la cultura; un elemento no asciende sin más al rango de rasgo cultural hasta haber sido sometido por el grupo a un proceso de estandarización. El hecho cultural comienza a producirse cuando el interés individual se transforma en público, general y transferible de esfuerzo organizado.

La cultura satisface las necesidades de adaptación al medio ambiente capacitando al hombre con una ampliación adicional de su aparato anatómico, con una coraza protectora de defensas y seguridades, con movilidad y velocidad más allá de los medios de su equipo corporal concreto. La cultura, creación acumulativa, amplía el campo de la eficacia individual y proporciona una amplitud de visión con la que no pudo soñar ninguna especie animal. La fuente de todo esto reside en el carácter acumulativo de los logros individuales y en el poder de participar en el trabajo común. Eso transforma a los individuos en grupos organizados y les proporciona continuidad. El máximo de información es algo muy distinto a la acumulación de una masa de datos: no consiste en equipar a todo el mundo con microfilms portátiles de todas las cosas que contiene el Museo Británico; el máximo de información consiste en reducir los datos a la esencia, de tal modo que el portador sea señor de esos datos, y no su esclavo.

Caracteres de la cultura

Naturalidad: el saber sobre la naturaleza debe ser vivido desde el respeto a la naturaleza, de forma que el vivir en el saber sea también un saber en el vivir, y ambos un saber vivir.

Humanización: la cultura se reconoce por su capacidad de establecer vínculos; cuando el hombre se hace más culto evoluciona hacia la

amistad convirtiéndose en hombre entre los hombres y no degenerando en bestia entre las bestias.

Difusividad: La cultura es un proceso interminable; ella permite al hombre sentirse hermano de sus semejantes, potencia en él el sentimiento de la solidaridad haciéndole sentir continuador de la obra de los antepasados, y por eso lucha contra el mal.

Universalidad: para quien vive en profundidad, todas las culturas forman parte de una cultura común; para quien vive en superficialidad todo es anécdota, relativismo.

Radicalidad: porque en última instancia la raíz de toda cultura es el hombre, la cultura no es un sector, sino una función global de la vida personal.

Deportividad: no es posible ganar todas las carreras en la lucha contra la ignorancia; se sale a jugar sabiendo que la victoria está en la adecuada participación. Sabemos que no sabemos, ¿qué otra cosa que ignorantes podemos considerarnos?

Felicidad: una cultura contra la cual pueda lanzarse el gran argumento que si no nos hace felices es una cultura incompleta.

Trascendencia: la cultura no puede encerrarnos, antes al contrario nos invita a participar en la aventura de lo eterno.

5.3. Aprendizaje y cultura

Por reflejo condicionado

Ivan Pavlov (1849-1936), premio Nobel de medicina en 1904, inmediatamente antes de ofrecer comida a un perro, hacía sonar una campanilla. Repetida esta operación varias veces, al animal le bastaba con oír dicho sonido para empezar a segregar saliva, independientemente de la existencia o inexistencia del alimento. El perro, pues, había aprendido a asociar el sonido de la campanilla con la aparición de la comida.

Por ensayo y error

El psicólogo americano E.L. Thorndike (1874-1940) fue uno de los clásicos al respecto. Cuando un animal ha obtenido por azar un resultado favorable, tiende a repetir la conducta que le ha permitido obtener tal resultado. Según la 'ley del efecto', las respuestas que originan resultados satisfactorios tienden a reforzarse (a repetirse), mien-

tras que tienden a debilitarse (a desaparecer) las que conducen a resultados desagradables.

Por comprensión

Consiste en encontrar soluciones nuevas basándose en experiencias anteriores y sin ningún ensayo previo. Wolfgang Köhler (1887-1967) colocó a un chimpancé dentro de una amplia jaula, de cuyo techo colgaban algunas bananas, a una altura inalcanzable para el animal. En el mismo recinto, esparcidas por el suelo, también había varias cajas con las que el animal se había familiarizado antes. El chimpancé intentó alcanzar los plátanos saltando, y tras su fracaso reinició el asalto tras unos minutos: colocando entonces unas cajas sobre otras, subió a ellas y consiguió las bananas.

Por acumulación significativa

Aprender significativamente (por acumulación) es integrar los conocimientos nuevos en estructuras cognoscitivas previas. A veces, la nueva información obliga a reestructurar totalmente los conocimientos anteriores.

5.4. Cultura e historia

El aprendizaje es un proceso en que, al tiempo que construimos el mundo como algo significativo, nos construimos a nosotros mismos con ayuda de los demás. 'Educación' es *educare* (llevar de la mano, conducir) y es *educere* (sacar algo de alguien), conducir a otro de tal modo que se logre hacer salir de él lo mejor que hay potencialmente en él, no haciendo imitadores, sino seres capaces de despertar hacia todo lo que dormita en el fondo de sí mismo. Es autoridad verdadera la que eleva y hace crecer, a fin de que cuando se abra una escuela se cierre un presidio.

Pues bien, la memoria histórica es ese 'echar un paso atrás' que retoma el ayer para el mañana; el pasado continúa actuando sobre el presente en forma de tradición o de herencia cultural, y proyectándose hacia el futuro, abriendo unas posibilidades y excluyendo otras. Lo que pasa no es sólo lo que pasa, sino lo que nos pasa, de ahí que su interpretación (hermenéutica) se amplíe constantemente: el pasado crece, no es un mero depósito; cada generación lo entiende a través de su propio presente, de ahí la variación en las interpretaciones, a veces en conflicto.

Lo individual sólo resulta comprensible por la mediación de todos, y en esa mediación hay que contar inevitablemente con el pasado. La historia no se repite, se renueva, pasa y queda. No es que ‘tengamos’ historia, como el agua pasada que ya no mueve molino, sino que ‘somos’ historia, y ella nos enseña la dificultad de las grandes tareas y la lentitud de sus cumplimientos, pero justifica la esperanza. En resumen: si la *hominización* es el proceso evolutivo a través del cual se adquieren y consolidan las características genéticas del hombre como especie biológica, la *humanización* es el proceso por el cual surge y se desarrolla la cultura. Ni la una ni la otra pueden darse de espaldas a la ecología.

6. RESPONSABILIDAD PLANETARIA

6.1. Ecología y desarrollo sostenible

Por nuestra insaciable voracidad consumista somos incapaces de poner freno a la desaparición de la capa de ozono, a la degradación de los microclimas, a la ruptura de los ecosistemas, a la desertización de las tierras, al efecto invernadero (recalentamiento de la Tierra), a la polución de la naturaleza, etc. No cesamos de emitir vapores contaminantes, pues producir sin ensuciar costaría más caro. Eso sí, los países ricos contaminantes inventan la ecología como discurso teórico mientras envían sus basuras radioactivas al Tercer Mundo.

‘Ecología’ viene de *oikós* (‘casa’ y ‘bondad’): el ecologista respeta su casa y es bueno, no se puede proteger la naturaleza y destruir las personas. Ecología es conocimiento de la naturaleza, *ecodulía* es respeto de la naturaleza. No da igual lo uno y lo otro, pues con frecuencia quienes mejor la conocen más la maltratan y explotan intensivamente: las multinacionales. Pero no olvidemos que Dios perdona siempre, el hombre a veces, la naturaleza nunca. Está emergiendo poco a poco una responsabilidad ecodúlica hacia la naturaleza, nuestro ‘segundo cuerpo’: «¿Cómo se puede comprar o vender el firmamento ni aún el calor de la tierra? Dicha idea nos es desconocida. Si no somos dueños de la frescura del aire ni del fulgor de las aguas, ¿cómo podrán ustedes comprarlo? Cada parcela de esta tierra es sagrada para mi pueblo. Cada brillante mata de pino, cada grano de arena en las playas, cada gota de rocío en los oscuros bosques, cada montaña y hasta el sonido de cada insecto es sagrado a la memoria de mi pueblo. Somos parte de la tierra y ella es parte de nosotros. Las

flores perfumadas son nuestras hermanas; el venado, el caballo, el gran águila son nuestros hermanos: las escarpadas peñas y los húmedos prados, el calor del cuerpo del caballo y el hombre, todos pertenecemos a la misma familia. Por ello, cuando el gran jefe de Washington nos envía el mensaje de que quiere comprar nuestras tierras nos está pidiendo demasiado. El aire tiene un valor inestimable para el piel roja, ya que todos los seres comparten un mismo aliento; la bestia, el árbol, el hombre, todos respiramos el mismo aire. He visto miles y miles de búfalos pudriéndose en las praderas, muertos a tiros por el hombre blanco desde un tren en marcha. Pero ¿qué sería del hombre sin los animales? Deben enseñarles a sus hijos que el suelo que pisan son las cenizas de nuestros abuelos. Inculquen a sus hijos que la tierra está enriquecida con las vidas de nuestros semejantes a fin de que sepan respetarla. Enseñen a sus hijos que la tierra es nuestra madre. Todo lo que le ocurra a la tierra le ocurrirá a los hijos de la tierra. Si los hombres escupen en el suelo, se escupen a sí mismos» (Carta de un jefe indio al presidente de los EEUU de América). Hagamos caso al jefe indio, acompasemos el 'desarrollo sostenible' a las posibilidades de la Tierra, el consumo a las necesidades, y éstas a la explotación adecuada de los recursos naturales. Recordemos:

El contacto con el ecosistema natural es necesario para el bienestar físico y psicológico de la humanidad.

Los países ricos han de vencer el círculo vicioso del consumismo: redistribuir y sustituir, en vez de producir más objetos. Los sistemas de mercado han de tener en cuenta los recursos no renovables y procurar más igualdad entre las naciones.

El desarrollo tecnológico debe dirigirse a las necesidades de las comunidades pequeñas más que a los mercados internacionales. Los avances técnicos se han de programar a partir de los valores sociales, y no al revés.

Un crecimiento sostenible se consigue a base de iniciativas individuales y colectivas que parecen insignificantes, pero que pueden iniciar un proceso de cambio que fomente una existencia humana más vivible. Las sociedades sostenibles han de invertir y sacrificarse a corto plazo con objetivos a largo plazo. Tratar de vivir dentro de los límites puede ser más alentador que esforzarse por transgredirlos.

6.2. El principio antropocéntrico

Dicho lo cual, se equivocan gravemente quienes defienden que no

es la naturaleza para el hombre, sino el hombre para la naturaleza, con lo cual la persona pierde su centralidad. ¿Acaso no valoran más a un animal en vías de extinción que a un pobre ser humano pobre, acaso no se dedican más medios y se manifiesta más amor a un oso panda o a un buitre leonado? Bajo las leyes de la oferta y de la demanda (a más escasez mayor valor), más suerte tiene hoy un animal protegido que un espalda mojada intentando cruzar el Río Bravo.

Por otro lado, desgraciadamente hoy se dan casos de ecologistas que defienden la vida de un árbol, pero matan la vida del niño o niña que está en el seno de la madre. Valoran la vida cósmica, pero asesinan al humano o humana que va a nacer, lo cual constituye una abominación máxima. Pero quien se compromete en favor de la biosfera debe comprometerse en favor de la antroposfera; quien defiende la vida de la planta y del animal debe coherentemente defender la vida humana, del nacido o nacida y del que o de la que ha de nacer. La vida de la persona es sagrada. Existe vida humana desde el primer instante de la fecundación; esto resulta innegable pese a todos los chantajes efectivos encaminados a hacer creer a la opinión pública la idea falsísima de que lo que se mata todavía no es un niño o niña, pero la realidad es que en cualquier aborto se mata a un niño o niña, a un ser humano muy joven, y en este crimen abominable no existe ninguna ambigüedad: cuando se destruye un embrión se destruyen todas las estructuras psicosomáticas, rompiendo la evolución de esa vida que ha comenzado.

Así las cosas, los defensores de la vida, habrán de rechazar el juridicismo (confusión de lo legal con lo moral), y recordar que, cuando la ley no sólo no prohíbe el crimen sino que lo legaliza, la obligación es defender siempre y por todos los medios a su alcance el '¡no matarás!', oponiéndose pacíficamente a esa ley criminal mediante: la objeción de conciencia fiscal, la objeción de conciencia profesional, la presión para que se agilice la normativa en orden a facilitar la adopción de niños y niñas, la acogida de los hijos ajenos, la lucha por un mundo más justo.

III

PERSONA

1. LA INCLASIFICABLE

¿Qué es el hombre? Muchas opiniones ha dado y da el hombre sobre sí mismo, diferentes y contradictorias, en las que a menudo se exalta a sí mismo como regla absoluta o se hunde hasta la desesperación; de ahí sus dudas y ansiedades. Del ser humano se pueden predicar muchos atributos: es misterio, fin en sí, moral, histórico, comunitario, social, abierto a la trascendencia, se mueve, habla, pregunta y responde, simboliza, elige, vive en la realidad, se ensimisma, crea, es panecológico, ríe, imagina, se autopercibe, tiene vocación, se pone en la piel del otro... pero siempre faltará algo que añadir, pues es inclasificable: «El hombre no es sino una caña, la más débil de la naturaleza; pero es una caña que piensa. No es necesario que el universo entero se arme para aplastarle; un vapor, una gota de agua bastaría para matarle. Pero, aun cuando el universo le aplastara, el hombre sería aún más noble que aquello que le mata, pues él sabe que muere y conoce el poder del universo sobre él. Mientras que el universo no sabe nada» (Pascal).

1.1. La persona según Boecio

El primero en acuñar una definición precisa de la persona fue Boecio (480-525), para quien la persona es 'sustancia individual de naturaleza racional'. Tratemos de explicar esa definición.

*La persona es 'sustancia'
Sustancia o 'sustrato'*

Que la persona sea sustancia no significa que tenga algo 'por debajo' de sus propiedades. Lo que subyace no es una realidad física que la sostuviese: es la realidad personal misma. El ser humano permanece, sigue siendo él mismo cuando duerme o cuando se despierta, cuando recuerda y cuando olvida, cuando es niño o cuando es anciano; cambiando,

es el mismo, de lo contrario ¿cómo podría decir ‘soy yo’, la misma persona, durante toda mi vida?

Me vivo a mí mismo, a mi propia persona, como causa del bien o del mal, como vínculo entre mis actos y mi persona. Realidad profunda y permanente, la persona aparece a la vez como sujeto de la acción y como objeto de la misma, pues registra en sí el efecto del acto que ella misma realiza. «Yo recuerdo, yo entiendo, yo amo por estas tres facultades, aunque no soy ni memoria, ni inteligencia, ni amor, sino que las poseo. Esto puede decirlo cualquier persona que posea esas tres facultades, pues la persona no es estas tres facultades». Lo que afirma san Agustín es que sumando las tres facultades no obtenemos un yo. Es al revés: sólo porque tenemos un yo, podemos ejercer armoniosamente esas tres facultades. La persona no es un sumatorio de actos aislados, sino que, si hacemos actos diversos aislados y podemos sumarles, es porque existe una realidad personal que los funda y unifica.

Sustancia o ‘en sí’

La persona es sustancia, no un accidente de otra, existe ‘en-sí’, y por tanto ‘para-sí’. En cuanto subsistencia individual completa, el hombre no puede formar parte de un todo al que estaría subordinado. Es una realidad completa y unitaria, cuyo centro sustentador es ella misma. El yo que se autoposee desde dentro de sí esboza libremente el proyecto de su inserción en el mundo. Este modo de ser, que despunta ya en las cosas materiales, alcanza su grado supremo en la persona.

Dado su carácter temporal, esa sustancia personal (‘en-sí’ e invariable) cambia, y por eso distinguimos en ella entre personeidad y personalidad. La *personeidad* es la persona en su estabilidad: el oligofrénico es persona; el concebido, antes de nacer es persona. Son tan personas como cualquiera de nosotros. Sería imposible que tuviera personalidad quien no fuera ya estructuralmente persona. A este carácter estructural de la persona lo denomina Xavier Zubiri personeidad, a diferencia de la personalidad. La *personalidad*, por su parte, son los cambios que experimenta en el tiempo esa personeidad, las formas concretas que en cada circunstancia de la vida va adoptando: la personalidad se va haciendo o deshaciendo, e incluso rehaciendo. El hombre que, como subsistente, siempre es el mismo, nunca es lo mismo; puede haber causas en virtud de las cuales el hombre puede tener simultánea o sucesivamente distintas personalidades.

Sustancia 'individual'

Esa autoposesión que el hombre tiene de sí mismo le hace 'individo' irrepetible, no un '¿qué es?', sino un '¿quién es?'. 'Individual' no significa 'individualista', encerrado en sí mismo, ensimismado: 'Maestro, ¿cuál es el secreto de la auténtica interioridad?'. 'Entra primero en el silencio para conocerte'. Después de cierto tiempo, el joven regresó contento: 'Maestro, he conseguido interiorizarme y así conocerme en profundidad. ¿Estoy ya maduro?'. 'Ahora, respondió el maestro, te falta lo más importante: salir de ti mismo y ponerte en el lugar del otro. Sólo entonces conocerás el valor de la interioridad'. Y, como el discípulo no hizo caso, entró tanto en la interioridad que un día terminó saliéndose de ella.

Hay una soledad devastadora ('de palabras vendedor, quien no escucha su interior') y una soledad comunicadora. El silencio es imprescindible para dar frutos. Algunos hablan porque el ruido les parece menos amenazador que el silencio, pero son raras las palabras que valen más que el silencio. Ciertos enfermos de psiquismo empobrecido se lamentan de no saberse crear la intimidad que anhelan, no aportan a sus experiencias la dimensión profunda que les otorgaría esa soledad.

Sustancia individual 'racional'

La persona es 'suidad', se autoposee. Ninguna otra realidad cumple con la condición de 'indivisa' en sí (idéntica consigo misma) y de 'dividida' de todo lo demás (no confundida con lo demás, autónoma): «La realidad dotada de inteligencia es la única realidad perfectamente subsistente, porque es la única que cumple la triple condición de ser clausurada, de ser total, y de ser una esencia que se posee a sí misma en forma de esencia abierta» (Zubiri).

Totalidad abierta a la realidad, tanto ajena como propia ('para sí'), la inteligencia puede convertir el 'medio' en 'mundo'; puede lograr esa autorreferencia que expresan los términos 'me' ('me gusta', 'me interesa'), 'mi' ('en mí', 'mi cuerpo') y de modo supremo el pronombre 'yo' ('soy yo', 'yo sé quién soy'). Al inteligir una cosa, cointelige su propia realidad, revierte sobre sí, se posee a sí misma como realidad. En tanto que persona, el humano es 'suyo', *suidad*.

1.2. Definiciones complementarias

Según *Emmanuel Mounier* (1905-1950) «una persona es un ser espiritual constituido como tal por una forma de subsistencia y de independencia en su ser; mantiene esa subsistencia e independencia mediante su adhesión a una jerarquía de valores libremente adoptados, asimilados y vividos en un compromiso responsable y en una constante conversión; unifica así toda su actividad en la libertad y desarrolla por añadidura, a impulsos de actos creadores, la singularidad de su vocación».

Esta larga definición no la entenderán gentes ciegas para las personas, como las hay ciegas para la pintura, con la diferencia de que muchos ciegos para las personas son responsables, en cierta forma, de su ceguera y llegan a serlo porque quieren una libertad mal ejercida. La vida personal es algo que los animales no pueden captar y que las personas tampoco a veces, si no viven por encima de cierto nivel de animalidad.

La persona es un ser espiritual, es decir, dotado de una vocación de eternidad, pues todos queremos perseverar, que no nos olviden como queda olvidada al borde del camino una flor marchita.

Esta espiritualidad es subsistente e independiente, rasgos del humano autodomínio ejercido libremente. Si no pudiésemos adherirnos en libertad, no seríamos lo que somos (realidades espirituales): somos quienes somos porque vivimos desarrollando una escala de valores libremente adoptada.

Esa adhesión a la jerarquía de valores la vivimos responsablemente con los demás en un compromiso. Es un 'compromiso': una vivencia comunitaria (*con*), en favor de un mundo nuevo (*pro*), hacia el que nos sentimos enviados (*miso*). Y es un compromiso 'responsable' cuando la palabra se convierte en respuesta (diálogo), y ésta a su vez en responsabilidad por el otro. Ella se vive en constante conversión ante el prójimo, ante un Dios que es personal.

Según *Jean Piaget* (1896-1980), la persona es una estructura a la vez estructurante y estructurada. Sus elementos estructurados han llegado a ser lo que son gracias a sus leyes estructurantes. Toda relación entre un ser viviente y su medio presenta ese carácter específico de que el primero, en lugar de someterse pasivamente al segundo, lo modifica imponiéndole cierta estructura propia. Recíprocamente, el medio obra sobre el organismo, pudiendo designarse esta acción inversa 'acomodación'. La adaptación es un equilibrio entre asimilación y acomodación. El ser humano, estructura superior y más compleja, no sólo no queda absorbido por las

estructuras circundantes, sino que impone sus propias leyes, aunque evidentemente no pueda ni deba transgredir las de la naturaleza.

La estructura humana no sólo es la de una máquina, sino también la de un maquinista; no es una caja vacía limitada meramente a registrar los estímulos externos, pues corrige su ambiente externo y también el interno, tanto hacia el pasado como hacia el futuro. Su sistema autorregulador hace que sus transformaciones interiores permanezcan, aunque entren a formar parte de una estructura mayor, por eso tiene una posibilidad de ensanchamiento que amplía sus límites, conservando las propias leyes de su interior ('homeostasis'). Queda así sujeta a cambios, pero también a progresos.

Animal de realidades

La persona sobrepasa la mera animalidad sin dejar de ser animal. El animal alcanza un grado de inteligencia y de sentimiento importantes, pero no llega a tener conciencia de sí mismo; el animal es capaz de contemplar objetos, la persona realidades: «El hombre es la vida trascendiendo *en* el organismo a lo meramente orgánico... es trascender *no de* la animalidad, sino *en* la animalidad: la *psique*, en efecto, no es algo añadido al organismo, sino una realidad estructural con él. Y, segundo, es trascender *en* la animalidad *a* su propia realidad. La unidad de estos dos momentos es justo lo que significa la definición del hombre: animal de realidades» (Zubiri: *Sobre el hombre*). A diferencia de los demás animales, «el animal humano está instalado no sólo 'entre' realidades, sino 'en' la realidad, en lo trascendental». Por eso es capaz no sólo de comportamiento, sino de convertir el comportamiento en afrontamiento, de enfrentar o asumir la realidad: la persona puede adaptarse al tiempo, medirlo, conocerlo, producir, inventar, ya que puede enfrentarse al tiempo activamente y no sólo sufrirlo.

Animal autobiográfico

La vida humana es autoposesión. Y esta autoposesión es la esencia de la biografía: un proceso de autoposesión de su propia realidad. El animal tiene un esbozo de *autós* ('sí mismo'). No 'se' siente satisfecho, pero siente satisfacción. A diferencia de él, el hombre se posee a sí mismo, de tal modo que el momento de ser 'perteneciente a' forma uno de los caracteres esenciales de su realidad.

Animal corpóreo de inteligencia sentiente

El cuerpo humano es espíritu encarnado -del espíritu a la materia- y carne espiritualizada -de la materia al espíritu. Como tal, «su inteligencia no es comprensiva, sino impresiva: no hay dos facultades, una inteligencia y una sensibilidad, sino una sola facultad: inteligencia sentiente. Claro está, hay sensibilidad sin inteligencia: la mayor parte de los actos de sentir son ajenos a la inteligencia. Pero la inversa no es cierta: la totalidad de los actos intelectivos son sentientes. El hombre, pues, no ‘tiene’ organismo ‘y’ psique, sino que ‘es’ psico-orgánico. Este organismo es ‘organismo-de’ esta psique; y esta psique es ‘psique’ de este organismo. La psique es desde sí misma orgánica, y el organismo es desde sí mismo psíquico. No hay un puro sentir y ‘además’ un intelecgrir, sino que lo que hay es estructuralmente intelección sentiente» (Zubiri: *Sobre el hombre*).

Animal comunitario

Somos relacionales, aprendemos a socializarnos. La socialización primaria crea en la conciencia del niño una abstracción progresiva. Existe una progresión que va desde ‘mamá está enojada conmigo ahora’, hasta ‘mamá se enoja conmigo cada vez que derramo la sopa’. A medida que padre, abuela, hermana mayor, etc, apoyan la actitud negativa de la madre con respecto a derramar la sopa, la norma se afianza. El paso decisivo viene cuando el niño reconoce que ‘todos’ se oponen a que derrame la sopa, y la norma se generaliza como ‘uno no debe derramar la sopa’, en la que ‘uno’ es él mismo como parte de la generalidad que incluye todo aquello de la sociedad que resulta significativa para el niño.

Un primer nivel de socialización se produce con la *transmisión del vocabulario*; el segundo nivel contiene *proposiciones teóricas* rudimentarias (proverbios, máximas, etc); el tercero llega con la elaboración de *teorías explícitas* mediante proposiciones formalizadas; el cuarto nivel lo constituyen los *universos simbólicos*; sólo después surge la posibilidad de *reflexión sistemática* sobre la naturaleza de ese universo y la apertura a la problematicidad de ese sistema.

Ahora bien, aunque la relación persona-grupo es necesaria, hay que vigilar para evitar el borreguismo, pues está muy por debajo de la dignidad humana -como dijera Gandhi- el perder la propia identidad personal y perderse en un tornillo más de la maquinaria. Con excepción del

instinto de conservación, la propensión a la emulación constituye la motivación más fuerte y poderosa, induciéndonos una y otra vez a comportamientos disparatados. Ejemplos:

Grupo espejo. Cada cual proyecta en él algo de su yo real o de su yo ideal, produciéndose así cierta fusión de horizontes. Pero el quedarse en la contemplación del sí mismo grupal puede convertirse en una deformación, la de Narciso, que sólo tenía ojos para sí mismo.

Grupo prisma. El grupo registra las aportaciones de las personas, la función prismática nos cambia sin darnos cuenta, como el aire a quienes le respiran. Pero, mientras que el aire acoge y mezcla todos los efluvios, el grupo no deja pasar más que ciertas aportaciones, las que tienen el prestigio de las personas y de las ideas dominantes.

Grupo recipiente. Se produce una combinación de las aportaciones personales, una síntesis de todos. Pero el recipiente no ha sido más que un lugar de encuentro para elementos que se armonizan o se combaten, olvidando que la virtud creadora de las ideas o iniciativas no se encuentra en el recipiente, sino en los ingredientes procedentes de las personas.

Animal libre y moral

Ni Grecia ni Roma imaginaron la libertad de todas las personas. El jurista Justiniano (527-565) no consideraba personas más que a los libres capaces de heredar propiedades. Sin embargo, «la libertad es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos: con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar cubre» (Cervantes: *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*). Una propiedad tan importante como la libertad aún dista de haberse realizado sanamente en la historia.

La persona tiene unas dotes, gracias a las cuales es *agente y autora* de sus actos. El animal no es autor de sus actos, el hombre sí; no de todos, por lo menos en el sentido de libres, pero sí cuando opta no sólo por unos actos o por otros, sino sobre todo por una u otra manera de ser. Ningún animal es libre, sino el hombre: el ser humano es ciudadano de dos mundos; si el primero lo comparte con los demás animales, y en él reinan los instintos obligatorios, el segundo, el de la libertad, situada en el reino de la conciencia moral, es atributo exclusivo del ser humano, 'un rango que le hace acreedor al respeto' (Kant); el hombre es 'libertad e independencia frente al mecanismo de la naturaleza entera'.

2. LA DIGNIDAD

2.1. La persona, fin en sí

«El hombre existe como fin en sí mismo y no sólo como medio para cualesquiera usos de esta o aquella voluntad. Los seres racionales se llaman *personas*, porque su naturaleza los distingue como fines en sí mismos, o sea, como algo que no puede ser usado meramente como medio» (Kant: *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*). De ahí la norma de conducta que Kant propone: «Trata a la humanidad, tanto en tu persona como en la de cualquier otro siempre al mismo tiempo como un fin, y nunca solamente como un medio. El deber de amar al prójimo puede también expresarse del modo siguiente: es el deber de convertir en míos los fines de otros (solamente en la medida en que no sean inmorales); el deber de respetar a mi prójimo está contenido en la máxima de no degradar a ningún otro ser humano convirtiéndole únicamente en medio para mis fines (no exigir que el otro deba rebajarse a sí mismo para entregarse a mi fin)». Referido el imperativo moral a la persona reza así: 'No te conviertas en un simple medio para los demás, sino sé para ellos a la vez un fin'. Somos fines en sí mismos, no medios o instrumentos para ningún otro fin, por eso para el hombre no vale el lema 'el fin justifica los medios'.

Hay dos tipos de seres: aquellos que tienen valor en sí mismos, y aquellos que por el contrario sólo valen para otra cosa distinta de ellos mismos. Por ejemplo: un martillo, que es útil para clavar un clavo, pierde su utilidad cuando se rompe, y entonces su precio baja o cae totalmente. Sin embargo una persona humana es valiosa en sí misma, tiene valor siempre aunque ya esté rota o vieja, o aunque todavía no haya nacido, vale desde el primer instante y para siempre, es valiosa en sí misma y por eso no tiene precio sino dignidad, no es objeto, sino sujeto. Como tal sujeto -nunca objeto- nadie está legitimado para causarle ningún daño ni físico ni moral ni de ninguna naturaleza.

Así pues, «aquello que tiene precio puede ser sustituido por algo equivalente; en cambio, lo que se halla por encima de todo precio y no admite nada equivalente, eso tiene *dignidad*» (Kant). El valor de la persona es absoluto, no relativo. La persona tiene valor, y no precio; las cosas tienen precio. Mientras las cosas tienen precio, las personas ponen precio porque valen, de ahí que ellas sean la medida, no lo medido. Tratamos a la persona como cosa o como medio cuando la utilizamos para someterla, humillarla, instrumentalizarla, etc.

También del indigno cabe decir que -pese a no merecerlo- puede llegar a haber en él más cosas dignas de admiración que de desprecio, porque a pesar de su conducta indigna de hoy puede mañana cambiar. Y no sólo por eso, sino porque -aunque se empeñe en lo contrario- el indigno vale más que las indignidades que él mismo lleva a cabo. Más aún, porque quien le ama le rescata de su indignidad, aunque él no lo merezca.

2.2. ¿Cómo fundamentar la dignidad?

¿Sólo desde la naturaleza?

Si el hombre fuera mero animal natural, sin valor diferencial o cualitativo respecto de los demás animales, mero animal aunque un poco más listo, ¿de dónde le vendría una dignidad absoluta respecto de los animales menos listos de la escala? Por ser más listo, el hombre tendría más dignidad que el mono, pero no por ello dignidad absoluta, del mismo modo que el mono tendría más dignidad que el perro a su vez, pero no dignidad absoluta.

Si el hombre fuera mero elemento de la naturaleza, ¿cómo evitar que se tratase a ciertos hombres como a perros y a ciertos perros mejor que a ciertos hombres?

¿Sólo desde el hombre?

¿Qué decir de las personas carentes de razón, de los enfermos, etc, se les excluiría por culpa de sus deficiencias involuntarias?

¿Qué decir de quienes usan su libertad para cometer indignidades, se las excluiría por sus deficiencias voluntarias?

¿Sólo desde las instituciones?

¿No cabría afirmar la dignidad del hombre porque así lo ha reconocido por consenso el alto tribunal de las Naciones Unidas en la Declaración Universal de los Derechos Humanos? Cuando no se sabe cómo fundamentar las normas suele recurrirse a las costumbres sociales; entonces es la hora del «porque sí», porque lo dice la UNESCO, etc, y así se convierte en ley a la mera costumbre.

¿Cómo frenar la tendencia de las instituciones, incluso las revolucionarias, a degenerar con el curso del tiempo, llegando incluso a masa-

crar a los que supuestamente había de liberar?

Paternidad divina y dignidad filial infinita

¿Acaso no tienen los padres la experiencia de volcarse especialmente con los hijos más enfermos, más necesitados, más pródigos? La dignidad del hombre le viene no de su condición de animal natural, ni de héroe moral, ni de los foros internacionales, sino de su condición filial: por gracia.

Si amarte es, como asegura Gabriel Marcel, decirte «mientras yo viva tú no morirás», sería óptimo que existiera un Ser tal cuya naturaleza consistiese en amarnos desde siempre y para siempre incondicionalmente, pues mientras Él viviera nosotros no moriríamos. Si Dios existiera, y fuese Padre Bueno (¿cómo aceptar otra idea de Dios?), estaría sumamente interesado en la felicidad de sus hijos, incluidos los (y especialmente los) más débiles, los más tontos, los más desfavorecidos, los más injustamente tratados. Lo que tenga el hijo de valioso vendrá dado por lo que tenga de hijo abierto al Padre bueno. Es decir, a través de esa relación filial. Desde el Amor absoluto queda absolutamente fundada la dignidad personal.

Sólo Dios, decía Kant, es el 'conector' de virtud y felicidad. Quien ha sido bueno (virtuoso) debe ser feliz. Si Dios existiera, haría felices en el más allá a todos los virtuosos, muchos de los cuales en este mundo lejos de ser premiados padecen persecución. Por eso los interesados en leyes de virtud deberían desear la existencia de Dios.

Se acepte o no esta fundamentación que proponemos, todo ser humano es digno. Creyentes y no creyentes, personas e instituciones, sean cuales fueren sus convicciones, estamos obligados en conciencia a respetar la dignidad de todo ser humano, y a colaborar para ello desde nuestra circunstancia particular de edad, profesión, país, con todas las gentes de buena voluntad.

3. YO-TÚ: LA PERSONA ES RELACIÓN

3.1. Somos yo-y-tú-y-nosotros

Como sabemos, la persona es realidad en-sí. Pues bien, esa realidad en-sí es relacional. Sería ocioso preguntarse si fue antes el individuo aislado o la pareja. «Yo llego a ser yo en el tú; al llegar a ser yo, digo tú» (Martin Buber: *Yo y tú*). Sólo hombres capaces de hablarse realmente de

tú pueden decir verdaderamente ‘nosotros’. El hecho fundamental de la existencia humana es el hombre con el hombre. Esta esfera del ‘entre’ es una categoría básica de la realidad humana, que se realiza en grados muy diferentes.

Somos yo-y-tú-y-nosotros. Al subrayar esa relación se queda corta la afirmación de Ortega y Gasset ‘yo soy yo y mis circunstancias’, más bien habría que decir ‘yo-soy-yo-y-mis-circunstancias’, pues aunque las cosas y los animales son circunstancias, sólo las personas son circunstancias: sólo ellas forman parte de mi propia vida. El amante llama a la puerta de su amada: ‘Soy yo’. Ella le responde: ‘Pues entonces márchate. En esta casa no cabemos tú y yo’. El rechazado amante se va al desierto, donde medita durante meses las palabras de su amada. Por fin regresa y vuelve a llamar: ‘¿Quién es?’ ‘¡Soy tú!’ Y la puerta se abre al instante.

El binomio relacional yo-tú

Yo soy más, tú eres más (actitud positiva).

Yo soy más, tú eres menos (arrogancia).

Yo soy menos, tú eres más (depresión).

Yo soy menos, tú eres menos (derrotismo).

El trinomio relacional yo-tú-él

Yo soy más, tú eres más, ellos son más (filantropía).

Yo soy más, tú eres más, ellos son menos (xenofobia).

Yo soy más, tú eres menos, ellos son más (menosprecio del
prójimo).

Yo soy más, tú eres menos, ellos son menos (egocentrismo).

Yo soy menos, tú eres más, ellos son más (depresión).

Yo soy menos, tú eres más, ellos son menos (idolatría del líder).

Yo soy menos, tú eres menos, ellos son más (malinchismo).

Yo soy menos, tú eres menos, ellos son menos (pesimismo).

3.2. La persona es misterio

Dada nuestra inabarcable complejidad, nos relacionamos sin conocernos del todo: una noche se despertó oyendo un ruido que no cesaba. Era el vecino de arriba que andaba de un lado para otro, y sus pasos resonaban en el techo. ¡Aquello era insoportable! Aquellos pasos le obse-

sionaban. Las dos de la madrugada. Tenía que madrugar para ir al trabajo y necesitaba dormir. Y el vecino paseándose arriba y abajo sin parar y sin la más mínima consideración. Pensó: mañana subiré y le partiré la cara. Al día siguiente subió y se enteró de que el hijo de su vecino había muerto aquella madrugada y que, durante toda la noche, aquel padre afligido había paseado en brazos a su pobre niño, consumido por la fiebre. ¿Qué sabemos nosotros? Nuestra interpretación de los hechos es, a menudo, equivocada. Nos haría falta conocer absolutamente todo para poder juzgar. Y aún así...

El misterio del yo perplejo

«¡Válgame el cielo, qué veo!
¡Válgame el cielo, qué miro!
Con poco espanto lo admiro,
con mucha duda lo creo.
¿Yo en palacios suntuosos?
¿Yo entre telas y brocados?
¿Yo cercado de criados tan lucidos y briosos?
¿Yo despertar de dormir en lecho tan excelente?
¿Yo en medio de tanta gente que me sirva de vestir?
Decir que es sueño es engaño bien sé que despierto estoy.
¿Yo Segismundo no soy?»

(Calderón de la Barca: *La vida es sueño*)

El misterio del yo ‘mutante’

Aquel cantero cortaba piedras de la montaña: «Si fuera rico no tendría que cortar piedras toda la jornada», exclamó. Para su asombro, oyó repentinamente la voz de un buen genio: «Tu deseo se cumplirá, serás rico». Ante la sequía de aquel año, el picapedrero ya rico exclamó: «El sol es más poderoso que yo: quisiera ser sol». Convertido ya en sol enviaba sus rayos a la tierra, hasta que una espesa nube le eclipsó: «La nube es más poderosa que el sol: ahora quiero ser nube». El picapedrero-nube todo lo dominaba, menos una altiva roca que permanecía indiferente: «Quiero ser roca». Un día un hombrecillo comenzó a demoler su base: «¿Cómo un picapedrero es más fuerte que una roca? ¡Quiero volver a ser picapedrero!»

El misterio del yo dividido

El escritor Italo Calvino narra la historia del vizconde que, en un duelo, tras ser cercenado por el tajo de un adversario en dos mitades exactas, cada una de las cuales vive su vida independiente, una buena y otra mala, logra por fin recobrar su anhelada unidad: al fin y al cabo no hay ninguna parte humana que no añore a las restantes (Sigmund Freud señaló no dos, sino tres estratos en cada ser humano: ello/yo/superyo; Nietzsche eleva ese número hasta el infinito).

El misterio del yo legionario

«Y llegaron al otro lado del mar, a la región de los gerasenos. Apenas saltó de la barca, vino a su encuentro de entre los sepulcros un hombre con espíritu inmundo que moraba en los sepulcros y a quien nadie podía tenerle ya atado ni siquiera con cadenas, pues muchas veces le habían atado con grillos y cadenas, pero él había roto las cadenas y destrozado los grillos, y nadie podía dominarle. Y siempre, noche y día, andaba entre los sepulcros y por los montes, dando gritos e hiriéndose con piedras. Al ver de lejos a Jesús, corrió y se postró ante él, y gritó con gran voz: ‘¿Qué tengo yo contigo, Jesús, hijo de Dios Altísimo? Te conjuro por Dios que no me atormentes’. Es que él le había dicho: ‘espíritu inmundo, sal de este hombre’. Y le preguntó: ‘¿cuál es tu nombre?’ Le contesta: ‘mi nombre es Legión, porque somos muchos’. Y le suplicaba con insistencia que no los echara fuera de la región» (Mc,5).

4. PERSONA Y CONFLICTO RELACIONAL

4.1. Humano, luego conflictivo

En toda relación las contrariedades son algo habitual; sin embargo, lo que para los débiles es una barrera insuperable, para las gentes asertivas representa un desafío: la vida sólo adquiere forma y figura con los martillazos que el destino le da cuando el sufrimiento la pone al rojo. En nuestra relación surge el conflicto cuando, en lugar de tratarte como un ‘tú’ irrepensible, te trato como a un ‘él’ anónimo, y una vez que te he tratado como a un ‘él’, termino manipulándote como a un ‘ello’, como si fueras una cosa. No pocos se comportan inhumanamente cuando: no salen de las

necesidades fisiológicas, las más cercanas al mundo animal; educadas en valores de forma humillante, terminan encerrándose en sí mismos y odiando los valores mal aprendidos; no logran desplegar las habilidades que poseen, porque las circunstancias sociales lo impiden; achacan a su configuración sicosomática las alteraciones en el juicio sobre sus propias necesidades (la predisposición natural con que venimos al mundo determinaría nuestra conducta); ignoran las necesidades espirituales, si bien admiran a los abnegados sin fronteras, misioneros, etc. Esa necesidad de ser misionero, o visionario, existe en cada cual, pero sepultada. Muchas vocaciones se frustran, desviadas por el peso de una pirámide de necesidades aberrantes con las que hemos terminado pactando: pactamos nuestras necesidades con el no-yo, y luego elaboramos complicadas teorías para justificar ese no-yo.

4.2. Para resolver los conflictos

Reconoce la dignidad de la otra persona

Si te tomas el trabajo de dialogar, no creas tener toda la verdad, ni que tu interlocutor es un sujeto al que únicamente tienes que convencer. Un diálogo es bilateral, no unilateral. Quien dialoga en serio está dispuesto a mantener su posición si no le convencen los argumentos del interlocutor, o a modificarla si le convencen. Reconocer y respetar la persona del otro no significa estar de acuerdo con sus opiniones, debiendo manifestar nuestra discrepancia cuando sea el caso, precisamente por respeto al otro. Lo contrario sería un falso respeto, un menosprecio. Cuando preguntaban a Cantinflas si estaba de acuerdo con determinada actitud, decía: 'Puede ser que sí, puede ser que no, pero lo más probable es que quién sabe'. Eso manifiesta una personalidad sin carácter.

Conócete a ti mismo

Quien no se autoconoce no podrá corregirse ni corregir. La esclavitud más denigrante, como dijera Séneca, es la de ser esclavo de uno mismo porque se ignora a sí mismo, e igualmente la esclavitud derivada de esa ignorancia. Quien se conoce bien actúa con más inteligencia racional: establece claramente sus objetivos. Procura hacer conscientes sus móviles dialógicos más ocultos. Define claramente el problema. Piensa antes de hablar y es cuidadoso con el uso de las palabras. Actúa sin dejarse arrastrar

por las impresiones del momento.

Confía

Confiada es la persona que se alegra de la capacidad ajena para resolver problemas y de su buena disposición, pues así le gustaría que ellas por su parte le reconociesen a sí misma. Al contrario que el suspicaz, el confiado tiene seguridad y mira con fe los aspectos valiosos de las otras personas, y por lo tanto espera de ellas una conducta favorable. La confianza fundamentada constituye un rasgo positivo del carácter, la no fundamentada está ligada con la ingenuidad y la ilusión; confiar en lo iluso es quedar constantemente expuesto al engaño. Sólo la capacidad de crítica y objetividad pueden dar a la confianza las bases de madurez que requiere.

Actúa con inteligencia emocional

Las personas tenemos prejuicios, bloqueos afectivos, etc., por eso hemos de escuchar no sólo las palabras de nuestro interlocutor (incluyendo su tono y ritmo), sino también sus claves no verbales (posturas, gestos, movimientos): buena parte de la expresión no se explicita. Mira su entrecejo sin dejarte atrapar por sus sentimientos. Haz una pausa antes de contestar; pregunta para verificar que has entendido el mensaje ('¿lo que me quieres decir es que...?', '¿lo que deseas que yo haga es que...?'). La verdad invade el corazón y en él se caldea; la idea puede convencer, pero no arrastra; esclarece, pero no propulsa si no se une a la profundidad afectiva del corazón. Si no manifiestas lo que te está pasando ¿cómo entenderte? Elabora expresiones de rabia, miedo, frustración, rebeldía, indignación, admiración, obstinación, alegría, esperanza, compasión, fascinación, ternura, etc., pues si careces de la palabra adecuada para expresar lo que afecta tu corazón no podrás compar-tirlo ni siquiera contigo mismo, pues nadie conoce del todo lo que lleva dentro hasta que no le pone nombre. Por lo demás, los sentimientos son transitorios, pasan y desaparecen.

Evita los 'mensajes-tú'

En la grosería y en los malos modos se oculta un débil y un cobarde. Lo malo de decir lo que uno siente es que muchas veces siente uno haberlo dicho. Son 'mensajes-tú' aquellos en los que manifiesto a la otra

persona lo que ella tiene que hacer, produciendo de ese modo nuevos conflictos sobre los ya existentes: 'Deja de molestarme', 'eso no se hace', 'así no vas a llegar a ninguna parte', 'no tienes ni idea', 'contigo no se puede hablar', 'no chilles más'. El resultado es que dada mi agresividad no logro mostrarte mis verdaderos sentimientos, y además te causaré un escozor innecesario.

Utiliza los 'mensajes-yo'

Son 'mensajes-yo' los que usan formas positivas para poner de manifiesto situaciones negativas, los que, sin agresividad, dejan al descubierto el motivo del problema, dando de forma no autoritaria la oportunidad para que el otro me ayude, al comunicarle las razones por las cuales me está causando el problema. De este modo, en lugar de utilizar el 'hubieras' u otros reclamos inútiles, el mensaje-yo dice: 'Me siento aturdido y frustrado por este griterío', 'hay mucho ruido y no puedo hablar si tengo que estar siempre empezando', 'me encuentro mal a causa de las peleas entre ustedes', 'me pareció que a nadie le importaba el estado de nuestra casa cuando vi el desorden que dejaron en la cocina; tal vez esperaba demasiado', 'no te he entendido bien', 'no me he explicado bien'. De este modo, evito descargar mis nervios sobre ti. Describo tu comportamiento poniendo de relieve la causa de mi problema. Señalo el efecto que tiene en mí tu actuación, los sentimientos que ella me produce, para que te enteres claramente. Indico cuál es la actitud que deseo adoptes. Asumo la responsabilidad sin echarla fuera. No hiero nuestras sensibilidades. Facilito las discusiones relajadamente, evitando respuestas de irritación u hostilidad. Estimulo la comunicación, ayudando a tener confianza en nosotros.

Escucha

Mientras el otro habla, escúchale; no estés pensando en lo que le vas a replicar. No te digas a ti: 'es un imbécil, nunca está de acuerdo con lo que digo'; 'para demostrar que no le entiendo, le desprecio'. No grites. Los altavoces refuerzan la voz, pero no los argumentos. En lugar de gritar más, trata de mejorar la calidad de los argumentos. No te enfurezcas, no amenazas. Evita replicar antes de que el otro termine de hablar. No moralices, no sermonees, no estés siempre con el 'deberías' o el 'debes'. No avergüences ni ridiculices. No juzgues intenciones, sino conductas. No interrogues inquisitorialmente. No chantajeas sentimentalmente ('me ma-

tas con tu proceder'). No compares.

Actúa con asertividad

La personalidad medrosa, susceptible, hipersensible, pusilánime, siempre teme algo pavoroso que en cualquier momento puede caerle encima: una enfermedad, una repercusión negativa de su conducta, la muerte, algo impreciso, nebuloso. La escala de Mohs, indicadora del grado de dureza de los minerales, va del talco al diamante; el primero es rayado por todos, el último raya a todos sin ser rayado por ninguno. Hay gentes similares a una masa de talco laminar, todo los afecta, todo los sensibiliza, todo los hiere. Acaban por volverse hipocondríacos, y prestan excesiva atención a sus males antes que a sus interlocutores. No es asertivo abandonarse a miedos, volver contra sí los conflictos no afrontados, no querer superar los obstáculos que interfieren el crecimiento, sufrir por sufrir, rumiar el fracaso, refugiarse en la derrota, estancarse. Ser asertivo es reclamar razonablemente lo que supones ser una falta o un comportamiento negativo de otra persona. Dile sin acritud lo que crees que no hizo bien. Di 'no' sin herir, sin que se sienta rechazada. Defiende tus derechos sin agredir.

5. DE INMADUREZ A MADUREZ

5.1. Personalidades inmaduras

Las dificultades que acabamos de señalar, cuando no se superan, son propias de personas tipo:

Nopal: agresivo, pendenciero, con espinas, querellador, nunca satisfecho: él contra todos. Quiere ser Al Capone, el jefe de la banda. Pretenderá herir a los demás, o tener razones legítimas para quejarse. (Dile que tratarías con mucho gusto de sus problemas en privado).

Capataz: se cree jefe de rancho, piensa que todas sus ideas son buenas e infalibles, por lo que será susceptible e irritable. Se da aires de Supermán. Carente de escrúpulos, todo le sirve para intentar dominar. (Sé firme, mantenlo a distancia).

Pavo real: vanidoso, hipersensible, apantallador, fanfarrón,

sabelotodo. (Di: 'es un punto de vista interesante, veamos qué piensa el grupo').

Cuello duro: tratará al grupo de manera altiva. (No hieras su susceptibilidad, utiliza con él el 'sí, pero').

Mosquito: pica y molesta, es chismoso, insensible como tijera al dolor que producen sus cortes. (No compartas con él ningún secreto).

Charlatán: interrumpe a cada momento, habla compulsivamente. Como en la novela de Daudet, 'Tartarín de Tarascón', el cazador de leones en la fantasía llega a convencerse de su fantasía por lo que se ve obligado a cazar leones verdaderos para escapar a la burla del pueblo. (Dile: '¿no nos estamos alejando del tema?').

Embrollador: obstinado, discutirá por discutir ignorando sistemáticamente el punto de vista de los demás. (Dile que estarías encantado de discutirlo en privado con él).

Señor de los apartes: distraerá a los demás, y hablará con o sin motivo. (Llévale al asunto, pide su opinión sobre la última idea expuesta por el grupo).

Preguntón: querrá entorpecer, sería feliz conociendo tu opinión para que apoyes su punto de vista. (Ten paciencia).

Ruidoso: pretende ser el payaso del grupo, llama la atención, con su alegría inoportuna distrae. (Tranquilízale con algo que le interese).

Oportunista: tacaño, no te deja nunca sus cosas. Aparenta cooperar mientras saca provecho. Es tramposo. (Cuidado con él).

Colchón: tendido en la cama, perezoso, flojo, dice 'mañana' para lo mismo repetir mañana. La falta de fe en sí mismo y la desesperanza de lograr la meta le deja inactivo. Sin embargo reclama el fruto del trabajo ajeno. (Trata de que trabaje en grupo).

Tímido: no desea hablar, es inseguro, hay que sacarle las ideas un tanto a fuerza. (Trátale con cariño).

Buey mudo: apático, nada le interesa, se sitúa al margen de los asuntos tratados. (Pide su opinión, indícale sin exagerar el respeto que tenemos por su experiencia).

Caja fuerte: duro, insensible, frío, atrapador. (Que sepa que lo sabes).

Máscara: mentiroso, hipócrita. (Sé asertivo con él).

Borrego: su ideal es la masa. (Dale algún protagonismo).

5.2. Personas maduras y escala de necesidades

La persona madura sabe distinguir entre necesidades primarias y secundarias. Según Abraham Maslow hay una pirámide de necesidades. En su base están las *necesidades primarias* o biológicas (hambre, sed, etc); luego, la de *seguridad*, a la que siguen las de *afecto y pertenencia* (ser queridos y aceptados); después, la de *estima* (auto y hetero); por fin, la de *autorrealización y trascendencia*. Madurez es:

Señorío de sí: autodisciplina, fortaleza, constancia, paciencia, autocontrol, autodomínio.

Armonía: encauzamiento de las inclinaciones naturales hacia el desarrollo total de la personalidad, no tan sólo sus músculos, ni tan sólo sus ideas.

Autorrealización laboral: ¿cómo encontrar una persona realizada si su actividad cotidiana le estresa?

Actitud positiva: Aceptación gozosa de sí mismo y de los demás, a quienes nos abrimos empáticamente procurando ver lo positivo. No es persona madura la que todo lo ve mal, ni la que todo lo ve bien. Lo importante es saber verlo todo y disfrutar de lo bueno, tanto de lo ajeno como de lo propio: para sentirte querido por ti no necesitas ignorar lo que no te gusta de ti mismo.

Esperanza: capacidad para encontrar sentido a la vida y a los acontecimientos, aunque no sean agradables. Ayuda mucho tomarse a sí mismo con humor y piedad, con ternura y alegría, pues el humor es la quintaesencia del amor. Espíritu deportivo: saber ganar, saber perder, vol-

ver a empezar.

Calma: reflexividad, prudencia y no precipitación. La persona madura adopta posiciones ecuanímenes en juicios y apreciaciones. Lo contrario es la persona histérica que sólo maneja -y destempladamente- un ramal del carro.

Ecuanimidad: equilibrio entre tolerancia y defensa de la objetividad. Saber distinguir entre lo accesorio y tolerable y lo innegociable.

Objetividad: hay dificultades en el auto-análisis, ya que en éste somos al mismo tiempo analistas sujetos y personas analizadas. La persona madura se responsabiliza de los problemas y busca soluciones, los afronta sin rehuirlos.

Realismo: no es renunciar al ideal, sino el que no confunde el ideal con las metas del día a día. La persona realista es flexible, se adapta a las circunstancias sin renunciar a lo esencial.

Coherencia: más valor tiene a la hora de enseñar estilo de vida que forma de hablar, no hay lección más desleal que hablar bien y vivir mal. Mejor no hablar, que contradecirse en la conducta.

Libertad responsable: la persona madura asume deberes, incluso carga con los ajenos. Gandhi se castigaba a sí mismo cuando otro hacía algo mal; así le ayudaba a corregirse, porque resulta muy duro ver que otro se castiga por ti.

Previsión: hasta para ser puntual hay que prever. La impuntualidad es propia de gentes inmaduras que no planean sus acciones: cuando alguien se retrasa, me llegan distintos mensajes. Uno: que su tiempo es más importante que el mío. Dos: que no soy una persona muy importante para él. Tres: que no es recto, porque las personas serias se atienen a la palabra dada y cumplen sus compromisos. Llegar tarde es un comportamiento muy poco respetuoso y además crea hábito.

Modestia: es antítesis de vanidad, jactancia, o presunción, propias de quienes no se valoran a sí mismos esperando que los otros les den aquéllo de lo que ellos carecen; vana empresa, pues si yo soy un

balón pinchado, por mucho que me soplen desde afuera el aire se me seguirá escapando.

Sinceridad: mostrarse como uno es, sin tapujos, mentiras, o encubrimientos, sin miedo a que me rechacen, sin querer parecer más de lo que soy, sabiéndome aceptar. El oficio de embustero resulta tan trabajoso como inútil pues no se puede engañar a todos toda la vida.

Sentido del tú: hasta para administrar los bienes materiales propios es preciso pensar en los demás. Con frecuencia el egocéntrico anda superagobiado con lo que tiene o no tiene.

Gratitud: cortesía, agradecimiento: quien no sabe agradecer es desgraciado, desagradecido y desagraciado. Hay quienes no agradecen porque no descubren lo que se leS está regalando.

Felicidad profunda: cuando integramos todos los valores y los vivimos en armonía, nos encontramos en condiciones de ser felices. La felicidad es la respuesta a la existencia humana, la realización productiva de sus potencialidades. No es hacer lo que nos gusta, sino que nos guste lo que hacemos. Lo opuesto a la felicidad no es el pesar o el dolor, sino la depresión que resulta de la esterilidad interior. La felicidad no es una estación teórica de llegada, sino un modo de viajar en la vida; no es un descanso, sino más bien una tregua; no es sólo una realización, sino también un proyecto; no es algo que se acumula, sino algo que se gana y se pierde. La felicidad es el criterio de excelencia en el arte de vivir. Cada día es una obra de arte, y no existe poema más bello que vivir su plenitud en cada minuto, de ahí su parecido con la neblina ligera: cuando estamos dentro de ella no la vemos; de ahí también su similitud con el agua clara: el agua de la felicidad no se nos da a beber en vasos, sino en la palma de la mano.

La persona feliz asume los límites e insuficiencias de la existencia, pero eso no significa que dé por bueno lo ruin e inauténtico, por rico lo mísero, por pleno lo vacío, pero sabe arreglarse con ello, continúa cumpliendo con las obligaciones que ha asumido, con las exigencias que le plantean la familia, la profesión, la comunidad, la historia. Y lo hace con fidelidad y exactitud, aportando su esfuerzo para poner orden y ayudar una y otra vez. En esta actitud hay una gran disciplina y coraje, fidelidad y paciencia: de carácter. Tampoco podemos ser felices sin ser justos: no

seríamos dignos de la felicidad. Cuando uno contempla lo que ha llegado a ser la afirmación aristotélica de que 'el bien es aquello a que todas las cosas tienden', y la compara con la Declaración de Independencia de los EEUU (1776) de que 'todos los americanos tienen el derecho a la felicidad', siente que si ellos tuvieran menos derechos a su 'felicidad' el mundo podría ir mejor: ¿cómo querer la felicidad sin la búsqueda de su universalización? Algo imposible, aunque en ello ande metido medio mundo tras las huellas del poema de Byron donde Caín pregunta a Lucifer '¿sois felices?', y Lucifer responde 'somos poderosos', y el otro medio tras las del pragmatismo de William James, para quien 'la felicidad es la prueba de la verdad': si tal fuera, el egoísta tendría la prueba de su felicidad en su egoísmo. Además, la verdad degeneraría en relativismo.

Modelos de madurez son: Personalidad-águila (amplitud de miras). Personalidad-alpinista (ideales). Personalidad-hormiga (laboriosidad). Personalidad-árbol (acogida). Personalidad-agua (riqueza). Personalidad-guía (liderazgo). Personalidad-mapa (orientación). Personalidad-puente (concordia). Personalidad-fuego (calidez). Personalidad-montaña (fortaleza).

6. SOY AMADO, LUEGO EXISTO

Pedir

Tanto en lo fácil como en lo difícil, somos relacionales, por eso lo primero que descubro no es que 'yo pienso, yo existo', como quería Descartes (1596-1650), un yo sin tú y sin cuerpo. No. El 'yo' no comienza con el solitario 'ego', sino con el vocativo relacional, con el 'por favor'. Desde que nace, no hay nadie más carente y precisado de auxilio que un niño. El llanto es su manera de decir 'por favor', el 'yo' del llanto es un 'ven hacia mí'. ¿Qué sería del bebé sin nadie que le cuidase? Existimos porque somos capaces de pedir. Los niños aprenden deprisa porque piden y preguntan mucho. Pero, a diferencia de ellos, la edad nos va haciendo más refractarios a la petición. Sin embargo, quien no sabe pedir no sabrá dar. ¿Por qué no pedimos más los adultos? Por miedo al rechazo, por malas experiencias anteriores, por cobardía...

A veces, sin darnos cuenta, reajustamos nuestra actuación para que los otros nos acepten. Con frecuencia, se sale de un encuentro modificando la imagen previa forjada sobre el interlocutor: 'mira, creía que era... y resulta que es'. En cualquier caso, la imagen que el otro me devuel-

ve de mí mismo me interesa mucho: '¿Qué le habré parecido a...?', o 'le he debido parecer que...'. Puedo parecer al otro como pretendía ser, o quizá mejor, o tal vez peor. Si se nos define en más de lo que imaginábamos inicialmente ser, aparte de la gratificación en forma de autoestima que de ello se deriva, aceptamos por lo general sin reticencia esa imagen realzada (a veces no ocurre así, y nos vemos obligados a pensar, por la responsabilidad que se contrae, que el otro nos tiene en más de lo que somos). Por el contrario, si la definición nos rebaja, la relación suele ser de rechazo; de todos modos, esto no debería hacernos depender del juicio ajeno. En fin, toda definición efectuada por los otros sobre uno se compara con la definición que uno esperaba obtener a partir de su actuación. Pero además, ¿somos preferidos o somos preteridos? Nuestra autoestima sufre si se nos sitúa allí donde pensamos que no debemos estar, y más aún si se sitúa a otro en la posición que juzgamos que nos corresponde.

Acoger

Cuanto más débiles somos, más necesitamos ser cuidados. El vocativo (la petición) es el niño, el genitivo (la acogida) es quien nos cuida, el cariño de quienes nos vitalizan. Según Karl Gustav Jung (1875-1961), termina recluido en el manicomio quien nunca tuvo a nadie dispuesto a escucharle. Ningún sufrimiento se suple con meros tratamientos biológicos, hace falta una asistencia que despierte esperanza; la esencia de la ayuda consiste, ante todo, en despertar la esperanza básica de la persona que sufre. Da más fuerza saberse amado que creerse fuerte: la certeza de sabernos amados nos hace menos vulnerables. ¿Cómo sería la existencia de alguien nunca amado, cuál su 'yo'? ¿Cuántas gentes no han conocido un abrazo y andan por ahí como zombis, muertos en vida! ¿No hemos pensado en nuestra responsabilidad respecto de muchos que nunca han sido amados? Si lo que nos ayuda a crecer como personas es el amor, cuando lo recibimos pero no lo transmitimos hacemos un daño grave.

Dar(se)

Quien aprende a vivir desde la experiencia del amor, goza dando el suyo. Aunque parezca paradójico, sólo se posee lo que se regala. La madurez crece en relación de proporcionalidad directa con la generosidad. Se pueden regalar cosas, o regalar nuestro tiempo. Cuando uno da lo que es, su tiempo, se da a sí mismo. Dar cosas no puede sustituir

el darse.

Ahora bien, no se trata sólo de dar. Cabe acusar de tacañería a quien no está dispuesto a recibir, a quien no deja que los demás sean generosos con él.

Perdonar

Perdonar es mostrar al otro que no lo rechazamos por lo que hizo, que pese a todo confiamos en sus posibilidades de mejora. Perdonar es renunciar a tener la última palabra. Es renunciar al derecho por amor, en favor de un amor sin derechos. Es renunciar a la obsesión de la memoria ofendida ('me debes, me hiciste') y del rencor pretérito en favor de un futuro liberador: comienza una vida nueva, vamos adelante. La prueba clave de la calidad de la persona es la petición y la concesión de perdón. Quien no pide perdón se pierde la experiencia de la reconciliación y del reencuentro, sólo sabrá detectar a un ego ofendido por un tú odiado. En resumen: gracias a que he sido amado puedo amar, o sea, disfrutar en plenitud. El amor que doy a quienes amo lo he recibido primero.

IV CONOCIMIENTO

1. MENTE Y CEREBRO

¿Es la actividad del cerebro la que da origen al psiquismo, o más bien el cerebro es un instrumento del que se sirve una entidad superior a él, la 'mente'?

El *monismo materialista* reduce la mente al cerebro y explica los procesos mentales por su base material, localizada en el cerebro. Dentro de esta posición caben el *reduccionismo fisicalista*, para el cual los procesos mentales se reducen a procesos físicos o neurofisiológicos: 'El pensamiento es al cerebro como la orina al riñón'. Su formulación más reciente es la del *materialismo cibernético*, según el cual la actividad mental no es más que la actividad combinatoria del cerebro, y éste a su vez no es más que un complicado ordenador aparecido en el curso de la evolución biológica, mecánicamente analizable. Por su parte, el *materialismo emergentista*, menos duro, representado por el argentino Mario Bunge (1919-), considera que lo mental no se reduce a lo físico, pero emerge de lo físico. Sólo existiría una sustancia, la materia, aunque en ella se distinguirían 'propiedades' emergentes, que respecto a su origen contendrían la novedad de la 'plasticidad': su aptitud para la autoprogramación y la autoorganización.

El *dualismo interaccionista* representado por John Eccles afirma que mente y cerebro son dos realidades distintas. El cerebro sería insuficiente para dar razón de los fenómenos mentales; en el cortex cerebral acontece la interacción entre lo físico (estructura cerebral) y lo mental (llámese 'sí mismo', 'psiqué', 'alma', o 'ego'). Según esto, ciertos hechos reclamarían para ser explicados una mente autoconsciente: el carácter unitario de las experiencias humanas, su voluntariedad, la disparidad temporal entre los acontecimientos nerviosos y la experiencia consciente, así como la peculiaridad de la memoria humana y su conexión con el lenguaje.

El *interaccionismo emergentista* (a no confundir con el materialismo emergentista ni con el dualismo interaccionista) representado por

Karl Popper (1902-1994) defiende que no todo lo real es material: aunque su realidad sea más abstracta, son reales también las entidades que pueden actuar causalmente (o ‘interactuar’) con realidades materiales. La mente, pues, a partir de su comunidad de origen con el cerebro, alcanza una realidad emergente, aunque no heterogénea respecto de la materia, pudiendo considerarse como un grado superior de su actividad. Existirían dos ámbitos de realidad (cerebro y mente) repartidos en tres mundos. *Mundo uno*: el mundo físico observable compuesto por procesos y campos de fuerza. *Mundo dos*: el mundo de los estados mentales: estados de conciencia, disposiciones psicológicas, etc. *Mundo tres*: el mundo de los productos de la mente, al que pertenecen los mitos, las teorías científicas, las instituciones sociales, las obras de arte.

El *estructurismo* es una variante de este interaccionismo emergentista, defendido por Pedro Laín Entralgo (1908-2000): el cerebro es una estructura dinámica que no espera de nadie órdenes para funcionar. En la actividad cerebral habría actos dependientes de una de sus funciones regionales, y otros que sólo se podrían explicar por su conjunto.

Aunque la relación entre lo físico y lo mental sea problemática, el ser humano es un ‘yo’, un ‘quién’. A esta capacidad psico-orgánica de volver sobre sí mismo se le denomina *conciencia* y tiene dos funciones: se sabe realidad propia al decir ‘yo’, ‘me’, ‘mi’, y mantiene la continuidad del yo, pues sabe que sigue siendo quien era, más allá de los cambios y del tiempo. La auto-conciencia de la individualidad personal es también conciencia de sus capacidades. Sigmund Freud distinguió tres estratos en la conciencia: el *ello* (impulsos primitivos, como el sexual y el agresivo), el *superyo* (más reciente, al que pertenecen las normas e ideales que nos son inculcados desde la infancia: se opone a los impulsos del ello e impone rigurosas exigencias al yo), y el *yo* (‘principio de realidad’, conciencia reflexiva que nos adapta al mundo tras renunciar a ciertos impulsos), el cual vive tensionado entre los impulsos descontrolados y sus normas represoras, debiendo manejar adecuadamente ambas riendas para mantener el equilibrio vital. Si la ‘pasión’ desobedece a la razón, ¿cómo solucionar el conflicto entre ambos?, ¿suprimiendo la pasión?, ¿moderándola por autocontrol?, ¿sublimándola, canalizando su energía hacia actividades de orden superior, haciendo de la necesidad virtud?

2. SENSACIÓN Y PERCEPCIÓN

2.1. Sentir

La sensación es una impresión sensible de los estímulos sobre los órganos de los sentidos. Según la *ley de Weber-Fechner*, para que la intensidad de las sensaciones crezca en progresión aritmética, es necesario que el estímulo lo haga en progresión geométrica, pues la intensidad de la sensación crece mucho más lentamente que la del estímulo.

Los órganos de los sentidos reaccionan a la excitación de los estímulos que provienen del medio; la suya es, pues, una función receptora. Nuestras células receptoras (nuestros sentidos) pueden ser excitadas por estímulos de origen químico o físico, a saber: *Quimiorreceptores*, sentidos excitados por la sustancias químicas disueltas en formas líquidas o en el aire (gusto y olfato). *Mecanorreceptores*, excitados por contacto mecánico (sentido cinestésico que percibe las reacciones musculares, sentido de la presión, del equilibrio, frío y calor, sonido, dolor y placer, etc). *Fotorreceptores*, excitados por colores y luz (vista).

Según la información en que están especializados, los sentidos se dividen en: *exteroceptores* (se ocupan de los estímulos que provienen de la realidad física exterior: vista, oído, olfato, gusto, tacto) y *somatoceptores*, los cuales informan sobre el estado del propio organismo, y se dividen a su vez en ‘interoceptores’ (reciben los estímulos de las vísceras: bienestar, hambre, sed...) y ‘propioceptores’ (situados en el oído interno, los músculos y las articulaciones, informan de los movimientos corporales: nos permiten andar y controlar nuestro esquema corporal de forma coordinada).

Hay que subrayar la adaptabilidad de los sentidos, pues el órgano sensorial no es un mecanismo rígido, sino que se modifica para acomodarse a la situación ambiental: si sumergimos una mano en agua fría y la otra en agua caliente, y tras haberlas mantenido durante cierto tiempo sumergimos ambas a la vez en agua tibia, la que estuvo expuesta al frío experimentará calor, y la otra frío.

Para que un factor exterior funcione como estímulo debe ser adecuado al órgano sensorial que lo recibe. Así, la retina del ojo humano puede ser excitada por las ondas electromagnéticas de la luz visible, pero no por la infrarroja ni por la ultravioleta, que también son ondas electromagnéticas. Un estímulo es adecuado si cumple ciertos requisitos cuantitativos. Un sonido muy suave, una luz muy

débil o la partícula de polvo sobre la piel no llegan a excitar nuestros sentidos. Se dice entonces que estos factores no han traspasado el umbral necesario para estimularlos y tener conciencia de ellos. Hay tres clases de umbrales: *Máximo*, más allá de él no se produce aumento de sensación, o un cambio de la misma: una temperatura demasiado elevada causa sensaciones dolorosas (cambio de la sensación térmica a la algésica). Cada órgano tiene su umbral, por ejemplo el umbral máximo para el oído humano está en 20.000 vibraciones sonoras por segundo. *Mínimo*, que señala la mínima intensidad necesaria para que un estímulo excite los órganos sensoriales. Para el sonido, el umbral mínimo es de 16 vibraciones por segundo. *Diferencial*, que señala la cantidad mínima de estímulo que hay que añadir o restar a una estimulación anterior para que el sujeto experimente un aumento o disminución de sensación.

Dos teorías

Asociacionismo. Según David Hume (1711-1776), las percepciones resultarían de las sensaciones anteriores. El sujeto perceptor, absolutamente pasivo, se limitaría a recibir las sensaciones y unirlas, obteniendo así percepciones. En la misma línea, el médico inglés D. Hartley (1705-1757) afirmó que contenidos psicológicos se reducen a sensaciones o combinaciones de sensaciones, siendo éstas a su vez el resultado de la mera vibración de los nervios sensibles. Por tanto, la primacía correspondería a las sensaciones. Esta teoría ha sido hoy desechada por la que viene a continuación.

Psicología de la forma (Gestalt). Más que de los estímulos, la percepción depende de los intereses (motivación) del sujeto perceptor, quien dice conocimiento dice interés. Aquel niño entra en el estudio de un escultor, donde había un gigantesco bloque de piedra. Dos meses después ve en su lugar una estatua ecuestre: '¿Cómo sabías tú que dentro del bloque había un caballo?' La rana se sienta junto a las flores sin sospechar la clase de néctar delicioso que en esas flores descubre la abeja. En fin, recuerda el proverbio kurdo: dijeron al asno 'vamos, te llevamos al cielo'. Y él preguntó: '¿Hay cardos allá arriba?'

2.2. Percibir: fases, leyes, engaños

Fases

Física (Medio ambiente): los órganos de los sentidos son estimulados por excitantes externos o internos. *Fisiológica* (Organismo): dichos estímulos son transmitidos mediante las vías neurológicas hasta el sistema nervioso central. *Psicológica* (Conocimiento): a través del sistema nervioso central, la estimulación llega al cerebro, donde es integrada con otras informaciones haciéndose conocimiento.

Leyes

La percepción es un acto del conocer mediante el cual se aprehenden y organizan imágenes o impresiones de los objetos a través de las sensaciones que nos entregan los sentidos. Al percibir no nos limitamos a recibir pasivamente las impresiones, sino que las integramos, organizamos e interpretamos selectivamente: lo que se recibe, se recibe de acuerdo con las condiciones del recipiente.

La organización del campo perceptivo en 'figura' y 'fondo' ilustra lo que decimos: el foco que centra nuestra atención es la figura, el entorno el fondo. Estructuramos la figura siguiendo unos principios determinados: tendemos a agrupar los objetos más próximos entre sí en la misma figura; igual ocurre con los objetos parecidos o similares, o con los que aparecen en una sucesión de continuidad. Es un principio de ahorro de energía (*ley de pregnancia*), que mantiene estable la percepción hasta que se produzca un cambio notable en los estímulos (*ley de constancia perceptiva*) y que hace que, cuando una figura esté incompleta o difusa, tendamos a 'acabarla' o a unificarla a partir de lo que ya conocemos: por la *ley de la primacía* percibimos el todo antes que las partes, las cuales se hallan en función de aquél. De esa ley derivan: *ley de la proximidad* (en iguales circunstancias tendemos a agrupar los estímulos próximos entre sí); *ley de semejanza* (en situaciones similares propendemos a reunir los estímulos parecidos entre sí); *ley de contigüidad* (en situaciones semejantes, tendemos a integrar los estímulos que parecen seguir un cierto orden, dirección, o grupo); *ley de contraste* (en casos análogos destacamos ciertos estímulos, dejando otros en plano secundario, o ignorándolos). En última instancia, la función principal de la percepción consiste en facilitar nuestra adaptación correcta al mundo (*ley de adaptación*).

Engaños

A veces interpretamos mal lo percibido. Algunos de los engaños son: *físicos* (vemos quebrado el palo sumergido en el agua), *fisiológicos* (creemos sentir dolor en el miembro amputado), *psicológicos* (ilusión de reconocimiento: creemos ver a quien no hemos visto; ilusión de recuerdo: damos por reales sueños; ilusiones ópticas).

3. MEMORIA

3.1. El tiempo que unifica el yo

A la capacidad de aprender y retener ciertos conocimientos suele denominársela ‘memoria-representación’ o ‘evocación’. Tan grande es la importancia de la memoria, que el ex-presidente de los EEUU Ronald Reagan, próximo a la pérdida irreversible de sus recuerdos a causa de la enfermedad de Alzheimer, escribió a sus amigos una carta despidiéndose de todos ellos. Es que la memoria no sólo almacena eventos, cifras, etc., sino también emociones y sentimientos, vivencias pretéritas: nuestra propia identidad personal. Sin memoria, ¿cómo recordar el pasado de eso que llamo mi ‘yo’? Por lo general se recuerda mejor lo vinculado a la propia circunstancia vital: la memoria es selectiva, elige sus recuerdos y sus olvidos, no tiene una función pasiva.

Pero la memoria, que no es un mero almacén de recuerdos, es también un sistema dinámico capaz de abrir futuro y de unificar el tiempo: liga el pasado y el presente y abre a lo por-venir. El recuerdo es la carrerilla necesaria para el brinco hacia el futuro, y por eso quien enriquece su vida con información pasada tiene más posibilidades de relacionar lo que sabe: quien domina tres idiomas aprende el cuarto más fácilmente que quien aprende el primero.

3.2. De la fijación al olvido

Fases

La memoria pasa por *fijación* del saber, pues nadie recuerda lo que nunca supo; *conservación*, ya que aprender algo sin fijarlo es como

no haberlo aprendido; *evocación* o recuerdo propiamente dicho; *localización* o reconocimiento pormenorizado en sus coordenadas espaciotemporales; *olvido* o incapacidad para recuperar una información antes fijada. Puede producirse porque la huella de la memoria se desvanezca o debilita, o porque se vea oscurecida por aprendizajes posteriores (interferencias: a mayor parecido entre dos experiencias, más posibilidades de que se mezclen y olviden). Lo olvidado no lo está siempre totalmente, podemos pasarlo del subconsciente a la conciencia: sorprendentemente estaba ahí, donde menos lo sospechábamos, y surge cuando menos lo esperábamos. El olvido es una necesidad cuando se trata de evitar los recuerdos desagradables, o cuando nos resistimos a llevar a cabo algo.

Asociación de ideas

El recuerdo puede ser espontáneo, o voluntario. Para posibilitar este último es necesaria la técnica de asociación de ideas: por *contigüidad espacial* (recuerdo mejor cuando me voy aproximando, ya sea en el espacio -aquella ciudad, aquella calle, aquel salón de clase, yo estaba sentado junto a tal, y tal junto a cual...), por *contigüidad temporal* (primero hice tal cosa, luego tal otra...), por *contraste* (tal persona mala me lleva por contraste a tal otra buena), por *semejanza* (tal gesto me recuerda a tal otro similar...).

Duración

¿Cuánto tiempo se retiene lo sabido? Hay una *memoria a corto plazo* (dentro de ella la 'memoria icónica' nos permite seguir recordando al final de la frase leída el comienzo de la misma; sin esa memoria, a la mitad de la lectura ya habríamos olvidado el principio) y una *memoria a largo plazo*.

¿Cuánto material puede aprender un sujeto en una sola tentativa, sin repeticiones? Los niños de 4 a 6 años pueden repetir inmediatamente sin error series de 4 números; la capacidad aumenta gradualmente hasta los 18 años, estando la media alrededor de los 8 números. Las diferencias individuales son, sin embargo, notables. Cuando aprendemos un material que excede a nuestra capacidad inmediata (en una sola lectura), la dificultad de memorización, que se mide por el número de lecturas necesarias para memorizar el material, aumenta más rápidamente que el material

memorizable. Ejemplo: aprender una lista de 20 palabras no cuesta el doble que aprender una de 10, sino mucho más, pues el material aprendido interfiere con el que aún está por aprender. El grado de retención y de olvido se miden simultáneamente. Si aprender un poema costó a un sujeto 2 horas y, después de olvidarlo, reaprenderlo le cuesta solamente 1 hora y media, podemos decir que retiene $1/4$ del material aprendido. La ‘curva del olvido’ de Ebbinghaus es la siguiente:

Enfermedades

Amnesia anterógrada: incapacidad para experimentar nuevos recuerdos. *Amnesia retrógrada*: incapacidad para recordar informaciones fijadas antes del trauma amnésico. *Amnesia psicógena*: trastorno del recuerdo por emociones que alteran. *Hipermnesia*: en situaciones especiales (fiebre alta, peligro de muerte, hipnosis) recuerdos excesivos, que se suponían perdidos. *Ecmnesia*: vivencia del pasado como si fuera presente.

3.3. Memoria-hábito

Existen reglas mnemotécnicas para recordar mejor. Pero junto a eso están los métodos que se logran a base de reiteración, hasta que se incorporan como hábitos y entonces ‘se recuerdan solos’: es la *memoria-hábito*. Vamos a ello.

Planifica la tarea diariamente. Haz dos planes, el semanal y el diario. Comprueba que ambos coincidan. No acumules retrasos, pues entonces nunca alcanzarás la meta.

Divide y vencerás. Casi siempre es posible sobrepasar las dificultades fraccionándolas, paso a paso, cada tarea a su tiempo y no todas a la vez. *Comienza ahora mismo*. Reflexiona todas las veces que te haga falta, pero decide una. Mientras cavilas sobre cuándo hay que empezar, ya es demasiado tarde para empezar. ¡Ya! Las puertas se abren para quien gira el picaporte. Si has empezado tienes hecha la mitad de su tarea. No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy: si hoy no estás dispuesto, menos lo estarás mañana. No podemos estar toda la vida aplazando las cosas: ¿fijé una hora para levantarme? No la cambiaré. Los compromisos conmigo mismo y con los otros son sagrados.

Sin prisa ni pausa. Mucho tardará quien demasiado se apresure: una gota orada una piedra, un anillo se desgasta con el uso. Se hace lo bastante deprisa lo que se hace bien. El trabajo es como un árbol: si lo miras sin pausa para ver cómo crece, no verás nada; pero, si lo atiendes en todo momento, lo podas y lo proteges de los insectos, a su debido tiempo alcanzará su desarrollo. Para concluir un proyecto planificado con descuido necesitas tres veces más tiempo del que habías planeado; uno cuidadosamente planificado necesita sólo el doble; únicamente los proyectos supercuidadosamente planificados pueden salir a tiempo, en lo que dependen de uno mismo al menos.

Lo difícil primero. Comienza lo fácil como si fuera difícil, y lo difícil como si fuera fácil. Los comienzos son lo más duros. No es que no intentemos muchas cosas porque son difíciles, sino que son difíciles porque a veces no las intentamos. Siempre hay un resorte que pulsar: pon en lugar visible notas recordatorias de la tarea que te falta para que resulte imposible olvidarlo.

Déjate ayudar. Si observas el problema de cerca, reconocerás que tú formas parte de él: déjate ayudar.

Si hace falta, felicítate cada vez que cumplas una tarea difícil. No hay nada tan fácil que no sea difícil si lo haces de mala gana.

Más vale algo que nada cuando no puedes con todo. Hay impedimentos salvables, que pueden ser sobrepasados con tenacidad, como acosumbran los alpinistas yendo por veredas: toman el recorrido más largo, pero terminan por llegar a la cumbre. Si tu proyecto no funciona, investiga la parte a la que aparentemente no le diste importancia. Los éxitos de ayer no son los de hoy, y tampoco los fracasos de ayer son los de hoy. En esta vida hay días mejores y días peores. Más vale salvar a un moribundo que enterrar a cien muertos, más sembrar una cosecha nueva que llorar por la que se perdió, más ser cojo que estar siempre sentado.

Haz tras haber hecho, para no oxidarte. También después de una buena cosecha hay que sembrar; más aún después de una mala.

Quizá no sea tan difícil corregirse. Cuando un relojero desarma por completo un reloj antiguo para ver qué es lo que no funciona, advierte que nada hay malo, a no ser un pequeño resorte ligeramente torcido.

Enderezado, el reloj vuelve a ser tan bueno como cuando salió de las manos de su fabricante. A veces se queja de falta de tiempo, o de que su propio reloj vital va mal, quien no lo revisa. Si con igual tiempo y esfuerzo haciendo B obtengo el doble o el triple que haciendo A, lo inteligente sería tomar parte del tiempo de A y emplearlo en B.

La acción cotidiana abarca:

Actividades que cuestan tiempo y que debemos prever: antes de ver la televisión hay que prever un tiempo de estudio, no se puede dejar a medio hacer la tarea para ver la televisión porque haya llegado la hora de verla.

Actividades que pueden durar mucho tiempo, no seguido: aprender a tocar la guitarra, coleccionar sellos, etc, donde la perseverancia a largo plazo se hace más necesaria.

Actividades de duración variable y factibles en cualquier momento: limpiar los zapatos. Sin un momento preestablecido, terminarán por no hacerse, o por hacerse coactivamente y a destiempo si son displacenteras. Cuando son placenteras, por el contrario, tienden a proliferar si no se controlan, comiéndose el tiempo de las demás obligaciones, y por eso conviene acotar de antemano su tiempo.

Actividades periódicas pero infrecuentes, o realizables ocasionalmente en una fecha dada: felicitar el cumpleaños, etc. Para ello usar la agenda: pocas son las personas con una memoria tan buena que no necesiten ayuda alguna.

Actividades esporádicas, por ejemplo recortar con tijeras. Entonces hay que enseñar a dejar en su sitio las tijeras nada más se termine de recortar.

Estudio y trabajo siguen las reglas del juego de damas: no se pueden hacer dos jugadas a la vez; sólo se puede mover hacia adelante, y no hacia atrás; cuando se ha llegado a la última fila, se puede mover hacia donde se quiera.

4. VOLUNTAD Y MOTIVACIÓN

4.1. Voluntad y forja del carácter

Como la voluntad no es enemiga de la razón, antes al contrario acepta la función rectora del conocimiento, nada puede ser objeto de la

voluntad si no es previamente conocido: la voluntad quiere que la razón conozca y la razón comprende que la voluntad quiere y comprende lo que ella quiere. El resultado de esta estricta cooperación es que la verdad y el bien se compenetran: cuando la razón comprende que la voluntad quiere un bien, y tanto más cuando constata que alguna cosa es un bien, entonces el bien, como objeto de la razón, deviene una cierta verdad. Por eso el pensamiento escolástico (aristotélico-tomista) afirmó que las fases de la voluntad son: planteamiento racional, deliberación, decisión, consumación.

La excelencia es resultado del hábito; nos volvemos justos realizando actos de justicia; templados, realizando actos de templanza; valientes, realizando actos de valentía. Poco a poco hila la vieja el copo, y del mismo modo se teje nuestro carácter, la forma de estar en el mundo como personas. Existen dos formulaciones clásicas para expresar la forja de ese carácter: el *imperativo pindárico* de la voluntad, así llamado por haber sido formulado por el poeta griego Píndaro (538-438 a.C.), dice: 'Llega a ser *lo* que eres'. Se trata de una invitación al desarrollo humano, pero también los animales llegan a ser *lo* que son. Más humanizador es el *imperativo fichteano* de la voluntad, debido a Johann Gottlieb Fichte (1762-1814), y reza así: 'Llega a ser *quien* eres', el yo que debes ser, el tú diferenciado personal e irrepetible que llevas dentro y que merece ser plenificado y perfeccionado. Uno se hace más humano si llega a ser el que podría ser, mejor de lo que ya es, con ayuda de los grandes ejemplos.

Para la hormiga el rocío es una inundación, ciertamente, pero no hay tampoco que echar en saco roto que la dificultad da valor a las cosas. Si héroe no es sólo aquel a quien podemos elogiar en lo grande, sino también admirar en lo pequeño, entonces normalidad y heroísmo distan de ser incompatibles, según lo narra Julio Cortázar en la portentosa odisea del valiente que abandona una tarde su butaca, desciende la escalera, desafía el tráfico callejero, alcanza la esquina, compra el periódico y regresa a su sillón. Lo que no puede faltar es el coraje. Coraje para vivir; generosidad para convivir; prudencia para sobrevivir; amor para desvivir: el coraje lo es siempre para las concreciones. Quien habla sin referirse a la realidad tiene un cadáver pudriéndose en la boca. Es al buscar lo imposible cuando el hombre ha realizado siempre y reconocido lo posible, y quienes viven prudentemente limitados a lo que creen jamás avanzaron un paso.

Aun reconociendo la fuerza del pasado, éste debe ser un trampolín, no una hamaca. La humanidad cambia muy despacio, pero con tiempo y con paciencia la hoja de la morera se convierte en vestido de

seda. He aquí la prueba para verificar si tu misión ha concluido: si estás vivo, no ha concluido aún. Las generaciones pasamos haciendo y deshaciendo, no sin hacer: cuando debes hacer una elección y no la haces, esto ya es una elección. Así que, cuando no tengas otra cosa que hacer, puedes plantar un árbol: irá creciendo mientras duermes. Al menos, intentarlo. Yan-kieu dijo a Confucio: 'Tu doctrina me complace, maestro, pero no me siento con fuerzas para practicarla'. El maestro le contestó: 'los débiles emprenden el camino, pero se detienen a la mitad; tú, ni siquiera tienes voluntad para iniciar el camino; no es que no puedas, sino que no quieres'.

La relación querer-poder

Si asumo un deber, he de intentar al menos saber hasta qué punto me considero capaz de ejercerlo, es decir, cuáles creo que son los límites de mi poder, cuestión tanto más importante cuanto más realista sea mi planteamiento al respecto, pues ¿qué sacaría yo en claro si sé, quiero y debo, pero me resulta imposible realizar ciertos deberes?

Puede ocurrir que mi voluntad quiera y pueda; quiera y no pueda; no quiera aunque pudiera; ni quiera ni pueda, ¡y hasta que una parte de mí mismo se oponga a otra parte de mí mismo en su complejo querer-poder! El poder que no puede es la impotencia. Mas ¿qué hacemos con nuestras dolorosas impotencias? La impotencia es el querer que no puede. En el camino del 'no puedo', algunas de nuestras frustraciones más comunes son: no sé lo que puedo hacer, o lo que quiero hacer, o lo que debo hacer, estoy confuso y por tanto no puedo hacerlo; sé lo que quiero hacer pero no me atrevo; sé lo que quiero hacer y me atrevería pero no me merece la pena intentarlo; soy sinceramente incapaz de dominarme para hacer lo que quiero; quiero y puedo, pero no tengo quién me acompañe. Incluso veo lo que es mejor y lo apruebo, pero hago lo peor. El impotente se siente incapaz, inútil, irrealizado. Y, aunque podemos más de lo que creemos (pese al 'ya no puedo más'), nuestro poder tiene límites. Yo puedo hacer algo, pero no puedo hacerlo todo; a lo imposible nadie está obligado.

La relación querer-deber

Una cosa es querer y otra desear. No frenar ningún deseo (el mero antojo) no es formativo; termina por hacer a la voluntad esclava de los

deseos. Atiende al 'quiero-puedo-debo'. ¿Puedo ir al cine? Sí, tengo dinero. ¿Quiero ir al cine? Sí, la película me interesa. ¿Debo? No, porque no he estudiado el examen y si voy al cine reprobaré. En caso de que desee pero no deba, mi deber será frenar el desear y aceptar el amargo deber; sólo cuando mi deseo y mi deber coinciden puedo permitirme el gozo en toda su magnitud, sin sombra alguna de enfermizos remordimientos (el remordimiento sano es el deber contra lo in-debido).

Sólo puedo hacer lo que quiero cuando dejo de querer hacer lo que no debo. La verdadera libertad no consiste en hacer lo que nos da la gana, sino en hacer lo que tenemos que hacer porque nos da la gana. Que no puedas hacer todo lo que quieres no es razón para que no quieras hacer todo lo que puedes. Si aún puedes ser mejor de lo que eres, es evidente que aún no eres tan bueno como debes. Haz lo que puedas, pide lo que no puedas, pide para que puedas. Y que no piense el malo que no hay nadie bueno, ni que el bueno crea que sólo él lo es.

La relación hacer-postergar

Hay cuatro clases de comportamientos: el de quienes hacen que las cosas buenas sucedan, porque trabajan para ello; como la hormiga, día a día acarrea su alimento para el invierno. El de quienes observan lo sucedido, pero no trabajan como el búho, abren mucho los ojos, pero no hacen nada más. El de quienes preguntan por qué sucedió; como papagayos, hablan y hablan, pero tampoco hacen nada. El de quienes ni siquiera se interesan por lo ocurrido; como la cigarra, cantan y luego mendigan. Abundemos en la variedad de sus formas.

Flojera, o frustración de la voluntad. La flojera acaba con nosotros, pues produce: *Exceso de confianza, terquedad.* El menos cualificado es la que más opina, el cliente que menos paga es el que más nos exige y complica. *Imprevisión.* El perezoso no distingue entre lo prioritario y lo derivado, entre lo urgente y lo importante. *Desorganización.* El perezoso cree ganar en prestigio ante los demás suponiendo que la importancia del trabajo justifica su desorganización. En realidad, es tarea fácil hacer que las cosas simples parezcan complejas, pero es tarea difícil hacer que lo complejo parezca simple. *Ausencia de ritmo y de constancia.* El perezoso carece de interés y de voluntad: para él la búsqueda de la verdad se acaba cuando concluye la clase. ¡Es sorprendente el tiempo que se necesita para concluir algo en lo que no se está trabajando! Resulta difícil remontar

como águila cuando se trabaja como ganso. El perezoso se estorba a sí mismo; cuando comienza a preguntarse si es la hora de irse, ya pasó la hora de irse: se le hielan las migas entre la boca y la mano. La sociedad llora el bien que el perezoso demora. La pereza camina con tal lentitud, que todos los vicios la alcanzan. No haciendo nada se aprende a hacer: a hacer el mal. A quienes nada hacen el diablo les encuentra trabajo.

Mecanismos de defensa. Cuando no se lucha contra la flojera se pueden producirse los siguientes mecanismos: *Negación*: ‘No rompí el florero’, cuando sé que miento. Pero esto nos causa vergüenza, culpabilidad, angustia. *Racionalización*: ‘Me fue mal en el examen porque la maestra no preguntó lo acordado’, cuando en realidad no estudié. Uso excusas aceptadas en mi ambiente para hacer algo que nuestra conciencia censura. *Proyección*: ‘Mi profesor no me estima’, cuando en realidad yo no le estimo a él, y transfiero mis propios sentimientos hacia su persona para justificar la mala relación, culpabilizándole. Atribuyo a otro un defecto mío. Así la angustia neurótica se transforma en aparente angustia objetiva. *Reactividad*: ‘Soy el más valiente de mi clase’, cuando en realidad temo ser el más cobarde. Pretendo liberarme de la angustia mediante el desarrollo de un sentimiento opuesto al que deseo reprimir. Deformo la realidad y me vuelve inflexible. *Frustración*: ‘Quiero que mi hijo sea médico’. El papá que no estudió medicina pretende superar su propia frustración y angustia obligando a que otro logre lo que él no pudo. Este ‘romanticismo adolescente’ construye la vida sobre la fantasía. *Desplazamiento*: ‘Estos profesores son tontos’. Busco unas víctimas sobre las que trasladar mi frustración. *Represión*: ‘Son ustedes maravillosos’, porque si dijera la verdad me harían el vacío. Gasto todas las energías para ocultar mi desagrado, terminando agotado. Cuanto más a la defensiva, menos capacidad para resolver los conflictos. *Regresión*: ‘Tengo siete años’, dice el niño de nueve porque quiere volver hacia el pasado más seguro. Ante la incapacidad de enfrentar un conflicto, doy marcha atrás: me como las uñas, etc. *Huida*: huyo cuando hago lo que el otro quiere y yo no; cuando no reclamo lo mío ni pido lo que necesito; cuando me autocompadezco atribuyéndome la maldad de todo. Mis propias emociones me llenan de pánico, y el temor de no saber controlarlas me lleva a reprimirlas aparentando indiferencia, aunque en realidad estoy atrapado en mí mismo.

4.2. Motivación y emotividad afectivas

La voluntad está ahí, pero no podemos eludir preguntarnos por los

motivos que mueven la voluntad de las personas impulsándolas a actuar, el por qué y el para qué. Entendemos por ‘motivación’ el motor psicológico que activa el comportamiento. Este dinamismo constituye un proceso complejo en el que se incluyen diferentes elementos como necesidades, impulsos, incentivos, metas, etc, que proporcionan la capacidad y la energía necesarias para iniciar, dirigir, regular, mantener y detener la conducta.

La acción motivada es *realista* si cuenta con medios apropiados. No nos motiva correr con campeones olímpicos la distancia de los 100 metros. Debemos contar con alguna *esperanza de éxito*, ya que las metas imposibles o difícilísimas no motivan, y con un *incentivo* o premio, el cual será tanto más operante cuanto más desde dentro lo busquemos.

Para enseñar esa forja del carácter, necesitamos maestros que vivan lo que enseñan y lo transmitan emotivamente (*e-motivare*: moviéndonos a partir de algún interés), o sea, por empatía. Ellos impactarán emocionalmente a los discípulos (discípulo es más que alumno) y les llevarán a compartir la misma pasión (com-pasión, *sim-patía*). Se enseña por la fuerza del ejemplo. El maestro no es el que me dice cómo debo ser, ni el que me remite a su propia vida, sino a los valores que con el testimonio de su vivir propio ha descubierto en el universo axiológico objetivo. Riesgo serio existe cuando la demasiado pregnante personalidad ética del maestro lleva al discípulo a perder su autonomía y su libertad, y a convertirse (pervertirse) en un satélite de aquél; por eso éste debe tratar de evitarse la seducción manipuladora. De todos modos, es inevitable que la persona golpeada o sacudida por el valor que ve en el maestro se comporte como una caja de resonancia empática, re-suene, con-sone con sus valores.

La empatía es una vivencia emocional muy valiosa: un corazón empático entiende mejor. Aprendemos matemáticas mejor si nuestro profesor o profesora nos caen bien. Educar es enseñar a racionalizar los afectos, no castrarlos. Razón y corazón no se contraponen (somos cor-razón), pero el corazón tiene razones que la razón no conoce, los grandes pensamientos nacen en él, y se conoce al corazón de la persona por lo que hace, y su sabiduría por lo que dice.

El difícil dominio de los afectos Dificultades hipertróficas

Con frecuencia cualquier nimiedad concerniente al propio yo, cualquier broma o juicio ajeno, por verdadero o justo que fuere, nos desquicia;

por ello interpretamos cualquier evento de manera desfavorable, como si todo fuera contra nosotros, o de manera adorable, como si todos hubiesen de caer rendidos de admiración ante mi yo. Llevados por el anhelo de ser el muerto en el entierro, el novio en la boda, y el niño en el bautizo, mentimos e incluso terminamos creyendo las propias falsedades. No es tan malo padecer estas dificultades, pues cada día convivimos con ellas, cuanto el no reconocerlas y proyectarlas sobre los demás, de ahí la dificultad para evaluar conductas. No por ello sin embargo hemos de paralizar-nos por miedo a las dificultades, sino encararlas.

Sentimentalismo. En lugar de centrarse en el objeto intencional que origina nuestra respuesta afectiva, la persona se centra en su propio sentimiento; el contenido de la experiencia se desplaza de su objeto al sentimiento ocasionado por el objeto, y así la conmoción hasta las lágrimas sirve más que nada de instrumento para procurarse un gozo, una sensación placentera, degradando el sentimiento a un puro estado emocional, el sentimentalismo. Resultado: carente de refrendo objetivo contrastador, quedo embrollado en la dinámica de mi propio corazón sin saber distinguir entre lo grande y lo pequeño, y termino enredado en disputas pequeñas y triviales.

Autocomplacencia. Se da cuando el sujeto toma su propio entusiasmo como señal de hallarse en posesión de la virtud, lo cual no debe tomarse por intensidad afectiva, sino por narcisismo: quien, no sabiendo frenar su compasión ante el borracho que le suplica una copa más, se la sirve aunque ello resulte desastroso para el borracho mismo. Esta persona ignora que el amor obliga a pensar en el bien objetivo del otro (alguna vez en la vida 'quien bien te quiera te hará llorar'), y que en ocasiones un 'no' puede ser una manifestación mucho más verdadera de afecto que un 'sí'. Ciertos corazones 'demasiado buenos', más que benevolentes o delicados, son débiles y desordenados.

Histeria. Esta perversión puede darse incluso cuando uno se acerca a Dios simplemente para saborearse a sí mismo, degustar los propios sentimientos, instrumentalizando la oración como medio para satisfacerlos. Aquí se desconoce la voluntad de no volver a pecar, toda vez que se hace de la contricción un mero estado emocional. Bajo el signo de una orgía de contriciones, el agente puede entregarse a un frenesí de remordimiento público revolcándose y lanzando gritos salvajes, aunque volviendo después a la 'normalidad' sin que se haya operado ningún cambio fundamental en su vida.

Trátase de una autoindulgencia emocional, de una liberación emocional de la mala conciencia, de una 'confesión barata'.

Exhibicionismo. Ante una gran audiencia el sujeto se recrea hinchando retóricamente su indignación o/y su entusiasmo. Y, luego, nada de nada. Los espejos harían bien reflexionando un poco antes de devolver las imágenes.

Dificultades atróficas. Si la hipertrofia emocional es desordenada, no lo es menos la atrofia emocional. Y entonces no mostramos nuestro lado afectivo a quienes nos rodean: si son alumnos, los tratamos como a máquinas de archivar, decimos que valen para ciencias o para letras, sin preguntarnos si son buenos, etc. La estadística, el resultado sin la intención, nos hace vivir vidas burocráticas, que no dan de sí todo lo que llevan dentro, que secan la riqueza de humanidad que podrían gozar. Veamos:

Esteticismo. El esteticista, en lugar de interesarse por el herido grave en un accidente, se preocupa sobre todo de observar sus reacciones, su expresión, etc., pues sólo le interesa la clasificación estadística, la ocasión para aumentar el conocimiento, la curiosidad, etc. Difícilmente podría decirse de este afectivamente mutilado que su conocimiento llegará a profundo, pues le falta la empatía necesaria para entrar en lo vivo, en lo irrepetible, que forma parte inextirpable de lo real. Una variante de lo mismo pueda darse en el esteta refinado, con un corazón helado. Nerón se deja conmover por la llama que incendia la ciudad, permaneciendo indiferente al achicharramiento de los ciudadanos. Sin embargo, esta falta de corazón dista de ser desapasionada como presume, pudiendo generar fanáticos del esteticismo, para quienes no importa el sufrimiento ajeno, ya que la compasión les parece una abominable debilidad.

Pragmatismo. Para el utilitarista, para el pragmático, toda experiencia afectiva resulta superflua y constituye una pérdida de tiempo, por eso -carente hasta de la menor educación sentimental, incapaz de entender los dolores fecundos- se mofa de cualquier gesto de compasión por el sufriente, de ahí que diga: 'La compasión no ayuda, haz algo y no pierdas el tiempo con sentimentalismos'. También para el burócrata o funcionario fosilizado, sólo cuentan las cosas que tienen realidad jurídica, de ahí que su

afectividad se reduzca a la satisfacción que siente al cumplir al pie de la letra las prescripciones legales.

Amargura. El corazón del amargado ha sido cerrado y endurecido por algún trauma o por alguna herida inflingida por alguien a quien amaba ardientemente, o por el mal trato de la vida. Ese empequeñecimiento o supresión completa de la afectividad, que cierra su corazón -lo sella- por temor, considera equivocadamente toda afectividad como una pasión, teme el riesgo que implica todo sentimiento, y luchando por silenciar su corazón recela de cualquier respuesta afectiva: la voluntad reduce a propósito toda la afectividad y silencia el corazón. Lo encontramos también en quien lucha por conseguir la apatía y coloca la meta del sabio en la indiferencia.

Endurecimiento. Hay afectivamente impotentes; ni saben lo que es una emoción, ni se interesan en aprenderlo, de tal modo que su corazón parece tan bruñido como el acero. Puede consumirles todo tipo de sentimientos negativos (odio, rabia, ira, envidia, avaricia, orgullo, codicia, pánico, etc), comportándose entonces como animales salvajes, pero son incapaces de dejar afectar su corazón, porque los afectos y dolores que verdaderamente llegan al alma han debido despejarse previamente de todos los sentimientos destructivos. Tales gentes no podrán dejar hablar a su corazón: sabido es que el toro manso cuando se ve acorralado se vuelve violento, mas no por ello bravo. No debe tomarse, sin embargo, por tales a quienes padecen una afectividad débil, oscura, salvaje. Un borracho víctima de su propio vicio puede poseer un corazón sensible; un irascible, a pesar de que su irascibilidad le lleve a violentas explosiones de iracundia, puede asimismo tener buen corazón.

Límites de la teoría emotivista

Según George Edward Moore (1873-1958), exponente del emotivismo o emocionalismo moral, bueno es una noción simple igual que amarillo, y las nociones simples se intuyen, no se explican: no puedo explicar a ningún ciego qué es el amarillo. También lo bueno es una noción simple, y por tanto indemostrable: o se ve, o no se ve. Bueno y amarillo son predicados adjuntos, con-sonantes, pero no decibles de suyo sustantiva o aisladamente. Cuando digo de algo que es bueno, no afirmo nada sobre el objeto (que no es simple), ni sobre mí mismo (que tampoco soy simple), tan sólo estoy exteriorizando mis emociones (*e-motio*: algo se

me remueve) y mis sentimientos. Asegurar 'A es bueno' equivaldría a decir: 'Apruebo A, apruébalo tú también'; o '¡viva A!' Antes lo había proclamado David Hume: cuando mi mano golpea la cabeza de un inocente niño huérfano, por muy repugnante que ello me parezca, lo único demostrable es que un cuerpo en movimiento se desplaza e incide sobre un cuerpo en reposo. La razón no dice nada, la emoción todo.

¿Qué podemos decir de estas tesis moorianas? Que, en efecto, 'bueno' no es una cualidad simple, y por tanto exige una captación intuitiva: en eso concordamos con Moore. Sin embargo, Moore se equivoca al desconectar totalmente la razón y los sentimientos. Primero, porque no toda afirmación axiológica es emocional. Cuando el médico dice que es bueno operar tal cáncer, está expresando un juicio meramente técnico, descriptivo, sin emotividad. Después, los humanos compartimos básicamente los mismos sentimientos: el de apoyo mutuo es universal. ¿Por qué los sentimientos universales no pueden servir como criterios de verdad, y sí la racionalidad universal? Tampoco la frialdad o el desapasionamiento son criterio de verdad. Puedo aceptar con emoción, y errar con desapasionamiento; incluso, cierto exceso de frialdad impide la percepción de lo real. La temperatura no es criterio de verdad. Además, el uso de un lenguaje descriptivo y aséptico, no evita su 'contaminación' axiológica. Cuando a un daltónico le digo que el semáforo está en rojo, no sólo le estoy informando acerca de la existencia de un color, sino también de que no 'debe' pasarlo porque no es 'bueno' para él. La frontera entre lo descriptivo y lo emotivo-evaluativo nunca es tan rígida como asegura el emotivismo. Más aún, afirmaciones morales sobre las que existe un consenso casi universal, por ejemplo: 'todos los seres humanos tienen derecho al trabajo', ¿no podrían autorizarnos a decir que 'es moralmente bueno que lo tengan'? Por último, el emotivismo maneja dos criterios de verdad: para los hechos físicos, la observación intuitiva ('es verdad lo que veo'), para los morales, la falaz voz de la emoción. Se ignora así la unidad raciocordial humana.

5. LENGUAJE Y PENSAMIENTO CONCEPTUAL

Sensación y percepción, memoria, voluntad motivadora: hemos alcanzado ya el concepto, la idea, nombre bajo el cual se encierra la totalidad de la vida inteligente humana, la razón cálida: sentir lo real es estar ya entendiendo. Inteligencia es lo que mide mi test, la capacidad para pensar de manera abstracta, la capacidad para actuar con propósitos con-

cretos, pensar racionalmente, y relacionarse eficazmente con el ambiente. Inteligencia es también lo que puede uno hacer con lo que sabe, la capacidad de frenar el impulso por medio del concepto. Inteligir es un modo de sentir, y sentir en el hombre es un modo de inteligir.

Como dijo Kant, «los objetos nos vienen dados mediante la sensibilidad; en cambio, por medio del entendimiento, los objetos son pensados, y de él proceden los conceptos» (*Crítica de la razón pura*). Si en la percepción se capta lo individual, este árbol, por el 'entendimiento' percibimos el 'concepto' árbol, aplicable a todo árbol sin excepción.

Obtenemos conceptos gracias a que ejercitamos la abstracción. La abstracción es la operación mental por la cual separamos los rasgos comunes a una pluralidad de seres concretos. Dicha abstracción resulta de un conjunto de operaciones mentales coordinadas, tales como comparar objetos y procesos, apreciar semejanzas, diferencias y relaciones entre ellos, seleccionar las semejanzas y relaciones relevantes, y estructurarlas en la unidad de un concepto. Abstraer un concepto es, por tanto, construirlo.

En el concepto de 'persona' no están incluidos rasgos de Luis, como por ejemplo tener ojos negros y piel morena; si lo estuviesen, no valdrían para Lupita, rubia de ojos claros. El concepto es una representación abstracta, representa una pluralidad (o incluso la totalidad) de individuos mediante rasgos comunes a ellos. Cuanto más universal sea un concepto, tanta más *extensión* o *denotación* tendrá ('persona' denota a todos los humanos), pero tanta menos *connotación* o *comprensión* (no dice nada de las peculiaridades de este hombre o mujer singulares de aquí y de ahora).

Sea como fuere, no resulta tan sencillo expresar conceptos, ya sea por la dificultad del concepto mismo, ya por la del lenguaje: el Instituto Internacional de Estadística pregunta: '¿qué opina su país de la escasez de alimentos en el resto del mundo?' Transcurrido un par de meses sin contestación, los encuestadores lamentan no haber podido derivar resultados fiables por un problema de incomprensión general de la pregunta, elaborando el siguiente informe: los norteamericanos no entendían eso de 'en el resto del mundo'; los africanos desconocían la palabra 'alimentos'; los europeos ignoraban el sentido de 'escasez', los cubanos quedaban estupefactos ante el '¿qué opina usted?', los argentinos desdenaba eso de 'por favor'...

El pensamiento conceptual se expresa a través del lenguaje. Pero ¿depende el lenguaje del pensamiento, o a la inversa?, ¿crea el pensamiento el lenguaje, o por el contrario gracias al lenguaje podemos pensar? Veamos algunas teorías.

Condicionamiento operante. Según Burrhus Frederik Skinner, cuando se produce un acierto lingüístico, por ejemplo cuando el niño dice por vez primera ‘papá’, su conducta es premiada y reforzada. De este modo van estableciéndose asociaciones cada vez más amplias entre las expresiones correctas y los objetos o situaciones apropiados. Pero esto, que explicaría el lenguaje de los herederos, no explica el lenguaje del primer hablante. No muy lejanamente, Émile Durkheim (1858-1917) asegura que el lenguaje es de origen social.

Emotivismo. Según Charles Darwin, el origen del lenguaje humano es el lenguaje natural, a partir de aullidos, gritos y similares, con los cuales se expresaban emociones y necesidades.

Imitativismo. Para el lingüista suizo Ferdinand de Saussure (1857-1913) el lenguaje humano surge de la imitación de los ruidos y sonidos de la Naturaleza.

Conductismo. Según el behaviorismo o conductismo (cuyo fundador fue el psicólogo americano John Broadus Watson, 1878-1958), pensamiento y lenguaje son dos formas de lo mismo, ya que pensar es hablar (hablar con uno mismo) y hablar es pensar.

El pensamiento es anterior al lenguaje. Autores como Henri Bergson (1859-1941), José Ortega y Gasset (1883-1955), o Jean Piaget afirman que el pensamiento es anterior y más amplio que el lenguaje. No todo pensamiento puede ser expresado fidedignamente por medio del lenguaje, lo cual no impide que el perfeccionamiento del lenguaje potencie la capacidad de pensar.

El lenguaje es anterior al pensamiento. Según Noam Chomsky (1928-), el pensamiento depende del lenguaje. Dominar una lengua es más que aprender sus palabras, es poder construir infinitas combinaciones (frases) conforme a ciertas reglas gramaticales (sintaxis), que son reflejo de unos mecanismos innatos que se actualizan con la maduración del individuo: todas las lenguas tendrían una estructura semejante basada en la estructura del cerebro, una gramática universal, generativa, gracias a la cual un niño pequeño, en lugar de decir ‘dijo’ dice ‘dició’ antes de aprender los verbos irregulares, siguiendo una regularidad innata que nadie le enseñó.

6. VERDAD Y APARIENCIA

Desde que experimenta sus primeras sensaciones, hasta que elabora los más abstractos y complejos conceptos, el ser humano en su totalidad unitaria intelectual y afectiva busca la verdad; dicho de otro modo, el ser humano anhela moverse en la verdad. Más ¿qué es la verdad? La verdad es la presencia de la *realidad* ante el ser humano: «Decir de lo que no es que es, o de lo que es que no es, es falso; y decir de lo que es que es, y de lo que no es que no es, es verdadero; de suerte que el que dice que algo es o que no es, dirá verdad o mentira» (Aristóteles: *Metafísica*, IV,7). La antítesis objetiva de la verdad es la *apariencia*. Quien se deja llevar por la apariencia está subjetivamente en el *error*. Vivir en la verdad es tan importante, que por algo dijo Aristóteles respecto de su maestro Platón: ‘amigo Platón, pero más amiga la verdad’.

Posiciones intelectualmente extremas

Dogmatismo. Acepta e impone supuestas verdades absolutas que sin embargo no proceden de la razón, ni se someten a diálogo crítico, y que, por no estar fundadas objetivamente (por ser infundadas), no pueden ser aceptadas como tales verdades. El dogmatismo es muy frecuente, pero suele verse en el ojo ajeno antes que en el propio, por eso resulta más difícil de superar.

Escepticismo. Duda de todo sin aceptar verdad objetiva alguna, y es la antítesis del dogmatismo. Su forma más común es el *relativismo*, que niega la existencia de verdades, pero afirma que éstas son relativas, que nada es verdad ni mentira, sino todo según el color del cristal con que se mira: según la edad, el sexo, la nacionalidad, la clase social, el temperamento, el clima, etc. La otra forma de escepticismo, más dura, es el *nihilismo*, que afirma que no existe ninguna verdad, ni subjetiva ni objetiva, ni siquiera el valor de verdad. Ambas formas de escepticismo se autocontradicen, pues si digo ‘afirmo absolutamente que no hay verdades absolutas’ estoy afirmando una verdad absoluta: la de que no hay verdades absolutas.

Posiciones intencionalmente perversas

Junto a esos extremos intelectuales hay posiciones en que no se busca la verdad:

Cinismo. El cínico, decía Oscar Wilde, conoce el precio de todas las cosas y el valor de ninguna. No menos contundentemente afirmaba Machado: el cínico es un necio, y todo necio confunde valor y precio, por eso des-precia o menos-precia lo valioso. El cínico cree que con dinero en el bolsillo se es inteligente, atractivo, y además se canta bien.

Subjetivismo. Al subjetivista le falta voluntad de verdad, no le importa 'la' verdad, sino tan solo 'su' verdad.

Apariencialismo. «La gente cree que existe lo dulce, y cree que existe lo amargo, y cree que existe el calor, y cree que existe el frío, y cree que existe el color. Pero en la realidad lo que hay son átomos y vacío» (Demócrito). Ni la silla tiene el color que tiene, ni el cielo es azul; si no hubiera ojo, no habría colores ni sabores, es el ojo quien transforma los datos exteriores en color. Mi retina tiñe de azul al cielo, transformando las ondas electromagnéticas que llegan a ella. Mi oído no sólo convierte los ruidos exteriores en sinfonía para mí, ni siquiera basta con ese equipamiento personal para que se haga en mí la música: a Napoleón la música le parecía el menos desagradable de los ruidos. En la física clásica, sujeto y objeto de conocimiento se creían independientes; se pensaba que si el hombre fuese capaz de construir una máquina correctora de las alteraciones producida por el observador en lo observado, terminaría describiendo exactamente los fenómenos. Pero no es así: ni la máquina más perfecta podrá corregir las modificaciones que introduce el hombre en su contacto con ella.

Criterio de verdad

¿Cómo distinguir verdad y error? Mediante reglas o 'criterios'. He aquí algunos:

Evidencia. Exige la presencia inmediata del objeto ante el sujeto, por eso es sinónima de 'intuición': algo que se ve con toda certeza. Lo evidente no se discute ni se demuestra: ¿cómo 'demostrar' que te amo? Puedo llevarte flores, pero eso no demuestra nada: o aceptas que te amo, o no. Además, lo evidente para algunos no lo es para otros. No son pocos los precipitados que se convencen demasiado rápidamente, y tampoco faltan los sugestionables en exceso, o los duros de convencer...

Coherencia. El criterio de coherencia o consistencia exige la no-contradicción, la corroboración, a ser posible la deducibilidad: que todo encaje objetivamente.

Consenso. Se basa en el acuerdo común; su grado máximo sería el consenso universal, aquellas convicciones que han valido en todo tiempo y lugar. Es, por tanto, de carácter intersubjetivo. Pese a todo, quienes establecen lo prohibido y lo permitido también pueden equivocarse. Ni siquiera el consenso universal es garantía irrefutable de su verdad: Galileo estaba en minoría en su época, pero en lo cierto. Para evitar errores hay que ser autocríticos y dialogar.

V VALOR

1. LIBERTAD

La libertad es...

Propiedad de la voluntad por medio de la cual se tiene la capacidad de elegir y de actuar. Su antítesis es la esclavitud, la servidumbre respecto de los demás o respecto de los propios vicios y debilidades.

Forma de causalidad, no de arbitrariedad, sino autodeterminación, acción causal inteligente.

Tendencial y desiderativa, no se da al margen de las tendencias y deseos humanos, pero los gobierna.

Condicionada por las estructuras biológicas, económicas, sociales, históricas, etc, y por las posibilidades de elección, también limitadas.

Histórica y procesual, las elecciones que se van haciendo en el tiempo pueden aumentar, disminuir o destruir esa libertad.

Relacional o interpersonal, debe tener en cuenta el carácter social de las demás personas: seré más libre cuanto más rodeado de hombres y mujeres libres me encuentre.

Indivisible, si te dan el 99% de libertades, pero se quedan con el 1%, que es la llave, no eres libre. Esto se refleja en la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Clases

Libertad negativa o libertad-de (indeterminación): no estar sometido a condicionamientos internos (coacciones morales, psicológicas, etc)

ni externos (fuerza física, tortura, etc).

Libertad positiva o libertad-para (autodeterminación): capacidad positiva de autodeterminación. Dentro de ella se distinguen: *libertad física (libertad de residencia y de circulación)*: hasta del pájaro enjaulado decimos que no es libre. A veces se impide sin causa legítima: cuando se encarcela por tiempo indefinido sin que se sepa cuál es la causa; cuando no se permiten las visitas de familiares o abogados del detenido. A la protección legal con que cuentan las personas para defenderse en esos casos se le da en algunos países el nombre de 'habeas corpus' o 'juicio de amparo', en el sentido de proteger o tutelar esos derechos.

Libertad de elección o psicológica (autonomía), o 'libre albedrío': es no prohibir la capacidad de autodeterminación, de darse a sí mismo los motivos de la actuación. Dentro de ella se encuadran la *libertad de ejercicio*, o de poder actuar o no actuar; la *libertad de especificación*, o de poder obrar de una forma u otra; la *libertad de contrariedad*, o de poder elegir entre el bien y el mal.

Libertad de expresión: no basta con tener libertad de conciencia, es necesario poder manifestarla sin censura. Dentro de ella se encuadran las libertades políticas: de asociación de individuos y grupos, etc.

Libertad de conciencia (responsabilidad): también llamada 'libertad moral'. Es la capacidad de poder decidir por sí mismo entre lo mejor o peor, sin imposiciones.

2. SIN LIBERTAD, TAMPOCO MORALIDAD

La libertad presenta condicionamientos fisiológicos, psicológicos, económicos, culturales, etc., no es absoluta, sino limitada. Sin embargo, dentro de sus condicionantes, nos sentimos libres: podría estar en este momento leyendo otra cosa, o no leyendo ninguna. La paloma, condicionada por sus alas, les debe también su vuelo. No podemos tomarnos en serio a quien justifique su pereza por la conjunción de Venus y Marte (determinismo cósmico). Ni atribuir nuestro estado físico únicamente a la constitución somática (determinismo biológico), pues un cuerpo bien dotado puede arruinarse y uno mal dotado mejorarse. Ni a los genes (determinismo genético), pues no existe el cromosoma moral. No podemos culpar a la 'raza' (determinismo sociológico) de la corrupción, pues hay mexicanos que son corruptos y otros que son ciudadanos ejemplares.

No son nuestros sentimientos, motivos y deseos los que nos arrastran hacia una acción inevitable (determinismo psicológico), pues tenemos voluntad. Todo influye, todo condiciona, pero nada determina totalmente. Por el contrario, existen ejemplos de gente que por decisión libre, con fuerza de voluntad, y con gran convicción en su causa, lograron vencer condicionamientos impensables: el tartamudo Demóstenes llegó a ser el mejor orador de Grecia.

Pero además la libertad tiene sus límites allí donde comienzan las libertades de los demás: ningún ciudadano puede hacer lo que le venga en gana si con ello perjudica a los demás. Para limitar el salvajismo liberticida, el Estado debe sancionar las conductas inadecuadas o delictivas. La libertad va íntimamente unida a la responsabilidad, al deber: ni siquiera amparados en la necesaria libertad de expresión debemos divulgar noticias masivamente en ciertos casos, a saber: cuando quien informa sólo tiene sospechas, pero no total certeza de la verdad; cuando sobre un tema especializado carece de cualificación específica; cuando se basa en la versión de solo una de las partes involucradas; cuando la información conlleva secuelas negativas para la vida privada de las personas; cuando la información puede poner en peligro vidas humanas, bienestar, u orden público, por ejemplo creando el pánico o interfiriendo en algún operativo policial, o en un plan de emergencia sanitaria; o cuando la difusión masiva hace que alguien sea linchado por la opinión pública antes de que le juzguen los tribunales, etc. Libertad no es libertinaje, ni entregarse a toda clase de inclinaciones: ¿qué tal si todos hiciéramos todo el tiempo lo que nos gustara, aunque no fuera bueno, si nunca calculásemos las consecuencias de nuestros actos, si nadie nos enseñase a distinguir lo lícito y lo ilícito, lo conveniente y lo inconveniente?

El ejercicio de la libertad requiere el desarrollo de capacidades que existen en el ser humano, pero que requieren cultivo a través de la educación; además, la libertad es el valor fundamental de la democracia, forma de convivencia en la cual, dentro de los límites impuestos por la observancia de las leyes que aseguran el orden y respeto de los derechos de todos, nadie impone su voluntad sobre la del otro ni en su perjuicio.

Sin libertad no habría responsabilidad, y entonces ni el bien ni el mal nos serían imputables: viviríamos como animales amoraless. Pero el ser humano es moral (moralmente bueno) o inmoral (moralmente malo); incluso el des-moralizado vive moralmente, aunque en baja forma. Nacemos con una determinada naturaleza, pero vamos modificándola con nuestro actuar, pudiendo encaminarla hacia la plenitud (y entonces nos encontra-

mos altos de moral), o hacia la degeneración (y entonces andamos con la moral por los suelos, bajos de moral, des-moralizados). No existe acto humano a-moral: o es virtuoso, o vicioso. Quien se tumba en el campo porque es vago comete un acto inmoral; quien se tiende en el campo después de trabajar por su familia ejerce un acto moral. El hecho es el mismo, pero el primero se inserta en un contexto de irresponsabilidad, a diferencia del segundo: tiene una intencionalidad moral distinta según la opción ad-optimada en cada caso.

2.1. Acto del hombre y acto humano

No siempre somos conscientes del sentido de nuestros actos; cuando actuamos sin conciencia del bien o del mal moral de nuestros actos realizamos *actos del hombre*; cuando sí somos conscientes realizamos *actos humanos*.

Ignorancia: invencible o vencible

¿Entonces, no sería mejor ignorar todo para no tener responsabilidad alguna? No, pues la ignorancia no exime de toda responsabilidad. Nadie puede alegar que por ignorancia entró en casa ajena para robar. Hay una *ignorancia invencible*, cuando es superior a nuestras posibilidades: a veces nos faltan medios, capacidad, etc, para llegar a ser del todo conscientes. Pero hay una *ignorancia vencible*, que todos estamos obligados a superar. Por ejemplo, algunos accidentes de tráfico se evitarían si nos preocupáramos de conocer ciertas cosas: características del suelo, espacio que necesita el vehículo para detenerse, velocidad a la que se puede circular, etc. Decir ‘ay, yo no sabía’ cuando pudo saberse evitaría muchos males.

Mas ¿qué ocurre si hago daño sin saber, y por tanto sin querer? ¿Soy responsable? Sea cual fuere el grado de ignorancia o in-consciencia, existe la *responsabilidad material*: es la responsabilidad concreta de quien atropella a alguien, o le causa un daño. Entonces el responsable debe asumir los hechos y las consecuencias derivadas de los mismos.

Intención

¿Y si hago algo con buena intención y a pesar de ello perjudico? Pongamos dos ejemplos.

Ejemplo uno: regalo una flor tropical a un amigo y, como es alérgico,

cosa que yo no sabía, se llena de granos. Como consecuencia le deja la novia, se deprime, le echan del trabajo, y a un mal sigue otro. Sin embargo, pese a lo lamentable del caso, no soy moralmente responsable: ¿cómo imaginar todo eso? Con la mejor intención he producido un desaguisado, desde luego, pero sin responsabilidad moral.

Ejemplo dos: saco a pasear a un perro dobermann, y mientras él corretea me siento a leer. De repente oigo un grito. El dobermann ha mordido a un niño, aunque afortunadamente no ha llegado a causarle lesiones de gravedad. Sin embargo, aunque la cosa no haya ido más lejos, sí soy responsable moralmente: debía saber que al dobermann hay que llevarlo atado con una correa, dada su agresividad.

La conciencia es autocrítica: actúa como un juez que alaba algunas de nuestras acciones y desaprueba otras, castigándolas en este caso con el remordimiento. Por eso se habla de *examen de conciencia*: es la necesidad de revisar la propia vida para dirigirla en un sentido humanizador. Hay al respecto conciencias *escrupulosas*: todo las parece pecado, de todo se sienten culpables: ‘yo debería haber preguntado a mi amigo si era alérgico antes de enviarle las flores’, etc. Es una deformación de la conciencia moral. En el otro extremo están las conciencias *laxas*: no se sienten culpables de nada, etc. También es una deformación de la conciencia moral. Entre ambos extremos está la conciencia *recta*.

Por su parte la conciencia recta hace lo posible por estar bien informada, y cuando lo está se llama conciencia *cierta*; en caso contrario, o sea, cuando induce o se ve inducida a error, es conciencia *errónea*.

Conciencia y voluntad

De todos modos, al actuar podemos seguir el juicio de la conciencia, o desatenderlo, ya sea por debilidad o por perversidad moral. A menudo sé qué es lo mejor, pero hago lo malo, o incluso lo peor. Se dice que un intelectual es una persona que usa más palabras de las necesarias para decir más cosas de las que sabe o mejores de las que hace. Algo, en todo caso, muy común, pues del dicho al hecho va mucho trecho. Si la ‘ética’ es la teoría y la ‘moral’ la práctica, hay casos de gentes sabias en el discurso, pero muy canallas en la práctica.

2.2. Conciencia y universalidad

A veces alguien te dice mientras te pisa el pie: ‘Yo no quiero ser

bueno porque no va con mi carácter, respétame, soy como soy'. Pero quien menosprecia la posibilidad de querer ser bueno pierde humanidad. Más aún, la persona verdaderamente humana no solamente se limita a querer ser mejor ella misma, sino que ayuda a que los demás también lo sean. La conciencia madura busca la universalidad del bien: si es bueno para mí comer, debo trabajar por extender ese bien a toda la humanidad, superando el egocentrismo (sólo para mí), el etnocentrismo (sólo para mi raza), el nacionalismo (sólo para mi patria), etc.

La tribu de los kamarakoto, en la cuenca del Orinoco, considera que fumar es el mayor pecado. La tribu vecina de los kueng cree que el mayor delito es no saludar. ¿Cambian, pues, los valores de tribu en tribu, de Estado en Estado? No, en el fondo ambas tribus defienden el mismo valor: los kamarakoto creen que inhalar limpio el aire y devolverlo sucio ofende a los dioses que viven en la atmósfera; los kueng creen que quien no saluda viola la hospitalidad que se deben todos los humanos, hijos de un mismo Dios, al que no se debe ofender. En ambos casos, pues, más allá de los hechos diferentes, las intenciones y valores son idénticos, universales.

3. NORMA DE MORALIDAD

Norma moral y norma legal

Hemos tratado hasta aquí de la libertad y de la conciencia moral, ambas pertenecientes a la esfera del sujeto, a la esfera 'subjetiva' (a no confundir con 'subjetivista'). Pues bien, ¿cuál es la otra cara de la moneda, la cara 'objetiva' del sujeto ético? La norma de moralidad.

Origen: El Estado promulga las normas jurídicas; las normas morales surgen por convencimiento de la conciencia de cada sujeto autónomo. *Obligatoriedad:* El Estado obliga mediante coacción a cumplir las normas legales; las normas morales las impone la propia conciencia. *Sanción:* El Estado castiga la trasgresión de las normas legales; en las normas morales castiga la conciencia con el remordimiento. *Promulgación:* El Estado promulga las leyes; la conciencia, la norma moral.

Juridicismo contra moral

Ahora bien, el 'juridicismo' que pretende reducir lo moral a lo legal parece olvidar que ciertas normas legales son inmorales. ¿Qué

actitud tomar ante leyes democráticas legales pero inmorales? Acatarlas contra la propia conciencia, ciertamente no. Desobedecerlas sí, aunque no sea cómodo. Desde que san Agustín (siglo V d.C) acuñó el lema 'la ley injusta no es ley', se usa la *objeción de conciencia* frente a las leyes injustas.

Henry David Thoreau (1817-1862) reacciona contra el esclavismo de la democracia formal norteamericana: «Cuando una sexta parte de la población de una nación que ha emprendido la tarea de ser el refugio de la libertad es esclava y todo un país es injustamente invadido y conquistado por un ejército extranjero y sometido a la ley marcial, creo que no es demasiado pronto para que los hombres honestos se rebelen. Lo que hace que este deber sea más urgente es el hecho de que el país así invadido no es el nuestro, sino que lo que es nuestro es el ejército invasor». Thoreau actuó y se atuvo a las consecuencias: por negarse a pagar un impuesto para la guerra (objeto de conciencia fiscal temprano) fue detenido y encarcelado en 1846.

En 1907 publica Gandhi el texto de Thoreau a modo de panfleto, y da a su propio movimiento de lucha contra la segregación racial el nombre de Desobediencia Civil. Más tarde profundizará este método a través de la práctica de la no-violencia activa (*ahimsa, satyagraha*), dando lugar al movimiento más eficaz hasta hoy de acción desobediential.

El pastor bautista Martin L. King, como Gandhi, murió cobardemente asesinado por oponerse a las leyes racistas: «En conciencia no podemos obedecer vuestras leyes injustas, porque la no-cooperación con el mal es, igual que la cooperación con el bien, una obligación moral».

Sociologismo contra moral

También la sociedad tiende a confundir lo moral con lo vigente, con los usos y costumbres dados, con lo social. Esta falsa reducción de lo moral a lo social es el 'sociologismo'. Sin embargo, aunque todos menos uno se emborrachasen, la borrachera estaría mal; incluso aunque no hubiese ningún sobrio, la borrachera seguiría estando mal.

La sociedad puede obligar externamente con todo tipo de coacciones, pero no pasa de ahí. ¿Cómo podría ella explicar el remordimiento o la sensación de culpabilidad cuando bastaría una simple mentira para cumplir con lo que la sociedad pide? La sociedad no es capaz de llegar al

interior de la conciencia. Fundadores y reformadores religiosos, místicos, santos, con su 'impulso de amor' han roto las convenciones sociales y elevado la humanidad a nuevos destinos.

4. LA ÉTICA COMO TAREA

4.1. El carácter ético

Pese a los matices, suelen usarse 'moral' y 'ética' como sinónimos. El término 'ética' viene del griego *êthos*, 'lugar donde uno habita' (primera naturaleza, naturaleza exterior, ecología) y 'modo de ser' (carácter, segunda naturaleza, ya auténticamente personal). Quien vive respetando y plenificando ese *êthos*, así como el de las demás gentes, lleva una vida *ética*. Si no lo hace así pasa a ser anti-ético, in-moral.

Cada persona asume la vida provista de su correspondiente '*êthos*'. Con sus actos logra *hábitos* (si buenos, *virtudes*; si malos, vicios), los cuales constituyen su *carácter* ético. La ética es aquel que-hacer que forja el carácter moral: siembra una acción y recogerás un hábito, siembra un hábito y recogerás un carácter, siembra un carácter y recogerás un destino. Así definida, corresponden a la ética tres grandes tareas: aclarar en qué consiste lo moral, fundamentar por qué, y aplicarlo, es decir, ejercer esa identidad personal cumpliendo con el deber de realizar nuestra vocación, aquello que estamos llamados a ser: personas y no bestias.

4.2. ¿Deber? ¿Por qué sí, por qué no?

Mas, así como a un niño pequeño se le dice qué debe hacer y según crece se le explica por qué, a un adulto no se le dice simplemente qué debe o no hacer, sino también y sobre todo 'por qué', o 'por qué no'. No es el contenido (la moral como contenido), sino la 'estructura' misma del deber lo que primero debo clarificar. Pues bien, ¿por qué vivir como personas y no como cerdos? Porque la razón nos ha demostrado que no hay nada mejor que vivir como personas; por eso, ni el individuo ni la sociedad pueden determinar un sistema de deberes, si no es en vista de una cierta idea del hombre. Debemos, pues, vivir conforme a la idea de hombre que hemos desarrollado, en orden a su perfección.

El peso del deber

Asumir el deber de vivir como persona exige cargar con los grandes y pesados fardos del '¡tú debes!', porque el gusto del querer se convierte en la exigencia del requerir. Animal modesto y desacreditado, el camello que los porta es el mejor en la travesía del desierto; sin embargo, nadie, y menos que nadie el abúlico, debería reírse de la chepa del camello, pues en ella conserva la humedad necesaria para la dura travesía del desierto. 'Señor -exclamó Leonardo da Vinci- tú nos das dones, pero nos pides a cambio la fatiga'.

A diferencia del camello, la persona asume el fardo de su libre querer autónomo, dispuesta a dar la vida si fuere menester, a darla sin quitarla, a darla sin mentir ni escudarse en nada que no sea el mero darla, sin esperar recompensa alguna, sin dejarse llevar por los deseos alocados ni por las gratificaciones interesadas, sólo por puro sentimiento del deber libre y liberador.

La aristocracia moral del deber

No puede pretender derechos quien no quiere soportar deberes. Aristocrático moralmente es el sentimiento del deber, plebeyo el del solo derecho. El aristócrata moral siente que libertad y deber van juntos, pues sólo el libre puede asumir el deber de ser libre, mientras que el plebeyo ve en todo deber una forma de esclavitud. El aristócrata moral reconoce: 'Yo debo, y de lo que yo debo hacer soy el único responsable'; el plebeyo masculla: 'Yo sólo tengo derechos'. El aristócrata moral asume la responsabilidad que se deriva de su acción; el plebeyo endosa al otro la responsabilidad propia, pero procura arrebatarle el fruto de su esfuerzo. El aristócrata moral se regala incluso a sí mismo y agradece a aquellos respecto de los cuales se siente en deuda; el plebeyo no entiende otra deuda que las deudas que a él le adeudan y arrima el ascua a su sardina.

4.3. Cómo hacer

He aquí los niveles de la vida ética.

Ver la realidad: Hay papás que creen que por enterarse de cómo está el mundo sus hijos van a echarse a perder; entonces los sobreprotegen, los rodean de guaruras, miedos, etc. Mal asunto. Por el contrario, la mejor

salud vital está en preocuparse por los demás. ¿Te encierras en ti mismo? Terminarás neurótico.

Juzgar la realidad: Hay quien cree que el mundo está mal porque los jóvenes son unos viciosos, los obreros unos vagos, etc. Sin embargo, si queremos hacer un mundo humano, hemos de abandonar los tópicos fáciles y estudiar dónde duele de verdad, para corregirlo.

Actuar en la realidad: Transformo la realidad con mi presencia social, pública: en asociaciones civiles, culturales, recreativas, sindicales, políticas, etc. El peor de los políticos nos parece mejor que el mejor de los abstencionistas; quien no hace nada y se queja es un hipócrita. Hablar mal de los políticos es deporte en el que se pierde mucho tiempo; en su lugar, hagamos una política mejor en cualquiera de los ámbitos citados.

Abrirse a la trascendencia: Para los creyentes al menos, la realización de su vocación personal está vinculada a la Trascendencia.

5. ÉTICA Y VALOR

Lo valioso me hace ser mejor. Cuanto menos valioso es algo para mí, tanto más se aleja de mi horizonte. Ahora bien, ¿cómo sé que algo es valioso? Existen diversas teorías al respecto, veámoslas.

5.1. Teorías sobre el valor

Éticas teleológicas (a posteriori)

Según las éticas teleológicas algo es valioso si, tras haberlo experimentado (*a posteriori*), nos produce placer o utilidad, como aseguran el *hedonismo* (valor igual a placer) y el *utilitarismo* (valor igual a utilidad). Éste no es nuestro punto de vista por dos motivos: primero, porque resulta absurdo pensar que sólo sabemos que el asesinato es malo después de haberlo cometido. Segundo, porque si no hubiera posibilidad de universalizar los juicios, éstos serían relativos. Pero afirmar que algo es relativo es destruir su objetividad.

Éticas deontológicas (a priori)

Según las éticas deontológicas (valor igual a deber, a norma), se conoce lo bueno aún antes de experimentarlo (*a priori*). En ello coinciden a su vez sistemas muy diferentes entre sí:

El aristotélico-tomismo

Santo Tomás (1225-1274) afirma que el valor es el bien que todos desean buscado en orden a la perfección debida, que en última instancia sólo se plenifica en Dios, fuente de todo valor. Algo es valioso en cuanto que refleja la *ley divina y eterna*.

La ley divina eterna a su vez se refleja en la naturaleza (*ley natural*), por eso es malo el comportamiento humano que se desvía de ella. El comportamiento humano natural pide hacer el bien a uno mismo, a la prole, y a la especie. A su vez, las *leyes positivas* que los gobernantes promulgan han de reflejar la ley natural y la eterna.

El kantismo

Según Kant (1724-1804), no es que algo sea bueno porque lo quiera Dios, lo cual resultaría inaceptable para los ateos, sino por nacer de mi conciencia: esta autonomía de la conciencia igualaría a creyentes y no creyentes. Así pues, mi actuación será valiosa si obedece al sentimiento del deber que mi conciencia moral me dicta. Mi conciencia, realidad formal, se consulta a sí misma y responde *a priori* lo que 'debe' hacer o evitar. Al cumplir con mi deber me comporto de forma 'categórica': obro de tal modo que mi comportamiento puede ser tomado como ejemplo para todos, como norma universal. La voluntad moral sólo es digna si actúa, no porque desee esto o lo otro concreto, sino porque siente que *debe* obrar como lo hace, aunque se venga abajo el mundo. ¿En qué se concreta esto? En hacer el bien y evitar el mal, en querer para los demás lo que quiero para mí, y en no querer para los demás lo que no quiera para mí mismo.

Si yo no fuese el centro de mi decisión perdería mi autonomía. Si no siguiésemos la propia conciencia, resultaría imposible evitar el relativismo: fulanito se lanzaría a salvar a otro por la recompensa económica, menganito por obtener fama, zutanito por compasión.

En resumen, la conducta moral será *a priori* y no *a posteriori*;

formal y no material (no seguirá los estímulos exteriores); subjetiva (trascendental) pero no subjetivista. Kant cree que basta consultar a la conciencia, sin necesidad de diálogo, para encontrar esa respuesta. Ahora bien, ¿podrá salir la universalidad de la conciencia solitaria de la voluntad misma, sustraída del diálogo con los demás?, ¿sabré yo lo que debo hacer o evitar si los demás no me ayudan a descubrirlo, en un mundo donde el sentimiento del deber escasea?

La fenomenología

Según Max Scheler (1874-1928) no hay valores porque haya bienes y fines (Santo Tomás), ni porque haya conciencia autónoma (Kant). Max Scheler está más cerca de Kant que de Santo Tomás, en cuanto que su posición es más antropocéntrica que teocéntrica; coincide con Kant en su crítica a la identificación entre ser y bien. Sin embargo, le reprocha: primero, identificar conocimiento 'a priori' con conocimiento 'formal', dando por supuesto que un contenido material generaría relativismo y, por ende, no podría ser apriórico o universal; además le reprocha identificar conocimiento formal 'a priori' con conocimiento racional. Kant habría llegado al colmo de la barbarie al afirmar que la persona que auxilia a quien se está ahogando sólo debe hacerlo por cumplir con su deber, y no por compasión; la conducta exigida por Kant sería inhumana, de un rigorismo orgulloso, egocéntrico, pues sólo buscaría la tranquilidad de la propia conciencia que al obrar como debe se siente superior. Frente a ello propone Scheler:

Los valores tienen un contenido material, aunque distinto de la materialidad propia de los bienes-cosas. En efecto, los valores 'son' realidades, aunque no de carácter físico. Hay cosas que valoramos negativamente, como un dolor de muelas, pero 'son', están ahí, mientras que otras no son, no están ahí, y sin embargo las 'valoramos' favorablemente, por ejemplo 'la' justicia perfecta. Aunque tendamos a sustantivar los valores, es decir, a condensarlos en sustantivos ('la' libertad), e incluso a representarlos de forma simbólica (justicia: balanza; pureza: paloma), no son cosas.

Los valores se captan por la 'lógica del corazón', por intuición emocional. Pueden entenderse, cultivarse y sistematizarse por la razón, pero su 'golpe de vista' no se da mediante una representación intelectual. El que ama no se busca a sí mismo, sino realizar el amor: el mayor premio es amar y el mayor mal experimentarse como origen del mal. Resulta,

pues, erróneo desacreditar el acto de compasión o de amor, así como el de las emociones en general, para reemplazarlo por actos de la voluntad, sólo porque en algunos casos la compasión o el amor sean insinceros o insuficientes.

Si algo es valioso, debe ser amado. El mundo de los bienes es más distante que el de los valores, pues éstos me implican, me afectan, no sólo les conozco. Los valores no son inertes ideas platónicas indiferentes a mí, sino que cuando los veo conculcados siento irritación, cuando ejercidos cómplice alegría, y cuando aún no realizados interpelación, incitación a trabajar por ellos. Ante una violación de una niña no hace falta ser Don Quijote de la Mancha para decir 'eso no debe ser', y reaccionamos.

¿Se ama a los valores porque son valiosos, o son valiosos porque se les ama? Si lo segundo, subjetivizo los valores; si lo primero, reconozco su existencia. No resulta fácil separar ambos extremos, pues son buenos porque los amo y los amo porque son buenos. Para quien valora los automóviles sólo como medio de transporte, resultan útiles (grado inferior del valor); sin embargo, para quien los ame más que a su novio o novia, la cosa cambia. Los valores, pues, van vinculados a la posición del valorante, aunque no se reduzcan a ella.

También el tiempo altera la posición: puedo valorar después lo que antes no tanto, o a la inversa. Un niño con vocación pacifista puede terminar queriendo ser becario de la OTAN. Los valores exigen un aprendizaje, no se aprehenden de un golpe, hay un antes y un después.

5.2. Escala axiológica

¿Cuál es la jerarquía existente entre los valores? Suele distinguirse ascendentemente entre valores: *a.* sensibles (agradables); *b.* económico-utilitarios; *c.* físicos; *d.* sociopolíticos; *e.* espirituales (teóricos, estéticos, jurídicos); *f.* morales y religiosos. Pues bien, si *a* e *le* falta *a* tenemos al pedante; si *le* falta *b*, al bohemio incapaz y poco práctico; si *le* falta *c*, al pálido intelectual; si *le* falta *d*, al egoísta. Si *a f* *le* falta *a* tenemos al asceta patológico; si *le* falta *b*, al religioso ensimismado; si *le* falta *c*, al enfermo; si *le* falta *d*, al anarquista utópico; si *le* falta *e*, al místico frenético e iconoclasta. Y así sucesivamente: si falta *f*, entonces brilla por su ausencia la grandeza moral, la humildad religiosa y el sentido del misterio; si faltan *f* y *e*, entonces queda sólo la voluntad de cínico poderío; si faltan *f*, *e*, *d* y *c*, entonces estamos ante el egoísta crudo; y si faltan *f*, *e*, *d*, *c* y *b* entonces nos quedamos en el hedonismo.

Otra cosa son las urgencias vitales, ya que al hambriento no se le puede decir que sienta la misma estimación por una sonata de Brahms que por un plato de arroz. De todos modos, la fuerza no debería anular la altura de los valores, y la auténtica moralidad ha de construirse de abajo arriba.

Valores ecológicos, o mejor ecodúlicos

La vida es el primer valor. Ella existe desde el primer instante de la fecundación, y desde ese mismo instante ha de ser defendida absolutamente a lo largo de toda la existencia. Una persona que no se cuida nos parece poco razonable, pues las gentes concuerdan en que la salud es mejor que la enfermedad.

El cáncer de pulmón es la primera causa de mortalidad en Occidente, pero muchos fuman. No pocas mamás suministran chucherías, que sin embargo saben lesivas para la salud de sus hijos. El capitalismo no ignora que los modelos de estética joven que exhibe y publicita producen en ocasiones anorexias de difícil curación.

Valores económicos

El dinero es necesario; es preciso tener para poder decir: 'ser, más que tener'. Aunque el dinero no da la felicidad, crearemos a quien diga esto si devuelve lo robado y si regala lo poseído. Desde luego, son necesarias las cosas para vivir. Pero el consumismo es una forma absurda, excesiva y perjudicial de gastar: empobrece al hombre (cuanto más adquiere, más depende), empobreciendo también a la Tierra. Con nada se satisface a quien sólo tiene deseo de tener, a quien gasta el dinero que no tiene para comprar cosas que no necesita tratando de impresionar a gentes que no le agradan. Quien mucho posee poco duerme, si tiene que vigilarlo y constituye su único objetivo, olvidando que la riqueza no está en lo que tienes, sino en lo que eres. Se es rico en proporción a las cosas de que se puede prescindir: un paisaje, un libro, una melodía, un rostro, poco basta a quien sabe vivir. Por lo demás, las cosas que más se desean menos se pueden comprar.

Valores sensibles

Son los que producen alegría, placer, etc., con distinta profundidad según cada persona. ¿Qué no se habrá escrito sobre el placer? Gentes hay,

por ejemplo, que quieren vivir su sexualidad como la vive cualquier perro, pero otras amorosamente, con cariño, con ternura en el acto sexual, humanizadamente. Ahora bien, si alguien se empeña en decir que él es un perro y no logro convencerle de lo contrario, ¿qué puedo yo hacer por él y por mí, a no ser procurar que no me muerda? En última instancia los valores no se demuestran, se muestran; aceptar la realidad es creer en ella, creérsela.

Desde luego, no todos los placeres son iguales; al sádico le produce placer dañar a otras personas, al masoquista dañarse a sí mismo, sufrir por sufrir; al sadomasoquista expandir el dolor a todos y a sí mismo. El utilitarista Jeremy Bentham (1748-1832) aseguraba que la cantidad de placer es la medida de la felicidad. Pero el obseso de los placeres, el día en que no ha logrado sumar la cantidad de placer que esperaba, se deprime; si en su caza hedonista logra cobrar pocas piezas de placer, se vendrá abajo: es el caso de Don Juan Tenorio, que ignora que el placer resulta o se deriva de un modo de ser y de vivir, que es el que hay que lograr. El placer elevado a principio se cierra el camino a sí mismo. Todo enfermo terminal pasa por tres estadios con mermas sucesivas; en el primero se interesa por lo que ocurre fuera de la clínica, en el segundo por lo que pasa en su habitación, y en el tercero únicamente por sus propias constantes corporales. Luego, la muerte.

El argumento favorito del hedonista se reduce a esto: hagas lo que hagas, egoísta o altruista, al final lo haces porque te gusta, es decir, porque te resulta placentero; en última instancia todo comportamiento humano es hedonista. Desde luego todo lo que hace el ser humano es resultado de su dinámica personal, en última instancia toda acción es egorrelativa, relativa al yo que la ejerce; sin embargo, su condición de egorrelativa no la convierte en hedonista: hay quien no buscando placer lo encuentra como resultado de su acción altruista y filantrópica, sin más. No todos los placeres son iguales: nada tiene que ver saltarle el ojo a una persona que ayudar a un ciego a cruzar la calle.

Valores económico-utilitarios

Son los valores del bienestar material. Siendo necesarios, la cuestión es determinar el límite en que el bienestar material se torna superfluo, así como la medida en que pueda o no universalizarse su consumo. Verdad es que no siempre se plantea el autodenominado ecologista comprar el coche menos contaminante, si puede acceder a otro más caro y potente. Casi todos en el primer mundo tenemos más de lo que necesitamos, pero

queremos vivir cada vez mejor, aunque sea a costa del Tercer Mundo, y no paramos de afirmar nuestro ecologismo. Sin embargo, los valores económico-utilitarios tienen un techo: la naturaleza no permite un ecodesarrollo insostenible. No se pueden talar todos los árboles ni acabar con el agua. Por el contrario, el deseo no tiene límite.

Nos pasamos la vida trabajando para tener, pero al final vivimos casi exclusivamente para trabajar, el trabajo nos tiene. Resulta fácil la incoherencia en lo relativo a estos valores, quizá por excesivamente cercanos a la parte animal de un humano todavía demasiado ligado a la insaciabilidad. Al avaro le causa dolor gastar, la austeridad del avaro es la roña de un poseedor poseído por lo que posee; del mismo modo, el consumidor es consumido por el consumo que (le) consume. El tener ahoga al ser.

Valores sociopolíticos

Se comienza por poco: el que ha llevado una cáscara de plátano cincuenta veces a una papelera se convierte en un buen ciudadano.

Aunque la inteligencia de Einstein o el arte de Goya no se puedan socializar, la igualdad de oportunidades, aunque no haga surgir a cada minuto Einsteins o Goyas, hará posible el surgimiento de más genios.

Las mansiones de los opulentos -aisladas y protegidas por sus sistemas de seguridad sofisticados- no evitan la cercanía de los miserables con sus casas de cartón. No salen de ellas para evitar el posible secuestro. Desgraciadamente no la buena convivencia, sino el secuestro, recuerda a los ricos que habitan una misma polis que los pobres: democracia *boomerang*.

Valores espirituales

Si en los valores económicos las diferencias excesivas son hirientes, ofensivas, injustas, en los espirituales no ocurre lo mismo: a nadie decente le debe ofender que haya un gran artista, eso suele ofenderle tan sólo al triste y resentido compañero de gremio, pero a las sociedades les encanta contar con una pléyade de artistas, poetas, músicos, filósofos, escritores. También en esta esfera rige la ley que es común a todas, a saber: en los valores inferiores igualdad, en los superiores diversidad. Otra cosa es que a veces, en ciertas épocas históricas, ocurra precisa y formalmente lo contrario: en los valores inferiores desigualdad, y en los superio-

res uniformidad.

Los valores espirituales resultan más necesarios para las personas más desarrolladas. Cualquier valor espiritual, si realmente lo es, se encuentra presente en los demás valores: una persona llena de luz interior vive más años y con más salud, irradiando más y sin contaminar.

a. Estéticos

No habiendo nada más diferenciador que la estética, sin embargo todo el mundo consume las mismas marcas en nombre del gusto estético. Si la estética es el arte de la diferencia, entonces a tantas personas corresponderían tantos juicios del gusto: ¿por qué, sin embargo, todas las moscas van a la misma basura, digámoslo? La moda mata así a la estética. Pero la estética debería ayudar a ‘hacerse una cabeza’ a cada cual, sin dejarla absolutamente en manos del peluquero, el cual, por oficio, te tomará el pelo o te esquilmará.

La belleza está sujeta a pocas reglas, es el ámbito de la creatividad y de la libertad. Como escritor no me siento culpable cuando omito una regla de juego o un canon, aunque sí me siento culpable cuando -en el terreno ético- conculco gravemente una norma ética.

b. Éticos

Ya los hemos tratado.

c. Religiosos

Los valores religiosos interactúan e influyen en los demás valores, he aquí este relato célebre: cierto día un sabio visitó el infierno. Allí vio a mucha gente sentada en torno a una mesa ricamente servida. Estaba llena de alimentos, a cual más apetitosos y exquisitos. Sin embargo, todos los comensales tenían cara de hambrientos y el gesto demacrado. Tenían que comer con palillos; pero no podían, porque eran unos palillos tan largos como un remo. Por eso, por más que estiraban su brazo, nunca conseguían llevarse nada a la boca. Impresionado, el sabio salió del infierno y subió al cielo. Con gran asombro, vio que también allí había una mesa llena de comensales y con iguales manjares. En este caso, sin embargo, nadie tenía la cara desencajada; todos los presentes lucían un semblante alegre, respiraban salud y bienestar por los cuatro costados. Y es que allí,

en el cielo, cada cual se preocupaba de alimentar con los largos palillos al que tenía enfrente.

5.3. Criterios para la escala axiológica

Duración. A veces, eternizar un valor puede dar seguridad, pero depaupera la innovación. De todos modos, es preferible el valor eterno al contingente. Resultaría ridículo decir: te amaré por dos días, pues el amor pide voluntad de eternidad. Surge aquí la cuestión del ‘perennismo’: saber qué es lo eterno y qué es lo contingente, porque a veces se da lo eterno por contingente, o a la inversa.

Indivisibilidad. Preferible es lo que se toma entero, a lo que se da partido. La libertad es indivisible, no se puede dar un pedazo de dignidad, ni una verdad a medias. Ahora bien, los valores materiales sí son divisibles: magnífico gesto el que comparte un trozo de pan con un hambriento. No compartir los valores inferiores los prostituye.

Fundamentación. Un valor es tanto más alto o fundante, cuanto menos necesita de otros y más les sirve de base. El valor más sólido será el que mejor fundamente a los demás. Aquel valor que no necesite de ningún otro será el valor absoluto. Quien simplifica la vida la hace descansar en aquellos valores que por valer más necesiten de menos mediaciones: ése sabe vivir.

Profundidad. El valor más alto produce una satisfacción más profunda, según el nivel en el que se le sitúe. No debe tomársele reductivamente: siendo preferible la simpatía, se puede prescindir de ella si es a costa de ser canalla. El superficial no puede gozar en profundidad. La satisfacción no excluye aumento de dolor, aunque no necesariamente lo incluye. Hay dolor creativo, solidario, que hace crecer.

Persona. Es el criterio máximo: cualquier proyecto que conculque el valor de la persona deberá rechazarse.

5.4. Criterios para el conflicto posible

No sólo se plantean conflictos frente a lo no valioso (disvalioso), sino también -aunque de otra naturaleza- entre dos valores positivos (amor

y justicia, por ejemplo), debiendo elegir unos renunciando a otros. He aquí algunos criterios. *Urgencia temporal*: cabe postergar, pero no negar los valores más altos en favor de los más urgentes. *Prioridad*: con el débil, el anciano, el enfermo, etc. *Cantidad*: en caso de igualdad será preferible lo que realice más cantidad de valor. *Probabilidad de éxito*: no aferrarse a lo mejor muy dudosamente realizable a costa de lo bueno más seguro. *Plenitud*: humanidad es más que pueblo, pueblo más que familia, familia más que individuo. *Proximidad al yo*: familia es más que pueblo, pueblo más que humanidad. *Resonancia*: quien más puede, más debe cooperar.

VI VIRTUD

1. EL TRIÁNGULO VALOR-DEBER-VIRTUD

La moral burguesa del siglo XIX presentó a la virtud como una vieja solterona, regañona y desdentada, en cambio:

Para la *tradición griega estoica* la virtud es fortaleza y elevación de ánimo frente a los impulsos irracionales y frente a los azares de la fortuna.

Para los *griegos*, la virtud es la excelencia de carácter, la armonía, la plenitud del hombre de bien que se alcanza cuando se realiza el fin al que se está llamado.

Kant aúna ambos extremos: la virtud es 'fortaleza moral de la voluntad de un hombre en el cumplimiento de su deber', así como 'capacidad y propósito deliberado de oponer resistencia al adversario' (*Metafísica de las Costumbres*).

Para los *creyentes*, sin rechazar lo anterior, acercarse a Dios.

Aristóteles define la virtud como «hábito electivo que consiste en un término medio relativo a nosotros, determinado por la razón y del modo que lo determinaría el hombre prudente. El término medio lo es entre dos vicios, uno por exceso y otro por defecto» (*Ética a Nicómaco*). La virtud, pues, habrá de ser: a. Un hábito de excelencia o perfección. b. Consistente en situarse según la razón (no según la sinrazón). c. En el término medio al modo como se situaría una persona prudente: la puntualidad no consiste en llegar ni temprano ni tarde, sino en punto.

Tiene el ser humano tres vértices: el *valor*, que es la dimensión objetiva de la moralidad; el *deber*, que es la respuesta subjetiva a ese valor; y finalmente, si logro responder bien, obtengo la *virtud*. La virtud es un valor que se ha hecho vida en nosotros. La virtud es un hábito de excelencia o perfección. El valor captado despierta en mí el sentimiento del deber; si ejerzo bien el deber, realizo una acción virtuosa. La virtud es un valor que se ha hecho vida en nosotros. La virtud es un hábito de excelencia o perfección.

Por tanto no es virtuoso el comportamiento de quienes: lo que desean es exhibirse; exigen premio o recompensa exterior; actúan sólo

para que no se les castigue; o únicamente porque lo manda la ley. La virtud lidera moralmente, es decir, va a la cabeza *sirviendo*. El líder moral hace que los demás se sientan importantes y da importancia al trabajo ajeno, no trata de dominar. Da toda la libertad posible, respeta la personalidad ajena, no la explota. Ayuda a conquistar cotas elevadas de responsabilidad. Destaca lo mejor de los comportamientos. Critica constructivamente el trabajo ajeno y el propio. No sólo acepta las ideas y sugerencias de las personas a las que dirige, sino que hace todo lo posible por incentivarlas, capacitarlas e inspirarlas. Demuestra comprensión con los fallos razonables, en lugar de castigar. No se da por vencido, ni anda lamentándose. Inspira voluntad de vencer a todos sus colaboradores. Cuando es posible, consigue conciliar los puntos de vista en conflicto.

Esto se refleja paradigmáticamente en el caso del maestro. Cuando llega el maestro, el alumno crece. Las palabras del docente se las lleva el viento, las obras del maestro quedan, por eso se aprende más con él en una hora que conversando con los demás un año. El maestro es fuente, no desagüe. El docente quiere que desde arriba cambiemos el mundo, el maestro nos ayuda a que nos cambiemos a nosotros mismos y con nosotros al mundo. Son los ojos del maestro los que nos hacen ver; si no hubiera mirada del maestro que nos mira, no sabríamos nosotros mirar. El maestro nos enseña a descubrir, es decir, a ver lo que todos han visto para pensar lo que nadie ha pensado y hacer lo que todos deberíamos hacer. La madurez del maestro consiste en ayudarnos a encontrar la seriedad que teníamos cuando jugábamos de niños; sólo al que ya ha dejado de ser como niño, la vergüenza de confesar el primer error le hace cometer muchos otros. El maestro es quien eternamente nos apacigua enseñándonos que, cuando no se puede tener todo lo que se quiere, es hora de querer lo que se tiene. El maestro es el testigo de nuestra identidad: no hay como volver junto a un maestro para darse cuenta de lo mucho que nos hemos desviado. Aunque mintamos al maestro y él parezca creerlo, no le engañamos: no le engañamos, porque él sabe que le engañamos. Y por eso se mata al verdadero maestro que nos recuerda nuestra infidelidad a lo que es eterno, porque el odio es la cólera de los débiles. Cuando en el mundo aparece un maestro, puede recordársele por este signo: los malvados se conjuran contra él, ya que no pueden soportar sin resentimiento tanta lección viva a su lado. Pero el maestro nos enseña otra cosa totalmente distinta a esa: que vengándose uno se iguala a su enemigo, pero perdonando deviene superior a él, y que siempre es mejor amar que tener razón.

El maestro axiológico primero abre su corazón al escolar, y luego

(o al mismo tiempo) abre la puerta de la escuela. Sienta primero a los últimos, y los últimos a los primeros. Jamás expulsa de su corazón, y tampoco del salón, al alumno más desagradable. Nunca da por perdido al descarriado, antes al contrario va a buscarle. No se contenta con agradar a uno y aburrir a noventa y nueve. Conjuga respeto y cariño, pues sabe que para aprender bien hay que estar bien comido y ser bien querido: ni siquiera los animales logran un aprendizaje significativo cuando por alguna circunstancia son rechazados. Quien acostumbra a oírse llamar y verse tratar como torpe, incapaz o nulo, o como malo y de incorregible conducta, acaba por creerlo, y entonces, una vez que ha asumido que no es sino eso, ¿para qué a va esforzarse, para qué intentar enmendarse, si ha terminado asumiendo que lo suyo no tiene enmienda?

Y sin embargo en el discípulo todo es futuro por venir, todo para él ha de ser esperanza. ¿Qué clase de maestro sería aquél que en lugar de alentar y fomentar lo bueno sólo recalca lo malo presentándolo como el único futuro posible? Al discípulo hay que alentarle, ayudarle con toda clase de palabras, estímulos y premios, y jamás desalentarse con hechos, dichos, ni castigos deprimentes. ¿Cómo? Con cariño y con paciencia, como lo hacen las madres: con solicitud y con desvelo, siendo su consuelo para las penas, su defensa contra las agresiones, su aliento en el trabajo. Hay libros a medio escribir, recogiendo polvo, en todo el mundo; hay casas medio terminadas en las cuales vive la gente durante toda su vida; hay vidas medio concluidas que se están perdiendo porque alguien abandonó un sueño; y hay, desde luego, no poca gente medio escolarizada a la que faltó la paciencia de un maestro. No se enseña la verdad sino por medio del amor, ni se descubre de otro modo que amando: así lo hace el maestro axiológico.

2. JUSTICIA

La ley habla de justicia y de igualdad, pero los jóvenes ven crecer las distancias entre ricos y pobres por efecto de las políticas económicas neoliberales. La ley habla de democracia 'como un sistema de vida fundado en el constante mejoramiento económico, social y cultural de un pueblo', pero el 70% de la población vive en condiciones de pobreza, y más del 20% en condiciones de pobreza extrema. Habla la ley de ideales de fraternidad, de aprecio por la dignidad de la persona y de la superación de hostilidades y exclusivismos, pero los jóvenes palpan una sociedad cada

vez más fracturada y dividida entre los 'llamados a mandar' -los 'capaces'- y los prescindibles porque nacieron del lado equivocado.

La ley habla del aprecio por la nación y la defensa de su soberanía, pero los jóvenes perciben que los últimos gobiernos se han propuesto privilegiar de tal manera al capital transnacional, que en la práctica se les entregan nuestros recursos y se acepta por anticipado que no podemos triunfar en la competencia, y debemos conformarnos con ser abastecedores de mano de obra barata. Afirman las disposiciones legales que todos somos iguales ante la ley, pero los jóvenes perciben la discriminación a los indígenas, la renuencia a respetar sus culturas, y múltiples actitudes racistas en la vida cotidiana. Y otras muchas enseñanzas en las que se empeñan los buenos maestros -sobre la veracidad con la que debemos hablar, la honestidad en el manejo de los bienes colectivos o la observancia de la ley- se ven traicionadas por las prácticas usuales de nuestra vida pública: el recurso al doble lenguaje de muchos políticos, o la corrupción protegida por la impunidad de los poderosos. También en el pequeño mundo de su escuela viven los alumnos de cerca las simulaciones, las trampas para pasar el examen, la venta de calificaciones y las pequeñas y grandes corrupciones del sindicato magisterial, tal como viven afuera de la escuela los fraudes electorales, las 'mordidas' de tránsito, los sobornos para agilizar un trámite; su experiencia avala ya el principio de que 'el que no transa no avanza'. ¿Cómo les pedimos a nuestros jóvenes una convivencia moral recta en este mundo de deshonestidades? ¿Cómo esperamos que sean hombres y mujeres íntegros si los enfrentamos a esta esquizofrenia?

La excelencia de la vida moral sólo se alcanza con la práctica de la virtud. La razón pura es también razón práctica. La filosofía no sólo nos enseña a pensar los valores, sino también a vivir los valores; o mejor, a tratar de ser dignos de una vida virtuosa. Decimos 'tratar de ser dignos', pues quien se cree virtuoso deja de serlo en el instante mismo de creérselo. Destruiría la humildad quien dijera: 'a mí a humilde no hay quien me gane'.

Se han dado muchas definiciones de justicia:

Justicia es dar a cada uno lo suyo. «La justicia da a cada uno lo suyo, no se apropia de lo ajeno y descuida su propia utilidad para conservar la igualdad común» (Lactancio). Justicia es, en efecto, dar a cada uno lo suyo, ni más ni menos, pero ¿qué hemos de entender por 'lo suyo', acaso 'lo suyo' de un profesional de élite es ganar en cinco minutos cien veces más que un campesino al año?

Justicia no es tener lo común por propio. El fruto verdadero y

máximo de las riquezas consiste en emplearlas no para el placer propio, sino para el bienestar de muchos; no para la utilidad presente de uno mismo, sino para la justicia.

Justicia no es hacer de lo que es del común algo de ninguno, ni a la inversa. No es bueno el comunismo a palos, que ha intentado meter a todos en la misma camisa de fuerza, pero quedándose fuera de ella los apaleadores, ni el liberalismo que confunde el ser distintos con el pagar de distinto modo.

Justicia no es decir pero no hacer, o hacer lo contrario de cuanto se dice. ¿De qué sirve que las Constituciones afirmen sobre el papel que todos somos libres e iguales ante la ley, si luego a la cárcel van más los pobres y menos los ricos, que además salen antes habiendo cometido delitos mayores?

El justo

Pero no basta con la vertiente objetiva de la justicia; el interesado por la virtud de la justicia se pregunta por la forma de vivirla, es decir, por el justo. Justo es alguien que pone su fuerza al servicio del derecho y los derechos y que, decretando en sí mismo la igualdad de todo hombre, a pesar de las desigualdades de hecho o de talentos, que son innumerables, instaura un orden que no existe pero sin el cual ningún orden podría satisfacernos. Para ello hay que resistir primero la injusticia que cada uno lleva en sí mismo. Por eso el combate por la justicia no tendrá fin.

El justo responde por la totalidad de la suma adeudada en común. Hay tres formas de solidarizarse o implicarse: con el kikirikí, pero sin poner nada, como tantos y tantos gallos de corral; como la modesta gallina, poniendo el huevo, pero sin perder nada de ella misma; como el denostado cerdo, que a la hora de la verdad termina poniendo su propio tocino. La justicia enseña que hay un otro que no se confunde conmigo, pero que tiene derecho a lo suyo. El individuo justo es tal en la medida en que procura darle lo que le corresponde. Encuéntrese o no el otro en situación de necesidad o de indigencia, siempre que de su derecho se trate, estoy obligado a darle satisfacción. Del mismo modo, pero en sentido contrario, sería moralmente reprobable torturar a prisioneros para arrancar de ellos confesiones que evitarían a su vez males y bajo otro punto de vista resultarían provechosas. El fin no justifica los medios.

Ser justo significa tener una deuda y pagarla. Ahora bien, para poder decir no a la justicia cuando ésta sea ilegítima tenemos que estar por encima

de ella, y este es el motivo por el que se dice que la justicia no nos torna justos, y que son los justos los únicos que pueden construir una verdadera justicia. El justo hace justicia con prontitud y agrado.

La regla de oro del justo reza: en toda transacción, ponte en el lugar del otro con todo lo que sabes y, suponiéndote tan libre de necesidades como un ser humano pueda estarlo, decide si en su lugar aprobarías el intercambio o el contrato. Ponte, pues, desde el primer momento en los zapatos del otro, ponte en el lugar de cualquiera, como si tú fueras cualquiera, como si cubierto por un velo de ignorancia no supieras si estás abajo o arriba y buscas lo justo para todos, descentra tu subjetivismo si deseas ser justo. Ponerse en el lugar del otro cuesta, pues en nosotros todo lo excusamos, y en lo demás apenas nada; queremos vender caro y comprar barato. ¡Qué diferente es el corazón del justo! El corazón del justo ya no es suyo, pues él se coloca en el lugar de toda la humanidad. Ecuanimidad, honradez, justicia: hermosas palabras que el justo no sólo pronuncia con sus labios, sino que las alberga en su corazón y gestiona con su vida diaria.

Cuanto más justo, más responsable

Ni ser justo, ni genio, ni santo confieren a nadie ningún derecho especial, pues la recompensa está en la virtud misma. Mozart tiene que pagar su pan igual que todo el mundo, y san Francisco de Asís ante un tribunal justo no tendría más derechos que cualquier otro. Vendes una casa después de haber vivido en ella durante años; es indudable que la conoces mejor que cualquier comprador potencial. ¿Hay que decirle que el vecino se embriaga y provoca desórdenes después de la media noche? ¿Que las paredes de la casa son húmedas en invierno? ¿Que las termitas han corroído la madera? La ley puede prescribirlo o ignorarlo, pero la justicia lo exige siempre. Se dirá que con esas exigencias sería difícil, o poco ventajoso, vender casas. Tal vez. ¿Dónde se ha visto que la justicia sea fácil o ventajosa? ¿Debemos entonces renunciar a nuestros intereses? No. Pero hay que someterse a la justicia, y no a la inversa. ¿Y si no lo hacemos? Entonces, conténtate con ser rico y no intentes además ser justo.

En el caso de los impuestos, votar por un partido cuya firme intención es aumentarlos puede constituir un acto generoso cuando uno forma parte de la clase media, acto que más que generoso será considerado extravagante por la clase media. Pero la ruindad no es patrimonio de la

clase media, y no tardará en transigir con el fin quien esté dispuesto a transigir con los medios, y por eso no es cosa rara que uno venda su honor por lograr una distinción honorífica. Sin embargo, la persona justa prefiere honra sin barcos que barcos sin honra: sabe que la ruindad defendida por los ruines empeora con su defensa. Esto puede ser considerado por muchos como una virtud heroica.

El justo vincula justicia y amor. El amor verdadero implica justicia; ¿podría decirse, a la inversa, que la justicia ha de ir impregnada de amor, que la persona justa ha de ser una persona amorosa? No. Si la justicia está en el espacio, y los juicios son públicos, el amor anida en la conciencia, y el tribunal de sus jueces no puede actuar desde el exterior. Si la justicia está en el tiempo, pues no se puede aplicar la ley hasta que los actos no se han cometido, de forma que la justicia es posterior a la vida, pero el amor se sale del tiempo porque se anticipa a la vida, la mantiene a través de la esperanza, y la restaura a través del perdón. El amor pertenece a la 'ética de máximos', mientras la justicia a la de mínimos, y su terreno sería el de los Derechos Humanos: a nadie se le puede obligar a amar, aunque a todos se les deba obligar a respetar los derechos humanos. La generosidad no sustituye a la justicia, pero la mejora considerablemente. La justicia, pues, permanece más abajo que la virtud del amor, y a pesar de eso merece todos los elogios. Por debajo, pues, del amor, y por encima, claro está, de la injusticia, he aquí la virtud de la justicia. Se dice que es más fácil ser bueno que ser justo, pero ¿acaso el justo no es bueno, al menos en cuanto que es justo?

El justo no debe caer en la tentación de juzgar a las personas, pues nadie conoce a nadie lo suficiente como para juzgar su fuero interior ('de las cosas interiores ni siquiera juzga la Iglesia'). Pobre del que juzgando comete injusticia, pues es peor cometer injusticia que padecerla. A la vista de ello, es preciso que las leyes sean severas con todos, y todos los hombres que las aplican indulgentes: mejor arriesgarse a salvar un culpable que a condenar un inocente. Cesare Beccaria afirma en su libro *De los delitos y de las penas* (1766) que la pena debería ser: a) pública; b) pronta; c) necesaria; d) la mínima posible en las circunstancias dadas; e) proporcionada a los delitos; f) según la ley. Tras su estela, ya a finales del siglo XVIII, Manuel de Lardizábal (en su *Discurso sobre las Penas*, 1872) expone los caracteres de lo que le parece una pena justa: a) impuesta por una autoridad superior; b) fijada en una ley; c) contraria a la voluntad del que la padece; d) personal; e) fundamentada en la culpabilidad del sujeto; f) proporcionada al delito; g) pública; h) pronta; i) irremisible; j) necesaria; k) lo menos

rigurosa posible (sin mutilaciones); l) útil. Entre estas notas tendentes a la humanización del castigo no se encuentra aún la de igualdad: el castigo le parece ha de ser desigual para un noble que para un plebeyo, ni lo mismo que para un esclavo.

Sin embargo Lardizábal está preocupado no sólo por el orden público, a saber, por la seguridad de las personas y los bienes del ciudadano (con su correspondiente coletilla: la búsqueda del escarmiento del delincuente y el resarcimiento o reparación del perjuicio causado al orden social o a los particulares), sino también por la rehabilitación y sanación del castigado. Llevando adelante esta última preocupación la 'escuela correccionalista' postulará tres medidas ya a finales del siglo XIX: a) el establecimiento de la sentencia indeterminada, esto es, el rechazo de la fijación previa y definitiva de la duración de la condena; b) el tratamiento penal individualizador; c) la ampliación del arbitrio judicial tanto en lo que se refiere a la fijación del contenido como a la duración de la pena.

Estas tesis fueron pronto acogidas por Concepción Arenal (1820-1893), por Francisco Giner de los Ríos (1839-1916), o por Antonio Dorado Montero (1861-1919). Para todos ellos el castigo debería contener una pedagogía orientada hacia la 'cura de almas': «Yo espero que llegue una época en que el Derecho Penal desaparezca, es decir, que se incorpore a una de las múltiples ramas de la medicina social, y así como está ya preterida la época en que se trataba a los dementes como a los reos, que se modifiquen las ideas sociales hasta el punto de que a los delincuentes se les corrija, se les enmiende o se les cure, de la misma manera que se educa al niño o se asiste al enfermo». En la hipótesis de enfermedad incurable, el tratamiento no debería ser el de 'cadena perpetua', sino el de 'esperanza permanente'; sin embargo, cuando se oye hoy la palabra 'correccional', lejos de pensar en teorías humanitarias se echa a temblar, así que no parece que las cosas hayan ido por el camino deseado. Mientras tanto, a muchos deberíamos decirles: 'Vosotros no estaríais en prisión, si hubiéramos sido mejores nosotros'. Y a otros recordarles: «Vosotros sí estaríais en la cárcel, en lugar de los inocentes que purgan por vosotros, si nosotros hubiésemos sido más valientes, es decir, mejores». Culpable, pues, alguien; responsables, todos.

3. AMOR

La alegría más grande es amar y ser amado. Ahora bien, lo más

hermoso es indemostrable, el amor se muestra humildemente pero no se demuestra; se compromete a conocer, pero una vez conocido es la culminación del conocer. Comienza sin razones, éstas vienen después, pero cuando el amor se ha encendido no necesita razones: el corazón tiene sus razones que la razón no conoce, se fabrica razones para justificar su amor y romper la coraza misma. Ni espacio, ni tiempo, ni medida tiene, porque la medida del amor es el amor mismo, a la vez causa eficiente y causa final del amor, causa de sus propias causas. Sobran razones para amar, basta con amar por causa del amor, a él mismo por él mismo: amo porque amo, amo para amar. El amor es poesía (*poésis*), fabricación de su propio mito embellecedor, que convierte las objeciones en argumentos favorables a su propia causa, el 'a pesar de' en 'porque'. Todo es obstáculo cuando no se ama, y todo es razón cuando se ama. Lo primero en él es el olvido de sí: un yo que tiene su yo fuera de sí.

Sin amor:
 La justicia te hace duro.
 La inteligencia te hace cruel.
 La amabilidad te hace hipócrita.
 La fe te hace fanático.
 El deber te hace malhumorado.
 La cultura te hace distante.
 El orden te hace complicado.
 La agudeza te hace agresivo.
 El honor te hace arrogante.
 La amistad te hace interesado.
 El poseer te hace extraño.
 La responsabilidad te hace implacable.
 El trabajo te hace esclavo.
 La ambición te hace injusto.

Amigos son aquellos seres que te conocen y sin embargo te quieren, los que te preguntan cómo estás y esperar a oír la respuesta, los que no esperan a que les llares, pues llegan mucho antes para auxiliarte porque desde el primer momento estuvieron atentos a lo que precisabas, los que te abren sus puertas cuando llegas con tus muletas. ¿Cómo enfatizar el valor excelso de la amistad si no es recordando que no hay amor más grande que dar la vida por los amigos? 'Mi amigo no ha regresado del campo de batalla, señor. Solicito permiso para salir a buscarlo'. 'Permiso

denegado', replica el oficial; no quiero que arriesgue usted su vida por un hombre que probablemente habrá muerto. El soldado, haciendo caso omiso de la prohibición, sale; una hora más tarde regresa mortalmente herido transportando el cadáver de su amigo. El oficial le grita furioso. '¡Ya le dije yo que había muerto! ¡Ahora he perdido a dos hombres! Dígame, ¿merecía la pena salir allá para traer un cadáver?' '¡Claro que sí, señor! Cuando lo encontré todavía vivía y pudo decirme: Jack, estaba seguro de que vendrías'. Harás más amigos en dos meses interesándote por los otros, que en dos años tratando de interesarles en ti.

¡Qué maravilloso es el mundo! ¡Quiero que existas! Tomo conciencia de mi valor a través de la relación contigo, y de modo especial cuando me amas. Amor de enamorados: ¿qué no se habrá dicho de Romeo y Julieta, de los amantes de Teruel, etc.? Amar es lo que hace ser, su fuerza resulta tan contundente, que florecemos al sentirnos queridos. Fuente creadora, amar a otro es decirle: tú no morirás. Amar es querer tu bien, el yo que quiere quiere ante todo la existencia del tú, amar es aprobar, darte por bueno, ponerme ante ti y proclamar: yo quiero que existas. Es asentir positivamente, conceder de buen grado, la afirmación de un deseo realizado. Lo que para un ser significa ser amado es precisamente esto: ser. 'Es bueno que tú existas' implica desear unirse a la persona amada, a lo que hace, a su proyecto en tanto que éste sea amable, o a la mejora de su proyecto en tanto que éste todavía no sea suficientemente hermoso. Puede amarse a la persona, pero no a su proyecto, y entonces ese amor a la persona buscará la mejora del proyecto, o su plenificación. Amar es alegrarse de la felicidad del otro, de su perfección, de su bien, o, si el otro no es bueno, ayudarlo a que lo sea para así en ello llegar a deleitarse, a reunirse e identificarse con el ser amado. Amor, dos impulsos un solo latido.

¿Qué mejor forma de identificarse con la alegría del ser amado que la de querer el querer con que el querer quiere? Yo-y-tú, dos personas juntas en una sola primera-segunda persona, dos siamesas que respiran con la misma respiración y quieren con una única voluntad; mi alegría no es ya una reflexión sobre la tuya, ni una derivación de la tuya, ni una alegría en segunda potencia; es una alegría contemporánea, igualmente inicial y terminal, porque brota de una misma fuente. 'Quiero tu querer' no significa 'quiero como tú quieres', ni lo mismo que tú quieres, sino que es tu voluntad la que quiero en mí y en mí actúa: ambos formamos uno. Ponerme en tu piel no es abandonar la mía: es tu alegría la que se alegra en mí intensificando la mía, tu tristeza la que se entristece en mí; yo

espero con tu esperanza y temo con tu temor. Si la compasión dice ‘sufro cuando tú sufres’, y la condolencia ‘sufro de lo que tú sufres’, el amor reza: ‘sufro tu sufrimiento’. ¿Qué diferencia habría entre el amante amado y el amado amante? Tácita convergencia de dos miradas que brillan en el cruce recíproco, mirándose a sí mismas miran lo mismo. ‘Yo no miro donde miras: yo te estoy viendo mirar’.

Mas ¿qué ocurriría si las que aman fuesen almas mediocres, egoístas? Desde su parva precariedad, el amor puede ascender. Nada que no fuera él podría lograrlo; sólo el amor que se profesan podría sacarlas del egoísmo y -si en verdad aman de verdad- expandir su energía regalándola al cosmos, pues el amor verdadero hace cantar a los pájaros y torna locuaces a los ruiñeños. El amor es un canto de pájaro en el cielo.

Cuando se ama no hay fingimiento ni doblez, ni temor, ya que es la aceptación misma; ni ocultación ni engreimiento caben, pues la alabanza de quien ama no es el pago por el reconocimiento de la excelencia del amado, (exista o no), sino su constitución en excelente precisamente por haber sido amado. Si el amado no es tonto ni engreído (aunque pueda ser amado pese a todo y pese a todos), sabrá que no es tan maravilloso como le ven los ojos de quien le ama, pues le bastará con ser amado. El amado es eminente por ser amado, y no por ser eminente, pues la eminencia de todas las eminencias es el amor mismo. Más aún, sólo después de amado podrá el amado llegar a ser eximio, pues el amor logra el milagro de dignificar al indigno dándole alas para alcanzar las cimas jamás sospechadas, y de este modo merecer un poco -nunca del todo- la estimación otorgada. Entonces es cuando sabe por primera vez que podría ser toda esa maravilla que le dicen, si consiguiese hacer realidad en su propia persona ese ilusionado y oculto diseño de sublimidad que el amante ha sabido descubrir con su amorosa mirada. He ahí el poder constructivo del amor, un fuego que todo lo purifica, eleva y transforma. No será jamás el desamor, la hostilización o el desafecto lo que puede hacernos mejores, sino la dilección, la acogida y el don incondicional del cariño. La puerta que no sea capaz de abrir el cariño no la abrirá nunca nada ni nadie. Nunca. Nada. Nadie.

El amado es eminente por ser amado, y no a la inversa. La fórmula del amor no es ‘te quiero porque eres así’, ni tampoco ‘te quiero mientras seas así’, pues no pone condiciones, y cuantas más pone tanto más dista de ser verdadero. Lo no amado como fin en sí no se ama. No se ama por amor al amor, sino por amor a la persona amada. Si ésta fuese amada por otros motivos que por ella misma, no sería amor: te ama menos quien

contigo ama otra cosa, quien no te ama por lo que tú eres. Nadie se resigna a ser amado por su poder, por sus relaciones o por su fortuna, pues si se nos ama por el dinero no se nos ama por nosotros mismos; un átomo de interés ajeno al amor hiere este sentimiento apasionado, delicado y susceptible que reivindica la preferencia absoluta. El amor no es selección entre cualidades, sino elección de personas. El amante elige la persona entera, la acepta en bloque, con sus cualidades y defectos, con los defectos convertidos en cualidades por cristalización imaginativa, pues queda comprometido en cuerpo y alma en su amor. La pregunta no es: '¿la encuentras simpática, hábil y atenta?', sino: '¿puedes decir honradamente: qué maravilloso que estés sobre el mundo?'. El amor alcanza su madurez cuando no se dirige a lo que el otro logra suscitar en mí, sino a lo que él es, no tanto por las cualidades que tiene y puede perder, o que otros poseen en igual o en más eminente grado, sino por el misterio que él mismo es y por el destino de plenitud de ser y de bien hacia el cual se es atraído al mismo tiempo que él; si las pasiones subjetivas no corresponden a esa plenitud, no es posible construir un amor real, pues la vida en común es mucho más que la unión de dos egoísmos.

Quien ama acoge al otro, se alegra de que exista, aunque deba corregir sus vicios, pues dar por bueno lo malo de la persona amada sería dar por malo lo bueno, no amarle suficientemente; más que amor, complicitad. El verdadero amor no se presta a dejar a la persona amada en el engaño ni en el error. Relaciones que se basan sobre la admiración miope de los errores tarde o temprano decaen, igual que aquellas otras que únicamente se construyen sobre una recíproca admiración de las cualidades.

Amar a la otra persona no sólo la embellece a ella, sino a las demás. Aunque no todas las personas sean dignas de amor por su comportamiento, el amor a una dignifica a todas. El pesimista respecto de todos lo es porque no ama a nadie; basta con amar a uno para que mejore la opinión respecto de todos, y por eso cuando Beatriz aparecía ante los ojos de Dante 'no había ya enemigos en mi vida', toda pasión enmudecía en su presencia. Por extensión, al amar a una persona se ama a la entera creación: '¡qué maravilloso es el mundo!' El mundo visto por los ojos del amante es el mejor de los mundos posibles: el amor al amado ennoblece al cosmos, y por eso mueve al sol, a la luna, a las estrellas, vuelve interesante lo que aburría, salazona lo desabrido, salva lo perdido, da relieve a lo que yacía en la indiferencia, llena de esperanza. Nada hay indiferente en el amor; se goza con una nadería (nada más interesante que la conversación de dos amantes que permanecen callados)

y se sufre con menos todavía. Su fuerza y su debilidad son la causa de sus ilusiones y de sus decepciones. Lo inexplicable del amor es que uno quiera perderse por el otro y que, perdiéndose, ambos salgan ganando.

¿Y el dolor, el temor a perder a quien se ama, acaso no existe una indefensión radical en quien ama, en la medida en que depende de que el amado no le retire su gracia, amar no es sufrir? Sí, desde luego; pero también reconocerse agraciado por el don gratuito del otro. Nada valioso es fácil. Cabe amor sin dolor y sin amargura; en cambio, no puede darse amor sin alegría. Hasta el amante desgraciado es más feliz que el que no puede amar. El primero no se cambiaría por el segundo, no sólo porque en el propio acto de amar se tiene algo amado, sino también porque el que ama sigue participando en las cosas de ese ser que se le aparta con ingratitud, que se arrastra por sendas tortuosas y que lo llena de dolor; porque el amante sigue estando unido a él de alguna forma; porque hasta el amor desgraciado puede quebrar el principio de la separación y por tanto conserva un motivo real de alegría y un trozo, por pequeño que sea, del paraíso.

4. CONFIANZA

Las personas reclusas en los manicomios nunca tuvieron a nadie dispuesto a escuchar las confidencias que tenían que contar: ¿estarían enfermos por eso? Con-fidencia o con-fianza no es, sin más, comunicar un secreto; es preciso que confiante y confidente convivan lo confiado mío-y-tuyo. La con-fianza dice 'nosotros', dos miradas pierden su posesividad para ganarse recíprocamente. El con-fidente o con-fiante siente conmigo, no sólo a través de palabras; allí donde éstas no llegan pueden llegar los silencios, las lágrimas, los gestos cordiales; con ellos puede darse la fusión de horizontes.

En esta privilegiada experiencia de encuentro no hay contrato, sino alianza: en la comunicación al nivel del ser puede la confianza perfeccionarse hasta alcanzar la reciprocidad. ¿Cabe mayor garantía que la de no necesitar de ninguna otra garantía que la confianza? Amigos, confiamos, nos tenemos fe recíproca, sin fisuras, transparente, sin engaño, con ayuda mutua y benevolencia activa. Quiero el bien para mi amigo y por eso le enriquezco; al mismo tiempo cuento con él, sé que hay alguien que se ocupa de mí y busca mi bien, no mis bienes. Al final de la amistad hay un momento de esperanza: compartiendo don y confianza, suscítase

ante nosotros un futuro en libertad y en gratuidad. La fidelidad confidente y confiante es virtud capaz de trocar la esclavitud en libertad, en tanto que la infidelidad sólo hace de la libertad esclavitud.

Tres grados de confianza

Según Algacel (1058-1111), tres son los grados de confianza, el primero de los cuales permite al creyente abandonarse a Dios como un acusado se confía a la rectitud, energía, elocuencia y solitud de su abogado. Si estás convencido de que no existe nada superior al Poder, Ciencia, Providencia y Misericordia de Dios sobre ti, necesariamente tu corazón se abandonará a Él.

El segundo grado es mayor, se asemeja a la actitud del niño pequeño respecto a su madre: se refugia únicamente en ella; desde que la ve se cuelga de ella y cualquiera que sea la circunstancia se agarra a su vestido y no la suelta. Si sufre algún mal en ausencia de su madre, la primera palabra que le viene a los labios es 'mamá'. Ella constituye su refugio. Un niño muy pequeño pregunta: '¿A dónde vas, mami?' 'A ningún lado'. 'Voy contigo, ¿sí?'

El tercer grado, dice Algacel, es «con mucho el más elevado de todos, consiste en estar entre las manos del Dios Altísimo como el cadáver entre las manos del lavador de muertos. Sábete que este tercer grado suprime toda iniciativa personal».

Las huellas sobre la arena

Caminaba un hombre tan cansado, que sus huellas se hundían profundamente en aquel arrenal. Entonces se dirigió así a Dios: «Señor, tú me dijiste una vez que, si decidía seguirte, caminarías siempre conmigo. Sin embargo, durante los momentos de mi vida en que tenía más dificultades y problemas tan sólo había un par de huellas. No comprendo por qué cuando más te necesitaba más me abandonabas». «Hijo, nunca te he abandonado. En los momentos de angustia y dolor, cuando tú has contemplado tan sólo un par de huellas en la arena, yo te transportaba en mis brazos». Moraleja: la confianza se explica después, pero hay que ejercerla antes para poderla comprender más tarde.

5. ESPERANZA

5.1. Contra hastío

El primer mundo rico se encuentra lleno de desanimados sin causa suficiente para estarlo. Muchos niegan que haya vida después de la muerte porque no la han sabido vivir antes; la pregunta que habría que hacerles es la de si hay vida en esta vida, pues muchos de ellos arrastran una existencia de zombis con un reloj 'rolex' de oro y pulsera de brillantes y con un encendedor 'dupont' de alta definición. ¿Cómo hacerles entender que vivir no es volver la cara a la pared?

La esperanza es el pan de los pobres, pero cuidado: constituiría un buen desayuno, mas no se podría llegar sólo con ella a la cena, si ningún signo la sustentase. Ese signo exige arrimar el hombro: dos que arriman juntos el hombro mantienen mejor la esperanza; quien espera llegar a la meta, camina; al que le desaparece la esperanza se le quiebran las piernas. Fue la energía de la esperanza quien sacó a la humanidad de las cavernas y la puso en marcha; cuando una sociedad pierde la esperanza, muere su futuro. Sólo a causa de los sin esperanza nos es dada la esperanza, de ahí la importancia que para nosotros mismos tiene ser fuente de esperanza para otros. Normalmente la esperanza nos la otorgan otros. La persona siempre vive de crédito, del crédito que le conceden los demás; se mata a una persona 'retirándole el crédito', no esperando ya nada de ella, no viendo para ella ningún futuro. Pensemos en todos esos matrimonios acostumbrados que están sentados uno enfrente de otro pero ni se miran ni se escuchan. ¡Se han visto ya tanto! Cuando uno empieza a hablar, el otro piensa por dentro: ¡A ver qué tontería dirá ahora! Se hacen así -cruel oficio- asesinos de posibilidades; sépanlo o no, se están quitando la vida recíprocamente. Por muy abatida que se encuentre una persona, si descubre que no está sola, que hay alguien que la quiere, confía en ella, y seguirá haciéndolo pase lo que pase, despuntará la esperanza a su corazón.

Muchas personas que sufren un grave problema se encuentran hundidas y desesperanzadas porque ven toda su existencia a la luz de ese problema, pero podrían recuperar la esperanza si hay alguien que se interesa no solamente por ese problema, sino por el conjunto de su vida. No se trata de quitar importancia al problema que padecen, si tiene importancia hay que dársela; se trata más bien de invertir la perspectiva: no ver toda la vida a la luz de ese problema, sino de ver el problema a la luz del conjunto de su vida, descubrir los diversos signos de resurrección que exis-

ten bajo las apariencias de muerte. Lo importante es que el hombre interior no se desmorone.

5.2. Dar crédito a lo real

La esperanza abre futuro manteniendo al espíritu despierto y ágil para leer los signos de los tiempos, y por eso ella es ‘memoria del futuro’, tiempo abierto, tiempo salvador, ‘arma de los desarmados’, tensión paciente (la paciencia da tiempo a lo real y es prima hermana de la esperanza), incondicionada. En la medida en que yo condicionara mi esperanza abriría las puertas a la angustia, pues la frustración traería consigo la decepción y la desesperación, el tiempo clausurado.

Esperar es dar crédito al universo, dar crédito a la realidad, confiar en que ésta puede restaurar la integridad de un orden viviente en nosotros, en ti y en mí. No es, pues, la esperanza un mero sentimiento psicológico, no pertenece únicamente al orden del sentir, sino al del ser. Por la esperanza afirmo mi relación de fidelidad con la realidad, dando el sí confiado a la creación (la esperanza también es prima hermana de la confianza) porque ella se nos muestra acreditada de sentido. El crédito que la esperanza concede a la realidad salta por encima de lo visible. En su raíz, esperar es saltar con los ojos abiertos (porque ese salto nunca puede ser seguro) desde el presente concreto hasta el último fondo de la realidad, porque a pesar de todas nuestras inseguridades confiamos en su fundamentalidad. Por referirse al ser, y no al tener, la esperanza es misterio.

5.3. Espero de ti

La confianza, el asentimiento personal al juicio acerca de la posibilidad de lo esperado, eleva la espera a la esperanza. Cuando ‘creo’ que me es posible lo que mi espera vital desea, esa creencia es mi confianza. Confianza es descanso en aquello en que se confía; pero una confianza meramente pasiva antes corresponde a una forma de presunción que a la verdadera esperanza: la confianza del esperanzado exige de éste actividad, proyectos tan altos y arriesgados como la razón y la prudencia consientan, y la resuelta puesta en práctica de lo proyectado en ellos.

La esperanza es también plegaria, pues el esperanzado es un caminante que vive el riesgo del desesperanzar. En el que espera distingue Gabriel Marcel (1889-1973) la *cautividad* o sentimiento de imposibilidad de acceder a la plenitud (por paradoja, cuanto menos se siente la vida

como cautividad, tanto menos logra el alma ver la luz de la esperanza) y la *comunidad*: quien espera no sólo dice ‘yo espero’, sino además ‘espero en ti y para nosotros’, pues la esperanza atañe al yo que espera del-tú-y-con-el-tú. Sólo porque un adulto confía en él, desarrolla el niño sus potencialidades. Porque otro ser humano está a nuestro lado soportamos las más terribles pruebas, las peores perspectivas; asimismo, porque sabe que su vida cuenta para la mirada amante de algunos seres al menos, el viejo acepta el tiempo.

El otro necesita saber que no desesperamos de él; si un niño es incapaz de ver el futuro con optimismo, se produce una interrupción inmediata del desarrollo. Los niños sufren autismo como consecuencia de su completa incapacidad para imaginar mejora alguna. Una niña, tras una período prolongado de terapia, surgió finalmente de su total autismo y expresó lo que para ella caracterizaba a los padres buenos: ‘esperan algo de ti’. Sus padres se habían portado mal porque ninguno había sido capaz de tener esperanza ni de transmitírsela a ella en cuanto a sí misma y a su vida futura en este mundo. Todo padre que se preocupe por el estado de ánimo de su hijo sabrá decirle que algún día todo le irá mejor.

Dejamos de tener razón cuando ya no la esperamos en los demás. Hogar es la casa donde uno es esperado. Si somos esperanza, si la esperanza es el tejido del alma, entonces desconfiar (y más aún desesperar) de un ser es negarlo en tanto que tal, tenerlo muerto para nosotros. En suma, fidelidad, generosidad y esperanza se implican: amar a un ser es esperar de él algo indefinible e imprevisible y darle a la vez de algún modo el medio de responder a esta espera.

5.4. Si me voy antes que tú

Si me voy antes que tú, no me busques entre los muertos, encuéntrame en todas aquellas cosas que no habrían existido si tú y yo no nos hubiésemos conocido. Yo estaré a tu lado en nuestra amistad, en tantas experiencias que supimos compartir, en cuantos pasaron a nuestro lado recibiendo algo de nosotros e incorporando algo nuestro. También nuestros fracasos serán testigos permanentes de que estuvimos vivos, sin ser ángeles sino humanos. No te ates a los recuerdos ni a los objetos, porque dondequiera que hayamos estado, allí habrá algo mío; por la amistad de tantos años, el mundo estará ya para siempre salpicado de nosotros. Lloro si quieres, porque el cuerpo se llena de lágrimas ante todo aquello que es más grande que él, pues cuando la lengua no es capaz de expresar una

emoción, ya sólo pueden hablar los ojos. Y vive. Vive creando cada día y más que antes. Porque desde mi otra presencia yo también estaré creando junto a ti, y será precisamente en ese acto donde nos habremos encontrado. Sin entenderlo muy bien. Como los granos de trigo que no entienden que su compañero muerto en el campo haya dado vida a muchos nuevos compañeros. Con esa esperanza dejarás tu huella hasta que tu muerte nos vuelva a dar la misma voz, cuando nuestro próximo abrazo sea ya sin ruptura.

El ciego

Dos hombres enfermos de gravedad compartían la misma habitación del hospital; a uno de ellos, cuya cama estaba al lado de la única ventana de la habitación, se le permitía sentarse durante una hora por la tarde para drenar el líquido de sus pulmones; el otro tenía que permanecer acostado durante todo el día mirando a la pared. Cada tarde, el compañero sentado cerca de la ventana relataba al otro lo que veía a su través: un parque con un lago donde se deslizaban hermosos cisnes y donde los enamorados entrelazaban sus manos mientras paseaban entre árboles y flores multicolores. Allá al fondo, una hermosa vista de la ciudad. Un día era esto, otro día era aquello, y siempre había novedades que relatar, las suficientes para mantener viva la esperanza.

Un día murió el enfermo situado cerca de la ventana, siendo el otro trasladado a la cama del difunto junto a la ventana, mas cuando logró apoyarse sobre un codo para contemplar por sí mismo los paisajes relatados por el añorado compañero no vio sino la oscura pared de un patio interior. Preguntó entonces a la enfermera cómo era posible el cambio del decorado, a lo que aquélla respondió que el señor anterior era ciego, añadiendo en voz baja: 'quizá solamente deseaba animarlo a usted'. Aquél ciego encendía mi lámpara.

La lámpara encendida

«Cuando llegamos a Australia fuimos a visitar a las familias más pobres. Pregunté a un hombre si me dejaba limpiarle la casa, y me dijo: 'no hace falta. Está bien así'. Yo le respondí que estaría mejor si me permitiera limpiarla, así que comencé a limpiar y a lavar sus ropas; luego vi en la habitación una lámpara grande, llena de porquería. Le pregunté: '¿enciende esta bonita lámpara?' '¿Para qué? Nadie en muchos años había venido a visitarme'. '¿La

encendería si las hermanas comenzaran a visitarle?’ ‘Sí’. Limpié la lámpara y las hermanas comenzaron a visitarle todas las tardes. Dos años después yo me había olvidado completamente del episodio, pero él me mandó un mensaje: ‘dile a mi amiga que la luz que encendió en mi vida brilla aún’».

6. HUMILDAD

6.1. No te justifiques

La persona humilde no sufre ansiedad ni enojo si sus valores personales no son exaltados o reconocidos, ni tiende a hacer gala de ellos, por tanto es pacífica y dialogante, abierta alegremente a los demás: en el pretencioso, la necesidad de que se le reconozcan y exalten valores que a veces no tiene le mantiene constantemente inquieto e inseguro, puesto que para él el reconocimiento social es una importante fuente de seguridad. Para la persona segura de sí, el reconocimiento social no es más que una fuente de segundo orden en su autoestimación. De este modo, y contra las apariencias, el modesto suele ser una persona que se autoestima más que el pretencioso, se preocupa menos por lo que lo valoran los demás y basa su autoestima en valores reales. Esto implica independencia y seguridad en su criterio, que le hace menos vulnerable a la carencia de gratificaciones sociales y mantiene su serenidad cuando éstas no le son ofrecidas. Muchos artistas y hombres de ciencia han tenido esas características, que de faltarles les hubieran hundido en un mundo de resentimientos, desconfianza e inactividad, ya que sus méritos no fueron apreciados hasta después de su muerte.

Excusa no pedida respecto del yo, acusación manifiesta; muchas excusas convencen menos que una sola. En los hombres de oración tal convicción es una constante. Abba Evragio dijo: aléjate del apego al renombre por temor a que tu espíritu deba enfrentarse con ello, perdiendo así tu paz interior. También hoy se sigue recurriendo a la misma mística en lo que se refiere al duro control del yo, por algo será. Esto dice Ignacio Larrañaga: «sé riguroso contigo mismo, mira que el Yo te va a reclamar ahora un bocado de autocompasión. Luego te exigirá un momento de autosatisfacción, más tarde te llorará pidiéndote que lo defiendas, te suplificará que no lo dejes en ridículo, te hablará en nombre de la razón y de la objetividad, te sacará a relucir conceptos elevados como autorrealización u otros. No te dejes ofuscar, mantente frío, sé implacable: no le des satisfacciones a esa fiera hambrienta. Cuanto mejor la alimentes, mayor tira-

nía ejercerá sobre ti. Si hablan desfavorablemente de ti, no te importe nada, quédate en silencio, no te defiendas, deja que se desangre el amor propio. No te justifiques, dando explicaciones para quedar bien, si tus proyectos no salieron a la medida de tus deseos. Es preferible un poco más de humildad, que un poco más de prestigio. No busques aprobación y elogios en tus actuaciones ni abierta ni disfracadamente. Si calculas que, presentándote ante ese grupo, te van a felicitar por tu actuación, no vayas. Hay maneras disfracadas de mendigar elogios: evítalos. Evita hablar de ti mismo o de tus asuntos. No busques disfracadamente aplausos ni parabienes. Es sobre todo en tu intimidad donde se libra la principal lucha liberadora: rectifica incesantemente las intenciones. No saborees, rumiándolas, las actuaciones felices. En lugar de ello, remite a Dios la gloria de tus realizaciones. En la medida en que Dios es menos para mí, yo soy más en mí, para mí, aumentando el amor propio: vanidad, búsqueda de sí, resentimientos, vacíos afectivos, rivalidades, tristezas, manías de grandeza, necesidad de autocompasión, mendigar consolación. Estamos en el fondo del barranco».

6.2. No estés pendiente de ti

Humildad es olvido de uno mismo; no es mujeres guapas intentando creer que son feas u hombres inteligentes tratando de convencerse de que son tontos. Humildad es una mujer bella consciente de su belleza, pero a la que no da excesiva importancia y en la que no se recrea, y a la que no utiliza para esclavizar a quienes le rodean, preferentemente del sexo masculino. Tampoco consiste en vivir en plan Narciso, y calificarlo psicológicamente de autoestima. Humildad es considerar, a ser posible no más de un segundo, los propios valores y las propias realizaciones y quedarle luego tan contento como si fueran de otro. Y esto no es una técnica: es objetividad. Porque todo nuestro talento es prestado. Y nadie puede enorgullecerse del preciado automóvil que la generosidad de un amigo nos permite conducir. La humildad es, pues, la verdad, pero ésa es una descripción demasiado bella para ser tenida en cuenta en cada momento de nuestra vida, en la calle, a la hora de ejercitarla. Por eso es más útil la definición anterior: no estar pendiente de uno mismo.

Si se infla demasiado la voz al pronunciar la palabra 'modestia', atentamos contra ella; es necesario, pues, saber poner al propio yo en su sitio: «Toma un cuerpo sin vida y colócalo donde mejor te pareciere. Verás que no se resiste a ser movido, ni a que le cambien de sitio, ni reclama el

que ha dejado. Si es sentado en una cátedra, no mira altanero, sino hacia el suelo; si se lo rodea de púrpura, resalta el doble su palidez. El verdadero obediente es aquél que no juzga por qué se le cambia, ni se preocupa del lugar donde le coloquen, ni insiste en que le trasladen. Si es promovido a algún cargo, insiste en su habitual humildad, y cuanto más es ensalzado, más indigno se reconoce del honor» (Francisco de Asís). ‘Yo’ es una palabra bien pequeña para contener nuestro egoísmo, que es tan grande.

7. PACIENCIA

También la paciencia es virtud presente en todas las demás, por eso el combate interior debe ser constante; si lo abandonamos, descubriremos que mientras intentamos eliminar una pasión otra nos invade. Ejemplo: arrojo la gula mediante el ayuno, y he aquí que la vanagloria ocupa su lugar. Si descuido otorgar al combate interior la atención que le es debida, ningún esfuerzo, por penoso que sea, traerá fruto. El combate interior, unido a la lucha activa, golpea a las pasiones a la vez desde dentro y desde fuera, y así las destruye como a un enemigo rodeándolo por el frente y por la retaguardia. Si se hace caso omiso de eso, mal: un anacoreta indio, que había vivido años enteros alimentándose solamente del rocío del cielo, vino un buen día a la ciudad y, habiendo degustado el producto de la vid, se hizo un bebedor consumado.

¡Cuántísima paciencia desarrolla el caracol con su casita a cuestras! Aquel pequeño caracol emprendió la ascensión a un cerezo en un desaparecible día de finales de primavera. Al verlo, unos gorriones de un árbol cercano estallaron en carcajadas: ‘¿no sabes que no hay cerezas en esta época del año?’ El caracol, sin detenerse, replicó: ‘no importa. Ya las habrá cuando llegue arriba’. Llegara o no, el caracol ya las anticipaba en su imaginación comenzando a subir con suma modestia. La paciencia es la semisuma de un trabajo modesto y de una imaginación potente.

Con la ardiente paciencia de un trigal. He aquí una hermosísima parábola de Ignacio Larrañaga, un hombre cuya forma paciente de mirar la realidad dejándose interpelar por ella ha transformado muchos corazones: «Hoy siembras un extenso trigal en el campo. Vuelves a la semana siguiente y no se ve nada: parece que el trigo murió debajo de la tierra. Vuelves a las dos semanas y todo sigue igual: el trigo sigue sepultado en el silencio de la muerte. Retornarás a las cuatro semanas y observarás con emoción que el trigal, verde y tierno, emergió tímidamente sobre la tierra. Llegó el invierno

y caen toneladas de nieve sobre el trigo recién nacido que, aplastado por el enorme peso, sobrevive, persevera. Vienen las terribles heladas capaces de quemar toda vida. El trigo no puede crecer, ni siquiera respirar. Simplemente se agarra obstinadamente a la vida entre vientos y tempestades para sobrevivir. Asoma la primavera y el trigo comienza a escalar la vida lenta pero firmemente. Apenas se nota diferencia entre un mes y otro; parece que no crece. Cuando vuelves unos meses más tarde, con tus asombrados ojos te encontrarás con el espectáculo conmovedor de un inmenso trigo dorado, ondulado suavemente por la brisa. ¿De dónde viene esta maravilla? De las noches horribles del invierno. Por haber sobrevivido con una obstinada perseverancia en las largas noches del invierno, hoy tenemos este espectáculo. No hay más. Cuando llegue la hora en que parezca que, en lugar de adelantar, retrocedes, mantente en pie, sobrevive, persevera como el trigo. Cuando la helada de la aridez o la niebla del tedio te penetren hasta los huesos, persevera con una ardiente paciencia: en tus firmamentos habrá estrellas y en tus campos espigas doradas» (Larrañaga).

8. PRUDENCIA

Es la prudencia una sabiduría práctica, de la acción y en la acción: acción sin prudencia significaría catástrofe. Examinando pros y contras, eligiendo un camino y descartando otros, evaluando y discerniendo, la prudencia es el arte de vivir el bien. Sabiduría, sensatez, tacto, tino, discreción, cordura, juicio, serenidad, circunspección, ponderación, precaución, cautela, pies de plomo, tira y afloja: seamos prudentes como serpientes y sencillos como palomas.

El prudente es moderado.
El moderado es constante.
El constante es imperturbable.
El imperturbable vive sin tristeza.
El que vive sin tristeza es feliz.
Luego el prudente es feliz.

Si esto es así, el perfil del sabio deberá coincidir con el del prudente, es decir, con el del maestro o con el del padre que sabe discernir sin alocamiento, que nos lleva de la mano y desde que somos niños nos enseña a comportarnos como es menester. El prudente que en verdad lo

sea (pues en la virtud de la prudencia abundan los que parecen, pero no son; también en esto hay que diferenciar entre el partido de los prudentes y el partido de la prudencia) habrá de resolver los conflictos del mejor modo posible, ocasionando el menor daño, aunque para ello, buscando el mal menor, a veces tenga que sacrificar los valores más bajos a los más altos: prudencia es también dolor, quien añade prudencia (ciencia o sabiduría vital), añadirá asimismo cansancio.

Prudencia es, sobre todo, el arte de encontrar el tiempo adecuado para cada valor, o el valor oportuno en cada ocasión. Y esto precisa tiempo, errores, tanteos. Por suerte, disponemos de la vida para desplegar el arco de los valores, si bien no debemos errar demasiado (es decir, no debemos darle espacio al vicio). Hay tiempo para ser leales, justos, sobrios, alegres, compasivos. Todo tiene su tiempo, y su oportunidad. Ante la muerte de una persona querida no es prudente exteriorizar alegría; en la celebración de un acontecimiento feliz está de más el rostro avinagrado por los recuerdos de pasadas desgracias. Hay tiempo de reír y tiempo de llorar; tiempo de trabajar y tiempo de descansar. Lo cual, con ser ya mucho, no lo es todo. Prudencia es saber distinguir las cosas deseables de las que conviene evitar, y al respecto a veces conviene cerrar un ojo, pero no es prudente cerrar los dos al mismo tiempo.

Según Kant jamás puede llegarse a mentir en nombre de nada, ni siquiera invocando la prudencia: un loco furioso persigue a un inocente ciudadano que para huir de la quema se mete en mi casa. ¿Debo negar la presencia del fugitivo en mi casa al loco? No; yo debo decir siempre la verdad, también ahora, si quiero comportarme de forma ejemplar para toda la humanidad. Pero ¿y si entra el loco? Dicha la verdad, debo recordarle que llamaré a la policía y que no le permitiré entrar en casa; y que, si lo lograra, yo estaría dispuesto a defender al fugitivo con mi vida porque ahora soy responsable de él. He ahí un comportamiento categórico.

La verdad es la verdad, dígala Agamenón o su porquero: '¿Qué dos cosas me pedirías?', preguntó el rey al sabio. 'Una, dejar que diga la verdad; otra, un caballo para salir corriendo'. No hagas como aquel político que presumía de verdaderamente hábil porque al llegar a una encrucijada tomaba a la vez los dos caminos. Por dura que sea, la verdad es la verdad. Estaba el filósofo Diógenes cenando lentejas cuando le vio el filósofo Aristipo, que vivía confortablemente a base de adular al rey: 'Si aprendieras a ser sumiso al rey, le dijo Aristipo, no tendrías que comer esa basura de lentejas'. 'Si hubieras tú aprendido a comer lentejas, le replicó Diógenes, no tendrías que adular al rey'.

La verdad obliga, no nos vaya a pasar como al viudo de *La Partida* de Miguel Delibes que, bajo la impronta de la aflicción del momento, escribió en la lápida de su difunta esposa ‘espérame, pronto me reuniré contigo’, pero -atemperado luego su desconsuelo-, diecisiete años más tarde, fallecido él mismo, alguien añadió sardónicamente sobre la lápida: ‘Querido, creí que no venías’.

Existen, sin embargo, excepciones a la obligación de decir la verdad. La verdad únicamente hay que callarla cuando al decirla se introducen más grandes males que al callarla, o cuando se daña innecesariamente sin contribuir a nada bueno.

9. TEMPLANZA

El mayor placer de muchos es llegar a vivir y a morir en el pellejo de un cerdo, y por eso su campana no suena. Ya no son un cascabel. Cuando más un cencerro. Y mientras, como dijera Martín Descalzo, te llevan a los tribunales si firmas un cheque sin fondo, pero no si toda tu vida está montada sobre la mentira. Nuestro esquizofrénico mundo practica el hedonismo y admira el ascetismo. Pero la templanza no es ni lo uno ni lo otro; ella consiste en orientar el placer, que es subjetivo, hacia el bien objetivo. Su moderación no es tristeza, pues precisamente evita el sufrimiento que provocan los excesos. Constituyendo una forma de asumir positivamente nuestros límites, en lugar de evitar el desear hay que luchar contra los malos deseos y sustituirlos por acciones propositivas. Por eso la templanza es la virtud que modera la inclinación a los placeres sensibles absteniéndose de lo malo, virtud nada sencilla, pues tales placeres brotan con vehemencia de una naturaleza humana que tiende a desmandarse ante ellos tratando de arrebatárselos a los demás, aunque para eso haya de recurrir a la violencia.

Nunca sabemos qué dique derribamos cuando cedemos a las tentaciones: llega un momento en que, perdida la serenidad, nos descubrimos vulnerables, y entonces las faltas nos atraen con vértigo. Hacer frente a las tentaciones frecuentes que la vida suele ofrecer exige estar dispuesto a huir de las ocasiones peligrosas, lo que a su vez pide ser humilde, pues el soberbio se cree más fuerte que todas las adversidades. Además de humilde hay que ser prudente, ya que al imprudente su imprudencia le lleva a callejones sin salida, siempre creyendo que va a ser capaz de detenerse a tiempo cuando quiera y como quiera con la ayuda de la razón, lo cual es andar haciendo equilibrios sobre la cuerda floja: de ciento que lo ensayan,

apenas uno acierta a mantenerse en equilibrio y, aun éste que lo logra alguna vez, el día menos pensado sucumbe víctima de la distracción o del vértigo. Bien pronto harán lo que no está permitido los que hacen todo lo que está permitido. No valen propósitos enérgicos ni determinaciones inquebrantables; todo se hunde ante la fuerza terriblemente fascinadora de una ocasión. Los sentidos se excitan, se enciende la fantasía, aumenta fuertemente la pasión, se pierde el control de sí mismo, y finalmente sobreviene la caída. Por eso, mejor prevenir que curar, y quien evita la ocasión evita el peligro.

Admiramos a quienes, en lugar de dejarse arrastrar por las pasiones, las dominan; pero el mero hecho de dominarlas no nos hace virtuosos, sino el carecer de soberbia y presunción al dominarlas. El desprendimiento de todo es imprescindible, pero hay que desprenderse asimismo del apego al egoísmo o amor desordenado de sí, origen de todos los egoísmos.

‘Modérate’, le decimos al airado, incluso al apasionado. ‘Reprime tu impulso, echa el freno’: ¿Es la moderación la virtud del cerrojazo, la ‘tranquilidad de espíritu’, la ausencia de ambiciones, la inmovilidad sin pulso vital? No, nada de eso. La persona templada ha sabido dosificar su vida habiendo realizado todos los valores. Cuando el día se nubla y ruja el trueno, consérvate sereno, pues nadie puede permanecer sereno ante la ansiedad de sus propios pensamientos. Como primer paso, mantén una apariencia tranquila ante estímulos que te provocan ira y agresividad. Si puedes, cuando estés enojado toma una hoja y escribe lo que sientes; al enfrentar de este modo el problema ganas en objetividad y pierdes en acaloramiento. Domina tu lenguaje, eso te ayudará a frenar tu agresividad. Trata de mantener la cabeza fría, respira profunda y lentamente; si gritas te involucrarás en más problemas; además perderás ante los demás la poca o mucha razón que pudiera asistirte. Verbaliza las razones de tu enojo sin ofender. Si todavía te sientes muy enfadado, o si la otra persona lo está, no discutas; hazlo cuando ambos se hayan tranquilizado. Mientras, canaliza tu emoción en alguna actividad que te permita liberar la energía contenida, extrae dulzura de lo amargo.

10. ALEGRÍA

Hay miedo a la libertad, pero también miedo a la alegría. En épocas de tinieblas interiores, la peor tentación es la de renunciar a la alegría profunda. Existen cabezas similares a una botella llena que se rodea de un trapo húmedo y se expone al sol: el trapo se pone ardiente,

el interior de la botella permanece helado. Creen que la felicidad está en el placer, y el resultado son vidas inmaduras, pues en cada placer hay posibilidad de dolor; además, no cualquier placer da la felicidad (locos, enfermos y depravados sienten placer podrido). La felicidad consiste en la elección correcta del placer y del dolor: al elegir una vida adecuada al ganado devenimos rebaño.

En un campo de concentración vivía un prisionero que, pese a estar sentenciado a muerte, estaba alegre. Un día apareció en la explanada tocando su guitarra, y una gran multitud se arremolinó en torno a él para escuchar porque, bajo el hechizo de la música, los que le oían se veían, como él, libres de miedo. Cuando las autoridades de la prisión lo vieron, le prohibieron volver a tocar. Pero al día siguiente allí estaba de nuevo, cantando y tocando su guitarra, rodeado de una multitud. Los guardianes le cortaron los dedos, pero él, una vez más, se puso a cantar su música con las manos cortadas. Esta vez la gente aplaudía entusiasmada. Los guardianes volvieron a llevárselo a rastras y destrozaron su guitarra.

Sin embargo, al otro día, de nuevo estaba cantando con toda su alma. ¡Y qué forma tan pura y tan inspirada de cantar! Toda la gente se puso a corearle y, mientras duró el cántico, sus corazones se hicieron tan puros como el suyo, y sus espíritus igualmente invencibles. Los guardianes estaban tan enojados que le arrancaron la lengua. Sobre el campo de concentración cayó un espeso silencio, algo indefinible; por fin, para asombro de todos, al día siguiente estaba allí de nuevo el cantor, lleno de alegría, balanceándose y danzando a los sonos de una silenciosa música que sólo él podía oír. Y al poco tiempo todo el mundo estaba alzando sus manos y danzando en torno a su sangrante y destrozada figura, mientras los guardianes se habían quedado inmobilizados y no salían de su estupor.

En fin, a la mañana siguiente pasaron por allí unos arrieros y encontraron al maestro Figueredo cubierto de moretones y de sangre. Estaba vivo, pero en muy mal estado. Casi no podía hablar. Hizo un increíble esfuerzo y llegó a balbucir con unos labios entumecidos e hinchados: 'me robaron las mulas'. Volvió a hundirse en un silencio que dolía y, tras una larga pausa, logró empujar hacia sus labios destrozados una nueva queja: 'me robaron el arpa'. Al rato, y cuando parecía que ya no iba a decir nada más, empezó a reír. Era una risa profunda y fresca que inexplicablemente salía de ese rostro desollado. Y, en medio de la risa, el maestro Figueredo logró decir: ¡pero no me robaron la música! (E. Galeano).

VII SOCIEDAD

1. EL HOMBRE, ANIMAL SOCIOPOLÍTICO

1.1. Zoon politikón

Estamos hechos para asociarnos. Asociarse es dar a alguien por compañero o persona que le ayude en el desempeño de alguna tarea, de forma que así hermanados concurren a un mismo fin, por lo cual ya en el libro del Génesis se nos dice: «No es bueno que el hombre esté solo», y entre los filósofos Aristóteles se da prisa en afirmar: «El hombre es por naturaleza un animal social y, por tanto, aun sin tener ninguna necesidad de auxilio mutuo, los hombres tienden a la convivencia» (Política). El ser humano es un reconocido animal sociable, y ejerce esa condición suya de muy diversas maneras, a saber, por estrategia, por necesidad de apoyo mutuo, por amistad, por amor. En consecuencia no basta con definir al hombre como animal sociable, pues esa sociabilidad se ejerce de mil y un modos, siendo una forma de alianza muy buena la que nos recuerda san Basilio: «El hombre es animal civil y sociable. Ahora bien, en la vida social y en la mutua convivencia es necesaria cierta facilidad en la comunión de bienes».

En consecuencia, hemos de reprochar a ciertos traductores haber vertido al español la expresión aristotélica *zoon politikón* como ‘animal social’, pues animales sociales lo son también el borrego o la abeja, pero ‘animal político’ sólo el humano. El hombre es un animal social, sí, pero un animal social que hace política, es decir, que participa racionalmente en la gestión de lo que le es común; en ese sentido política y democracia serían expresiones similares. Quien afirma no querer ‘entrar en política’ - como si con ello se tratase de entrar en una mafia- olvida que desde el momento en que nace entra en política, en cuanto que habitamos una misma ciudad (*polis*), en una misma naturaleza (*physis*), con una misma razón (*lógos*).

Al equilibrio de estas tres dimensiones básicas le llamaban los griegos *dyké* (justicia), y al justo *dykaíos*. Hay justicia cuando la ciudad se ajusta armoniosamente en el contexto de la naturaleza, y cuando los ciu-

dadanos se ajustan racional y armoniosamente entre sí. Entonces puede decirse que, cuando la justicia funciona, se convierte en ley (*nómos*). Este ajustamiento que dura mientras dura la vida ha de irse perfeccionando en orden a la confraternización de todos los humanos (*filía*).

1.2. Bien común

Política es, pues, aquella actividad que te permite salir a la calle e intentar transformarla para mejorarla. La política exige participación en la vida social, no abandono de las responsabilidades. Carece, pues, de sentido el egoísmo que ve en la política una mera ocasión para el logro subjetivo. El Grameen Bank ha podido conceder créditos a bajo interés a artesanos y campesinos pobres de Bangladesh manteniendo porcentajes bajísimos de no devolución, y ello en un país en que la no devolución de préstamos constituye un enorme obstáculo a la actividad bancaria regular, en beneficio de los usureros. La clave de su gran éxito es un original mecanismo de préstamos de grupo que convierte a otros miembros de la comunidad del poblado en responsables de seleccionar, motivar su devolución y controlar a los candidatos a un préstamo. En otras palabras, este original banco de desarrollo se ha basado en la existencia de tupidas redes de relaciones entre los habitantes de las zonas rurales. Nadie debería pensar en el bien común si no es capaz de articular un común relacional; en realidad, el bien común ¿qué es sino esa red misma?

Ni hombres buenos caben en estructuras perversas, ni estructuras perversas podrían darse con hombres buenos. Un régimen políticamente justo exigiría hombres justos, y a la inversa. De ahí que ‘meterse en política’ no signifique otra cosa que irse ajustando en comunidad con los demás, no a costa de ellos ni ellos a costa de nosotros. Insistamos, ‘hacer política’ es hacer humanismo: el hombre tiene que ser político por ser hombre; no es que pueda, es que tiene que serlo.

Sólo en algunas épocas de desencanto, con enormes y casi omnipotentes Estados-burocracias, el interés se desplaza hacia la intimidad, hacia mis libertades, renunciando a defender el común, pero esto no deja de ser una anomalía.

Sea cual fuere la nueva *polis*, siempre será necesario el aprendizaje de la comunidad. Agradecer la singularidad de cada talento resulta imprescindible para construir comunidad, y por eso cualquier infidelidad a ese talento daña a los restantes miembros del común. La familia es lugar privilegiado para el aprendizaje del bien común. Es importante que cada

cual conozca su don, lo ejerza y se sienta responsable de su crecimiento; que los demás le reconozcan ese don y que dé cuentas de cómo lo utiliza. Los demás tienen necesidad de ese don y por tanto también el derecho a saber cómo se ejerce, animando al poseedor a aumentarlo y a ser fiel a él. Así se desvanecen rivalidades y celos. El ideal no existe, el equilibrio personal y la armonía soñada no se dan hasta después de años y años de luchas y sufrimientos, e incluso puede que no surjan más que como toques de gracia y paz. Si se busca demasiado el equilibrio propio, nunca se llegará a la paz que es fruto del amor y del servicio a los demás. No busques más la paz, pero allí donde estés da paz; deja de mirarte para mirar a tus hermanos que pasan necesidad. Pregúntate muchas veces cómo puedes hoy amar a tus hermanos y hermanas. Entonces encontrarás la paz; encontrarás el reposo y ese equilibrio que buscas entre lo interior y lo exterior, entre el tiempo para ti y el tiempo para los demás. Todo se resolverá en el amor. No es necesario perder el tiempo persiguiendo una comunidad perfecta. Vive en tu comunidad plenamente hoy. Deja de ver los defectos que tiene (y gracias por tenerlos); mira más tus propios defectos y piensa que estás perdonado y que puedes perdonar a los otros.

2. EL TRABAJO

2.1. Grandeza y dureza

El bien común surge del trabajo, eje de la vida personal y social. En el mundo greco-romano no se valoraban los trabajos inferiores; el mismo Aristóteles asegura que el hombre libre debería estar liberado de la actividad laboral que deformaría el cuerpo para dedicarse sólo al trabajo creador intelectual, el *otium*.

El trabajo nos libera de tres insufribles calamidades: el aburrimiento, el vicio y la necesidad. Por su parte el laborioso Santiago Ramón y Cajal exclamaba: «¡Santa fatiga del trabajo: tú nos traes el sueño reparador, único consuelo del pobre, del perseguido y del postergado!» Cultivar un jardín requiere mucha agua, sobre todo en forma de sudor. La clave de todo es la paciencia; un pollo surge empollando el huevo, no rompiéndolo. Pocas cosas se obtienen por azar, pocos deseos se realizarán por sí solos: hay que buscarlos con afán y alimentarlos con diligencia.

La actitud judeocristiana se resume en esta frase al respecto: ‘confía en el Señor, y persevera en el trabajo’, ‘el que labra la tierra tendrá pan

abundante, el que se va con los ociosos se hartará de pobreza'. A la par que glorifica el trabajo, denigra la vagancia: 'por la negligencia se cae la techumbre y por la pereza se dan goteras en la casa', 'se asemeja el pere-zoso a una bola de estiercol, quien la coge se sacude las manos'. San Pablo afirma con rotundidad: 'si alguno no quiere trabajar, que no coma'. El trabajo no es un fin en sí mismo sino un medio, por eso debe ir unido al descanso humanizador, aquél que hace crecer a la persona abriéndola al Padre (*ora et labora*). Trabajar y compartir trabajo y bienes son una misma cosa ('es justo que cada uno trabaje con sus manos y que el sustento que gane con su esfuerzo lo reparta con los que nada poseen': San Jerónimo), razón por la cual trabajar no se reduce al simple laborar, sino que es un co-laborar.

El monje Pelagio (360-425) acentúa el voluntarismo, el valor del esfuerzo, la punzante exigencia del trabajo. Más tarde Lutero (1483-1546) considera al trabajo como *Beruf*, es decir, como una acción que es a la vez vocación y profesión. Jansenio (1565-1638) exalta el trabajo arduo, la monotonía, que desenmascara la vanidad y apaga el deseo mundano de placer, es penitencia por los pecados y -como la enfermedad y el sufrimiento- su consecuencia. En este contexto ascético y rigorista, aunque Calvino mismo (1509-1564) no afirmara tajantemente la identidad salvación-esfuerzo exitoso -como si el hombre fuese el único juez de sus merecimientos, pues Dios ama a todos, también a los que no triunfan- muchos calvinistas sin embargo terminan afirmando que la predilección divina está reservada a los esforzados triunfadores.

En el 1776 publica Adam Smith su *Investigación sobre la Naturaleza y Causa de la Riqueza de las Naciones*, donde defiende la necesidad de la 'división social del trabajo': un operario experto sería incapaz de fabricar más de veinte docenas de alfileres por día trabajando él sólo. La situación cambiaría totalmente si se uniese a otros y cada uno de ellos realizase una tarea diferente, pues si uno estira el metal o alambre, otro lo endereza, un tercero lo corta, otro lo afila, etc., el asunto se dividiría en dieciocho o más operaciones distintas, obteniéndose más de cuarenta mil alfileres: para producir más rentablemente cada obrero habrá de realizar por separado una parte del mismo. De ahí procede el *taylorismo* (Winslouw Taylor, 1856-1915): universalización del trabajo en cadena, que toma al obrero como pieza de una actividad monótona buscando extraer de él rendimientos crecientes a toda costa.

Desde luego, es indiscutible que con la división social del trabajo se produce más, pero no más humanamente. Lo ético es creer en la dignidad

del trabajo y del trabajador; por eso mismo lo ético es oponerse a los trabajos degradantes y alienatorios y afanarse por que se retribuya al obrero equitativa y dignamente. Nos oponemos a que conviertan al trabajador en un instrumento, un medio, un objeto, un mero ejecutor de órdenes, un apéndice de la máquina, una 'mano de obra'. De ahí que no podamos aceptar sin más esa mentira interesada según la cual todos los trabajos santifican o son igualmente buenos. No.

Cierta señora que limpia escaleras se levanta a las cuatro. Vive en la periferia, entra a trabajar a las seis de la mañana y no puede cesar de fregar escalones hasta las seis de la tarde, pues -dado lo miserable de su retribución salario/hora- con menos horas de trabajo no podría alimentar a sus pequeños hijos. Luego dos horas más hasta llegar a su casa en transportes lentos, escasos e incómodos; todo ello con la angustia de tener que renovar cada tres meses ese mismo trabajo. El trabajo produce maravillas para los ricos, pero produce privaciones para el trabajador. Produce palacios, pero para el trabajador chozas. Sustituye el sudor por máquinas, pero arroja a una parte de los trabajadores a un trabajo bárbaro, y convierte en máquinas a la otra parte. El obrero es más pobre cuanto más riqueza produce; se convierte en mercancía tanto más barata cuantas más mercancías produce. La desvalorización del mundo humano crece en razón directa de la valorización del mundo de las cosas. El objeto que el trabajo produce, su producto, se enfrenta a él como un ser extraño, como un poder independiente del productor: el trabajador pone su vida en el objeto, pero a partir de entonces ya no le pertenece a él, sino al objeto. Cuanto mayor es la actividad, tanto más carece de objetos el trabajador, cuanto mayor el producto, tanto más insignificante es el trabajador. En su trabajo el trabajador no se afirma, sino que se niega; no se siente feliz, sino desgraciado; no desarrolla una libre energía física y espiritual. Por eso sólo se siente en sí fuera del trabajo, y en el trabajo fuera de sí, está en lo suyo cuando no trabaja y cuando trabaja no está en lo suyo. El trabajo no es la satisfacción de una necesidad, sino solamente un medio para satisfacer las necesidades fuera del trabajo.

Así pues ¿por qué no postular la rotación dentro de un área laboral determinada? ¿No podría el profesor trabajar rotativamente como administrativo, como auxiliar, para que mañana los de abajo pudieran rotar a su vez? No es bueno que una espiga solitaria engorde su cabeza granada mientras las demás pequeñas enferman de raquitismo, lo que se precisa es una gran mies compuesta por muchas gavillas. Si todos creciéramos, ¿no resultaría mejor que si sólo crecen unos pocos? ¿Quién sabe cuántos

Pasteurs y cuantos Einstein se esconden aún no cultivados entre la masa de gentes sin oportunidades de estudio? Y ¿no resultaría más humano cultivar armoniosamente los talentos o habilidades que duermen en cada uno de nosotros, en lugar de unidimensionalizar nuestra vida adscribiéndola a un solo oficio?

2.2. Trabajar en la sociedad de los cuatro tercios

Pero, como hemos visto, la historia, en lugar de repartir la riqueza creada por los trabajadores, ha ido produciendo una diferenciación entre los propios trabajadores, hasta llegar a la actual estratificación social, dividida en cuatro tercios:

Primer tercio. Por arriba, la clase alta e inalcanzable compuesta por ejecutivos y grandes fortunas. Suele estar ‘japanizado’, pues la empresa ha reemplazado a su propia familia.

Segundo tercio. La antigua clase obrera se funde hoy con la clase media y disfruta de niveles de consumo generalizados: ‘¿De qué nos quejamos, si nunca se vivió como ahora?’ Dentro de este tercio existen estratos de clase: profesionales de cuello blanco, cuadros, asimilados al *staff* directo.

Tercer tercio. Zona amplia que recluta a trabajadores de salario mínimo, eventuales, subsidiados, inmigrantes, marginados; son los colectivos excluidos. Sin embargo, ya no poseen la actitud revolucionaria que Marx les atribuyese: es ‘lumpenproletariado’ subsidiado que malvive implicado en todos los conflictos imaginables. ¿Cómo vive la ciudadanía del Tercer Mundo, sino desmoralizada? Abusos del poder político, económico y policial, desviación especulativa del dinero, confusión entre lo público y lo privado, administrado aquello en función de intereses particulares, discrecionalidad de los medios de comunicación, uso y abuso de la mentira como forma de comunicación, injusticias que claman al cielo porque el derecho penal cae sobre los pobres mientras el constitucional engorda a los ricos que alardean de su impunidad, suplantación de lo legítimo por lo legal, bosque de leyes que lejos de resolver los problemas esenciales los enmascara, violencia, desprecio a la vida, corrupción, desempleo, evasión fiscal, torturas, secuestros, etc. Entre el miedo y la impotencia, entre la desconfianza y la maledicencia, entre la frustración y la desesperación, en verdad ¿qué son -se preguntaba san Agustín- los reinos sino grandes latrocinios cuando no existe justicia?

La expulsión masiva de millones de personas del trabajo en el mun-

do entero tiene su primera expresión en la disminución de ingresos económicos, o en la ausencia total de los mismos; de ahí se deriva tanto su creciente marginalización, es decir, su ruptura con toda la trama relacional de la vida privada, como su desesperanza al percibirse a sí mismos como sujetos no rentables e inútiles que sólo representan una carga para los demás y para las instituciones. Tal efecto devastador -devastador incluso en el corazón de las sociedades democráticas ricas y tranquilas- cada vez afecta a más grupos de población: a jóvenes provenientes del fracaso escolar que a sus 25 años aún no han encontrado trabajo estable, a desempleados mayores de 45 años (cabezas de familia de muy difícil reinserción laboral), a obreros que han perdido su puesto de trabajo, demasiado jóvenes para jubilarse y demasiado viejos para pensar en un nuevo empleo, a mujeres con cargas familiares y rentas económicas muy bajas, etcétera.

Cuarto tercio. Pero existe un escalón aún mucho peor, el de los ilegales, los indocumentados, los sin techo, los emigrantes, las minorías étnicas, las personas con problemas personales (minusválidos, exsiquiatrizados, marginados crónicos, excarcelados), o con problemas judiciales (libertad condicional, tercer grado, condenas alternativas), etc., muchos de ellos con serias dificultades adicionales tales como falta de actitud y de aptitud adecuadas para llevar adelante una vida laboral normalizada. En definitiva, estas personas desestructuradas existencialmente han agotado todas las prestaciones o subsidios, si los tuvieron alguna vez, de ahí su absoluta carencia de renta; además estas gentes se encuentran con dificultad para acceder a los recursos disponibles, tales como planes de empleo, cursos de formación ocupacional, formación reglada, escuela de adultos, subsidios ocasionales; peor todavía, cada vez deviene mayor el número de los que se saben excluidos no sólo del mercado de trabajo convencional, sino incluso de los hoy ya complicados círculos de trabajo alternativos tradicionalmente ocupados por colectivos desheredados (venta ambulante, quincallería, chatarra, etc), de los cuales a su vez van siendo progresivamente expulsados por los grupos 'afortunados' provenientes del desempleo. Son los *boat-people* que escaparon de Vietnam rumbo a donde fuera, los que intentaron salir de estampida de Albania rumbo a Italia, los que trataron de abandonar el Magreb rumbo a España en sus frágiles pateras, los que buscaron el exilio desde México como espaldas mojadas vadeando con máximo riesgo el Río Bravo, los que a ciegas salieron de Haití rumbo a Miami para acabar siendo en muchas ocasiones pasto de los tiburones, y así sucesivamente. Abundan en los países 'ricos y violen-

tos' (Venezuela, Colombia, Argentina, Chile, México, Brasil, etc), en los países 'pobres y tranquilos' (Ecuador, Panamá, Costa Rica, etc), y en los países 'pobres y violentos' (Perú, Etiopía, Ruanda, Burundi, etc). Helos, pues, ya aquí, golpeando a nuestra puerta deshechos y desechados, cada vez más y más. La puerta del segundo mundo se abre a la del tercero y ésta a la del cuarto sin término ni tregua.

En resumen: el trabajo, eje y motor de la convivencia democrática, generador de riqueza, no está lamentablemente produciendo un mundo más justo. Es, por tanto, una gran tarea de los ciudadanos comprometerse, también desde la comunidad estudiantil y académica, en la dignificación del trabajo desde todas las instituciones, por supuesto también desde las instituciones económicas internacionales.

3. LAS INSTITUCIONES INTERNACIONALES

3.1. ¿Pueden las instituciones internacionales corregir algo?

Fondo Monetario Internacional. Tras la segunda Guerra mundial, el Fondo Monetario Internacional (FMI) será creado para fijar el sistema de tipos de cambio, así como todos los compromisos que adquirirían voluntariamente los países que firmaran los artículos del acuerdo de constitución del Fondo. El FMI actuará como guardián del sistema, garante multilateral de la estabilidad de los tipos de cambio, a fin de evitar grandes déficits en balanzas de pagos con la subsiguiente especulación de monedas, y en general la continuidad y estabilidad de los pagos entre naciones. Eso debía fomentar el comercio y la inversión de capitales a largo plazo a nivel mundial.

Banco Mundial. El FMI y el Banco Mundial (su brazo ejecutor) son las instituciones multilaterales con más recursos disponibles para prestar - y en menor medida donar - a los países pobres. El FMI puede hacer préstamos a todos los países miembros, pobres o ricos, mientras que el Banco Mundial sólo puede suministrar donaciones y créditos a los países que se consideran en vías de desarrollo o subdesarrollados; de hecho, en la acción del Banco Mundial y del FMI prevalecen los intereses económicos de los ricos. Además, el Banco Mundial tiene nueve mil empleados y el Fondo dos mil, sobreelevadísima cifra a la que se ha llegado por compromisos políticos entre los países que lo gobiernan. Los sueldos impresionantes,

los gastos de hoteles lujosos, son elevadísimos (¡la profesión de ayudar a los pobres es una profesión muy bien pagada!), siendo los costos de operación enormes. Pese a todo, el Banco Mundial dice haber ayudado a algunos países a pasar del subdesarrollo al desarrollo; actualmente financia en los sectores de educación básica y medicina preventiva en países subdesarrollados, actuaciones que ningún país querría financiar. Pero esto siempre en menor medida de lo justo y necesario.

GATT. Para facilitar los intercambios eliminando las políticas proteccionistas con las que cada país tendía a defender sus propios productos, se crea en 1947 el GATT (General Agreement on Tariffs and Trade, Acuerdo General de Aranceles y Comercio). Los países firmantes se comprometen a aplicar progresivamente sus aranceles a todos por igual.

UNCTAD. A finales de los sesenta se crea la UNCTAD (United Nations Conference for Trade and Development, Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y Desarrollo, el equivalente al GATT para el Tercer Mundo) para proponer fórmulas de regulación del comercio internacional. Y, aunque sólo se reúne cada cuatro años y sus resoluciones no obligan a quienes votan en contra (los países pobres suelen tener poca libertad real para decidir en favor de sus propios intereses), al menos ha contribuido a crear una cierta corriente de opinión. En tal sentido postula veinticinco objetivos, entre ellos:

Condonación de la deuda externa: cancelar la deuda externa, agenciar más ayuda, hacer efectivo el compromiso de alcanzar la meta del 0'7% del Producto Nacional Bruto en calidad de ayudas oficiales de los países industrializados.

Comercio internacional de productos del Tercer Mundo: asegurar precios estables, suficientes y equitativos a los productos exportados por el Tercer Mundo; abrir los mercados de los países industrializados a las manufacturas del Tercer Mundo mediante la eliminación de barreras arancelarias y el establecimiento de un sistema de preferencias generalizadas.

Tecnología e industrialización: crear mecanismos para la transferencia tecnológica, facilitando a los países tercermundistas mayor acceso a las tecnologías más adaptadas a sus posibilidades; regular las activi-

dades de las empresas multinacionales; eliminar las prácticas comerciales restrictivas.

Instituciones financieras: incrementar en favor del Tercer Mundo los recursos de los organismos financieros internacionales (Banco Mundial, FMI, Bancos regionales)

Reforma de los organismos internacionales: reformar el FMI para dar mayor participación a los países en desarrollo en los procesos de toma de decisiones; reformar drásticamente la correlación de fuerzas en el Banco Mundial, GATT, Fondo para el Medio Ambiente, y en los Programas para el Desarrollo de las Naciones Unidas.

Limitación del armamentismo: limitar al máximo los gastos bélicos y los presupuestos 'de defensa', pues son la causa principal de las disfunciones Norte/Sur.

Austeridad: reducir drásticamente el consumo en un 3% (mínimo) y trasvasarlo al Sur: nada se logrará sin una cultura de la austeridad, sin cambiar la mentalidad respecto al uso de bienes y recursos. Colaborar en las acciones individuales (menor consumo de agua, cuidado de los bosques, etc). Vetar aquellos productos del Norte especialmente agresivos.

3.2. La deuda eterna de la deuda externa

Una de las más crueles paradojas de esta situación es que el Sur exporta dinero al Norte. En 1982 América Latina transfirió casi 200.000 millones de dólares, a pesar de lo cual la deuda se incrementó en 100.000 millones. En conjunto el Tercer Mundo transfirió en 1984 142.400 millones de dólares y sólo recibió 92.300 millones. A pesar de estos pagos la deuda no disminuye. Según el Banco Mundial, la deuda externa de los países en desarrollo volvió a aumentar en 1989, alcanzando los 1.290 millones de dólares.

Mientras, lo que preocupa en el Norte es que en el Sur sean muchos y pobres, mas como no se quiere que dejen de ser pobres se intenta que dejen de ser muchos. Lo que asusta al Norte y a las oligarquías del Sur (también Norte) no es que las gentes sean pobres y mueran de hambre, sino que devengan un factor desestabilizador; que al crecer el número de pobres permaneciendo la desigualdad se altere la frágil paz de los podero-

sos mediante migraciones masivas, mediante guerras civiles e interétnicas que bloqueen los trabajos de expoliación de materias primas, mediante la aparición de fenómenos de contestación en algunos gobiernos que busquen romper con la 'normalidad' de los precios en el mercado, mediante fenómenos de integrismo de carácter religioso como el islámico, etc. Así las cosas, identificar 'control de natalidad' con 'disminución de la tasa de natalidad' resulta enteramente falso. Además de ser falsa la relación entre población y desarrollo, no se ha concretado la asignación para el desarrollo pero sí en cambio se ha concretado la lucha contra la población. De ahí las criminales medidas antinatalistas: esterilizaciones en el Tercer Mundo no declaradas a los interesados, especialmente a minorías étnicas, esterilizaciones y matanzas de nonatos a cambio de unos dólares o de un transistor (como en la India), negación de trabajo asalariado a mujeres embarazadas, matanza de nonatos bajo sanciones penales (como en China), cierre de ojos universal ante la práctica del infanticidio femenino, etc.

Pero el F.M.I. sólo se plantea cómo devolver el dinero a los bancos, e impone a los países del Sur reorganizar sus economías para estar en condiciones de pagarlas. Es verdad que sería necesario controlar a las autoridades económicas de los países empobrecidos para evitar la corrupción de sus gobernantes, los cuales gastan en beneficio propio el dinero que reciben en forma de créditos para la reconstrucción de sus países, aunque en algunos países empobrecidos se ha conmutado o condonado parcialmente la deuda y han vuelto a endeudarse; por ejemplo, Venezuela ha recibido más dinero que el entregado en el Plan Marshall a Francia, y sigue igual. Sin embargo ¿quién controla a los gobernantes corruptos de los países enriquecidos a costa del robo a los países empobrecidos? En todo caso, hay que favorecer la aplicación de una serie de reformas estructurales que supongan un control sobre los gobiernos de los países deudores, así como reformas. Ahora bien, ¿qué reformas? Las medidas impuestas por el Fondo Monetario Internacional se llaman 'políticas de ajuste estructural' y parten de una consideración muy simple: quien tiene que pagar una deuda ha de trabajar día y noche, vender mucho, y consumir poco. O sea:

Agotar todos los recursos. Exportar lo más posible, explotando todos los recursos naturales vendibles sin preocuparse de los daños ambientales y sociales que se pudieran derivar de ello. A lo cual habría que añadir que las materias primas tradicionales no tienen relevancia en la economía actual: tradicionales materias primas básicas como el petróleo

serán sustituidas a medio plazo por la energía de fusión, cuya materia prima es el agua. Es importante caer en la cuenta de que las materias primas de los países empobrecidos siempre estarán por debajo del precio de los productos industriales abundantes en los países enriquecidos: al comprar bienes industriales, el Sur paga al Norte todo el trabajo incorporado y los beneficios de capital. Piénsese, por ejemplo, en los sueldos de ingenieros, gerentes, técnicos, obreros, administrativos de las grandes empresas multinacionales, etc. Sin embargo el Norte, al comprar materias primas agrarias o minerales, sólo se hace cargo de sueldos muy bajos incorporados al precio del producto material.

Ganar menos. Congelar los salarios y devaluar la propia moneda para abaratar los propios productos y hacer disminuir los consumos, incluso los necesarios, pues lo que era necesario ayer pasa así a ser lujoso, exprimiendo cada día un poco más a las personas.

Encarecer el dinero. Aumentar las tasas de interés para desalentar tanto las compras a plazos, como la solicitud de préstamos por las empresas, aun cuando ello significa menos inversiones, menos puestos de trabajo, más desempleo, y al final de nuevo más deuda. La desocupación aumenta por todas partes, porque cuando se tiene menos dinero no sólo se consume menos, sino que también se invierte menos.

Apretarse el cinturón. Sanear la balanza de pagos gastando menos de cuanto entra en las cajas del Estado conlleva el incremento de las tasas y el recorte drástico del gasto público. Difícilmente puede imaginarse algo más escandaloso que la deuda: acumulada para enriquecer bancos, empresas y gobiernos corrompidos, finalmente son los pueblos los que deben restituirla al precio de un durísimo sacrificio, pues la primera palabra de orden del Fondo Monetario Internacional es '¡apretarse el cinturón!', y para pueblos ya inmersos en la miseria esto significa descender al límite de la existencia: entre 1986 y 1990 los salarios han descendido en Guatemala el 30% y hoy el salario medio de un obrero sólo alcanza el 40% de las necesidades mínimas de una familia. Y, puesto que para los gobiernos cuentan más los carros armados que la gente, lo que se corta son propiamente los gastos de instrucción, la sanidad, la seguridad social. Los efectos de estos recortes son desastrosos: reaparecen enfermedades como la malaria, el tifus, el cólera; disminuyen los servicios escolares de base haciendo resurgir el analfabetismo; se suspenden las intervenciones gu-

alternativas para mantener bajo el precio de los géneros alimenticios, haciendo aumentar el hambre y generando revueltas populares que regularmente son reprimidas en sangre; en muchos casos el recorte del gasto público no sólo quiere decir empobrecimiento, sino también muerte: la UNICEF afirma que la deuda, con sus políticas de ajuste estructural, provoca cada año la muerte de 500.000 niños. Cuando algún delincuente mata por alguna deuda impagada, la ejecución se llama ajuste de cuentas; pero cuando el FMI decide liquidar a pueblos enteros se llama plan de ajuste: ¿acaso no es la economía internacional la más eficiente expresión del crimen organizado?

4. LOS MEDIOS

4.1. El poder de la imagen

En el siglo XXI existe una enorme alianza entre el poder económico y el poder de las comunicaciones, de ahí que necesitemos ver cómo ambos interactúan en la sociedad civil.

Los pobres de la tierra no tienen voz, aunque tengan voto; por eso se hace tan difícil educar para el Sur con una escuela y una prensa del Norte, hasta el extremo de que gente de buena voluntad animada en favor de los pobres repite sin embargo los argumentos del Norte servidos por el Norte con todo lujo de luces y taquígrafos, lujo al que llaman 'despliegue informativo'. La noticia viene dada habitualmente en formato favorable a los de arriba. La concentración de los *holdings* mediáticos, la infoindustria, convierte a los *media* en *multimedia*. Para esto se necesita controlar muchas ondas, muchos periódicos, muchos canales, y de ahí la lucha por ese control. Cables, ondas hercianas, fibras ópticas, satélites, obras públicas configuran una red dirigida por el correspondiente propietario. ¿Qué mecenas firmaría contratos millonarios en favor de quien le desenmascara? Los periodistas han de plegarse a sus jefes si no quieren padecer una úlcera cada mañana como consecuencia del sufrimiento, o si no desean tragar sapos con cada desayuno. Por otro lado, el periodista de hoy puede a la vez informar y ser socio accionista de la información que suministra, juez y parte: ¿dónde están los códigos éticos? Así las cosas, cabe preguntar si la democracia misma podrá resistirse a ese monopolio, pues los dueños más poderosos han he-

cho caer a más de un magistrado, o un ministro.

4.2. Democracia y telecracia

Vivimos bajo el signo de la *telecracia* y la *imagología*. El videopoder está fabricando un nuevo modelo de hombre: a tales informadores tal público. Hay dos maneras de no aclarar las cosas: callarse como un muerto pase lo que pase, y saturar de mensajes, hasta que la confusión y el hartazgo embotan el entendimiento: hiperinformación sobre lo inesencial pero en abundancia, o hipoinformación sobre lo necesario. En todo caso, la información suele ser:

Fragmentaria. Se muestra por pedacitos, por parcelas, sin una información panorámica, global y completa.

Negativa. En un simple informativo de treinta minutos podremos contemplar todo tipo de catástrofes no sólo naturales e inevitables, sino de guerras a la carta, de hambres múltiples, de escándalos políticos y financieros de amplio espectro, etc.

Disimétrica. Conocemos bien los problemas sexuales de la Casa Blanca o de la monarquía inglesa, pero en el mapa de nuestros informadores, el mismo que aprendemos en la escuela, América Latina sigue ocupando menos espacio que Europa, y mucho menos que Estados Unidos y Canadá. Por eso los niños juegan a los cow-boys sin que ninguno quiera hacer el papel de indio; por eso también se admiran las ruinas portentosas de la civilización occidental, mientras se asiste de brazos cruzados al envenenamiento de los ríos y al arrasamiento de los bosques donde los indios residen en la actualidad.

Pasiva. El mensaje que me lanza el presentador, mientras me mira a los ojos, es el siguiente: nada cambia, tranquilícese; el mundo es complicado y usted no lo comprendería, déjenos hacer a nosotros; en realidad, ni usted ni nosotros podemos cambiarlo, dejémoslo como está; lo importante es estar 'al corriente' de lo que pasa gracias a nuestra información; sean ustedes pasivos consumidores de noticias.

Folclórica. Representación espectacular, *zoom* impresionista sin mencionar las raíces de los problemas: se muestran catástrofes de carácter

‘natural’, pero sin decir que ese ciclón mata a mucha gente en México porque viven en infraviviendas, y a nadie en Florida porque viven en residencias sólidas; se presenta al hambre como fenómeno estadístico normal, sin que nunca se pregunte cómo acabar con ese hambre.

Adormecedora. Recurso a la información alienante, por ejemplo al omnipresente deporte y sus industrias.

Equívoca. Doblelenguaje: se dice que ‘hubo daños colaterales’ para camuflar que hubo matanzas de personas; los aviones ‘hicieron siete salidas’, pero se silencia que lanzaron cientos de bombas masacradoras.

Ideológica. Mezcla de información y de opinión, siempre al servicio de los intereses de la casa.

Manipuladora. Información a distintas velocidades, acelerando o frenando según conveniencias, por repetición o machacamiento hasta que se termine aceptando la noticia.

Engañosa. Fabricación, negación o maquillaje de la noticia para convencer al imaginario social de que algo ha existido o de su contrario: aquí ha pasado algo porque informamos, o aquí no ha pasado nada porque no informamos.

4.3. Publinoticia

Todo apunta a que hoy vamos hacia un mundo de trabajadores consumistas compulsivos. Se sufre por no tener el último modelo de algo hábilmente publicitado, muchas veces banal y superfluo. La psicología ha descubierto y entregado a los focos publicitarios las necesidades y su insaciabilidad; las necesidades se han tornado insaciables, sobre todo como resultado de la publicidad y de otros mecanismos de promoción, que han universalizado el consumo de lujo: ahora los lujos para los acomodados deben ser convertidos en necesidades para las clases más pobres. Los publicistas, al lanzar sus productos, no informan sobre los productos mismos, tan sólo resaltan el rol social con reclamos emotivos sobre la diferenciación social que su posesión comporta y sobre el estatus que su posición confiere. La fuente del estatus ya no es la capacidad para crear cosas, sino la posibilidad de adquirirlas.

Hasta la clase trabajadora ha sido reeducada en el consumo dinámico de bienes de lujo. Obviamente, los hijos de los pobres se sienten frustrados por no poder acceder al consumo de determinadas marcas de zapatos o de jeans.

Marlboro era una marca de tabaco fracasada que la empresa quiso reflotar. Los expertos en marketing descubrieron que todos los segmentos del mercado estaban ya cubiertos y que sólo quedaba como posible diana de sus campañas un grupo de consumidores que se declaraba 'independiente' y 'reacio a dejarse influir por la publicidad'. Para seducir a esos rebeldes centraron toda la propaganda en la figura del cowboy solitario, enérgico y autosuficiente. Marlboro ha llegado a ser la marca más vendida en el mundo. En el mundo de la mercadotecnia tan importante es vender, que el suplemento de fin de semana de los grandes periódicos cada vez es más publicitario, publicidad disfrazada en forma de artículos, publlirredacción. La publicidad es noticia y la noticia publicidad, por eso el publlirreportaje sustituye a la noticia. El futuro es prensa gratis financiada por los anunciantes, producto publicitario con formato de periódico, periodismo 'gratuito' muy ideológico, pues potencia la cosmovisión hedonista; con sonrisa dentrífico y olor desodorante rostros famosos enseñan telegénicamente a comer, a divertirse, a viajar, a comprar, a broncearse, a perfumarse, a descansar, a satisfacer deseos inducidos en el ámbito de la privacidad. En el futuro inmediato, en lugar de publicidad directa, seremos invadidos por la publicidad indirecta respecto de lo que come o lo que viaja tal o cual famoso o famosa. Ha llegado a decirse que la guerra es la culminación de la publicidad por otros medios, por eso la publicidad cada vez cuenta más en la distribución de la noticia bélica y las fronteras entre lo bélico y lo publicitario se han estrechado. La noticia se maneja como si se tratara de misiles, quien posee los medios posee las armas y viceversa: ahora la moda está en filmar el ataque desde la línea de fuego.

En este contexto, ¿tendrá libertad tal o cual medio para criticar a las firmas publicitarias de las que extrae sus ingresos? No parece probable, pues depende de ellas. Por lo demás, los monopolios amenazan el pluralismo de la vida social. Por eso quien desee vivir en libertad ese pluralismo tendrá que defender una información realmente digna, comenzando por no mentir él mismo.

5. SOCIEDAD PLURALISTA Y PLURICULTURAL

5.1. Multinacionalidad y polietnicidad

Multinacionalidad

En las sociedades modernas no sólo las noticias van y vienen con velocidad, también los pueblos se trasladan, con frecuencia acuciados por el hambre: ellos mismos son noticia, pues dan a conocer aquello de lo que las cámaras no suelen informar. Los fenómenos migratorios se agudizan, acentuándose con ellos la inevitable y no siempre fácil coexistencia de pueblos y gentes de todas las latitudes, el 'multiculturalismo': muchas gentes de distintas convicciones, religiones, etnias, etc., conviviendo entre sí. Dentro de él suele distinguirse entre multinacionalidad (convivencia en un mismo país de grupos sociales pertenecientes a naciones diferentes) y polietnicidad (convivencia de individuos y familias pertenecientes a etnias diferentes).

'Nación' (o 'pueblo', o 'país') es el conjunto de individuos que se sienten miembros de un colectivo por tener o haber tenido en común un territorio, una historia, una lengua y una cultura. Y, dado que muchos de los actuales Estados no ha surgido en torno a una cultura nacional, sino en torno a la de varias nacionalidades anteriores, los grupos nacionalistas acentúan su identidad frente al gobierno central. Cuando los grupos nacionalistas quieren recuperar, no sólo su propia cultura, sino además la autonomía de sus propios órganos de gobierno, e incluso pretenden alcanzar la independencia o la secesión, entonces surgen serios problemas en la convivencia, a veces también guerras más o menos interminables. Pero otras veces las diferentes nacionalidades han llegado a un consenso sin renunciar a sus diferencias, conviviendo con un sentimiento de común pertenencia a la unidad nacional, como es el caso en los Estados Unidos de Norteamérica o de Suiza, confederados.

El nacionalismo nos recuerda que lo pequeño es hermoso, y siempre es bueno tener unas raíces con las que enraizar, tu rinconcito, tu patria, así que pobre del desarraigado sin nexos de identidad, del errabundo apátrida y desnacionalizado. Además, quien no sabe defender lo pequeño tampoco sabrá defender lo grande. Pero, a su vez, el nacionalismo excluyente es negativo, y con frecuencia las ambiciones nacionalistas impiden el establecimiento de un orden universal. Por lo demás, la desembocadura más turbia del nacionalismo es el nacional-

socialismo o nazismo.

Polietnicidad

Como decíamos, la polietnicidad se produce con la llegada a un territorio de individuos y familias pertenecientes a etnias diferentes. México es uno de los países del mundo privilegiados por su polietnicidad, aunque cuando el país se constituyó como tal ya había en él muchas etnias incluidas. Lenguas indígenas que se hablan todavía en México, pese a su creciente disminución, son las siguientes: 1. Cucapa; 2. Paipai; 3. Kiliwia; 4. Seri; 5. Guajiro; 6. Tarahumara; 7. Kikapo; 8. Kame; 9. Kora; 10. Mayo; 11. Chichimeca; 12. Cucupan; 13. Purepecha; 14. Chontal; 15. Popoloca; 16. Mazahua; 17. Matlaltzinca; 18. Ocuilteco; 19. Chol; 20. Tlalpaneco; 21. Tzotzil; 22. Mixteco; 23. Tzeltal; 24. Amuzgo; 25. Lacandón; 26. Tojobal; 27. Triqui; 28. Cochimi; 29. Kumiai; 30. Nmocho; 31. Papago; 32. Yaqui; 33. Hñahñú; 34. Pima; 35. Tehuano; 36. Nahuatl; 37. Huasteco; 38. Huichol; 39. Tepehua; 40. Totonaco; 41. Popoloca; 42. Maya; 43. Zoque; 44. Kanjobal; 45. Huave; 46. Mame; 47. Kakchiquel; 48. Zapoteco; 49. Chocoteco; 50. Chatino; 51. Mixe; 52. Mazateco; 53. Cuicateco; 54. Cinanteco; 55. Hñohño; 56. Tenek.

Cuando los grupos étnicos persiguen la reforma de las instituciones lo hacen tan sólo para dar cabida a su propia cultura, pero siempre dentro del ordenamiento político y jurídico del país receptor, y utilizando la lengua de dicho país. En los países poliétnicos, las minorías no aspiran a convertirse en nación separada, pues los grupos inmigrantes no son naciones, y su identidad y diferencialidad se manifiesta en el cultivo de las tradiciones familiares, en sus costumbres y en sus creencias, todo lo cual puede resultar compatible (si no va contra la ley) con su integración institucional en el país que les recibe. La finalidad de quienes buscan el reconocimiento de los derechos poliétnicos no es garantizar el autogobierno de grupos nacionales, sino evitar las discriminaciones de unas etnias sobre otras, y propiciar la integración de los grupos de inmigrantes.

Con frecuencia la lengua materna del inmigrante se usa en la casa, pero se va atrofiando hasta que desaparece a la tercera generación; el desarraigo respecto de la cultura de origen es progresivo, por lo que rara vez plantean los inmigrantes reivindicaciones como el derecho a emplear su lengua nativa, o el autogobierno, limitándose a solicitar mayores cotas de poder y reconocimiento en el país de acogida. Esto no impide que

lleven a cabo variadas acciones reivindicativas: acciones compensatorias, petición de subvenciones para la realización de actividades que permitan el mantenimiento, divulgación y desarrollo de su cultura minoritaria, reclamaciones religiosas (por ejemplo: los judíos y musulmanes residentes en países europeos demandan el derecho a no cerrar sus comercios los domingos), etc.

5.2. Discriminación: prejuicios y estereotipos etnocéntricos

La convivencia multicultural es difícil, por lo que no han faltado sus detractores, incluso entre los filósofos más clásicos. El primer filósofo griego del que tenemos noticia, Tales de Mileto (siglos VI-V a.C.), daba gracias a la fortuna por tres cosas: por haber nacido hombre y no bestia, varón y no mujer, griego y no bárbaro. También Platón denomina 'bárbaros' a los extranjeros (especialmente a los persas) conforme al verbo griego *barbaroo*, que designa lo inculto, lo ininteligible, lo irracional, lo amenazante, justificando abiertamente la guerra contra ellos, e incluso su anexión. Así que el gran Platón no se privó de identificar extranjero con 'inhumano'. Nada extrañará que hasta el cultísimo Cicerón llegara a utilizar el término 'bárbaro' como sinónimo de monstruoso y cruel. El derecho romano tampoco habría de quedarse atrás en su arte de impartir *iustitia*: las Pandectas de Justiniano llegan a describir al extranjero como 'aquél a quien se le niega el pan y el agua'. Pero esto no sólo ocurre en Occidente, pues Shao Yung (s. XI d.C.) todavía afirmaba: 'Soy feliz por ser humano y no animal, hombre y no mujer, chino y no bárbaro'. Esta actitud es etnocéntrica.

El etnocentrismo, que consiste en hacer de la propia cultura el centro del universo, es algo muy común en todas las culturas, aunque no muy inteligente. Pues una cosa es valorar la propia cultura y otra menospreciar la ajena, con frecuencia desconocida. Piénsese que el término 'bárbaro' se usó originariamente para caracterizar las lenguas extranjeras, ininteligibles para los griegos, que se burlaban de ellas porque no las comprendían (en sus oídos sonaban 'bar-bar-bar', o 'bla-bla-bla').

El etnocentrismo es discriminador. La discriminación consiste en establecer distinciones que no sólo crean grupos diferentes, sino que al mismo tiempo sugieren que uno de los grupos es mejor o peor que el otro, alegando al respecto supuestas razones de sexo, raza, idioma, nacionalidad, edad, capacidad física, creencias, etc. La discriminación de todos los días se manifiesta en prejuicios y estereotipos.

El prejuicio es una opinión que se emite anticipadamente sin tener información suficiente para emitir un juicio verdadero, fundado y razonado. Por lo general surge al repetir irreflexivamente opiniones antes reiteradamente oídas. Al final la repetición produce convicción.

El estereotipo es la deformación caricaturesca de la realidad: se la simplifica (seleccionando algunos elementos o rasgos e ignorando los demás), se generalizan esos rasgos (aplicándose sin excepción a todos los miembros del colectivo), y se exagera negativamente el conjunto. Así 'los indios son...', 'los gitanos son...', 'los negros son...'. Sea positivo o negativo, el estereotipo siempre es falso, por empobrecer y distorsionar la realidad. Quien lo usa se imagina que está describiendo, pero sólo está aplicando sin matices un esquema rígido prefijado, de ahí frases como: 'todos son iguales', 'esa gente es así', 'cuando se ha visto uno se han visto todos', 'para muestra basta un botón', etc. Sólo que las personas no somos igual que los botones. Iguales en dignidad sí, pero a la vez diferentes e irrepetibles.

5.3. De la xenofobia al racismo

Si el etnocentrismo es un vulgar egoísmo de grupo, la xenofobia constituye ya una amenaza para los extranjeros (*xenos*, extranjero; *fobia*, horror). Los mecanismos psicológicos que explicarían esta actitud enfermiza serían fundamentalmente los tres siguientes, que marcan un aumento progresivo de su acritud: *Indiferencia respecto del diferente*: el diferente se entiende como insignificante, 'no es de los nuestros, luego nos es indiferente'. *Rechazo del diferente*: el diferente se entiende como deficiente, 'no es de los nuestros, luego le falta algo'. *Agresión contra el diferente*: el diferente se entiende como enemigo: 'no es de los nuestros, luego es culpable de todos los males' (chivo expiatorio).

Si el etnocentrismo exagerado da lugar a la xenofobia, ésta a su vez da paso al racismo, fenómeno discriminador que ya constituye una amenaza real para la humanidad. En su obra 'De cerca y de lejos' el antropólogo Claude Lévi-Strauss (1908-2000) resume así las falsas convicciones racistas: existe una correlación entre el patrimonio genético, las capacidades intelectuales y las actitudes morales. El patrimonio genético del que dependen esas aptitudes es común a todos los miembros de determinados grupos humanos. Esos grupos, llamados razas, se pueden jerarquizar en función de su patrimonio genético. Esas diferencias autorizan a las razas consideradas superiores a dominar, explotar y eventualmente a masacrar a las otras, conforme proclama el totalitarismo.

El totalitarismo contempla a las personas como parte de un todo, a su vez controlado por un grupo único (fascista, nazi, comunista, populista, etc) que se autoproclama élite iluminada regidora de todos los destinos, realidad hiperpersonal, por ende distinta y superior a las personas concretas que lo integran. El verdadero sujeto totalitario no son las personas, sino el común. No son, pues, según esta ideología las personas las que originan la sociedad, sino al revés, la sociedad (nación, raza, estructuras socioeconómicas, Estado) quien configura a cada individuo, así entendido como mero producto social. Desde tales supuestos se niega a la persona un destino propio, pues sólo la colectividad lo tendría; quien se sale de ese destino común es tenido por peligroso enemigo del común. El totalitario no soporta, pues, la diferencia ajena.

El totalitario supervalora el valor del propio clan en la medida en que es el propio. El nuevo Estado alemán no tenía necesidad de hacer apóstoles, santos, constructores frenéticos y posesos, sólo necesitaba hacer empleados y funcionarios. Y es desde ese tribalismo desde el cual condena a los demás: «Al fin supe definitivamente que el judío no era alemán; ahora sí que conocía íntimamente a los pervertidores de nuestro pueblo» (Adolph Hitler: *Mi lucha*).

He aquí algunos de los rasgos de lo que Eric Fromm (1900-1980) ha denominado 'neurosis totalitaria': sumisión a la autoridad. Agresión contra el supuestamente inferior, compensatoria de la sumisión al supuestamente superior (frustración-agresión). Admiración por la rudeza y la violencia, desprecio por el débil y pacífico. Cinismo, baja opinión de la naturaleza humana en general, compensada por la idealización del propio grupo y de sus pseudomesías. Rigidez intelectual, intolerancia de las situaciones ambiguas. Etnocentrismo, prejuicios raciales, políticos; fanatismo. Supersticiosa creencia en las fuerzas ocultas, en las conspiraciones cósmicas, en los procesos de atribución irracionales. Rechazo de la introspección, miedo a la voz de la propia conciencia, bloqueo de la intimidad. Convencionalismo moral, rechazo drástico de las ofensas contra las costumbres y la tradición. Hipersexualismo, machismo.

6. SOCIEDAD TOLERANTE

6.1. Sensatez e insensatez

Ya sabemos que no es fácil la convivencia social. Para evitar cier-

tas actitudes como las que acabamos de examinar hay que practicar la virtud de la tolerancia, tanto personal como comunitariamente. Ahora bien, la tolerancia no consiste en decir que todo está bien, pues cuando todo vale por igual, entonces nada vale más que nada, y en consecuencia todo 'me vale'. La tolerancia, pues, no es el 'allá cada cual con su rollo', ni inhibición, indiferencia, permisivismo, pasar de largo, o relativismo que dicen así: 'si ellos piensan que tienen razón, ¿quién soy yo para decir que no la tienen?' Semejante relativismo impide la existencia de un ideal de perfección humana compartido, lo cual permite por contrapartida que las transgresiones queden impunes.

Evidentemente, puede haber tolerantes sensatos o tolerantes insensatos, pero ni siquiera el más insensato de los tolerantes puede permanecer al margen de la deliberación, como tampoco rehusar la argumentación moral. La tolerancia insensata suele ser bien recibida por los beneficiados tratados como niños malcriados, aunque a la larga los efectos de ese tolerarles todo puedan ser desastrosos para ellos mismos.

Ahora bien, junto a la tolerancia insensata está la intolerancia insensata, la cual es la otra cara de la misma moneda (la moneda de la insensatez). La diferencia consiste en que la intolerancia insensata aduce malas razones para imponer prohibiciones, mientras que la tolerancia insensata se apoya en malas razones para aumentar el campo de lo permitido.

El verdadero tolerante debe poseer 'competencia deóntica', o sea, estar en condiciones de poder prohibir, ya que carece de sentido decir que 'tolero el mal tiempo', toda vez que ningún humano carece de competencia sobre el mal tiempo, simplemente lo soporta o lo padece porque no puede hacer otra cosa. Tampoco puede decirse que se 'tolera' la libertad de cultos, sino que ella es un derecho de todo ciudadano y nadie puede considerarse competente para concederla o no.

En segundo lugar, el tolerante debe establecer lo que es bueno y lo que es malo; así las cosas, lo tolerado es algo malo, una carga que soporta: se tolera lo negativo, una mala jugada, un insulto, se aguanta a los demás y a sus obras, conforme al principio estoico 'soporta y abstente'. En efecto, el tolerante podría prohibir lo malo, pero decide dejarlo en el ámbito de lo permitido. Ahora bien, como ya hemos dicho, su acto de tolerar no es mero resultado de la inhibición, la indiferencia, el aburrimiento fastidioso, la distracción.

Además, la tolerancia sincera implica buena disposición o buena voluntad ante algo que nos desagrade: a mayor desagrado, mayor buena voluntad, hasta donde sea posible. En el límite, la tolerancia se convierte

por ello en virtud heroica. Por otra parte, la tolerancia más profunda no es una actitud meramente pasiva, sino activa y propositiva: el ejemplo, la disciplina y la exigencia en el cumplimiento de los deberes definen la conducta deseable. Respetar a otro es volver la vista atrás para mirarle benignamente (*respicere*), sin renunciar a la tarea educativa de ayudarlo a ser de otra manera mediante la corrección y la exigencia, con la confianza de que puede lograrlo; exigir el cumplimiento de los deberes no es ser intolerante, sino respetuoso con las personas cuya perfección ideal se busca. Para que esto se dé, el tolerante tendrá un ideal de perfección que todo ser humano está obligado a tratar de alcanzar, pues si no existiera una meta ideal de perfección, no se podría hablar de progreso cívico ni moral; dicho de otro modo, si se parte del relativismo ético, se impone la tolerancia inhibidora que lleva al permisivismo y a la no educación en valores.

Por último, es precisamente el respeto a la persona el que puede llevarnos a no respetar sus opiniones si éstas son delirantes o gratuitas. Pues la tolerancia no debe ser la medida de la ética, sino la ética la medida de la tolerancia. Del mismo modo, la tolerancia tampoco debe desconectarse de la verdad: ningún respeto debe darse ante la mentira o el error. Entonces podemos alargar la afirmación 'odia el delito, compadece al delincuente' en esta otra: 'sé intolerante con el mal, acogiendo al malo'. Debemos, pues, luchar contra la falsa compasión, es decir, contra ese chantaje emocional que mete en el mismo saco al mal y al malo. No. Lo intolerable no puede ser tolerado en modo alguno, antes al contrario el amor al bien exige no tolerarlo, pues de lo contrario quien tolera lo intolerable hace imposible el bien y por ende se convierte en su enemigo intolerante.

Si el tolerante condesciende con aquello, o disimula aquello que estaría en condiciones de poderlo imponer desde arriba, entonces nos encontramos en la tolerancia vertical, la cual a su vez puede ser privada o pública, y en este último caso aplicable a todos por igual. Pero, como la tolerancia pública total conduciría a la eliminación de toda regulación, no se puede tolerar lo que amenaza con destruirla, a saber, la intolerancia del fanático, del totalitario, o del terrorista. Por su parte, la tolerancia privada sí puede ser unilateral, en la medida en que yo puedo ser tolerante con otro, sin exigir su contrapartida o reciprocidad.

6.2. Ética cívica pública: máximos y mínimos

Pero la tolerancia, además de ser una virtud individual, deberá ser común, frente a las convicciones siguientes. El *confesionalismo* pretende

excluir de la vida pública a quienes no comparten las creencias religiosas imperantes, reduciéndolos a ciudadanos de segunda categoría, tal y como aún hoy se da en ciertos países islámicos. Por su parte el *laicismo*, en el extremo opuesto, niega al creyente el derecho a tener cualquier derecho a actuar en la vida pública, pretendiendo recluirle en la sacristía, como ocurría ayer en ciertos países comunistas.

Más allá de ambos extremos, la ética cívica postula la convivencia desde la pluralidad. Defendiendo el derecho a la libertad pública de expresión, religiosa o no. Es, por tanto, una ética laica, aunque no laicista (no hay que confundir lo laico con lo laicista). Es laica porque para orientar el quehacer personal y comunitario no remite expresamente a Dios, pero no es laicista porque tampoco lo niega expresamente, reconociendo la existencia de unos valores mínimos comunes a todos los humanos y compartiéndolos con ellos en un pluralismo no impositivo, sino dialogado y argumentado, aunque los unos defiendan el origen meramente humano de dichos valores asegurando que -si Dios existiese- los querrá porque son valores, y los otros por el contrario que son valores porque Dios los quiere.

En una sociedad pluralista y multicultural como la de hoy se trata de buscar al menos un acuerdo máximo en los 'mínimos' comunes a todos los humanos, sin por ello rechazar los 'máximos' que defiendan las religiones en sus respectivas iglesias, en la medida -eso sí- en que no se opongan a dichos mínimos éticos dialógicos.

Ética de mínimos

Las sociedades pluralistas y multiculturales buscan los 'mínimos de justicia' (de ahí su ética *deontológica*: referida al *deón*, a las normas jurídicas) que la humanidad ha ido concretando al hilo del tiempo hasta llegar a constituir los derechos humanos, a los cuales sería ya inmoral renunciar, razón por la cual se transmiten de generación en generación. Para ello hay que ver qué requisitos mínimos deben ser universalmente cumplidos por todos, creyentes y no creyentes, pues cuando estimo que algo es 'justo' no estoy expresando un sentimiento meramente subjetivo o grupal, relativo a mi cultura o circunstancia, sino que pretendo que lo tenga por justo cualquier ser racional que quiera pensar moralmente, esto es, que se sitúe en condiciones de imparcialidad y de universalidad, pues se intenta sumar y no restar, detectar cuáles son nuestros valores comunes a todos, también a todas las religiones, a saber: la no-violencia y el respeto a la vida ('jno

matarás!'), la solidaridad y la búsqueda de un orden económico justo ('¡no hurtarás!'), el compromiso por una vida veraz ('¡no mentirás!'), la igualdad de derechos entre varón y mujer ('¡no prostituirás ni te prostituirás!').

Éticas de máximos

Por su parte las éticas de máximos son éticas de felicidad (*agathológicas*: referidas al bien y a la autorrealización) e intentan ofrecer ideales de vida buena. Ahora bien, cuando tengo algo por 'bueno', por felicitante, no puedo exigir ni imponer que los demás lo tengan por bueno, porque ésta sí que es una opción subjetiva, aunque puedo aconsejar seguir su modelo, invitar a tomarlo como una orientación conductal. En consecuencia, se trataría de éticas religiosas: mientras en una sociedad pluralista los ideales de felicidad pueden ser distintos, no sucede lo mismo con las convicciones de justicia. Cuando tenemos algo por 'justo', nos sentimos impelidos a intersubjetivarlo, a exigir que los demás también lo tengan por justo, porque ciertamente existe una gran diferencia entre los juicios 'esto es justo' y 'esto me conviene', o entre 'esto es justo' y 'esto da la felicidad'. Si digo 'esto me conviene', estoy expresando simplemente mi preferencia individual por algo, pero si digo 'esto nos conviene' amplío la preferencia a un grupo, mientras cuando afirmo 'esto es justo' estoy confiriéndole un peso de objetividad que queda más allá de las preferencias personales y grupales: estoy apelando a modelos intersubjetivos que sobrepasan con mucho el subjetivismo individual o grupal. Decir que 'esto hace feliz' es, por contra, bastante más arriesgado, porque ¿quién se atreverá a decir que esto es lo que hace felices a todos los seres humanos, aunque parte de ellos se niegue a aceptarlo?

¿Significa todo esto que las religiones, y más en concreto el cristianismo, estarían de más? No, en absoluto: el cristianismo no es una ética de mínimos de justicia, sino una religión de máximos de felicidad. Aquellos le parecen irrenunciables, y se alegra por ello profundamente de que formen parte de la conciencia sociomoral de nuestro tiempo; pero tales mínimos no agotan el contenido de la religión cristiana, su viva y rica oferta. Es compatible ser creyente y ciudadano; fe y razón son bueyes de una misma yunta, sí, pero con dos niveles distintos de exigencia, niveles autónomos, ninguno de los cuales puede pretender absorber al otro, por eso ni la religión puede suplantarse a la moral civil, ni ésta sustituir a las religiones, jamás una ética de mínimos puede pretender ser un equivalente funcional de la religión. La ética cívica no entra en competencia con la

religión, porque no intenta ofrecer una concepción del hombre y de la historia desde la que iluminar la totalidad de la vida. Es más bien una instancia media, en la que muchas instancias últimas pueden coincidir y de hecho coinciden.

«Yo me pregunto, -afirma la profesora Adela Cortina- a las alturas de este siglo, qué de lo moralmente exigible en los mensajes de las grandes religiones puede indigestar a cualquier no creyente que se encuentre en la etapa posconvencional en el desarrollo de su conciencia moral, es decir, en esa etapa en que sabe distinguir entre las normas convencionales de la sociedad en la que vive y los principios morales universalistas, como puedan ser el kantiano ('obra de tal modo que trates a la humanidad, tanto en tu persona como en la de cualquier otro, siempre como un fin al mismo tiempo y nunca como un simple medio'), los principios supremos utilizados por actuales pragmatistas americanos ('todos los hombres merecen igual consideración y respeto'), o el principio de la ética dialógica ('una norma sólo será correcta si todos los afectados por ella están dispuestos a darle su consentimiento tras un diálogo celebrado en condiciones de simetría'). Qué puede decirle un creyente -me pregunto- a quien afirma que los hombres son fines en sí mismos, que merecen un trato igual, y que nadie puede decidir sobre ellos sin consultarlos, que pueda resultarle un vino 'intragable' por fuerte. Todos han aceptado ya, como una gran conquista, como una gozosa conquista, el reconocimiento de la dignidad de los hombres, y con sus formulaciones se proponen concretarla: han de ser tratados de modo igual, por decirlo con los pragmatistas; han de ser consultados cuando se toman decisiones que los afectan y tenidos en cuenta de un modo significativo, si queremos decirlo con la ética del discurso... Un creyente se encuentra 'en casa' en una ética cívica que defiende la libertad, la igualdad, la solidaridad, los derechos humanos de las tres generaciones y una actitud dialógica como la descrita; sólo que, desde su experiencia religiosa, son éstos los mínimos que él quiere asegurar desde los máximos: desde su vivencia de la paternidad de Dios y de la fraternidad de los hombres».

VIII POLÍTICA

1. LA JUSTICIA Y LA LEY

1.1. Teorías jurídicas contra la relación derecho-moral

Ciertos juristas han negado la relación moralidad-legalidad. He aquí algunos de ellos:

Hans Kelsen: lo legal al margen de lo moral. A Kelsen (1881-1973), jurista austriaco fundador de la 'Escuela de Viena', los enunciados morales le parecían carentes de justificación racional y científica, puramente subjetivos, por eso afirma que «la validez de un orden jurídico resulta independiente de su correspondencia o falta de correspondencia con cualquier orden moral» (*Teoría pura del derecho*). Una norma jurídica sólo le parece válida si ha sido creada de conformidad con un procedimiento previsto para otra u otras normas jurídicas válidas, las cuales a su vez serían válidas por la misma razón: porque una norma superior les habría conferido su validez. Ascendiendo así por la estructura jurídica, llegaríamos a una primera norma o Constitución, base de toda la pirámide normativa. La validez última de esta Constitución emanaría de su acatamiento generalizado y de la paz social por ella introducida: todo orden jurídico obedecido y aplicado resulta eficaz y válido.

Realismo jurídico: derecho es lo que hacen los juristas. También para los realistas jurídicos norteamericanos; para ellos, la ciencia del derecho sería simplemente la suma de las decisiones que adoptan los jueces y tribunales: aquel conjunto de conocimientos que nos permitiera predecir cómo actuarían jueces y tribunales a la vista del comportamiento de sus predecesores. Similar es la posición de Herbert L. A. Hart (1907), para quien no existiría conexión necesaria entre derecho y moral, a pesar de su común historia.

Alf Ross: emotivismo jurídico. Alf Ross (1889-1979), catedrático

co de derecho internacional en Copenhague, heredó de Kelsen una posición emotivista: hablar de justicia sería como dar un puñetazo encima de la mesa; cuando alguien dice que una situación no le gusta 'porque es injusta' lo que realmente quiere manifestar es que la situación en cuestión es injusta 'porque no le gusta'. La palabrería sobre la justicia podría asociarse incluso a una excesiva secreción de las cápsulas suprarrenales. En última instancia, pues, las normas jurídicas no serían sino mandatos acompañados de sanciones, es decir, reglas de conducta reforzadas por la coacción.

Jürgen Habermas: iusnaturalismo procedimental. Frente al derecho natural, que defiende la existencia de valores universalmente obligatorios en una sociedad pluralista, Habermas propone el iusnaturalismo procedimental: sólo los procedimientos para elaborar normas jurídicas deben atenerse a la moral.

1.2. Insuficiencia de la anterior posición

En nuestra opinión, si la justicia se ve desligada de su fundamentación moral queda sujeta a las circunstancias (históricas, sociales, políticas, etc) y cae en el relativismo: a diferentes circunstancias, diferentes sentencias. Frente a eso, el derecho debería ser (aunque demasiadas veces no lo sea) expresión de la razón moral universal para beneficio de toda la humanidad, y no sólo de los ciudadanos de los Estados particulares. Y esa razón moral universal ha sido reconocida en la Declaración Universal de los Derechos Humanos. El 10 de diciembre de 1948 se firmó en París la Declaración Universal de Derechos Humanos como ideal común por el que todos los individuos y pueblos deben esforzarse, a fin de que tanto los individuos como las instituciones, inspirándose constantemente en ella, promuevan mediante la enseñanza y la educación el respeto a esos derechos y libertades y aseguren su reconocimiento y aplicación universal y efectiva.

Esto no impide reconocer que resulta complicado encontrar una fundamentación última de dichos Derechos aceptable para todos; por ejemplo, para el Islam o para otras religiones derivan en última instancia de la Ley Eterna divina. Así que, ante la imposibilidad de encontrar una fundamentación común, pero ante la urgencia también de promulgarlos en beneficio de la humanidad, la sociedad ha ido elaborándolos con el curso del tiempo: «Durante una de las reuniones de la Comisión Nacional

francesa de la UNESCO, en la que se discutían los derechos del hombre, alguien se quedó asombrado al advertir que ciertos partidarios de ideologías violentamente antagónicas habían llegado a un acuerdo sobre la redacción de la lista de derechos humanos. Sí, contestaron, estamos de acuerdo con esos derechos con tal de que no se nos pida fundamentarlos» (Maritain: *El hombre y el Estado*).

2. LOS DERECHOS HUMANOS

Por derechos humanos se entiende la serie de prerrogativas que benefician a toda persona humana por el hecho de serlo, independientemente de circunstancias de tiempo, lugar, cultura, raza, sexo, religión, etc. Tales derechos no parten tanto de la realidad de lo que hoy se da, sino de lo que debería darse teniendo en cuenta el ideal de la persona humana. Tienen, por tanto, una irrenunciable base ética, de donde nace la realidad jurídica actual. Es decir, esos derechos se imponen como principio regulador de los diversos elementos que conforman el orden social y estatal.

Son derechos particulares, en cuanto que se refieren al sujeto humano. Pero al mismo tiempo son universales, imprescriptibles, inalienables, irrenunciables. Se trata, por tanto, de exigencias ideales que orientan hacia la realización más plena de la persona humana. En cuanto tales, son previos a la sociedad, pero su toma de conciencia y el proceso de determinación de sus significados concretos es histórico y social. Sus concreciones van mudando con el cambio de las necesidades humanas a lo largo de la historia. Desde esta perspectiva, en algún sentido son una realidad histórica, por lo que no basta con promulgarlos solemnemente sobre un papel, hay que lograr su vigencia en el día a día. He aquí, como muestra, los tres primeros: Artículo 1. «Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derecho y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente unos con otros». Artículo 2. «Toda persona tiene los derechos y libertades proclamados en esta Declaración, sin distinción de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición». Artículo 3. «Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona».

Suelen dividirse en:

Derechos humanos de primera generación

Los derechos humanos de la primera generación son las libertades civiles o 'libertades de' (libertad de conciencia, de expresión, de prensa, de asociación, de iniciativa económica, de trasladarse libremente dentro y fuera de un país, etc) y la 'libertad política' de participar en el poder político de la comunidad en que se vive, sea directamente, sea a través de representantes. Estos derechos son valores de libertad.

Y sin embargo pocas cosas habrán mantenido su esencia tan inalterada a través del tiempo como las violaciones y los atentados contra la dignidad humana. Ciertamente instrumentos e ingenios de tortura y de muerte no han faltado: desde el potro o el aplastacabezas hasta las descargas eléctricas o la administración de psicofármacos que alteran el dominio del cuerpo, va una serie de novedades históricas -aquí cuesta decir avances o progresos- y un mismo siniestro hilo de ignominia que aún no se ha roto ni mucho menos. Pero tampoco hacen falta demasiados instrumentos materiales para tan macabro fin, basta con utilizar como instrumentos a las personas mismas: torturar a los familiares más próximos en presencia del detenido, o incluso forzar a las víctimas a que tomen parte en la tortura de sus propios familiares, etc.

Derechos humanos de segunda generación

Los derechos humanos de la segunda generación se agrupan bajo la expresión 'libertades respecto de' o 'liberación' (liberación del hambre, de la necesidad, de la ignorancia, de la enfermedad, que sólo pueden lograrse satisfaciendo el derecho a la asistencia sanitaria, a la educación, a un medio de vida digna, a una cierta seguridad en casos de enfermedad, desempleo o vejez). Estos derechos son valores de igualdad, también denominados derechos económicos, sociales o culturales.

Derechos humanos de tercera generación

Los derechos humanos de tercera generación exigen aún más que los restantes la colaboración internacional (derecho a la paz, a un medio ambiente sano, etc.) y llevan al cosmopolitismo. Estos derechos son valores de solidaridad. Ejercidos, convertirían a las personas en ciudadanos cosmopolitas, y permitirían encarnar los valores de libertad, igualdad y solidaridad, que han de ser asumidos desde una actitud dialógica y no autoritaria.

3. EL ESTADO

3.1. Hipótesis sobre el origen del Estado

Según Thomas Hobbes (1588-1679) hubo un ‘estado natural’, el más desagradable de los imaginables, pues (contra lo que Rousseau diría luego) los hombres son malos fundamentalmente: todos tratan de conseguir su provecho, imponerse a los demás, y cada uno de ellos tiene motivos para temerse como lobos entre sí, reinando el crimen y la ‘guerra de todos contra todos’. Por ello, su instinto de conservación les habría decidido a formar un poder superior y común a todos, el moderno Estado pacificador.

John Locke (1632-1704) también parte de la idea de los hombres aislados; sin embargo, poseen la ley natural, que les pide conservarse a sí mismos y, dentro de sus posibilidades, apoyar la conservación de los demás. Cuando los hombres se ven impelidos a reunirse en una comunidad y a instaurar un poder estatal que nunca puede surgir más que por la libre voluntad de todos, lo único que pueden transferir son los derechos sobre los cuales ellos mismos disponían, pero sin constituir al nuevo Estado en poder arbitrario y despótico por encima de ellos: aún dentro del Estado el hombre sigue siendo portador de derechos inviolables. Un poder despótico sería irracional, de manera que si los hombres decidieron limitar su independencia fue sólo porque en el estado natural no podían ver suficientemente garantizadas la vida, la libertad y la propiedad.

Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) defiende también (al menos como ficción literaria en su *Contrato Social* de 1762) la existencia de una edad de oro en que las relaciones humanas fueron de sencillez, igualdad, libertad y felicidad, aunque bien pronto la codicia arruinó esa edad y, a fin de recuperarla, el hombre -a cambio de su libertad natural ya perdida- se subordina al poder y firma un contrato social renunciando al ‘estado de naturaleza’. Tras el contrato no pierde el hombre su libertad, sino que comienza a obedecerse a sí mismo, en la medida en que uno mismo otorga su conformidad a las leyes en cuya formación ha participado. Estamos en la ‘democracia directa’, la ‘voluntad general’ (lo verdaderamente común a las voluntades individuales) y la ‘voluntad de todos’ (los intereses particulares). Ciertamente, ni el consenso ni los acuerdos alcanzados satisfarán a todos, y puede que sean injustos para algunos, por eso el diálogo constructivo no rehuye el conflicto, pero lo civiliza.

El Estado moderno, surgido del Estado estamental de los siglos XV

y XVI, es la suma de Corona y de estamentos (nobleza, clero, municipios, raramente la clase campesina, después la burguesía mercantil e industrial) que constituirán a partir de ahora la Administración y controlarán las finanzas del Estado: príncipe y estamentos coexisten con igual rango y con derecho propio. Si originariamente los estamentos quedaban obligados a prestar al Príncipe *auxilium et consilium*, ahora el Príncipe les concede poder coactivo para acabar con los poderes feudales; más aún, los estamentos podrán frenarle allí donde el soberano se incline a la tiranía y al despotismo. Sin embargo, durante los siglos XVII y XVIII resurge el Estado monárquico absoluto, imponiéndose paulatinamente sobre los estamentos mediante la centralización, la administración burocrática, el ejército unitario y la Universidad, todo lo cual queda patente en la *Filosofía del Derecho* de Hegel (1821), obra que expresa la moderna 'razón de Estado' y del Estado de derecho.

3.2. El Estado de Derecho

El Estado es el conjunto de entidades y organizaciones que ejercen el poder político sobre los ciudadanos asentados en un determinado territorio. Es esa parte de la organización total de una sociedad que se preocupa del mantenimiento o del establecimiento del orden social dentro de un marco territorial mediante el ejercicio organizado de la autoridad coactiva a través del uso, o de la posibilidad de uso, de la fuerza física. Max Weber lo define como «institución política de actividad continuada, cuando y en la medida en que su cuadro administrativo mantenga con éxito la pretensión del monopolio legítimo de la coacción física para el orden vigente». Sus caracteres son:

Imperio de la ley: Administración sometida a la ley, que expresa la voluntad general a través del sufragio universal, libre, secreto, e igualitario (todos los votos tienen el mismo valor).

División de poderes: según Rousseau «el más fuerte nunca lo es suficientemente para mantener siempre su dominio, si no sabe transformar la fuerza en derecho y la obediencia en deber», por eso el poder sólo debería concedérsele a quienes no lo adorasen. Como la concentración de poder en una sola instancia resulta demasiado peligrosa, Montesquieu (1689-1755) propone la división de poderes:

- *Legislativo:* las leyes las vota el parlamento a través de los representantes populares elegidos.

- *Judicial:* los jueces administran justicia, incluso juzgan al ejecutivo.

- *Ejecutivo o gubernativo*: gobierna el partido (o partidos) que en elecciones generales más votos obtiene por sí sólo o en coalición. El Gobierno responde de sus acciones ante el Parlamento, que no sólo podrá perseguir por delitos al jefe de Gobierno y a sus ministros, sino también exigirles responsabilidades políticas hasta hacerles incluso dimitir (en las monarquías parlamentarias el rey no responde de sus acciones ante el Parlamento, pero -por esta misma razón- el rey pierde sus prerrogativas, que pasan al Gobierno, de ahí el aserto 'el rey reina, pero no gobierna').

3.3. El Estado mínimo neoliberal

El neoliberalismo está en contra de un Estado que ejerza el principio de subsidiariedad ayudando a las empresas privadas en crisis con subvenciones, exenciones tributarias e impositivas, desgravaciones, ayudas de régimen arancelario, etc; acostumbrados al parasitismo los subsidiados por él, podría llegar el día en que el mismo Estado terminase endeudándose. Por eso los neoliberales postulan el desmantelamiento de todo Estado subsidiario, postulando en su lugar un 'Estado mínimo', limitado a garantizar el cumplimiento de los contratos (sin Estado no hay mercado) y del orden público. Más lejos aún han ido los *libertarian* (F.A. Hayek y R. Nozick) que defienden la eliminación radical del Estado e incluso de sus normas jurídicas

Lo que ocurre es que las bases teóricas del neoliberalismo son discutibles. En efecto, tras doscientos años de capitalismo sabemos que el mercado no se autorregula, es decir, no produce una justicia preestablecida y objetiva, sino que conduce a una distribución antisocial de la riqueza creada. Y los primeros que lo saben son los economistas neoliberales: la Comunidad Económica Europea (CEE) subvenciona a los prósperos agricultores franceses, alemanes y belgas, cuyos productos son vendidos por debajo del costo de producción (*dumping*), compitiendo así deslealmente con los exportadores tradicionales de Latinoamérica, los cuales deben vender sin subvenciones. ¿A quién beneficia, pues, el Estado mínimo postulado por los neoliberales? A los más pudientes.

¿Entonces hay que decir que el Estado es un mal despilfarrador, esclerótico, endeudado y al servicio del gobierno de turno? Sí y no. Desde luego, el liberalismo busca la socialización de las pérdidas (que pague el Estado) y la individualización de las ganancias. Si le hiciéramos caso, ¿qué empresa capitalista se haría cargo de los servicios no rentables en aquellos campos en que la vida humana necesita ser defendida, a saber, salud,

vejez, enseñanza, comunicaciones con los núcleos rurales, etc., todos ellos bienes básicamente necesarios? Desmantelar ese mínimo para entregarlo sin ninguna contrapartida al neoliberalismo mercantilista sería como dictar sentencia contra los humildes. Así pues, y a pesar de todos los pesares, no podemos hoy tomar en serio la desaparición radical del Estado predicada por anarquistas, socialdemócratas (desaparición de las clases estatales por medio de la democracia parlamentaria), o leninistas. «El Estado es un producto de la sociedad cuando llega a un grado de desarrollo determinado; es la evidencia de que esa sociedad se ha enredado en una irremediable contradicción consigo misma y está dividida por antagonismos irreconciliables. La sociedad, reorganizando de un modo nuevo la producción sobre la base de una asociación libre de productores iguales, enviará toda la maquinaria del Estado al lugar que le corresponde: al museo de antigüedades, junto a la rueca y al hacha de bronce». (F. Engels: *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*).

Desde luego, cada comunidad tiene el Estado que se merece, y un pueblo corrupto tendrá un Estado-pirámide de sacrificios. Ahora bien, ¿por qué los Estados son tan ‘malos’ si los individuos son tan ‘buenos’; quién vota a gobernantes tan malvados y estúpidos; por qué los Estados democráticos son tan ‘insensibles, reaccionarios y aviesos’ cuando la sociedad civil es tan ‘sana, inteligente y abierta’; por qué los buenos son tan torpes y débiles para dejarse gobernar así por los más fuertes o los más listos? Cada cual se autoexime de su responsabilidad: el único culpable parece ser el Estado, es decir, los demás, los otros, en definitiva nadie. Aunque estas palabras escuezan deberemos pensarlas seriamente, pues no vale eso de ‘ellos desde el Estado están obligados a dar testimonio’: ¿acaso yo no? ‘Yo pagaré mis impuestos después de que todo el mundo los pague’, y sólo entonces’: ¿no es esto buscar una coartada para no pagar, aferrándome al mal ejemplo ajeno? Sin embargo, ¿por qué reivindicó mis deberes sin esperar a que lo hagan todos los otros? ‘Todo el mundo malversa fondos públicos’, pero ¿no despilfarro yo en mi casa agua, luz, etc., aunque lo pague? Una sociedad sólo se mejora cuando cada ciudadano mejora.

La sociedad civil, compuesta por ciudadanos, sólo superará los defectos del Estado cuando madure en autogobierno desde las comunidades libres e iguales participando responsablemente en la realización de la tarea común. Hay que trabajar por una sociedad civil fuerte, viva, articulada, culta, ética, pues la liberación de la sociedad civil es cosa de la sociedad civil misma, y no cabe esperarla del Estado cual concesión gratuita de éste. Hoy lo común son Estados fuertes con sociedades débiles, o países

donde ni el Estado ni la sociedad civil son fuertes, como en las repúblicas bananeras, pero la tarea es convertirse en países con sociedad civil dotada de gran capacidad de organización, de motivación y de acción colectiva, con un Estado fuerte y bien articulado para recoger los recursos y ponerlos al servicio de la sociedad.

4. LA DEMOCRACIA

4.1. Peor la dictadura

Si no cabe esperar siempre buenas leyes ni justicia de los Estados donde reina la democracia, menos aún de las dictaduras: no hay dictadura buena. La justicia sin la fuerza, como la fuerza sin la justicia, constituyen dos grandes desgracias, sin embargo los dictadores olvidan que gobernar es pactar y que pactar no es ceder, sino saber rectificar; creyéndose incorruptibles, piensan que son tan difíciles de cambiar como los billetes de banco de un millón, y hasta fusilarían a quien se atreviese a decirles a la cara que una papeleta de voto es más fuerte que una bala de fusil. Sin embargo, nunca se entra en un corazón por la fuerza, nadie puede ser llamado señor de otro por fuerza, tirano sí; por la fuerza un rey puede hacer un noble, pero no un caballero. La fuerza tiránica sólo es capaz de hacer esclavos en torno a sí, el tirano hace a los esclavos, y los esclavos que aceptan su esclavitud hacen al tirano. En dictadura, la gente, en lugar de pensar, recita, y en lugar de caminar, reptar; pero el dictador vive siempre amenazado, pues a muchos ha de temer quien es temido por muchos. Gobierno tiránico es aquel donde el superior es vil, y los inferiores envilecidos; gobierno bueno, aquel que hace felices a los gobernados y atrae a los que viven lejos; gobierno mejor es el que enseña el autogobierno; gobierno óptimo, aquel que se hace superfluo. Moraleja: los gobiernos son velas; los pueblos, el viento; el Estado, la nave; el tiempo, el mar; y ellos, el lastre.

La democracia es ese sistema político en el que, según Churchill, cuando alguien llama a la puerta de la calle a las seis de la mañana, se sabe que es el lechero, y siempre es mejor encontrarse con el lechero que con un encapuchado armado. Pero tampoco es la democracia una sociedad de ángeles, sino un método para convivir civilizadamente, el peor régimen excluidos los demás: siendo el menos malo, dista de ser el óptimo. Se puede estar más o menos críticamente en favor de la democracia, bajo

cuyas capas se esconden demasiadas espadas, pero nunca fuera de ella. Como dijera Alexis de Tocqueville (1805-1859), «la democracia no da al pueblo el gobierno más hábil pero hace lo que el gobierno más hábil es frecuentemente incapaz de crear: expande en todo el cuerpo social una inquietante actividad, una fuerza sobreabundante, una energía que no existe jamás sin ella y que, por poco que las circunstancias sean favorables, puede hacer maravillas». En todo caso, verdadera democracia será verdadero humanismo, es la democracia la que permite al hombre libre surgir, pero es el hombre libre quien permite a la democracia durar.

Pero la paradoja de la democracia es que los únicos que la permiten no son capaces de garantizarla por siempre. ¿Qué pasa cuando la democracia lleva al poder a quienes no son demócratas, se ilegaliza a los antidemócratas? Si no se hace así, se corre el riesgo que éstos acaben con la democracia misma, pero si se les ilegaliza ¿no se vive ya de alguna manera fuera de la democracia pura?, «¿debe considerarse democrática la elección de quienes perseguirán a las minorías, impedirán los derechos de numerosos ciudadanos o impondrán una forma inapelable de creencias y conducta, siempre que hayan llegado al poder legalmente? La respuesta, a mi juicio, es rotundamente negativa. Las decisiones democráticas son mayoritarias, pero no toda decisión mayoritaria es democrática. Ninguna mayoría tiene derecho democrático a votar a favor de la sumisión sin derechos de las minorías o para imponer la desigualdad política por razón de creencias, sexo, clase social, etc. En realidad, ni siquiera pienso que un demócrata radical puede considerar aceptable la pena de muerte. La autonomía del individuo, base del proyecto democrático, exige que nadie sea identificado irreversiblemente con sus acciones malas o buenas» (Fernando Savater: *Diccionario filosófico*).

4.2. La democracia, gran desafío moral

La democracia es un desafío que nos incumbe a todos. Sin embargo, muchos marginados y desarraigados ni siquiera llegan a plantearse el orden democrático, pues bastante tendrán con sobrevivir cada día. Otros, si bien no tan pobres económicamente, se encontrarán tan desestructurados, que difícilmente lograrán emerger del fondo oscuro de su caverna: alcoholizados, deprimidos, etc. Un tercer grupo de inhábiles democráticos lo componen aquellos egoístas que entienden al 'prójimo' como aquél cuyo parpadeo les molesta. Finalmente, tampoco aportarán mucho a la causa democrática los pesimistas pasivos. Entonces ¿para quién es el

reto de la construcción de una convivencia social democrática? Para la gente capaz y de buena voluntad, para aquellas personas que quieran tratar y ser tratadas como tales.

La democracia no es sólo un régimen político concreto, sino también una forma de vida que, a través de evoluciones sucesivas, va traduciéndose en una peculiar relación entre el hombre, la sociedad y el Estado. Término griego introducido por Herodoto, significa etimológicamente ‘poder popular’. La célebre Oración Fúnebre de Pericles, considerada como la primera herencia teórica de la democracia ateniense, denomina al régimen de Atenas ‘democrático’ ‘por no depender del gobierno de pocos, sino de un mayor número’. Allí, al menos, todos los ciudadanos son iguales en cuanto a su derecho a hablar en la asamblea (*isagoría*). Su correspondiente latino es *res publica*, cosa pública. El protagonista de la democracia es el pueblo, de ahí que se la haya definido como ‘gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo’, antítesis del despotismo ilustrado (‘todo para el pueblo pero sin el pueblo’), como de la ‘democracia censitaria’ o selectiva, propia de la tradición francesa anterior al 1789. Rousseau pensó la democracia perfecta para los pequeños cantones suizos, donde casi todos los ciudadanos se conocen y donde basta con agitar la campana para convocar a todos en asamblea: la mejor democracia directa sería aquella que sin mediadores ni representantes eligiesen todos y cada uno de los ciudadanos contemplando sin mediaciones el rostro concreto del convecino (quizá las nuevas tecnologías informáticas favorezcan la vuelta a los orígenes).

Como escribiera Emmanuel Mounier (1905-1950), «la democracia se define por el control: es doctrina de campesino desconfiado. El pueblo no elige competencias o poderes para sí mismo, sino controladores para vigilar las competencias de las élites. El pueblo sabe que con eso las molesta, pero se dice a sí mismo que evitando poner cada día una piedra nueva en la Bastilla no tendrá que demolerla luego. Por eso desconfía también del ciudadano que, por así decirlo, queriendo abusar contra sí mismo por su propia debilidad, se entrega voluntariamente a un amo». Control antes, durante y después.

Hay que perderle miedo al disenso, sobre todo teniendo en cuenta que muchos consensos no son sino mayorías de opinión que pueden resultar enteramente falsas y moralmente repugnantes: la ley del número llevó democráticamente a Hitler al poder.

Democracia: poder popular

En democracia rige la ley del número, y no necesariamente la ley de los mejores; gobierna el más votado, aunque sólo sea por un solo voto, aunque en las democracias no consolidadas se recurra al voto del miedo ('habrá caos poselectoral si mi partido no triunfa por amplio margen'), lo cual no sólo constituye una incitación al fraude, sino una grave vulneración de los derechos humanos.

El abstencionismo es enemigo de la democracia, que no es un sistema de fugas o de renunciaciones. Un hombre un voto, primero; un hombre un control, después. Se es responsable antes de las elecciones, durante las elecciones y después de las elecciones. Practica la democracia el responsable, el que responde lo mejor posible, no con el voto avestruz (cuando votas escondiendo la cabeza sin ver los problemas), ni con el videovoto (si votas por el candidato más fotogénico, por el partido que gasta más en publicidad), ni con el voto borrego, ni con el voto corazonada ('me late que este gallo es el bueno'), ni con el antivoto ('los políticos son una basura', 'este país no va a cambiar'), porque las cosas tenemos que transformarlas entre todos. De la democracia, ciertamente, no hay que esperar más de lo que puede dar, pero tampoco menos. Por tanto, rechazamos frases manidas que sólo atraviesan palos entre las ruedas del carro cuando definen a la democracia como 'soberanía del innoble', 'arte de hacer oprimir al pueblo por el pueblo en interés del pueblo', 'vicio de unos cuantos puestos al alcance de la mayoría', 'derecho de cada uno a ser su propio opresor', 'yo soy igual que tú, pero tú no eres igual que yo', etc.

La democracia moral

En democracia se ejerce el arte adulto (niños y locos no votan) de la 'desconfianza activa': el pueblo no sólo pone en marcha mecanismos institucionales que impidan cualquier fraude, sino que los controla día a día, recordemos que 'democracia' significa 'poder popular permanente'. El voto no es una fulguración inmediata en medio de una tormenta, sino la condensación de una vida vivida día a día, por eso es un cotidiano 'plebiscito' (ejercicio de poder de la plebe, del pueblo).

En la democracia moral un solo voto permite gobernar al ganador, porque cada voto es fin en sí mismo, y quien viola un voto lesiona a toda la humanidad, del mismo modo que quien apalea a un niño apalea a todo

lo humano que hay en cada miembro de la humanidad. Por eso el demócrata moral derrotado continuará oponiéndose hasta la victoria final, pero no se acogerá a su condición de perdedor por escaso margen para dar un golpe de Estado. Nada de abandonar, maldecir o no reconocer el triunfo ajeno. En la democracia moral se sabe perder, y no sólo ganar; hay que aprender a perder numéricamente si se quiere ganar moralmente algún día, el día de la verdad. Para el demócrata moral, si triunfa el adversario hay que seguir trabajando, cada cual con los medios a su alcance, por eso hay que prepararse mucho. En fin, hace falta estudio, generosidad y autoorganización: cogestionar los órganos autónomos municipales (empresas, patronatos...), asesorar y apoyar las asociaciones (referendos de iniciativa popular...), elaborar y desarrollar reglamentos, etc. Para eso hacen falta maestros no maltratados (todos los candidatos a presidentes de la República no sumarán ni medio mientras los maestros anden apaleados) y conversión del corazón. La democracia no es la revolución por decreto, la impaciencia es la enfermedad de los totalitarios. Con paciencia laboriosa, donde hubo esclavos crecen ciudadanos libres, gentes que recuperan esa memoria de humanidad con la que todos venimos al mundo, lo que todos sabemos por el hecho de ser hombres.

Si la democracia numérica se vive como un derecho, la democracia moral se vive como un deber, un deber que yo me impongo con alegría, porque es la oportunidad de construir un mundo mejor cuidando de los demás: por ejemplo, procurando que se tapen las alcantarillas a las que le falta la tapa, (¡y las hay con verdadero peligro de muerte!), a fin de que no puedan caer en ellas niños, ciegos, o cualquier viandante. Eso lleva molestias, tiempo, etc. Los grandes maestros de humanidad democrática han procedido así. La democracia moral, decimos con Charles Péguy (1873-1914), es la organización sistemática del amor, de la buena educación, de la ayuda mutua, y que se basa en la convicción de que existen extraordinarias posibilidades en la gente ordinaria si se llena de libertad la igualdad y de igualdad la libertad. La clásica frase 'un hombre un voto' poco vale en Brasil, por ejemplo, cuando sólo pagan impuestos 7'5 millones de personas frente a 75 millones de votantes, con lo que se muestra que existen millones de ciudadanos con capacidad electoral que no son más que ciudadanos de segunda clase.

4.3. La democracia representativa

Según Benjamin Constant (1767-1830), «el sistema representativo es un poder otorgado a un determinado número de personas por la masa

del pueblo, que quiere que sus intereses sean defendidos y que, sin embargo, no tiene tiempo para defenderlos siempre por sí misma» (*De la libertad de los antiguos comparada con la libertad de los modernos*). En democracia todos pueden votar para elegir y controlar a sus representantes, gracias al sufragio universal: 'un hombre, un voto'. Ahora bien, los electores no gobiernan directamente, sino que eligen a unos delegados, diputados, representantes o compromisarios organizados en partidos políticos. Esta elección se puede repetir cuantas veces se quiera, dando lugar a sufragio indirecto de segundo, tercero o séptimo grado, procedimiento de elección de compromisarios o representantes-gestores, en los que delega. Esto significa aceptar, como hizo el elitismo, que la democracia es el gobierno querido por el pueblo y no el gobierno del pueblo. Sin embargo, la individualización de los deberes en un sistema democrático requeriría un notable esfuerzo de responsabilidad personal, que no puede subrogarse.

Paradójicamente, dadas las distancias entre las minorías y las masas, los representantes electos del pueblo terminan erigiéndose en élite privilegiada: elegidos para eliminar privilegios pasan a ser unos privilegiados. En ese caldo de cultivo surgen fenómenos de corrupción y de desencanto. La democracia formal (teórica) dista entonces mucho de haber alcanzado su condición de democracia real, y se oyen voces afirmando que la política es el arte de: obtener dinero de los ricos y votos de los pobres para proteger a unos de otros; servirse de los hombres haciéndoles creer que se les sirve a ellos; hacer marchar del brazo la verdad y la mentira de modo que quienes la vean no sepan cuál es la mentira y cuál la verdad; oprimir al pueblo por el pueblo en interés del pueblo; hacer a los otros lo que no quisiéramos que nos hicieran a nosotros; no hacer felices a los hombres, sino depravarlos para oprimirlos; si el arte de la guerra es el arte de destruir a los hombres, el de la política es el de engañarlos...

5. PLURIPARTIDISMO: ¿PERVERSIÓN DE LA DEMOCRACIA?

5.1. La corrupción se institucionaliza

Ciertas democracias degradadas son conflictos de intereses disfrazados de lucha de principios. Las malas políticas de los malos políticos les llevan a pensar únicamente en la próxima elección, pero si fueran estadistas deberían trabajar para la próxima generación. Campañas y propagan-

das electorales instrumentalizadoras, insultos, consideración de la política como un mercado, suelen dar lugar a un tipo de actuación partidista atrapaalotodo (*catch-all-party*) que pone en tela de juicio la fecundidad de los partidos para construir el bien común: cierto parlamentario joven e inexperto fue enviado por su partido en el poder a presentarse como candidato a diputado a su Estado natal. La noche de las elecciones esperaba en su hotel los resultados, cuando se le presentó un funcionario electoral: 'Licenciado, ¿con qué porcentaje de votos quiere ganar?' En un mitin electoral fue tal el número de acarreados llevados en autobús que, temiendo que se pudieran volver a sus casas, les regalaban un par de zapatos a cada campesino llegado al recinto; lo asombroso fue que un zapato se lo daban al inicio del mitin y el otro al terminar.

La mala política falta a la razón de ser de la democracia, que es la ejemplaridad, hasta el extremo de que algunos se preguntan: ¿para qué votar?, ¿para qué afiliarse?, ¿no son todos los partidos iguales, no van todos a la búsqueda del poderío?, ¿no promueven discurso universal mientras propician su política particular?, ¿no hablan en nombre del pueblo mientras se buscan sólo a sí mismos?, ¿no es el suyo un discurso hipócrita, que se refleja en el establecimiento de dos programas, uno máximo-electoral y otro mínimo-real o incluso ínfimo-real?, ¿no se dice que las promesas electorales de los partidos están hechas para no ser cumplidas?, ¿no forman los políticos una casta?, ¿no habría que olvidarse de los partidos, porque ellos se olvidan de los votantes? He aquí algunas situaciones reprochables:

Privilegios deshonestos. Los gobernantes se autoconfieren prebendas, regalos, impunidad política, etc.

Partitocracia o prepotencia de los grupos parlamentarios. Según se van consolidando los partidos y adquiriendo preponderancia social, la necesidad de mostrar una imagen de unidad interna, de racionalizar los recursos o las estrategias, de codearse con las élites de las organizaciones públicas y/o privadas, son factores que habrán de incidir más de la debida cuenta en la tendencia a la centralización y burocratización de los grupos parlamentarios dentro de los respectivos partidos, verdaderos poderes monopolísticos.

Burocratización. Cuanto más poder gana el partido, sus propios miembros devienen simples gnomos limitados a obedecer la orden de su *speaker* o portavoz, de suerte que los 'ilustres representantes de la nación'

se pasan la vida apretando el botón según órdenes superiores indiscutibles: son los diputados-llave, porque se limitan a manejar la llave del tablero electrónico donde aparece reflejado su voto.

Contaminación de lo público y lo privado. Se mezclan los gestores de la cosa pública y los empresarios privados, los cuales pactan directamente con el Estado las condiciones económicas que les resultan más beneficiosas, dándose trato de favor y todo tipo de exenciones a los inversores con gran poder económico (por ejemplo, cuando dos bancos desean fusionarse exponen primero sus intenciones al Ministerio de Economía y Hacienda y pactan con él las condiciones de la fusión proyectada, obteniendo asombrosas ventajas fiscales, por otra parte nunca del todo conocidas por el común), mientras a los ciudadanos corrientes se les fríe a impuestos.

Estado en la sombra. La internacionalización del capital y la eliminación de las fronteras permite a los plutócratas la posibilidad de imponer condiciones para el establecimiento de sus capitales en tal o cual país por ellos elegido, de suerte que si no obtienen privilegios desorbitados amenazan con irse a otros países, lo que con frecuencia fuerza a los Estados más pobres a claudicar: la democracia se supedita a la plutocracia, que pasa a ser el Estado real dentro del Estado apariencial.

Opacidad. Se falta a la transparencia financiera de los cargos electivos, con lo cual se vive en una permanente situación de desconfianza y de sospecha. Se distribuyen al antojo de unos pocos los fondos reservados (fondos sin fondo, fondos con doble fondo, fondos para pagar pistoleros y terroristas de Estado, fondos para premiar corruptelas) que deberían ser transparentes, y así las zonas de opacidad del Estado crecen junto con la impotencia y el sentimiento de encontrarse maltratadas de las masas populares, cuyas cuentas por contrapartida se quieren absolutamente limpias, claras y transparentes.

Judicialización de la vida parlamentaria. El parlamento se judicializa hasta el extremo de estar un día sí y otro no en el banquillo de los acusados, al final nunca castigados: mala forma de convivir. Entonces se da el siguiente ritmo: surge el escándalo/ le sigue una reacción autodefensiva: todo es una campaña urdida por presuntos complots universales/ viene el turno de las comisiones investigadoras, de las que no se saca nada en

claro, con olvido del escándalo/ y vuelta a empezar/. Lo que ocurrió tiene carácter excepcional e infrecuente cuando el nuevo gobierno llega al poder/. Más tarde se convierte en zona franca, autopermisiva, aliviadero de tensiones/. En adelante se hace razón de ser del gobierno, que necesita defenderse a sí mismo/. Como no hay mejor defensa que un buen ataque, pasa a la acción deviniendo elemento multiplicador de violencia (bandas parapoliciales, fondos reservados para pagar cómplices, etc.)/. Y vuelta a empezar.

Infidelidad al votante. La tendencia a la conquista de un espacio electoral lo más amplio posible ha flexibilizado la posibilidad de llegar a acuerdos poselectorales entre distintos partidos, al tiempo que ha disminuido buena parte de los aspectos innegociables de los programas respectivos, produciéndose tras las elecciones alianzas morganáticas impresentables, coaliciones que en sí mismas constituyen un atentado contra la lógica, transfuguismos de toda laya (¿cómo se permite la fuga de un diputado a otro partido si no recibió los votos para ello?, ¿a quién pertenece el acta de diputado, al votante o al votado?, ¿qué grado de autonomía se le supone al votado para hacer lo que quiera con los votos emanados de las urnas?, ¿quién controla al votado?), lo cual desacredita a ‘sus señorías’.

5.2. Medidas contra la corrupción

Si nada hay perfecto, todo es mejorable. La solución contra la corrupción de los partidos no es su eliminación, sino su mejora. En el marxismo-leninismo clásico constituía un dogma indiscutible la así denominada ‘democracia de partido único’, pero si es democracia no es de partido único, y viceversa. Los partidos son un instrumento modesto; echando meramente un papelito en una urna cada cuatro años no se construye una sociedad cualitativamente mejor. Pese a todo, he aquí algunas medidas tendentes a potenciar su credibilidad:

Democratización interna. Reconocer la existencia de corrientes internas, de tradiciones culturales diferentes, con el fin de que haya diálogo en el interior de cada partido. Flexibilizar las estructuras de los partidos; reducir sus órganos; establecer una rotación de los altos cargos. Utilizar consultas internas en temas de trascendencia política. Definir los derechos del militante. Luchar contra la disciplina ciega del político respecto al partido para que pierda su carácter de funcionario de

partido. Tener en cuenta a las bases (militantes) a la hora de elaborar las candidaturas electorales.

Control de la financiación. Velar por la transparencia del sistema de financiación de los partidos con el fin de evitar las corruptelas. Someter la financiación privada al principio de publicidad y exigir la identificación de quienes hacen donaciones de cierta cuantía. Limitar drásticamente los gastos electorales, especialmente en momentos de crisis económica. Regular estrictamente los procesos de privatización de empresas públicas con el fin de impedir que su paso a manos privadas produzca beneficios económicos ocultos, respetar las adjudicaciones y limitaciones de obras en materia de construcción.

Lucha anticorrupción. Supresión de la inmunidad parlamentaria, privilegio en virtud del cual se necesita la previa autorización de la cámara legislativa para procesar y detener a uno de sus miembros. Su razón de ser es evitar la instrumentación política y partidista de una acusación penal. Hoy este privilegio se halla en franca decadencia en muchos países, al haberse utilizado a menudo para no castigar hechos delictivos y para desautorizar la voz de los tribunales; aquello que históricamente nació como una garantía institucional se ha transformado así en privilegio antidemocrático y personal. Por ello, el parlamentario de un Estado democrático implicado en un presunto delito ha de ser juzgado como un ciudadano civil cualquiera, por eso la mejor garantía para impedir la utilización política del procesamiento o detención de un parlamentario es la independencia de jueces y tribunales. En cambio se ha de fortalecer la inviolabilidad parlamentaria, es decir, la no responsabilidad por opiniones y actos en el ejercicio de la función parlamentaria.

Desincentivación de la política profesional. Poner un límite a la renovación de los mandatos, empezando por el Presidente del Gobierno; impulsar un sistema sólido de incompatibilidades que incluya también a los cargos de confianza; impedir que, terminado su mandato, los parlamentarios, ministros y altos cargos ocupen lugares de importancia, ya sea en el sector público o en el privado; revisar el sistema de atribución de sueldo a los parlamentarios, todo eso sería un buen ejemplo para los ciudadanos. En una sociedad donde el trabajo es retribuido según las leyes del mercado, resulta intolerable que los parlamentarios sean el único estamento que se asigna a sí mismo el sueldo.

IX TRASCENDENCIA

1. LAS INEVITABLES PREGUNTAS ÚLTIMAS

¿Por qué morimos? ¿Nos espera algo o alguien después de esta vida? ¿Qué, quién entonces? ¿Se perderían las buenas acciones y las malas, si no hubiera un más allá? ¿Por qué este desfondamiento, esta permanente insatisfacción, será que necesitamos una plenitud que nada en esta vida colma? He aquí algunas de las interminables preguntas que los seres humanos se han hecho a lo largo de la historia.

Un misionero de África traducía el Evangelio de san Juan del *shongai*, y como no encontraba las palabras exactas para expresar lo que significaba la palabra 'creo' resolvió acudir a un africano convertido al cristianismo, el cual, tras unos momentos, insinuó: «¿No quiere eso decir 'oigo en mi corazón'?» El creyente cree con la experiencia, la alegría, la confianza y el sentido que proceden de una presencia a quien llama Dios. Dios aparece como el 'de dónde' de mi 'yo debo' y de mi 'yo puedo', porque una fundamentación puramente antropológica del sentido de la vida o bien sitúa el fundamento de ella en los otros hombres, y entonces se limita a transferir el problema a otros relativos sin resolver la cuestión del absoluto, o bien lo sitúa en sí mismo, lo que en última instancia resulta insuficiente para fundamentar la incondicionalidad del deber: «Hay algo que el ateo no puede hacer, aun cuando acepte normas morales absolutas: fundamentar la incondicionalidad del deber. Existen, sin duda, numerosas urgencias y exigencias humanas que pueden servir de base a derechos, obligaciones y preceptos; a normas, en suma. Pero ¿por qué tengo yo que observar incondicionalmente esas normas, cómo puede obligarme incondicionalmente a algo una naturaleza tan absolutizada y abstracta? ¿Por qué un tirano, un criminal, un grupo, una nación o un bloque de potencias no han de poder actuar contra la humanidad, si eso favoreciera sus intereses? La incondicionalidad de la exigencia ética, la incondicionalidad del deber, sólo puede ser fundamentada por un incondicionado, por un absoluto capaz de comunicar un sentido trascendente e incapaz de identificarse

con el hombre como individuo, como naturaleza, o como sociedad humana, sólo puede ser fundamentada por Dios mismo... La confianza de fondo en la identidad, en el sentido y en el valor de la realidad, en la racionalidad fundamental de la razón humana, sólo puede estar fundada si todo eso, por su parte, no carece de fundamento, soporte y meta, sino que está basado en un origen, un sentido y un valor radicales: en esa realidad realísima que llamamos Dios. La confianza carece de fundamento sin confianza en Dios, sin fe en Dios. Si Dios existiera, yo podría afirmar fundadamente la *unidad e identidad* de mi existencia humana frente a la amenaza del destino y de la muerte: Dios sería el fundamento primero de mi vida. Si Dios existiera, yo podría afirmar fundadamente la *verdad y el sentido* de mi existencia frente a la amenaza del vacío y del absurdo: Dios sería el sentido último de mi vida. Si Dios existiera, yo podría afirmar fundadamente la *bondad y validez* de mi existencia frente a la amenaza de la culpa y de la condenación. Dios sería la esperanza integral de mi vida. Si Dios existiera, yo podría afirmar fundada y confiadamente el ser de mi existencia humana frente a toda amenaza de la nada: Dios sería el ser mismo de mi vida de hombre. Si Dios existiera se entendería por qué la unidad e identidad, la verdad y el significado, la bondad y el valor de la existencia humana están continuamente amenazados por el destino y la muerte, el vacío y el absurdo, la culpa y la condenación; por qué el sentido de mi vida, en fin, nunca deja de estar amenazado por la nada. Y como siempre la respuesta fundamental sería la misma: porque el hombre no es Dios, porque mi yo humano no puede identificarse con su fundamento» (Hans Küng: *¿Existe Dios?*).

Si Dios existe, el sentido de la vida cobra su plenitud de sentido próximo y remoto, ya que además sería terrible que las personas buenas no recibieran por su bondad más pago que la desgracia, la injusticia o el olvido de una muerte anónima e irreversible mientras los perversos se mofan. Yo quiero, pues, que exista ese buen Dios y que exista asimismo un hombre digno de ese Dios, porque es razonable esperar un orden del mundo y no un caos ético. Para quien se interesa por la virtud, para quien se compromete a realizarlas en el mundo buscando la felicidad de los demás hombres, es moralmente absurdo que Dios no exista. Los humanos pueden morir sin angustia si saben que aquello que aman queda a salvo de la nostalgia y del olvido. De ahí que la pregunta por lo divino conlleve también un anhelo de plenificación.

2. AGNOSTICISMO Y ATEISMO

2.1. Penúltimidad

Penúltimidad de la vida agnóstica

Pero un grandísimo número de personas viven al margen de la cuestión del sentido de la vida; la vida no plantea para ellas problema alguno, es lo que es y nada más, la pura facticidad. Esas personas se desentienden del problema de su fundamento, son vidas sin voluntad de fundamentalidad. Pero el despreocupado sabe que tras su no-ocuparse sigue estando la sorda presencia de aquello de que no se preocupa. La 'des'preocupación no es no-opción, sino la opción por 'des'preocuparse de aquello que 'está ahí'. Por eso, si quien admite la realidad de Dios tiene que dar sus razones, también tiene que darlas quien opte por despreocuparse.

El ateísmo, o el Yo como absoluto

Según el ateo, quienes no tienen valor suficiente para reconocer lo excelente que hay en ellos mismos transfieren esa su propia excelencia a un ser extraño al que llaman Dios, al que una vez construido pasan a temerle sus propios constructores; el temor sería la causa primera de la existencia de Dios.

Para superarlo, el ateo rechaza la presencia de la divinidad en los acontecimientos del mundo, pone en cuestión la existencia de los valores religiosos, acepta la relatividad de la realidad y niega un fin o sentido último.

El ateo da un paso más que el agnóstico y lleva a cabo una opción ulterior: la opción por la autosuficiencia de la vida. El ateísmo es la fe del ateo, pues la fe del ateo consiste en la entrega a sí mismo como verdad fundamentadora: «El ateísmo es la puesta en marcha de la voluntad de fundamentalidad. Esta voluntad se despliega en intelección del poder de lo real como pura facticidad, y en opción por la autosuficiencia de la vida personal. El ateísmo es una voluntad de fundamentalidad que recae sobre el Yo como ser absoluto a su modo» (Xavier Zubiri: *El hombre y Dios*). Esto constituye ya de suyo una interpretación del sentido de la vida, tan interpretación como es la admisión de la realidad de Dios cual último sentido, pues si el que admite la realidad de Dios cual último sentido ha de dar razones para ello, también ha de darlas quien asume una postura contraria. El ateo afirma enérgicamente que vive y quiere vivir, y esto con una

voluntad de vivir penúltima; es la penúltimidad de la vida. Dicho de otro modo, el ateísmo es la fe del ateo: el ateo se entrega a su propia realidad como única y suficiente realidad, y en esta entrega consiste la fe del ateo. El ateo se entiende entregado a sí mismo y se acepta como tal; por tanto lleva a cabo una opción, de modo que el ateísmo no es menos opcional que el teísmo.

2.2. Los funcionalismos secularizadores

El funcionalismo sociológico afirma que las religiones son sistemas simbólicos que dan sentido último a la vida y coherencia a los individuos y a sus sociedades porque establecen estados de espíritu y motivaciones de larga duración, potentes y convincentes para la existencia. Semejante definición es inadecuada, pues reduce lo religioso a lo social, al ignorar la relación con un más allá que explica lo real y lo salva: si por religión se entiende aquello que asegura funciones de integración, entonces no hay sociedad humana sin 'religión', pues todo sirve para organizar e integrar la vida: los partidos de fútbol y los conciertos de rock, las agrupaciones de culto y los movimientos políticos...

El funcionalismo psicológico entiende por religioso aquello que el sujeto toma como tal, pero si eso fuera así, entonces los amigos de la Pepsicola serían miembros de la extraña religión de los pepsicólicos.

Los funcionalismos son secularizadores, sitúan lo religioso en el 'siglo' (*saeculum*), pues se denominaba 'secular' a quien no había abrazado la vida religiosa y por ende era ajeno al claustro, al convento, al recinto sagrado. Con el correr del tiempo 'secularización' será sinónima de emancipación respecto de las instituciones religiosas tradicionales. Ello se traduce en:

- Declive o decadencia de la religión, progresiva pérdida del prestigio y valor socialmente reconocido a los símbolos e instituciones de la religión.

- Creciente ocupación de los propios individuos y grupos religiosos en asuntos de este mundo, en tareas pragmáticas del presente, desinteresándose de lo sobrenatural y del más allá. Reducción de las creencias religiosas a las ciencias antropológicas.

- Desacralización, desencantamiento y reducción a lo profano de la naturaleza física, convertida en objeto de dominio técnico.

- Paso de una sociedad rígida, refractaria al cambio, regida por principios de tradición, a una sociedad elástica, flexible, móvil y enemi-

ga de lo sagrado.

-Privatización de la religión que abandona el ámbito público y queda confinada a recintos de intimidad, individual y social, haciéndose socialmente invisible.

-Fragmentación de la religión en un pluralismo de creencias coexistentes en una misma sociedad, sin que ninguna de ellas pueda cumplir ya funciones de integración y legitimación social.

¿Se encamina Occidente hacia una cultura completamente secularizada? El robot-plañidera japonés es un rezador mecánico, especie de monje o pope ortodoxo de rodillas y con las manos suplicantes en actitud de plegaria, rosario en mano o algo similar, del cual asegura la propaganda que domina cuatro liturgias, dieciséis actitudes posturales distintas, y -garantizado- que no olvida ningún aniversario mortuario, amén de poder procesar todos los datos del difunto: es Robot-San, la primera máquina orante construida microelectrónicamente que cuesta 600.000 marcos. Este monje mecánico, cuyos labios se mueven según impulsos electrónicos, facilita a los deudos el trabajo más triste. Además, como la escasez de sacerdotes no siempre permite encontrar a uno para tal menester, el robot lo sustituye con imperturbable semblante sonriente, que se ilumina cada vez que se introduce en él una moneda. Tecnología de punta al servicio de lo luctuoso, que algunos cementerios japoneses ya han incorporado. En Osaka se ha instalado gracias a un juego de rayos láser, y en la ciudad imperial de Kyoto puede incluso contemplarse vía satélite mientras los familiares del difunto permanecen en casa contemplándolo por televisión.

Secularidad no es secularismo

Si distinguimos entre secularidad (vida cotidiana donde creyentes y no creyentes conviven en paz en un mundo plural) y secularismo (pretensión de expulsar a los creyentes de la vida secular pluralista), tendremos que decir: secularidad sí, secularismo no. Don Miguel de Unamuno lo expresó así: «Nunca he podido soportar el dogmatismo docente del ateísmo más incivil y más grosero, de un ateísmo a su modo troglodítico. Nunca he podido tolerar que a nombre de una razón abstracta, ahistórica, matemática si se quiere, pero puesta fuera de la Historia y de su tradición, se pretenda arrancar tiránicamente el alma de los hombres y ciudadanos de mañana las más nobles y fecundas inquietudes, y con ellas el germen de las creencias que le consuelan al hombre... Los que conozcan mi obra *Del sentimiento trágico de la vida* saben bien cómo siento a este respecto y

que si no soy un convencido racionalmente de la existencia de Dios, de una conciencia del Universo, y menos de la inmortalidad del alma humana, no puedo soportar que se pueda hacer dogma docente del ateísmo y del materialismo... La presencia del crucifijo en las escuelas no ofende a ningún sentimiento ni aun al de los racionalistas y ateos, y el quitarlo ofende al sentimiento popular, hasta el de los que carecen de creencias confesionales. ¿Qué se va a poner donde estaba el tradicional Cristo agonizante? ¿Una hoz y un martillo? ¿Un compás y una escuadra? O ¿qué otro emblema confesional? Porque hay que decirlo claro y de ello tendremos que ocuparnos: la campaña es de origen confesional. Claro que de confesión anticatólica y anticristiana. Porque lo de la neutralidad es una engañifa».

¿Son compatibles fe y secularidad?

¿Cabe aprender a vivir la fe desde la secularidad sin desprenderse de aquella, resituándola en el nuevo horizonte histórico? Según Dietrich Bonhöffer (1906-1945), que murió en un campo de concentración nazi, la pérdida de relevancia social de la religión es señal de su maduración: el mundo moderno ha superado el pensamiento mítico-mágico y la interpretación individualista de la salvación religiosa, no apareciendo Dios como un bombero de urgencia; además, en el mundo moderno Dios ya ni se demuestra ni se deja de demostrar por la ciencia; por último, el mundo moderno ha convertido en autónomo al hombre mediante el progreso. Todo eso habría purificado lo religioso: la fe es un acto de vida que consiste en la adhesión completa a Dios, descubierto no desde el miedo, la vergüenza o la culpa, sino desde el amor.

3. FE Y RAZÓN

3.1. Pro y contra en la relación fe-razón

¿Irreconciliabilidad, o conciliabilidad entre fe y razón? Veamos los argumentos en pro y en contra.

Por la finalidad. Tesis: Mientras el pensamiento (la filosofía) intenta responder al asombro que produce la existencia mediante la pregunta '¿por qué existe algo y no más bien nada', la religión trataría de buscar la salvación sin preguntarse el porqué de lo real. Antítesis: religión y filo-

sofía son indisolubles, pues en la vida diaria la pregunta por el origen de la existencia ('por qué existe la realidad, por qué existo yo') es también la pregunta por su finalidad: 'para qué existe el ser, para qué existo yo'.

Por el método. Tesis: si el filósofo es crítico y analítico, el creyente acentúa el valor de la revelación sin análisis racional. Antítesis: ni el filósofo cree sólo en la razón matemática, ni el creyente deja de usar la reflexión.

Por el objeto. Tesis: a la filosofía le preocupa el conocimiento de Dios bajo forma de Causa Primera, Primer Motor, etc., mientras que a la religión le interesa el Dios de cada cual, mi Dios, 'el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob', con el que cada uno mantiene una relación personalizada. Antítesis: No hay.

Por la certeza. Tesis: la filosofía jamás alcanza ningún saber definitivo, pero la religión vive segura de su fe. Antítesis: la fe es fe, de ahí que no viva al abrigo de interrogaciones; por otra parte, ni los mismos científicos se ven libres de ellas.

Por el mediador. Tesis: en filosofía nos encontraríamos con el iniciador y pedagogo, mientras que en religión con el santo, con el maestro de vida. Antítesis: la escuela está necesitada de maestros que enseñen a vivir; a la inversa, las religiones que enseñan a vivir enseñan también a pensar sus creencias.

Por la forma expresiva. Tesis: para la filosofía valdrían los conceptos, para la religión las imágenes, emociones y símbolos. Antítesis: ¿qué sería de la filosofía sin el arte de la metáfora; acaso no son la parábola, la alegoría, etc., propias del lenguaje religioso, vehículos de comprensión profundos?

3.2. Una fe razonable, no sólo racional

Creo, también entiendo; entiendo, también creo; creo para entender, entiendo para creer. La fe es razonable: razonable no significa verdad no suficientemente probada pero conforme a la razón, significa que es congruente aceptar en la vida aquello que la razón conoce, sea o no suficiente este conocimiento. Y la aceptación será tanto más razonable

cuanto más riguroso sea el conocimiento. Lo razonable en este sentido es más que lo racional; es lo racional transfundido en todo el ser del hombre. Aunque se demostrara matemáticamente la necesidad de que la voluntad acepte incorporar al ser de la persona lo que la razón descubre, la aceptación real y efectiva quedaría siempre abierta a una opción: la voluntad de fundamentalidad. La aceptación vital de lo racional es más que racional, es razonable. «No se trata de que la fe lleve a la intelección, ni de que ésta lleve a aquélla, sino de que ambos aspectos constituyen unidad radical. Su unidad está en la raíz misma de donde emerge el movimiento de la persona hacia Dios: en la voluntad de fundamentalidad. Conocimiento y fe no son sino dos momentos de este unitario movimiento. La voluntad de fundamentalidad como principio de actitud es, pues, en sí misma, la unidad radical no sólo posible sino real del conocimiento de Dios y de la fe en Él como opción libre por lo razonable» (X. Zubiri: *El hombre y Dios*). Fe razonable: el creyente no se salva por su sola sabiduría, pero entiende mucho mejor aquello que cree, lo transmite más fidedignamente, y lo vive más fielmente. Las apologías de la 'fe del carbonero' estarían bien quizá para el carbonero que no hubiese tenido ocasiones de cultivarse.

4. VÍAS CONDUCENTES A DIOS

4.1. ¿'Demostrar' la existencia de Dios?

La persona religiosa, decíamos, cree y trata de entender razonablemente lo que cree; más aún, intenta aportar alguna prueba de ésa su convicción racional. Y este intento ha perdurado a través de los siglos, porque desde que el mundo es mundo los creyentes han tratado de llevar a los demás la seriedad de su convicción de fe. Mas ¿qué significa 'demostrar'? Tomás de Aquino habla de 'vías' conducentes a Dios, pues no se demuestra la existencia de Dios con fórmulas matemáticas o similares, ya que un Dios demostrable por tales procedimientos sería una realidad finita más.

4.2. El argumento ontológico

San Anselmo de Canterbury (siglo XI), dice: Dios es aquel ser mayor que el cual nada puede pensarse en perfección. Como tal, ha de estar en posesión de todas las perfecciones, también la perfección de la existencia: de lo contrario (al modo como la mente humana piensa la idea de

caballo alado o la de montaña de oro, etc., pensamientos sin existir real y por ende meramente pensados), no sería la realidad absolutamente perfecta, pues le faltaría la existencia. Luego Dios, 'aquel ser que contiene en sí absolutamente todas las perfecciones en grado sumo', ha de existir como idea ('lógicamente') y como realidad ('ónticamente'). Ónticamente y lógicamente a la vez: *a simultaneo*, onto-lógicamente.

4.3. Las cinco vías conducentes a Dios

Santo Tomás (siglo XIII) no parte de la idea de Dios, sino de la experiencia transmitida por los sentidos *a posteriori*, y desde ahí encuentra cinco caminos que conducen a un mismo punto de llegada, al que denominamos Dios:

Punto de partida: Algo que todo el mundo ha podido comprobar.

Principio de causalidad eficiente: Aquello de lo que se habla tiene siempre una causa para que ocurra, ya que las cosas no ocurren sin causa que las produzca.

Principio de imposibilidad de un proceso infinito: Por mucho que quisiéramos alargar la cadena, al final tendremos que reconocer la existencia de una causa.

Conclusión: El final de esa cadena de causalidades es Dios como causa última y primera, luego Dios existe.

Primera vía: Argumento del movimiento

Consta por los sentidos, que algo se mueve en el mundo.

Todo lo que se mueve, por otro se mueve.

Si aquello por lo que se mueve es también movido, es necesario que se mueva por otro.

No podemos alargar la cadena, si queremos hallar la verdadera y última causa del movimiento.

Es necesario concluir en la existencia de un primer motor que mueva sin ser movido, y a esto lo denominamos Dios.

Segunda vía: Argumento de la causa eficiente

Encontramos seres en el mundo.

Esos seres no se han producido a sí mismos.

Tienen que haber sido hechos por otro, y así sucesivamente.

No es posible alargar la cadena, si queremos hallar la verdadera y

última causa eficiente.

Es necesario concluir en la existencia de un primer hacedor que haga sin ser hecho, y a esto lo denominamos Dios.

Tercera vía: Argumento de la contingencia (o de la limitación en la duración)

Encontramos en el mundo cosas que nacen y mueren, con lo que resulta imposible que existan siempre.

Si, pues, todas las cosas son posibles de no ser alguna vez, nada existió.

Luego, para que existan los seres que pueden no ser, tiene que haber algún ser necesario, existente desde siempre.

No es posible alargar la cadena si queremos hallar el verdadero y último ser necesario.

Es necesario concluir en la existencia de un ser necesario por sí mismo, al que denominamos Dios.

Cuarta vía: Argumento de los grados del ser (o de la participación)

Encontramos en el mundo cosas mejores y peores, más o menos verdaderas, nobles, etc.

Pero el más y el menos se dicen de diversas cosas, según que se aproximen de diverso modo a algo que sea máximamente.

Existe, por tanto, algo que es verísimo y óptimo y nobilísimo, y por consiguiente máximamente real.

Mas lo que se dice máximamente tal en algún género es causa de todos los individuos que están bajo aquel género.

Existe, pues, necesariamente una causa del ser y de la bondad y de cualquier otra perfección en todas las cosas, y a ese ser le denominamos Dios.

Quinta vía: Argumento de la finalidad (o teleológico)

Los seres carentes de conocimiento siempre o frecuentemente obran del mismo modo para alcanzar lo mejor, de donde no por azar sino según intención, llegan al fin.

Pero los seres carentes de conocimiento no tienden a un fin, a no ser dirigidos y ordenados por algún ser cognoscente e inteligente.

Luego deben existir tales seres cognoscentes e inteligentes.

Pero en la serie de seres inteligentes directores que a su vez son dirigidos no se puede proceder al infinito.

Luego existe necesariamente un ser inteligente por el cual todas las

cosas naturales se ordenan a su fin, y a ese ser le denominamos Dios.

4.4. La vía de la inclinación al bien natural

«Todas las cosas participan de la ley eterna de alguna manera, en cuanto que por esa ley tienden a sus propios actos y fines. Entre todas las demás, la criatura racional participa de la ley eterna (divina providencia) de una manera especial, siendo providente sobre sí y para los demás. Participa, pues, de la razón eterna; ésta le inclina naturalmente a la acción debida y al fin. Semejante participación de la ley eterna en la criatura racional se llama 'ley natural'» (Santo Tomás: *Suma Teológica* I-II, q. 91, art. 2). Así pues, todos los humanos compartimos la ley natural, que consiste en desear el bien, primer principio de la razón práctica: 'bien es aquello que todos los seres apetecen'. Por tanto, el primer precepto de la ley es: 'hay que hacer y procurar el bien, ha de evitarse el mal'.

El orden de los preceptos de la ley natural sigue, pues, el orden de las inclinaciones naturales. En primer lugar, hay en el hombre una inclinación al bien natural, en cuanto que toda sustancia apetece la conservación de su ser, conforme a su naturaleza; de acuerdo con esto, a la ley natural pertenece todo aquello que contribuye a la conservación de la vida del hombre y prohíbe lo contrario.

En segundo lugar, hay en el hombre una inclinación hacia fines naturales más específicos, que comparte con el resto de los animales: de acuerdo con esto, a la ley natural pertenece todo aquello que la naturaleza enseñó a todos los animales, como la relación del macho y de la hembra, la educación de los hijos, etc.

En tercer lugar, hay en el hombre una inclinación al bien conforme a la naturaleza propia de la razón; así el hombre posee una inclinación natural a conocer la verdad sobre Dios y a vivir en sociedad; de acuerdo con esto, a la ley natural pertenece, por ejemplo, que el hombre evite la ignorancia, que no actúe injustamente contra aquellos con quienes ha de convivir, y todo lo relativo a esto (*Suma Teológica* I-II, q.94, art.2).

4.5. El límite de la razón cuando se trata de hablar de Dios

La teología afirmativa

La teología catafática (*katafáseis*, afirmación) que hemos visto en santo Tomás resalta la posibilidad de seguir la huella de Dios a partir de lo

dado a nosotros y en nosotros; insta, pues, a leer la creación como el libro abierto donde las huellas de lo divino han quedado inscritas.

La teología negativa

Junto a ésta, la teología apofática (*apofáseis*, negación) prefiere subrayar el aspecto misterioso e ignoto del Dios presente-ausente a través de su silencio: Gregorio Nacianceno exclama: «¡Más allá de todo! ¿Cómo podría yo alabarte de otro modo? ¿Cómo podrá enaltecerte una palabra, si tú eres indecible en toda palabra? ¿Cómo podrá abarcarte una inteligencia, si tú eres inaprehensible a toda inteligencia? Innombrado tú solo: pues tú creaste toda denominación. Desconocido tú solo, pues tú creaste toda inteligencia. Todo, lo que habla y lo que no puede hablar, te alaba. Todo, lo que entiende y no puede entender, te honra. Pues las peticiones comunes, los ayes comunes todos, se dirigen a ti. A ti te implora todo. Viendo tus signos ¡todo te canta un himno silencioso! En ti solo permanece todo, hacia ti confluye todo. Tú eres la meta de todo, y uno, y todo, y nadie, no siendo uno, ni todo. ¿Cómo te llamaré, único innombrado? ¿Qué inteligencia celestial llega hasta ti, velado tras las nubes? ¡Seme propicio! ¡Más allá de todo! ¿Cómo podría alabarte de otra manera?...

Respecto de Dios, de lo que es y habita en Él, el espíritu del hombre no puede pensar convenientemente lo que es, qué grandezas tienen sus perfecciones y cuál es su naturaleza, ni la elocuencia del discurso humano es capaz de desarrollar un poder de palabra correspondiendo a su majestad. Pues es mayor que el espíritu humano capaz de comprenderle. Es asimismo superior a toda palabra e indecible. En efecto, si pudiera ser expresado sería más pequeño que la palabra humana, que así podría circunscribirle y encerrarle en ella. Todo lo que puede ser pensado de Él es más pequeño que Él. Pues es verdad que nosotros podemos sentirle un poco en silencio, pero no podemos expresar en palabras lo que es Él mismo. Si le llamas luz, te refieres a una criatura más que a Él mismo. Si le llamas majestad, celebras su gloria más que a Él mismo. ¿Para qué seguir detallando? Digámoslo de una vez: afirmes lo que afirmes de Él, cualquier manifestación de su poder, no es Él mismo. A menos que, de forma única, pudiésemos captar por el espíritu lo que es Dios, pero incluso eso mismo ¿cómo lo podríamos nosotros, cómo lo captaríamos, cómo nos sería permitido aprehenderlo? Nos representamos qué es lo que no puede ser aprehendido, lo que no puede ser pensado en su grandeza y en su

naturaleza. Pero Dios es aquel al que pertenece el no poder ser comparado con nada».

5. EL HECHO RELIGIOSO

5.1. Reduccionismos

Reduccionismo antropológico

En el mundo griego Jenófanes (s. V. a.d.C.) veía en la religión una proyección antropológica de lo humano convertido en divino. También Evemero (s. III a.d.C.) consideraba a los dioses como una mera divinización de los héroes. En similar línea veía Ludwig Feuerbach (1804-1872) a Dios como la mera elevación de todas las virtudes humanas hasta darles una forma infinita. Por su parte Carlos Marx (1818-1883) veía en la religión una manipulación política tendente a adormecer al proletariado por ofrecerle consuelo para la otra vida a cambio de inacción, aguante y sumisión en la presente. Para Lucrecio (96-55 a.d.C.), en fin, el hecho religioso no sería sino una cratofanía o manifestación tremenda surgida del temor a los fenómenos naturales violentos, incluyendo la muerte, y para David Hume (1711-1776) un producto del miedo que concluiría según Sigmund Freud en una neurosis obsesiva.

Reduccionismo sociológico

Para el positivista Auguste Comte (1798-1857) la religión vendría a ser el resultado de la ignorancia científica, lo mismo que para Émile Durkheim (1858-1917) procedería de la necesidad de los colectivos de invocar algo común, y que el anarquista Mijail Bakunin (1814-1876) reducía a la inextinguible necesidad compulsiva de encontrar un amo. Por lo demás, los reduccionistas sociológicos comparten la convicción no demostrada de que la evolución humana, religiosa en su estadio primitivo infantil, tras un estadio inseguro juvenil, culmina en su madurez atea.

Reduccionismo ultrarracionalista

La religión se limitaría a ser una forma superior de conocimiento,

que debería mantenerse dentro de los límites de la mera razón al decir de Kant (1724-1804), ya como filosofía pía según el renacentista Marsilio Ficino (1433-1499), ya como un 'amor intelectual' (Benito Spinoza: 1632-1677), ya como una manifestación de racionalidad prefilosófica (Hegel: 1770-1831).

5.2. La religión: lo sagrado misterioso

Como dijo Unamuno, «no concibo a un hombre culto sin la preocupación religiosa, y espero muy poca cosa en el orden de la cultura de aquellos que viven desinteresados del problema religioso». La religión tienen en común lo sagrado. Consta de un sistema de expresiones organizadas: creencias, prácticas, símbolos, lugares, espacios, sujetos, etc., en las que se expresa una experiencia humana peculiar de reconocimiento, adoración, entrega, referida a una realidad trascendente al mismo tiempo que immanente al hombre y a su mundo, y que interviene en él para darle sentido y salvarle. Existen rasgos comunes fundamentales en todas las religiones. Entre estos rasgos comunes se encuentra, además, la pretensión de todas ellas de estar originadas por una revelación de la realidad superior, cualquiera que sea el nombre con el que se la designe: Dios, dioses o lo divino, o incluso la carencia de todo nombre. De ahí que la revelación es un dato constitutivo de la estructura misma de la religión. Todas las religiones presentan, además, la condición de salvíficas, todo en ellas está orientado a procurar la salvación. Todas tienen su peculiaridad propia, derivada de la encarnación histórica de la referencia a lo sobrenatural en que se basan. Una religión es un sistema solidario de creencias y prácticas relativas a cosas sagradas, creencias y prácticas que unen en una misma comunidad moral, llamada iglesia, a todos los que a ellas adhieren.

La fenomenología de la religión describe los rasgos que ha de tener una religión para ser considerada una verdadera religión, a diferencia de las seudoreligiones. Hablamos aquí de verdadera religión en el sentido en el que hablamos de un verdadero reloj por contraposición a uno falso: no nos preguntamos, pues, por la religión verdadera: obviamente para cada creyente la verdadera será la suya, pues de lo contrario buscaría otra distinta.

5.3. Características del hecho religioso

Lo numinoso

El ámbito de lo religioso es lo sagrado misterioso, lo ‘numinoso’ totalmente otro que escapa a nuestros conceptos, esa realidad suprema, perfección de todas las perfecciones, realidad última y absolutamente superior, bien sumo del que todo participa, omniabarcante, fundante. En él nos movemos, existimos, somos; estamos en sus manos, por así decirlo: la vida del creyente no se entrega al azar, ni al vacío, ni al sinsentido, ni al caos. Todos los sujetos religiosos se reconocen como adoradores del sagrado misterio, se ven afectados por la presencia activa de ese misterio y responden a la misma con entrega incondicional: «El universo visible, el que es hijo del instinto de conservación, me viene estrecho, es una jaula que me resulta chica y contra cuyos barrotes da en sus revuelos mi alma; fáltame en él aire que respirar. Según te adentras en tí mismo y en ti mismo ahondas, vas descubriendo tu propia inanidad, que no eres en fin más que nonada, y al tocar tu propia nadería, al no sentir tu fondo permanente, al no llegar a tu propia infinitud, ni menos a tu propia eternidad, te compadece de todo corazón a ti mismo» (Unamuno). Friedrich Schleiermacher (1768-1834) caracterizó al ‘sentimiento de dependencia respecto de Dios’ como lo específicamente religioso, y lo hace depender de una facultad de la contemplación (‘divinatoria’) que, sumergida en la vida toda del cosmos, se torna capaz de intuir y sentir algo que la excede y sobrepasa. Schleiermacher supone que esa facultad existe en todos los hombres, y no sólo en algunos individuos afortunados.

Revelación hierofánica

El misterio sagrado se nos acerca gracias a mediaciones objetivas a las que denominamos ‘hierofanías’ (‘hierofantes’, ‘momentos hierofánicos’, ‘estructuras hierofánicas’ o mediaciones institucionales, ya sean permanentes o perecederas). La vida del creyente podría entenderse como un ‘proceso hierogénico’, un vivir donde aparece lo sagrado, y su actividad creativa como hierogénica (*hieroglifos*, *hierogramas*, etc.). No es la persona religiosa la que crea las hierofanías, sino el Misterio mismo quien elige manifestarse donde y como quiere, con frecuencia donde menos se espera: entre los humildes para confundir a los soberbios, etc. No buscaría el mortal a Dios, si no hubiese sido previamente llamado al encuentro por

Dios. El humano busca a Dios porque lo necesita, Dios busca al humano porque lo ama.

Sentimiento de culpabilidad

Quien se aparta o desvía voluntariamente de ese misterio sagrado se siente por una parte desfondado, huérfano, desgajado, y por otra culpable, manchado, impuro, maleado. Tal sentimiento de incomodidad y disgusto culpable no desaparece ni siquiera en el budismo, aunque en este sistema ya no quepa hablar de un Dios trascendente.

De todos modos una cosa es el sentimiento de culpabilidad y otra muy distinta el masoquismo neurotizador, que no es religioso, sino enfermizo, porque el hiperremordido ultraculpabilizado, lejos de confiar en la fuerza sanadora de su Dios, se entrega al pesimismo, se torna incapaz de autoayudarse, y en lugar de asumir su responsabilidad abriendo nuevos cauces se torna inactivo por miedo a la posible culpa, resultando así incapaz de dar gracias al Dios que creó el mundo y lo sostiene.

Perdón

Perdonar es volver al presente vivo, libres de la obsesión del pasado así como de la angustia del futuro tras romper la ley de la deuda, porque el perdón pulveriza definitivamente, victoriosamente, el círculo del recuerdo inculpatorio; perdonar es abrir ese futuro que rompe la ley de la deuda; perdonar es renunciar totalmente a tener la última palabra; perdonar es perder el derecho por amor ganando en amor sin derecho; perdonar es sobreabundar en acogida donde abundó el rechazo; perdonar es revitalizar por amor lo que por odio había muerto; perdonar es tener piedad consigo mismo para tener piedad con los demás, pues nadie da lo que no tiene. A menudo se oye decir: 'perdono pero no olvido'. Y, aunque en demasiados casos tal afirmación parece enemiga del perdón, sin embargo es bueno recordar para no repetir lo malo, pero recordarlo como perdonado.

Conversión

La conversión es el paso de un modo de ser a otro más profundo, de suerte que existe un antes y un después: tras ella emerge un ser humano renovado, restaurado, recuperado. Por este cambio radical el creyente asume su existencia entera con ab-negación, es decir, con ne-

gación o renuncia a vivir en la superficie de la realidad, adentrándose en el misterio divino, abandonándose a él, reconociéndole y adorándole cual centro absoluto. Obviamente, no es la conversión un hecho automático, mecánico, súbito e instantáneo. El creyente es un convertido, un vertido hacia Dios, que acepta su llamada: 'Sal de tu tienda, sal de tu tierra', abandona lo que te impida escucharme y amarme. Si el egoísta se pierde para Dios y para el propio yo, la entrega del yo a Dios es una ganancia: ahora empiezo a ver lo radicalmente que cambiará mi vida cuando deje de pensar en Dios como en alguien que se esconde y que me pone todas las dificultades posibles para que le encuentre, y comience a pensar en Él como Aquél que me busca mientras yo me escondo. Cuando sea capaz de mirar con los ojos de Dios y descubra su alegría por mi vuelta a casa, entonces en mi vida habrá menos angustia y más confianza.

La con-versión es un vertirse-con, un com-pro-meterse con el otro, que me saca del ensimismamiento. Renunciando a lo superficial, el convertido, lejos de encerrarse en sí mismo, se adentra en el misterio, reconoce en él a su centro y le adora. Y no para poseerlo, sino dejándose poseer por Él: si el mago busca manipular el misterio, ponerle a su servicio manejando las fórmulas de invocación para así obtener los resultados apetecidos (dominar el 'ábrete sésamo' para que rezume oro, prestigio o poder), por el contrario la persona religiosa se sabe en manos del misterio y en Él se abandona.

Salvación

La salvación que anula la culpa no la encuentra el hombre en sí mismo, aunque éste busca la purificación. Asimismo, la salvación va precedida por el consuelo. El hombre no puede, en todo caso, comprar la salvación que es gratuita; no la comprará con ofrendas ni con nada, antes al contrario -sabiéndose en buenas manos- dirá: 'Hágase tu voluntad y no la mía'. Y no la mía porque acaso la mía no coincida con tus insondables y misteriosos designios que a veces, sinceramente, no entiendo. Es ese Misterio quien toma la iniciativa en mi salvación y no yo pero, siendo su acción gratuita, no es superflua: yo debo colaborar. La pasividad confiada no exime de la diligencia en cuanto del creyente dependa, de lo contrario podría conducir al fatalismo. En ese sentido cabe hablar de concurso o cooperación activa del hombre.

Ruptura de nivel y culto

El creyente responde a lo divino que se le ha manifestado separándose del ruido y del afán cotidiano, para dirigirse en silencio a aquello en lo que cree. No siempre se trata de abandonar el mundo, pero sí de saber hacer al menos pausas temporales y de encontrar lugares para el retiro, la meditación, la invocación, el recogimiento espiritual. Eso, sin olvidar que la religión está sobre todo en el corazón, más que en las rodillas. Este dedicar espacios y tiempos a Dios es el culto. Muchas son las clases de culto, pero el verdadero consiste en dejarse plenificar por el misterio que santifica, y no en querer dominarle o apropiarse de él manejando fórmulas, conjuros o invocaciones mágicas en provecho propio.

Diálogo orante

Ahora bien ¿cómo conciliar el diálogo y el concurso personal del ser humano con Dios, Misterio densísimo a quien nadie ha visto? Decir 'Tú', invocarle, aunque sea refiriéndose al misterio, no enuncia nada sobre ese misterio, pero nos pone a nosotros mismos ante él haciendo posible la relación presencial, el encuentro. Además, declarar que el misterio no puede entrar en relación efectiva con la persona porque no puede ser objeto de conocimiento ¿no es dar por supuesto que el conocimiento científico agota las posibilidades del sujeto humano? La esperanza es la respuesta de la criatura al Tú infinito, al que debe lo que es, y por eso es más íntimo que la propia intimidad: Él es la última roca sólida.

Orar es hablar con el Tú reconociéndole como tal desde el amor. Todo lo que podamos decirle a cualquiera podemos manifestárselo al Tú, sea lo que fuere, también manifestarle nuestro enojo si es el caso, al modo como lo hace el niño pequeño con su madre: sabiendo que es su mamá al fin y al cabo, y que la mirada de una madre soporta cualquier espectáculo del hijo. Por lo demás, manifestarse ante el Tú sin veracidad no sólo constituiría una grave forma de hipocresía, sino que tampoco vale para nada, ya que Dios sondea nuestros corazones y nos conoce. Es bueno hablar con ese Tú manifestándole honestamente lo que creemos que somos. Al abrirle nuestro yo, el yo se abre ante nosotros. Verdad es que Él conoce lo que nos pasa antes de que se lo pidamos y mejor que nosotros, pero a todo padre le gusta que, aún así, le pidamos los hijos lo que necesitamos, sobre todo por bien de los propios hijos. Si tú tuvieses un teléfono rojo con el que pudieras hablar directamente con tu Padre, ¿qué le

dirías? ¡Pues díselo, tienes ese teléfono! Un adorador es aquél que asciende desde las honduras de la vida hasta las alturas de Dios para encontrarse con Él; luego vuelve de nuevo a sus honduras y repite el camino hasta el día de la adoración sin retorno.

Quien desee orar habrá de permanecer despierto, siempre a la espera de la voz que llamará a mi puerta, que quizá llama ahora mismo. A Dios corresponde el llamar, a mí el permanecer a la escucha siempre, si quiero que las palabras de Dios no pasen de largo. La oración sirve para asegurarse de que estaremos despiertos cuando la luz salga y veamos al Bendito que llega, pues siempre llega. Mas ¿cómo romper ese círculo vicioso según el cual hay que orar para ver el rostro de Dios, pero sólo se puede orar después de haber vislumbrado ese rostro? Rompiendo a orar, echándose a orar aunque nos parezca que no sabemos, aprender a aprender, orar para poder orar. Es preciso aprender a sentarse, a no hacer nada delante de Dios, sino a esperar y gozarse de estar presente ante el Presente eterno. Esto no es brillante, pero, si se persevera, irán surgiendo otras cosas en el fondo de este silencio e inmovilidad. El camino para llegar hasta sí mismo, y de sí mismo hacia Dios, es a menudo muy largo. ¿Tanta paciencia necesitaremos para alcanzar por la oración la gracia de la oración? Tal vez, pero envejecer junto a Dios es permanecer siempre niño. Decía Picasso que, para llegar a pintar como el niño, el adulto necesita mucho tiempo. Y mucho silencio, toda una vida. Sin embargo, aunque pueda parecer mucho para el hombre, para la paciencia del Dios que nos mira bien predispuesto como a hijos suyos no cuenta el tiempo humano, esa es nuestra gran ventaja.

Desde ese silencio, el creyente continuará rezando, no hasta que Dios escuche lo que le pide, como suele pensarse, sino hasta ser él mismo quien escuche lo que Dios le pide a él. Orar es escuchar cada vez más a Dios, y menos a nosotros mismos. Tampoco se trata de decirle a Dios que le amamos, sino de recordar que Él nos ama como sólo Él puede amar. Entonces el orante experimenta cierta plenitud, pues la oración se filtra por todos los poros de su alma para plenificarla. Si esta oración cesara, el mundo perecería al perder su sentido.

Silencio y paciencia se traducen en amistad y agradecimiento. Orar es agradecer a Dios que Dios sea Dios, porque sólo así puede el humano ser verdaderamente humano. Para que el corazón vaya cambiando su dureza tiene que pasar muchas horas a remojo en las aguas que corren por el río de la alabanza y la adoración: al principio parecía que únicamente yo te miraba, pero con el tiempo comienzo a comprender que Tú me miras

desde antes, y comienzo a ser feliz mirando a los demás como Tú les miras desde tu eterno presente amoroso. Yo comienzo a ver (antes sólo miraba) porque Tú me ves, es decir, me amas; ahora sé que los ojos con que yo miro no son ojos porque veo, son ojos porque Tú me ves. Tú y yo juntos mirando en la misma dirección. Ahora el Tú no es algo meramente abstracto, sino un nombre propio: Tú. Y al descubrirte en lo que Tú eres para mí conozco mejor mi propio nombre, aquel con el que Tú al crearme me llamaste. Esa amistosa con-fianza así surgida no puede apoyarse ya más que en el amor y en la misericordia tuya, mi Dios, mi roca.

Con un pedir confiado, aunque sea de noche. Pero ¿y si, pese a implorar la amistad de Dios, no se logra? Entonces hay que ser humildes, es decir, confiar en que lo que nosotros no podemos sí lo puede nuestro Tú, y en que el Tú confía en nosotros. La humildad no consiste en valorarse poco o mucho a sí mismo, sino en mirar a Dios antes que a uno mismo, y en medir el abismo que separa lo finito de lo infinito: «Y, cuando te hayas vuelto así hacia Dios, no vuelvas más sobre ti mismo. No te preguntes dónde estás con respecto a Dios. La tristeza de no ser perfecto y de encontrarse pecador es todavía un sentimiento humano, demasiado humano. Es preciso que levantes tu mirada más arriba, mucho más arriba, a Dios, a la inmensidad de Dios y su inalterable esplendor. El corazón puro es el que no cesa de adorar al Dios vivo y verdadero. Se interesa profundamente por la vida de Dios y es capaz, en medio de todas sus miserias, de vibrar con la eterna alegría de Dios. Un corazón así está a la vez despojado y colmado. Le basta que Dios sea Dios. En eso mismo encuentra su paz. La santidad es ante todo un vacío que se descubre y se acepta, y que Dios viene a llenar en la medida en que nos abrimos a su plenitud» (Eloi Leclerc: *Sabiduría de un pobre*). Es más de noche cuando para perseguir el ideal de santidad realizo esfuerzos éticos agotadores que hacen penosa mi vida y que además no tienen gran valor a los ojos de Dios, antes al contrario son autolátricos.

Lo importante no es hacer cosas para Dios, sino hacerlas según Dios. La oración hace el milagro de llevarnos al prójimo desde Dios aceptando a los demás como ellos son, aunque ellos no nos acepten como nosotros somos.

Fiesta

¿Cómo no hacer fiesta agradecida por tanta excelencia gratuitamente regalada al creyente? Fiesta perpetua, la religión es la antítesis de la

desesperación, del sinsentido, y del desencuentro: «Dios se dice de muy diferentes maneras, y en España hay la manera especial de usar la palabra Dios como si fuera un pedrusco que le tiraran a uno a la cabeza. Ello viene de ese algo muy español, que es el usar las palabras más bellas, más esperanzadoras, más respetables, como si fueran pedruscos» (María Zambrano).

Según Max Horkheimer (1895-1973), «los conceptos de bueno y malo, por ejemplo el concepto de honradez y toda una serie de ideas que de momento aún tienen valor, no se pueden separar por completo de la teología. No creo que podamos entender seriamente conceptos como el de moralidad y eticidad, persona e individualidad, libertad y emancipación sin apropiarnos de la sustancia de la idea de historia de la salvación de procedencia judeocristiana. Sin la mediación socializadora, y sin la transformación filosófica de alguna de las grandes religiones universales, puede que algún día el potencial semántico se nos volviera inaccesible: este potencial es algo a lo que cada generación ha de abrirse paso de nuevo, para que no se desmorone ese resto de autocomprensión, intersubjetivamente compartida, que ha de hacer posible el trato humano de los unos con los otros. Todos han de poder reconocerse en todo lo que lleva rostro humano. A la hora de dar respuesta motivadora a la pregunta de por qué hemos de seguir nuestras convicciones morales, por qué en absoluto hemos de ser morales, en ese sentido tal vez se pueda decir: sin Dios, salvar un sentido incondicional es vano».

ÍNDICE

Prólogo, de Inés Riego	9
Introducción	13

I. FILOSOFÍA

1. VOLUNTAD DE VERDAD	17
2. INVITACIONES DEL SABER FILOSÓFICO	21
3. SABER FILOSÓFICO Y SABER CIENTÍFICO	24
3.1. Razón cálida	24
3.2. Razón fría	26

II. COSMOS

1. EL UNIVERSO	29
2. LA VIDA	32
3. EL PROCESO DE HOMINIZACIÓN	36
3.1. Teorías evolutivas	36
3.2. Leyes	38
3.3. Estadios	39
4. LA SINGULARIDAD HUMANA	40
5. NATURALEZA Y CULTURA	44
5.1. Del instinto a la cultura	44
5.2. La cultura	46
5.3. Aprendizaje y cultura	49
5.4. Cultura e historia	50
6. RESPONSABILIDAD PLANETARIA	51
6.1. Ecología y desarrollo sostenible	51
6.2. El principio antropocéntrico	52

III. PERSONA

1. LA INCLASIFICABLE	55
1.1. La persona según Boecio	55
1.2. Definiciones complementarias	58
2. LA DIGNIDAD	62
2.1. La persona, fin en sí	62
2.2. ¿Cómo fundamentar la dignidad?	63
3. YO-TÚ: LA PERSONA ES RELACIÓN	64
3.1. Somos yo-y-tú-y-nosotros	64

ÍNDICE

3.2. La persona es misterio	65
4. PERSONA Y CONFLICTO RELACIONAL	67
4.1. Humano, luego conflictivo	67
4.2. Para resolver los conflictos	68
5. DE INMADUREZ A MADUREZ	71
5.1. Personalidades inmaduras	71
5.2. Personas maduras y escala de necesidades	73
6. SOY AMADO, LUEGO EXISTO	76

IV. CONOCIMIENTO

1. MENTE Y CEREBRO	79
2. SENSACIÓN Y PERCEPCIÓN	81
2.1. Sentir	81
2.2. Percibir: fases, leyes, engaños	83
3. MEMORIA	84
3.1. El tiempo que unifica el yo	84
3.2. De la fijación al olvido	84
3.3. Memoria-hábito	86
4. VOLUNTAD Y MOTIVACIÓN	88
4.1. Voluntad y forja del carácter	88
4.2. Motivación y emotividad afectivas	92
5. LENGUAJE Y PENSAMIENTO CONCEPTUAL	97
6. VERDAD Y APARIENCIA	100

V. VALOR

1. LIBERTAD	103
2. SIN LIBERTAD, TAMPOCO MORALIDAD	104
2.1. Acto del hombre y acto humano	106
2.2. Conciencia y universalidad	107
3. NORMA DE MORALIDAD	108
4. LA ÉTICA COMO TAREA	110
4.1. El carácter ético	110
4.2. ¿Deber? ¿Por qué sí, por qué no?	110
4.3. Cómo hacer	111
5. ÉTICA Y VALOR	112
5.1. Teorías sobre el valor	112
5.2. Escala axiológica	115
5.3. Criterios para la escala axiológica	120
5.4. Criterios para el conflicto posible	120

VI. VIRTUD

1. EL TRIÁNGULO VALOR-DEBER-VIRTUD	123
2. JUSTICIA	125
3. AMOR	130
4. CONFIANZA	135
5. ESPERANZA	137
5.1. Contra hastío	137
5.2. Dar crédito a lo real	138
5.3. Espero de ti	138
5.4. Si me voy antes que tú	139
6. HUMILDAD	141
6.1. No te justifiques	141
6.2. No estés pendiente de ti	142
7. PACIENCIA	143
8. PRUDENCIA	144
9. TEMPLANZA	146
10. ALEGRÍA	147

VII. SOCIEDAD

1. EL HOMBRE, ANIMAL SOCIOPOLÍTICO	149
1.1. Zoon politikón	149
1.2. Bien común	150
2. EL TRABAJO	151
2.1. Grandeza y dureza	151
2.2. Trabajar en la sociedad de los cuatro tercios	154
3. LAS INSTITUCIONES INTERNACIONALES	156
3.1. ¿Pueden las instituciones internacionales corregir algo? ...	156
3.2. La deuda eterna de la deuda externa	158
4. LOS MEDIOS	161
4.1. El poder de la imagen	161
4.2. Democracia y telecracia	162
4.3. Publinoticia	163
5. SOCIEDAD PLURALISTA Y PLURICULTURAL	165
5.1. Multinacionalidad y polietnicidad	165
5.2. Discriminación: prejuicios y estereotipos etnocéntricos	167
5.3. De la xenofobia al racismo	168
6. SOCIEDAD TOLERANTE	169
6.1. Sensatez e insensatez	169
6.2. Ética cívica pública: máximos y mínimos	171

VIII. POLÍTICA

1. LA JUSTICIA Y LA LEY	175
1.1. Teorías jurídicas contra la relación derecho-moral	175
1.2. Insuficiencia de la anterior posición	176
2. LOS DERECHOS HUMANOS	177
3. EL ESTADO	179
3.1. Hipótesis sobre el origen del Estado	179
3.2. El Estado de Derecho	180
3.3. El Estado mínimo neoliberal	181
4. LA DEMOCRACIA	183
4.1. Peor la dictadura	183
4.2. La democracia, gran desafío moral	184
4.3. La democracia representativa	187
5. PLURIPARTIDISMO: ¿PERVERSIÓN DE LA DEMOCRACIA?	188
5.1. La corrupción se institucionaliza	188
5.2. Medidas contra la corrupción	191

IX. TRASCENDENCIA

1. LAS INEVITABLES PREGUNTAS ÚLTIMAS	193
2. AGNOSTICISMO Y ATEISMO	195
2.1. Penultimidad	195
2.2. Los funcionalismos secularizadores	196
3. FE Y RAZÓN	198
3.1. Pro y contra en la relación fe-razón	198
3.2. Una fe razonable, no sólo racional	199
4. VÍAS CONDUCENTES A DIOS	200
4.1. ¿'Demostrar' la existencia de Dios?	200
4.2. El argumento ontológico	200
4.3. Las cinco vías conducentes a Dios	201
4.4. La vía de la inclinación al bien natural	203
4.5. El límite de la razón cuando se trata de hablar de Dios ..	203
5. EL HECHO RELIGIOSO	205
5.1. Reduccionismos	205
5.2. La religión: lo sagrado misterioso	206
5.3. Características del hecho religioso	207



El primer libro de la
Editorial Emmanuel Mounier
Argentina

se terminó de imprimir
en Córdoba
en el mes de abril
de 2005.